

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA
DE LOS
ESTADOS UNIDOS

POR
T. WENTWORTH

TRADUCCION
POR
LUIS DE TERÁN

Profesor en el Ateneo de Madrid.

Precio: **SEIS** pesetas.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López Hoyos, 6

Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante

Signatura

R 96-108

POR "LA ESPAÑA MODERNA,"

venta en su Administración

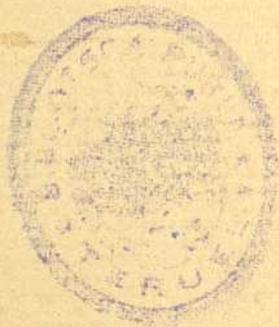
HOYOS, 6. — MADRID

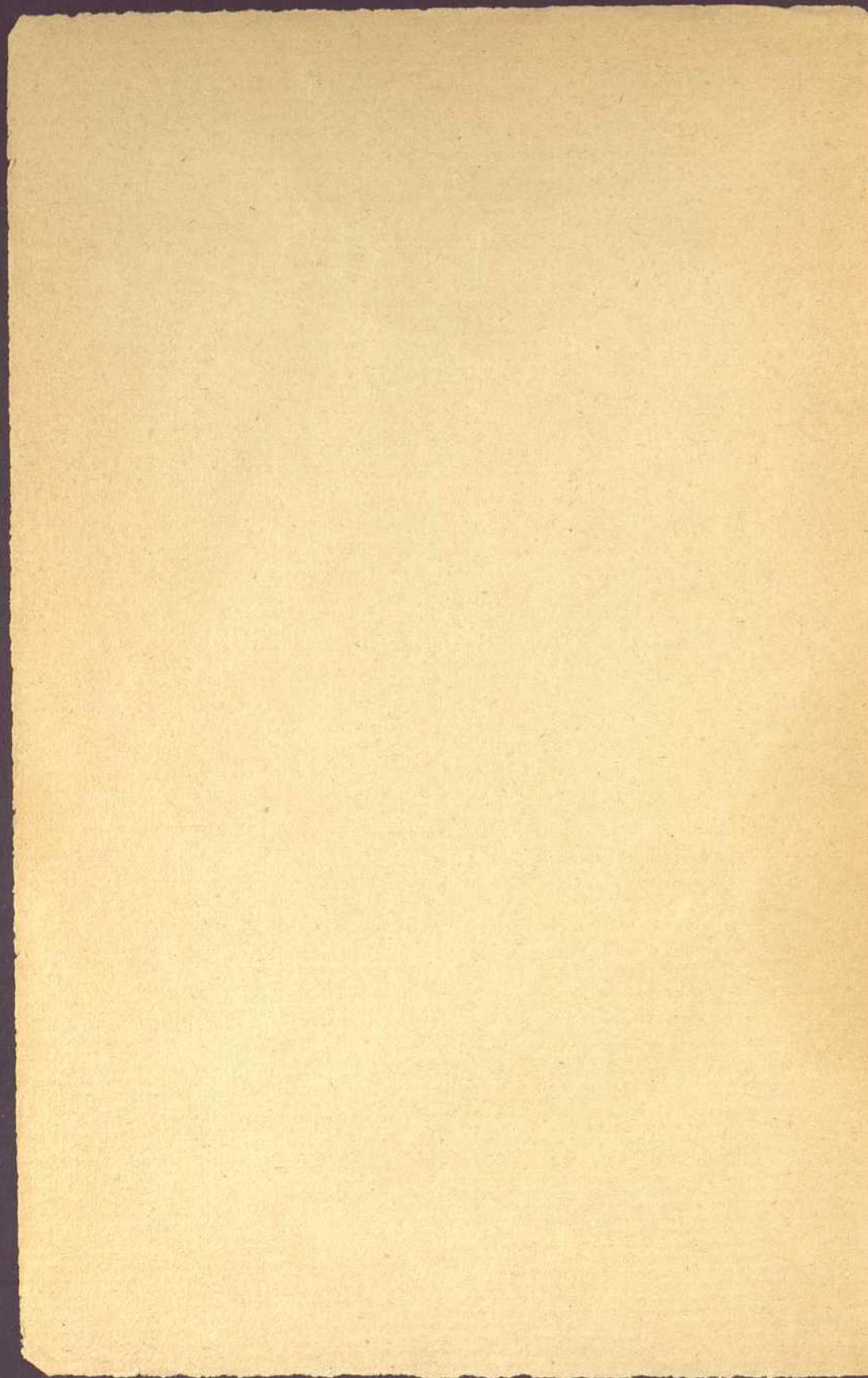
- Collins. — Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Comte. — Principios de Filosofía positiva, 2 p.
- Coppée. — Un idilio, 3 pesetas.
- Couperus. — Su Majestad, 3 pesetas
- Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Daudet. — Jak, dos tomos, 6 ptas. — La Evangelista, 3 ptas. — Novelas del lunes, 3 pesetas. — Cartas de mi molino, 3 ptas. — Cuentos y fantasías, 3 pesetas. — El Sitio de París, 3 ptas.
- Drellinger. — El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero. — Vida de Concepción Arenal, 1 peseta.
- Dostoyuski. — La novela del presidio, 3 ptas.
- Dowden. — Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Dumas. — Actea, 2 pesetas.
- Eltzbacher. — El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson. — La Ley de la vida, 5 ptas. — Hombrés simbólicos, 4 ptas. — Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas. — Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas. — Los veinte ensayos, 7 ptas.
- Fernan-Fior. — Vida de Zorrilla, 1 pta. — De Tamayo, 1 peseta.
- Ferrán. — Obras completas, 3 pesetas.
- Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.
- Fichte. — Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot. — Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly. — Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1800, 10 pesetas.
- Flaubert. — Un coronel sencillo, 3 pesetas.
- Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas. — La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas. — Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas. — La Filosofía de Platón, dos tomos, 12 ptas.
- Fourrier. — El ingenio en la Historia, 3 ptas.
- Framarino. — Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 p.
- Garnet. — Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo. — La Criminología, 10 pesetas — Indemnización á las víctimas del delito, 4 ptas. — La superstición socialista, 5 pesetas.
- Gautier. — Vida de Heine, 1 pta. — Las bombas prusianas, 3 ptas — Nerval y Bau telaire, 3 p. — Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay. — Los salones célebres, 3 pesetas.
- George. — Protección y librecambio, 9 ptas. — Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giuriani. — Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Giddings. — Principios de Sociología, 10 ptas. — Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Girard. — La elocuencia ática, 4 pesetas.
- Gladstone. — Vida de Lord Macaulay, 1 pta.
- Goethe. — Memorias, 5 pesetas.
- Gonblanc. — Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt. — Historia de María Antonieta, 7 pesetas. — Las Favoritas de Luis XV, 6 ptas. — La Du-Barry, 4 ptas. — Querida, 3 ptas. — René Mauperin, 3 pesetas. — Germinia Lacerteux, 3 ptas. — La Elisa, 3 ptas. — La Faustín, 3 ptas. — La señora Gervaisais, 3 pesetas.
- Goodnow. — Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Eugenia Grandet, 3 ptas. — Papá Goriot, 3 ptas. — Ursula Mirouet, 3 ptas. — César Biotteau, 3 ptas. — La quiebra de César Biotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aureville. — El cabecilla, 3 ptas. — El dandismo, 3 ptas — Venganza de una mujer, 3 ptas. — Las diabólicas, 3 ptas. — Una historia sin nombre, 3 ptas. — La Hechizada, 3 pesetas
- Barthelemy-Saint-Hilaire. — Buda y su religión, 7 pesetas.
- Bau telaire. — Los paraísos artificiales, 3 pts.
- Becerro de Bengoa. — Vida de Trueba, 1 p.
- Bergeret. — Vida de Mouton (Méridos), 1 pta.
- Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier. — Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas. — La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bourget. — Vida de Taine, 50 céntimos.
- Breal. — Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Bredil. — La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bret Harte. — Bloqueados por la nieve, 2 pts.
- Brook-Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.
- Bunge. — La Educación, 12 pesetas.
- Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwacher, Narse, Wagner, Mithof y Lexis. — Economía, 12 pesetas.
- Campe. — Historia de América, dos tomos, 6 p.
- Campanor. — Vida de Cánova, 1 peseta. — Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 3 pesetas. — Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle. — La Revolución francesa, 3 tomos, 34 ptas. — Pasado y presente, 7 pesetas.
- Carnevale. — La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Caro. — Filosofía de Goethe, 6 ptas. — El pesimismo en el siglo XIX, 3 ptas. — El suicidio y la civilización, 3 pesetas. — Costumbres literarias, 3 ptas. — Litro y el positivismo, 3 pts. — El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.
- Castro. — El Libro de los Galteismos, 3 ptas.
- Champcomunnale. — La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 p.
- Cherbuliez. — Miss Rovel, 3 ptas. — La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas. — Amores frágiles, 3 ptas. — Paula Meré, 3 ptas. — Meta Holdéins, 3 pesetas.
- Colombey. — Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.

F.A. 5886

CENTRO NACIONAL DE LECTURA

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS





FA-5886

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

HISTORIA
DE LOS
ESTADOS UNIDOS

POR
T. WENTWORTH

TRADUCCION

POR
LUIS DE TERÁN

Profesor en el Ateneo de Madrid.



MR-10.680

~~A-4248~~

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6

ES PROPIEDAD

Nueva imprenta de San Francisco de Sales, calle de la Bola, 8.

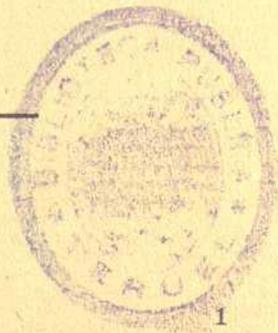
HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

ADVERTENCIA DEL AUTOR

El fin de este libro es relatar de una manera clara y sencilla la historia de los Estados Unidos, tanto á la juventud como á las personas de edad madura.

Se observará que, al revés de lo que ocurre habitualmente, las cosas de la paz ocupan aquí mayor número de páginas que los acontecimientos de la guerra.

Es de desear sin duda que el lector pueda darse cuenta de la manera que tuvieron de principiar y terminar las guerras importantes, y que encuentre suficientes detalles para apreciar el espíritu que animó á cada una de aquéllas. Pero esto aparte, las descripciones de los sitios y de las batallas no deben hacernos olvidar que la verdadera gloria de una nación consiste sobre todo en un progreso bien ordenado. Si, como dice un antiguo adagio, las épocas pacíficas tienen pocos historiadores, es tal vez más bien por culpa de los historiadores que de los pueblos.



ES PROPIEDAD

Nueva imprenta de San Francisco de Sales, calle de la Bola, 8.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

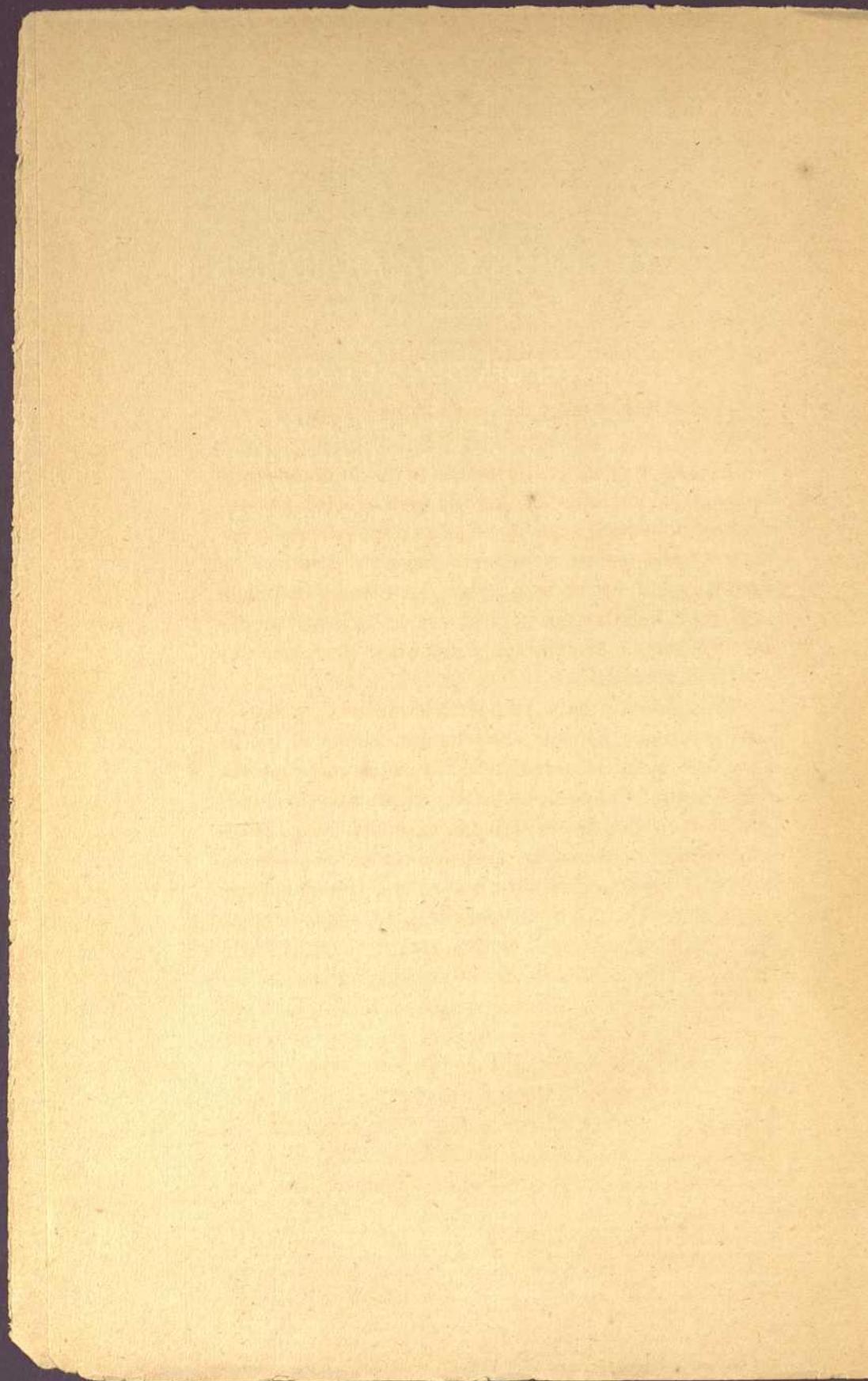
ADVERTENCIA DEL AUTOR

El fin de este libro es relatar de una manera clara y sencilla la historia de los Estados Unidos, tanto á la juventud como á las personas de edad madura.

Se observará que, al revés de lo que ocurre habitualmente, las cosas de la paz ocupan aquí mayor número de páginas que los acontecimientos de la guerra.

Es de desear sin duda que el lector pueda darse cuenta de la manera que tuvieron de principiar y terminar las guerras importantes, y que encuentre suficientes detalles para apreciar el espíritu que animó á cada una de aquéllas. Pero esto aparte, las descripciones de los sitios y de las batallas no deben hacernos olvidar que la verdadera gloria de una nación consiste sobre todo en un progreso bien ordenado. Si, como dice un antiguo adagio, las épocas pacíficas tienen pocos historiadores, es tal vez más bien por culpa de los historiadores que de los pueblos.





CAPÍTULO PRIMERO

Habitantes primitivos.

¿Cuáles fueron los primeros seres humanos que hollaron el suelo de la América del Norte? ¿A qué raza pertenecían? ¿Qué noticias se tienen sobre su color, su talla, sobre su aspecto físico en general? La historia es muda en este punto. La ciencia no puede decir más que una cosa: «Tal vez hallaremos un día la respuesta á semejantes preguntas, pero hoy por hoy la buscamos».

En cambio, se sabe ya bastante sobre las variaciones de forma y aspecto experimentados por el continente de la América del Norte. Sabemos que en cierta época estuvo cubierto por una densa capa de hielo, que, con el aumento del frío, se extendió hacia las regiones meridionales; luego disminuyó de nuevo poco á poco á medida que, durante edades desconocidas, se hacía más suave la temperatura. Sabemos además que la superficie total del continente se ha elevado unas veces y rebajado otras, irregularmente, en diversas épocas, de tal manera que el mar cubría antaño una gran parte del espacio que hoy es tierra firme. Sabemos, en fin, que en muchas partes de este continente han existido plantas y animales de especies desaparecidas. El reno, que no se encuentra ya sino en el extremo Norte, vagaba en otro tiempo por el Sur hasta Kentucky. El mono, que vive en nues-



tros días en la América del Sur, fué también un habitante de la del Norte. Ya no se ven rinocerontes sino en Asia y Africa; pero varias especies de este cuadrúpedo, de las que una alcanzaba la talla del elefante, han existido en la América del Norte. Contenia ésta cinco variedades de camellos, algunas de un tamaño colosal. Caballos salvajes ó animales semejantes al caballo, que comprendían unas treinta variedades por lo menos, pastaron en diversas épocas en las llanuras de la América del Norte, aunque sea cosa averiguada que los primeros exploradores europeos no encontraron ninguna especie viviente de esa raza caballar. Ejemplares de esta raza extinguida desde hacia mucho tiempo, tenían pies provistos de tres y cuatro dedos, en vez de la pezuña que caracteriza á la especie actual. Citemos también los animales gigantes de la familia de los *perezosos*, y por último, una inmensa variedad de cuadrúpedos hoy desconocidos. Ninguna historia escrita habla de ellos, hasta dudamos de que la mayor parte de los mismos haya sido contemplada nunca por ningún ojo humano, pero sus osamentas están sepultadas en el suelo. Recientes excavaciones, realizadas particularmente en el Colorado, han sacado á luz un número cada vez más considerable.

Los más notables de estos animales fósiles eran dos grandes cuadrúpedos, que ofrecían alguna semejanza con el elefante y que son conocidos con los nombres de mamuth y mastodonte. Hollaban en otro tiempo los bosques, arrancando para nutrirse las ramas de los árboles; á veces caían en los pantanos, en donde encontraban la muerte por no poder, á causa de su pesada masa, desprenderse del fango. Median diez ó doce pies de altura, talla á la que no llega ninguno

de nuestros elefantes actuales, y sus colmillos, á juzgar por los que se han encontrado, alcanzaban una longitud de once pies. Conocemos la forma de estos animales, su talla, su aspecto, y sabemos que su raza existió en la América del Norte durante miles de años. Es imposible afirmar con certeza si hubo hombres que vivieran al mismo tiempo que aquéllos en el continente americano. Sin embargo, no se puede dudar en este punto: en Francia se han descubierto en algunas cavernas, mezclados con restos de animales desaparecidos, dibujos groseros que representan al mamuth, y que evidentemente están hechos por la mano del hombre, sobre marfil ó pizarra. En América no se ha encontrado ninguna prueba tan positiva, pero sí se han encontrado osamentas humanas y utensilios de sílex mezclados con esos mismos restos de animales. Parece muy posible que el hombre destruyera poco á poco la raza de los mamuths y de los mastodontes. En nuestros días, en el Africa meridional, todos los hombres de una tribu se reúnen para cazar elefantes, y los matan á flechazos por formidables que sean. Puede, pues, suponerse que los instrumentos de sílex recogidos entre los huesos de cuadrúpedos mayores todavía, son los cuchillos y los dardos con los que se daba muerte al animal. Tal vez será éste el único indicio que tengamos siempre de la manera que tuvo de desaparecer de la superficie del globo esa poderosa raza. De todos modos, lo cierto es que los mamuths y los mastodontes concluyeron por perecer, y que los seres humanos que los conocieran desaparecieron igualmente, no dejando de su paso sino huellas sueltas y muy confusas.

CAPÍTULO II

**Los mound-builders, ó constructores
de diques.**

f

Después de la muerte del último mamuth, transcurrieron probablemente muchos siglos antes de que los *mound-builders* fuesen á ocupar á su vez el suelo en que vivieran aquellos animales. Los *mound-builders*, ó constructores de diques, pertenecían á una raza de hombres que ciertamente no vieron nunca al mamuth, porque de otra manera le hubieran pintado ó esculpido como lo hicieran con ciertos pájaros y otros animales contemporáneos suyos. Puede lamentarse, sin embargo, que no añadieran á estas descripciones primitivas su propia imagen claramente reproducida, porque ignoramos completamente su figura. Además, como no escribieron nada, no podemos formarnos la menor idea de su lengua. Los únicos documentos que nos quedan son las asombrosas obras tan industriosamente y tan hábilmente realizadas que dejaron, y, sobre todo, los enormes diques de tierra que les han valido el nombre de *mound-builders*.

Uno de los más notables de estos diques se ve todavía en el condado de Adams (Ohio). Ofrece la imagen de una inmensa serpiente de mil pies de longitud y cinco de grueso, que se desarrolla á lo largo de una escarpadura que domina una corriente de agua. En su boca, abierta, el reptil parece tener algo que tiene la forma de un huevo, y esta obra de tierra, de forma ovoidal, tiene sesenta pies de largo. Esto indica de un modo suficiente la vasta escala en que

los diques estaban contruídos. Unas veces figuraban animales, otras veces hombres. En ciertos lugares hay fortificaciones que rodean á menudo una ó dos acres de terreno, á veces hasta cuatrocientas. Algunos terraplenes tienen de catorce á diez y seis millas de extensión.

En otros lugares hay una gran cantidad de pequeños terromonteros alineados de distancia en distancia y en una longitud de varias millas. Supónese que hubieron de servir para hacer señales de un punto á otro. Además, los terromonteros están aislados. Algunos tienen sesenta, otros noventa pies de elevación; unos escalones tallados en uno de los flancos conducen á la cumbre, que ofrece una superficie plana, que varía de uno á cinco acres de extensión. Todos los diques están diseminados en el valle del Misisipi y á lo largo de un gran número de los afluyentes de este río. Hay varios miles, mayores ó menores, en el Estado de Ohio. No están exclusivamente contruídos de tierra; figuran aquí y allí el ladrillo y la piedra, aunque la tierra sea siempre la materia dominante. En algunos se encuentran restos de trozos de madera; y no es raro encontrar en lo alto leños carbonizados, como si hubieran encendido hogueras. Este último hecho es muy importante, puesto que nos ayuda á comprender con qué fin se construyeron las mayores elevaciones. En la América central, en efecto, existen obras análogas, salvo que aquí llevan en lo alto vestigios de templos y palacios de piedra. Puede, por lo tanto, suponerse que los altos diques del valle del Misisipi se hicieran con objeto de un culto religioso. Aunque sus cumbres estén ahora completamente desnudas, los restos de leña calcinada podrían indicar las señales del fuego de los sacrificios, ó bien las del

templo construido en madera y consumido ha largo tiempo por el incendio.

Lo cierto es que los *mound-builders* llegaron en más de un concepto á una civilización relativamente avanzada. Todas estas obras de tierra acusan cierta ciencia geométrica. Sus formas varían mucho: afectan el cuadrado, el círculo, el octágono, la elipse, y á veces todas estas figuras se combinan en una serie de trabajos; pero el círculo es siempre un verdadero círculo y el cuadrado un cuadrado perfecto; además, hay muchos cuadrados que miden exactamente mil ochenta pies de lado, lo que prueba que los *mound-builders* tenían ciertas nociones bien definidas del apeo de tierras. En el interior de estos monumentos primitivos se han encontrado utensilios y adornos de cobre, plata y piedras preciosas; hachas, útiles para cincelar, cuchillos, pulseras, collares. Se han encontrado, igualmente, cabos de hilo, pedazos de telas y barros graciosamente decorados. Los *mound builders* sabían modelar con barro una variedad de objetos tales como aves, cuadrúpedos, figuras humanas. Eran también agricultores, aunque no tuviesen para ayudarles ningún animal doméstico. No poseían ni caballos, ni bueyes, ni volquetes; de suerte que la enorme cantidad de tierra empleada en construir sus diques hubo de ser transportada en cestos ó pieles de animales. Esto demuestra que la población era muy numerosa; de otro modo no hubieran emprendido nunca semejante tarea. Explotaban cerca del lago Superior minas de cobre, que hoy todavía se pueden ver desiertas y abandonadas. En una de ellas se encuentra un bloque de mineral de más de seis toneladas de peso, levantado en parte por la base y sostenido por unas vigas, casi enteramente podridas hoy; sin duda

fué izado hasta la boca de la mina, á una altura de treinta pies; los instrumentos de piedra y de cobre de los mineros han sido encontrados esparcidos en los alrededores, como si el trabajo acabara de suspenderse en aquel momento.

¿En qué época vivió esta raza de los *mound-builders*? No hay ninguna tradición bien clara que lo indique; pero existe una prueba de su mucha antigüedad. A la entrada de esa misma mina, de la que acabamos de hablar, unos árboles, cuatro veces seculares, ó poco menos, brotan de la tierra que se sacó al abrir los pozos. No hay que decir que la mina es más antigua que los árboles.

Sobre un dique de Marietta (Ohio) se alzan unos árboles de ochocientos años de edad. Evidentemente los diques deben ser tan antiguos por lo menos, tal vez mucho más antiguos; pero nadie sabría decir cuánto. Según toda probabilidad, esta raza misteriosa construyó sus gigantescas obras hace más de mil años. Se preguntará, naturalmente, si los *mound-builders* no fueron los antepasados de los indios de América. Pero no, no parece que haya nada común entre ellos; las dos razas difieren esencialmente en cuanto á las costumbres. La mayor parte de las tribus indias, en efecto, no muestra ni la ciencia ni la industria que hubo de exigir la ejecución de tales obras. Las únicas tribus indígenas que poseen en propiedad cierta civilización, son los *indios pueblo* en el Nuevo Méjico. Estas tribus habitan en edificios de piedra muy vastos, que pueden á veces contener hasta cinco mil personas. Los edificios en cuestión, que se alzan de ordinario en la cumbre de las colinas, tienen mura-llas tan altas que no se puede subir á ellas sino por medio de escalas. Los indios pueblo se visten decen-

temente, viven en familia, se dedican á artes variadas y no se parecen en nada á las tribus nómadas que vagan por las regiones más septentrionales. Sin embargo, el género de arquitectura de los indios pueblo no tiene ninguna relación con lo que conocemos del de los mound-builders, porque éstos no parece que construyeron nunca edificios de piedra, como aquéllos no construyeron diques gigantescos. Quizá este pueblo singular permanecerá siempre en el estado de problema. ¿Vino de Asia? ¿Desciende de asiáticos, accidentalmente echados á las costas de América? ¿Quién puede decirlo? No se citan menos de quince embarcaciones japonesas arrastradas en estos últimos cien años por la tempestad á través del Océano Pacífico y que fueron á naufragar en el litoral de la América del Norte. Semejantes accidentes han podido producirse lo mismo hace mil años que hace ciento. Lo cierto es que algunos de los constructores recorrieron la mar en sus viajes, porque hay en varias de sus estelas ornamentales la figura de una foca y la del manatí ó vaca marina, animales que no pudieron conocer sino viajando muy lejos hacia el Este ó hacia el Oeste, á menos que descendieran el Misisipi hasta su desembocadura. Pero no sabemos ni de dónde vinieron ni adónde se fueron. No se ha encontrado más que un corto número de osamentas humanas en los diques, y las que se han encontrado estaban casi reducidas á polvo. Sabemos solamente que los *mound builders* llegaron, construyeron obras extraordinarias y después cedieron el puesto á otra raza, cuyo origen es para nosotros casi tan nebuloso.

CAPÍTULO III

Los indios de América.

Cuando los primeros exploradores europeos visitaron la costa de la América del Norte que baña el Atlántico, encontraron allí unas tribus errantes del más raro aspecto: piel bronceada, pómulos salientes, ojos pequeños y negros, pelo negro también y liso; tales eran sus signos característicos. Aquellos indígenas se daban nombres diferentes, según la parte del país que habitaban. Había *moheganos*, *pecuotes*, *massachusset*, *narragansetts*, *hurones*, *wampanoags*. Pero casi todos pertenecían á las dos grandes familias de los *algonquinos* y de los *iroqueses*, conocidos estos últimos vulgarmente con el nombre de las «seis-naciones». Se les dió la denominación general de indios, porque los primeros exploradores, sin excepción, creían que la América del Norte no era sino la parte oriental de la India. Por más de un concepto, las tales tribus se diferenciaban en su género de vida; las unas eran guerreras, las otras pacíficas; éstas vivían del producto de la caza, aquéllas poseían campos cubiertos de mieses, y cultivaban, además del trigo, habas, calabazas, tabaco, cáñamo y girasoles, de cuyos granos sacaban aceite. Algunas no tenían por abrigo sino pequeñas tiendas de piel ó de corteza, llamadas wigwams; otras construían pueblos con calles y casas alineadas; las viviendas tenían á veces treinta pies de altura, doscientos cuarenta pies de largo y contenían hasta veinte familias. Eran de corteza y estaban sostenidas

por pilares de madera. Un agujero de cosa de un pie de ancho practicado en el techo servía para dar entrada á la luz y salida al humo. Establecíanse los hogares en el suelo, en fila, y precisamente debajo de ese agujero.

Sin embargo, á pesar del celo que pudiesen aportar á la construcción de sus viviendas, todos aquellos indios—y esto constituía como un punto común de semejanza—eran esencialmente nómadas, prefiriendo vivir al aire libre é incapaces de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Siempre de excursión, cambiaban de residencia según las estaciones y según que quisieran dedicarse á tal ó cual caza. Uno de los motivos de estas constantes emigraciones procedía de la costumbre que tenían de incendiar los bosques en los alrededores de sus moradas. Así fué que, cuando aparecieron los primeros colonos europeos, los indios, curiosos por saber á qué venían, pensaron que aquellos extranjeros, habiendo quemado todos los bosques del país de que salieran, no habían abordado al continente americano sino para encontrar nuevo combustible.

En cuanto á fuerza física, los indios eran en general inferiores á los europeos. Sus brazos no tenían el mismo vigor; en cambio, sabían soportar admirablemente la fatiga y las privaciones. Tenían el pie ligero; sus mejores corredores podían franquear un espacio de setenta á ochenta millas en un solo día. Los más crueles tormentos no les arrancaban un gemido. En los bosques oían rumores, percibían huellas que ningún hombre blanco hubiera sospechado. Ocurríales atravesar en línea recta bosques casi impenetrables, sin otro guía que el aspecto del musgo ó de la corteza de los árboles.

Cuando llegaron los primeros colonos, casi todos los indios iban vestidos con pieles de animales, que preparaban ahumándolas en vez de curtirlas, como se hace hoy. Pero pronto los colonos les procuraron mantas, que ellos adornaron artísticamente con perlas, conchas y plumas. En las grandes ceremonias, tales como los consejos y las danzas guerreras, los jefes lucían una enorme cantidad de estos adornos y se pintaban también la cara con brillantes colores. Las mujeres, las «squaws», como las llamaban, practicaban igualmente este uso, contra el que se indigna un viejo pastor puritano, calificándolo de «arte pernicioso». El traje de las mujeres era más sencillo que el de los hombres; como éstos, se tatuaban algunas veces el cuerpo, pero llevaban el pelo largo, mientras que los hombres se lo afeitaban de ordinario, no conservando más que un mechón en la coronilla, llamado «scalplok», que ostentaban como una especie de honra; así cuando un indio mataba á otro, le cortaba el cuero cabelludo, desprendiéndoselo por medio de ese mechón. En verano iban casi desnudos, como lo indican las quejas de uno de los primeros colonos europeos respecto á la dificultad que presentan ciertas luchas cuerpo á cuerpo. «No se puede—dice—coger al indio sino por los pelos, y no los tiene».

El alimento de los indios era muy sencillo. Reducíase á los productos de su caza y de su pesca, con trigo molido, bellotas, bayas silvestres y algunas plantas leguminosas. Hacían uso del tabaco, pero no conocieron los licores fermentados hasta la llegada de los europeos. Fabricaban esteras de juncos, morteros de madera y jarras de barro. Los huesos de los animales les servían para hacer anzuelos, y las fibras del cáñamo redes. Hacían también tubos de arcilla ó

de piedra, curiosamente trabajados. El sílex convertíase entre sus manos en hachas y puntas de flechas; encuéntrase todavía hoy un número considerable de estos instrumentos en todo lugar en el que hubiere antaño una aldea india. Transformaban una especie de conchas en perlas, llamadas «wampum», que les servían de adorno. Más adelante los europeos les proporcionaron objetos de vidrio, hachas de hierro, puntas de flechas, é incluso, por último, armas de fuego.

Pero el más ingenioso de todos los inventos indios era el calzado para nieves, hecho de una corteza de árbol de tres ó cuatro pies de largo, la cual, redondeada y terminada en punta, iba forrada de un tejido de piel de gamo; una correa le ajustaba al pie, que estaba protegido de la nieve, y el indio podía andar de esta manera hasta cuarenta millas al día en persecución del gamo y el alce. La forma de este calzado variaba casi en cada tribu, así como la de la canoa de corteza de álamo blanco. La canoa en cuestión era de corteza de álamo estirada sobre un bastidor de cedro blanco. La corteza desprendida del árbol entera, sin desgarraduras, cubría en seguida el bastidor. Cosíanse los bordes con filamentos sacados de las raíces del cedro y endurecidos con una especie de pez que se tomaba de los árboles resinosos. Si ocurría que la canoa se abría por alguna parte, podía componerse con pedazos de corteza adaptados por el mismo procedimiento. Las Canoas mayores tenían treinta pies de largo, y podían llevar diez ó doce indios. Eran muy ligeras y levantaban muy poca agua; las dirigían fácilmente; su forma era muy á menudo graciosa. El uso de la canoa de corteza y del zapato de nieve es todavía hoy muy corriente, no solamente entre las tribus indias, sino también entre los blancos,

en las regiones septentrionales de los Estados Unidos y en el Canadá.

Muchas tribus indias se subdividían en grupos de menor importancia, cuyos individuos llevaban una señal distintiva ó *totem* tatuada en el pecho: era unas veces la figura de un lobo, de un gamo, de una tortuga, de un castor; otras las de un oso, una becada, un halcón. Cada grupo tenía á su cabeza uno ó varios jefes llamados *sachems*, que le representaba en sus grandes consejos. Generalmente el *sachem* era un hombre, pero á veces era una mujer. Los primeros colonos establecidos en la Nueva Inglaterra encontraron á una gran *Squaw sachem* que gobernaba un país muy extenso. Estos jefes indígenas no se apoyaban para gobernar en ninguna ley escrita, sino en antiguas costumbres y veneradas tradiciones. Los súbditos del *sachem* le ofrecían los mejores frutos y sus mejores piezas de caza.

Cada grupo de la tribu se imaginaba estar especialmente protegido por el espíritu del animal representado en su *totem* respectivo, porque los indios creían que todos los animales tenían espíritus protectores; á menudo incluso se dirigían á ellos como si poseyeran el entendimiento humano. Uno de los primeros misioneros refiere el hecho siguiente: «Un indio acometió á un oso enorme y le hirió; el animal se revolcaba por el suelo lanzando gemidos; el indio se aproximó á él y le dijo: Oso, no eres más que un cobarde, no eres un guerrero. Sabes que tu tribu está en guerra con la mía y que fué la tuya la que empezó. Si me hubieras herido, yo no exhalaria ni un suspiro, mientras que tú, al lamentarte de ese modo, deshonoras á tu tribu».

Creían que también los vientos y las estrellas poseían espíritu; existen muchas leyendas relativas á

este asunto; algunas se conservan en la obra del gran poeta americano Longfellow, titulada *Hiawatha*. Creían en un dios, á veces hasta en varios dioses, y confiaban en una vida futura; así es que, cuando moría un guerrero, enterraban sus armas con él, á fin de que pudiera emplearlas en la caza reservada á los elegidos en las celestes regiones. Sus ceremonias religiosas eran raras y ruidosas, acompañadas de cantos y bailes. Había entre ellos magos, que eran un término medio entre el sacerdote y el médico, los cuales pretendían curar las enfermedades ya con palabras, ya con ayuda de remedios simples, cuyo secreto poseían. Los indios ignoraban el lenguaje escrito, pero se comunicaban entre sí por medio de signos convencionales, grabados en las rocas ó en los árboles. Su moneda consistía en perlas de wampum, y estos objetos estaban tan bien fabricados, eran de un uso tan cómodo, que los primeros colonos europeos no desdeñaron el servirse de ellos á razón de cuatro perlas negras ó de ocho perlas blancas por un *penny*. Hacían con estas conchas estelas destinadas á perpetuar la memoria de todos los acontecimientos importantes ocurridos en la historia de la tribu, y así es como se grababan los tratados en la memoria de cada cual durante un considerable lapso de tiempo.

Los indios estaban grandemente dotados de valor, de dominio sobre sí mismos y de paciencia. En las ocasiones solemnes sabían ser graves y adoptar aptitudes dignas. Sus consejos eran notables por la cortesía, que no abandonaban entre sí; todas las cuestiones importantes se discutían á fondo. Eran á menudo buenos y generosos, á veces hasta misericordiosos, aunque en general considerasen la severidad como una virtud y el perdón de las injurias como una de-

bilidad. Sobre todo eran crueles con los prisioneros, á los que daban muerte en medio de los mayores tormentos, ayudados en esto muy activamente por sus mujeres. Estas acostumbraban á ejecutar las tareas más penosas, á fin de que los hombres conservaran la ligereza y la actividad necesarias para los nobles trabajos de la caza y de la guerra. En estos ejercicios, los indios parecían infatigables; pero en los campamentos y de viaje las mujeres se encargaban de los bagajes; cuando un cazador traía á hombros, durante un largo trayecto, el cuerpo de un gamo al que acababa de matar, dejábalo en el suelo en cuanto estaba á la vista de su aldea, para que su «squaw» fuese á recogerlo.

Casi todas las tribus indias vivían entre sí en un estado de guerra permanente. Cuando se suscitaba entre dos tribus una cuestión de la que parecía resultar la guerra, realizábanse raras ceremonias. Uno de los principales jefes se pintaba el cuerpo de negro, de la cabeza á los pies, é iba á ocultarse en el fondo del bosque ó en una caverna. Allí, entregado al ayuno y la oración, invocaba al *Gran Espíritu* y recordaba atentamente sus sueños para deducir de ellos presagios buenos ó malos. Si llegaba á soñar con un águila que volara sobre él, era signo de victoria. Al cabo de cierto tiempo dejaba su retiro y volvía con los suyos; los arengaba entonces, los llamaba á las armas y los prometía la ayuda del *Gran Espíritu*. Invitaba en seguida á los guerreros á una fiesta en su «wigwam». Allí le encontraban limpio del betún negro y revestido con sus brillantes colores, llamados pintura de la guerra. Sus invitados, igualmente engalanados con colores y plumas, sentábanse en círculo. Les ponían delante platos de madera con carne de perro, y

durante este festín el jefe fumaba en pipa, guardándose bien de quebrantar su largo y penoso ayuno.

Seguían al festín danzas guerreras á la luz de hogueras y de antorchas. Clavaban en el suelo un poste ardiendo, á cuyo alrededor la muchedumbre formaba un ancho círculo. El jefe de guerra lanzábase entonces en medio, blandiendo un hacha, cantando sus hazañas y las de sus antepasados, acompañando su narración con gestos expresivos y golpeando al poste como si fuera un enemigo; los guerreros acudían uno tras otro, y luego todos se ponían á bailar, á palmo-tear, á blandir las armas y á lanzar rugidos.

Así transcurría la mayor parte de la noche; los guerreros dejaban el campamento por la mañana formados de uno en uno (en *fila india*). Según iban entrando en el bosque, el jefe disparaba su fusil y todos le imitaban por turno. Luego hacían alto cerca de la aldea, y despojándose de sus galas, de todos sus adornos, se los regalaban á las mujeres, que para esto les habían seguido. A partir de este momento marchaban en silencio y á pasos furtivos á través del bosque hasta el lugar designado para el ataque. Su principal habilidad consistía en esos avances silenciosos, en sorpresas, en estratagemas, en largas y pacientes emboscadas. No les parecía nada vergonzoso el matar á un enemigo desarmado, como tampoco el engaño y el disimulo en general, aunque se mostrasen siempre fieles á los tratados públicamente estipulados. Eran bravos hasta la desesperación, aunque no viesen cobardía en una fuga precipitada. Sus armas eran al principio el arco y la flecha, una especie de hacha llamada *tomahawk*, escudos de piel de bisonte y á veces corazas de ramaje y cuerdas. Después, los blancos les enseñaron á servirse de las armas de fue-

go, y se hicieron muy hábiles en su manejo, al mismo tiempo que disminuía su destreza en el tiro del arco. Algunas tribus construían fortalezas con murallas de madera, empalizadas, zanjas y fosos. Amontonaban en esos lugares fortificados piedras para tirárselas á los sitiadores y practicaban además varios canales, á fin de poder, llegado el caso, combatir el incendio por medio de una súbita inundación.

Ya cuando llegaron los primeros europeos, asegúrase que el número de indios iba disminuyendo á causa de las guerras y las epidemias. Después no ha hecho más que decrecer, é incluso tribus enteras han desaparecido por completo. Al principio parecían dispuestos á vivir en buena inteligencia con los blancos; pero no tardaron en estallar cuestiones de una parte y de otra. A menudo los indios quemaban poblados, se llevaban cautivos y asolaban toda la región. En cambio, los europeos les destruían sus wigwams y sus fortalezas; sus tribus fueron diezmadas ó rechazadas cada vez más hacia el Oeste. Más adelante describiremos estas guerras. Todavía hoy algunas de las colonias del Oeste, en los Estados Unidos, temen perpetuamente el ataque de las tribus indias. Pero esta raza lleva camino de desaparecer: dentro de algunos años costará trabajo encontrar un indio en el territorio norteamericano. Las únicas tribus que sobrevivan son las que hayan adoptado, en parte al menos, los hábitos de la civilización.

CAPÍTULO IV

**Llegada de los hombres del Norte
ó normandos.**

Existe en la ciudad de Newport (Rhode-Island) un antiguo edificio, cuya historia exacta es desconocida. Se le llama vulgarmente la «Torre Redonda» y también el «Viejo molino de pierro». Es una torre baja, construída de piedra y que descansa sobre ocho arcos. Los ancianos recuerdan haber visto sobre estos arcos una plataforma que constituía un segundo piso. Hay todavía dos ventanas y un hogar; pero nada indica el uso al que primitivamente se destinara la Torre Redonda. Sin embargo, no es el interior una ruina, puesto que la masa que une las piedras se encuentra más sólida que nunca y toda la construcción parece completa, salvo que no tiene techo. La primera mención que se haya hecho de este edificio se encuentra en un testamento del gobernador Benito Armeld, con fecha de 1677. Le llama «mi molino de viento hecho de piedra». Pero es tan diferente de los molinos de esta clase, tales como se ven en América, que se dudó durante mucho tiempo de que esta torre se hubiese edificado para semejante destino.

Hace unos cuarenta años, el profesor Rafu, miembro de la Sociedad de Anticuarios del Norte, de Copenhague, publicó una obra, de la que se desprende que los normandos ó escandinavos visitaron evidentemente los parajes de la América del Norte por el año 1000 de nuestra Era y que desembarcaron probablemente en la bahía de Narragansett. De esto han

deducido algunos anticuarios americanos que la antigua torre de Newport pudo muy bien ser construída por esos primeros viajeros. Examinóse también, casi por la misma época, una inscripción hallada en la roca de Dighton en Massachussets, y se juzgó que algunas palabras de esta inscripción estaban en lengua escandinava. Recordóse además que en Fall River, ciudad de Massachussets, situada entre Dighton y Newport, se había hallado un esqueleto revestido de una coraza de cobre, y se pensó que podía ser el de un «viking» ó pirata normando. El poeta Longfellow escribió una balada sobre este «esqueleto armado». Desgraciadamente, el esqueleto se aniquiló poco tiempo después; de suerte que es poca cosa lo que sabemos respecto de él. Pero está hoy probado que los normandos no llevaban armaduras de cobre, mientras que los indios de América se servían á veces, á guisa de corazas, de trozos de las calderas que compraban á los colonos ingleses. La inscripción de Dighton fué probablemente trazada por los indios, porque la roca recuerda mucho á otras esculpidas del interior del continente, y el esqueleto es tal vez el de un guerrero indio. En cuanto al Viejo molino de piedra, se ha observado que se parece mucho á los molinos que existen todavía en el condado de Inglaterra, del que procedía el gobernador Arnold. No podemos, pues, razonablemente admitir que estos diversos vestigios se remonten á los tiempos de los normandos, aunque haya motivos para creer que los normandos visitasen antaño el continente americano.

No olvidemos que los normandos eran audaces navegantes, como lo son sus descendientes, los daneses, los noruegos y los suecos. Es raro que en una tripulación numerosa no se encuentre algún marino que

pertenezca á una de esas naciones. Sus antepasados tenían el mismo amor apasionado por la mar; ahora bien, mirando los mapas, vemos que no hay mucha distancia de Noruega á Islandia y de Groelandia al Labrador. Un navegante que llegase al Labrador debía necesariamente sentir tentaciones de descender más siguiendo la costa de la América del Norte. Es seguro que los normandos se establecieron en Islandia hace unos mil años, y los anales islandeses nos dicen que desde allí fué enviada una colonia á Groelandia, en donde permaneció largo tiempo. Algunos de esos emigrantes pudieron con mucha facilidad continuar su ruta hasta el Labrador, ó quizá algún barco que zarpara para Groelandia corrió bordadas hacia el Oeste y abordó de esta manera, sin quererlo, al continente americano. Sea como fuere, las antiguas tradiciones noruegas refieren que los normandos, en su navegación hacia el Oeste, llegaron, por el año 1000 de nuestra Era, á un país desconocido, situado más allá de Groelandia. He aquí cómo se cuenta este hecho en los *sagas*, esos curiosos monumentos históricos y literarios del Norte:

Un príncipe llamado Leif el Afortunado, hijo de Erik el Rojo, arrumbó hacia el Oeste de Groelandia, con treinta y cinco hombres, de los que uno era alemán. Después de haber abordado á una tierra desconocida, ese alemán, llamado Tyoker, se alejó del resto de la banda durante una jornada entera; creyéronle perdido. Cuando volvió, vociferaba en alemán, abría desmesuradamente los ojos y parecía fuera de sí; al fin se explicó en la lengua de sus compañeros.

«No he ido lejos—les dijo,—pero he encontrado algo importante: he encontrado viñas y uvas.

»—¿Hablas de veras?—le preguntó Leif.

»—Seguramente, porque yo vengo del país de las viñas y las uvas.»

Durmieron aquella noche, prosigue la crónica, pero á la mañana dijo Leif á sus hombres:

«Tendremos ahora doble tarea. Todos los días cogemos uvas ó arrancaremos viñas, ó derribaremos árboles, á fin de que pueda cargar mi barco». Así se hizo. La crónica dice que la chalupa se llenó de uvas. Cortaron y arrancaron lo suficiente para cargar el barco, y al llegar la primavera, se apresuraron á largar velas para marchar. Leif dió un nombre á la tierra así descubierta, y la llamó, con arreglo á la naturaleza de sus productos, Vinland. El barco ganó en seguida la alta mar, y un viento favorable le llevó á Groelandia.

Al cabo de uno ó dos años, el hermano de Leif, llamado Thorwaldo, tuvo deseos de visitar Vinland, porque pensaba que aquella tierra había sido explorada imperfectamente. Seguido de sus compañeros, buscó el lugar en el que Leif construyó unas chozas é invernó allí. En la primavera, la nueva expedición empezó á explorar la costa hacia el Oeste. Encontraron tres embarcaciones, tres embarcaciones hechas de piel de animales, tripuladas cada una por tres hombres, tres indios probablemente, á los que las leyendas del Norte llaman «Skrælings». Los normandos los atacaron y dieron muerte á todos, á excepción de uno solo. Entonces la bahía se llenó de innumerables embarcaciones semejantes á las primeras, que se dirigieron contra ellos. Thorwaldo dijo á sus guerreros: «Alzaremos nuestros escudos de guerra y nos preservaremos lo mejor posible, pero sin entablar combate». Así lo hicieron. Los skrælings tiraron sobre ellos algún tiempo; pero pronto huyeron todo lo

de prisa que podían. Thorwaldo, herido por una flecha, murió, y sus compañeros perdieron ánimos y volvieron á Groelandia en la primavera siguiente.

Pero el Vinland era ya conocido, y á él acudieron en lo sucesivo expediciones más numerosas de normandos, los cuales, al volver á sus tierras, hablaron con entusiasmo de aquel país, elogiando las uvas, el salmón y la fertilidad del suelo, diciendo que el día y la noche eran más iguales en aquellas regiones que en Groelandia y en Islandia.

Los indios ó skrælings volvieron con sus embarcaciones de piel de animales; pero esta vez con intenciones pacíficas, para traficar. Un día en que aquellos salvajes estaban ocupados en cambiar pieles por paño rojo, un toro que pertenecía á los extranjeros salió del bosque mugiendo. Inmediatamente los skrælings saltaron á sus canoas y huyeron á escape. Cuando volvieron fué con armas y para combatir. A los normandos les costó trabajo rechazarlos. En suma, los extranjeros del Norte no llevaban precisamente una vida tranquila en Vinland. Allí pasaron, no obstante, varios inviernos, y una mujer llamada Gudrid dió á luz un hijo que se llamó Snorri, y que fué tal vez el primer niño de raza blanca nacido en el continente americano.

Existe todavía hoy un gran número de narraciones de este género en las tradiciones escandinavas, pero ninguna puede servir para proporcionarnos informes más positivos. No se puede, por lo tanto, dudar de que los normandos llegaron á las costas de la América del Norte. No sabremos tal vez nunca, sin embargo, si ese Vinland de que se habla en las sagas es Rhode-Island ó la Nueva Escocia, ú otro punto del continente. Durante algún tiempo se ha creído en Rhode-Island.

Como las narraciones en cuestión mencionan un clima suave y uvas silvestres, se pensó que esta descripción podía referirse á Newport, en donde se encuentra en abundancia esa clase de uvas en las islas de la bahía; pero las uvas silvestres crecen también en Nueva Escocia, y el clima de esta región pudo parecer suave á gentes que llegaban de Islandia.

He aquí todo lo que podemos decir sobre este asunto. Es posible que se encuentren algún día en las costas de Nueva Inglaterra huellas del paso de los normandos; mientras tanto, costaría trabajo creer, sin la prueba aportada por esas propias leyendas, que hubiesen estado allí.

CAPÍTULO V

Llegada de Cristóbal Colón.

Cualquiera que sea el grado de credibilidad que se dé á la presencia de los normandos en América, es, por lo menos, cierto que, si fueron alguna vez, se embarcaron pronto para no volver. Su misma colonia de Groelandia concluyó por ser abandonada, y el recuerdo de Vinland se disipó casi por completo. Durante cerca de seis siglos, por lo que podemos saber, ningún barco europeo atravesó el Atlántico. Los más ancianos de los islandeses recordaban tal vez que sus abuelos hablaron de un país lejano hacia el Oeste, en el que crecía la viña. Quizá contaran estas leyendas durante las largas veladas tenebrosas de su fría patria á los marinos españoles é ingleses que iban á traficar á Islandia. Llegó un tiempo en que se desarrolló una grande actividad comercial entre las naciones de



la Europa meridional, en donde se emprendieron viajes en todas direcciones. Uno de estos viajes tuvo por resultado el dar á conocer el nuevo mundo al antiguo.

En el año 1435 nació en Génova Cristóbal Colón. Su padre era un fabricante de lanas; pero era descendiente de marinos. Cristóbal Colón desde temprana edad se dedicó al estudio de la cosmografía y de la astronomía náutica; á la edad de catorce años navegaba ya, y desde entonces hasta su muerte no hizo otra cosa que viajar ó dibujar cartas marinas. Vivió en Portugal, luego en España, los dos países de más floreciente marina á la sazón, y visitó casi todos los puertos conocidos en aquella época. Casi todos sus viajes, sin embargo, fueron por el Mediterráneo; tuvo ocasión de distinguirse como soldado casi tanto que como navegante, porque aquel mar estaba infestado de piratas. Una vez, su barco fué incendiado, y para ganar la costa tuvo que franquear á nado, con ayuda de un madero, un espacio de seis millas. En medio de estas aventuras iba poco á poco madurando el proyecto de avanzar por el Atlántico, con rumbo al Oeste, más allá de lo que nadie se hubiera atrevido á hacerlo hasta entonces.

No hay que olvidar que por aquella época no era conocida en Europa la verdadera forma de la tierra. La mayoría no admitía que fuese una esfera. Se la creía una superficie plana rodeada por el Océano como por un río inmenso. Lo que pudiera haber del otro lado de ese río apenas se atrevían á tratar de adivinarlo. Sin embargo, algunos espíritus más cultos habían franqueado los límites de esa ignorancia. Creían á la tierra redonda, pero mucho menor de lo que es en realidad. No suponían que pudiera haber

sitio para dos océanos y dos continentes considerables; suponíase que el globo terrestre no contenía más que un solo gran océano y un continente único; de suerte, que atravesando el Atlántico se debía necesariamente abordar, tras un cierto lapso de tiempo, á la India, á Tartaria ó á Cathay, como llamaban á China, y á Cipango, que era el nombre del Japón.

Había en aquellas lejanas comarcas productos admirables: oro, perlas, sedas incomparables; de suerte, que á los reyes de Europa les hubiera agradado mucho encontrar un camino corto para que se fuera allí.

Sobre mapas hechos con arreglo á tales ideas estudió Cristóbal Colón, ayudando él mismo á componerlos. Su convicción de que atravesando el Océano, todavía desconocido, encontraría á la India al otro lado, se afianzaba de día en día. Prodújose más de un hecho que confirmó esta opinión. Ciertos marinos procedentes de las islas Canarias le dijeron que muy á lo lejos, en el horizonte, en dirección Oeste, habían percibido tierra. Su cuñado le habló de un madero curiosamente trabajado que fué á parar á la costa de Portugal, impulsado por una tempestad que soplaba del Oeste.

Un piloto recogió en la mar, á unas mil millas de la costa europea, un objeto esculpido. En Madera, en las Azores, los restos de ciertos árboles y de ciertas plantas que llegaban á la orilla parecían justificar su presentimiento de la existencia de un continente al Oeste. A esas regiones habían arrojado las olas los cadáveres de dos hombres extranjeros por su traje y su aspecto. En fin; si Colón fué á Islandia, como puede suponerse, oyó, sin duda, narraciones legendarias de las antiguas expediciones al Vinland.

Durante diez años trató de lograr que alguno de

los gobiernos europeos le enviase á un viaje de exploración. Dirigióse primeramente á la república de Génova, luego á la de Venecia y por último á la corte de Portugal.

Siete años transcurrieron antes de que los soberanos que reinaban en España, Fernando é Isabel, consintiesen en darle audiencia. El proyecto que les expuso pareció al fin interesarles; pero el arzobispo de Granada, que estaba presente, objetó que Colón quería arrogarse un poder excesivo sobre las tierras que se proponía descubrir. Colón se negó á modificar sus pretensiones y se retiró; pero no había caminado dos leguas cuando la reina Isabel le envió orden de que volviera.

Accedía ella, así como su real esposo, á firmar el contrato propuesto. Isabel decidió que la expedición se hiciera por cuenta de su propio reino de Castilla, el más importante de los reinos de que se componía entonces la monarquía española.

En tres meses estuvo preparada la expedición. Pero los marineros mostraban pocas ganas de embarcarse, y Colón tuvo que obligar á algunos al servicio, como le habían autorizado á hacerlo. Su flotilla se componía de tres embarcaciones: la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*. La *Santa María* era una carabela de buenas dimensiones, que medía noventa pies de eslora y llevaba setenta hombres de tripulación. Tenía buen puente, y su arboladura estaba constituida por cuatro mástiles, dos de velas cuadradas y dos de velas latinas. Las otras carabelas eran de menos importancia. Todas llevaban provisiones para un año. Solamente ciento veinte hombres tomaron parte en esta primera expedición. Partieron del Puerto de Palos el 3 de Agosto de 1492. Tardaron un mes en arribar

á las Islas Canarias; cuando las hubieron pasado, muchos marineros empezaron á lamentarse, persuadidos de que no volverían á ver nunca su país. Colón les tranquilizó y prosiguieron su viaje, tan pronto confiados en las esperanzas de su jefe como rebelados. Los más rebeldes hasta maquinaron echar á Colón por la borda. A menudo se imaginaban percibir algún indicio de tierra; una vez llegaron á creer tocarla, pero la pretendida tierra no era más que un espejismo. Por fin vieron realmente pájaros y hierbas flotantes con bayas rojas; después un madero groseramente esculpido; luego algas, á las que se adherían unos cangrejos vivos; por último, una noche, á las diez, Colón percibió débiles resplandores reflejados en el agua, y al día siguiente, al amanecer, á una distancia de seis millas, apareció una isla frondosa con indígenas que corrían á lo largo de la playa.

Puede fácilmente imaginarse lo que experimentó Colón cuando desembarcó, con banderas desplegadas y al son de la música, y puso el pie en aquella tierra no hollada hasta entonces por europeo alguno. Llevaba el gran estandarte de Castilla rojo y oro, y los otros capitanes empuñaban sendos estandartes verdes que lucían la santa Cruz. Todos se arrodillaron y besaron el suelo; luego Colón, levantándose y empuñando la espada, tomó posesión de la isla en nombre de España, y la llamó San Salvador. No tardó en hacerse de nuevo á la mar, y prosiguió su ruta, descubriendo Cuba, Haití y otras islas. Pero no abordó al continente en este viaje. A su vuelta á España fué recibido con los mayores honores. Proveyéronle de una segunda flota, que se componía esta vez de diez y siete barcos con mil quinientos tripulantes.

Descubrió las islas de Sotavento, Jamaica y Puer-

to Rico; fundó además una colonia en la isla de Haití, que llevó entonces el nombre de Hispaniola.

En 1498 volvió á ponerse en camino con seis naves, y llegó al continente americano del Sur, que ya había sido visitado por otro navegante, Américo Vesputio. El viaje de Américo Vesputio se realizó en el invierno de 1497-98. Se ha supuesto, durante mucho tiempo, que engañó al mundo al atribuir tal fecha á su descubrimiento. Pero casi está hoy averiguado que semejante acusación carece de fundamento. Diez años después, un geógrafo europeo dió al continente el nombre de *Americi terra*, ó tierra descubierta por Américo, nombre que ha conservado. Américo, que era amigo de Colón, no tuvo sin duda intención alguna de arrebatarse su gloria, pero la injusticia se cometió no obstante. En el intervalo, Sebastián Cabot había llegado á la América del Norte antes que Colón. Así, pues, este gran navegante no fué el primero que pusiera el pie en el continente, ni en el Norte, ni en el Sur. No le faltaron los sinsabores. En su tercer viaje encontró á la colonia Hispaniola presa de contiendas intestinas. Los esfuerzos que hizo para restablecer la paz fueron censurados. Bobadilla, un comisario de España, enviado por los enemigos de Colón, le hizo prender, cargar de cadenas y embarcar en este estado. Cuando quisieron quitarle los hierros, se negó terminantemente y dijo: «Quiero llevarlos como un recuerdo de la gratitud de los reyes».

Al llegar á España fué puesto en libertad, pero el rey no había de hacer nunca justicia á sus justas reclamaciones. La verdadera causa de la desgracia de Colón era el descontento que experimentaba Fernando por no haber sacado de las tierras nuevamente descubiertas todas las riquezas que esperaba. Sin

embargo, Colón emprendió una cuarta expedición con cuatro carabelas solamente, y llegó al punto extremo de sus descubrimientos. Arribó en realidad á las costas de la América del Norte, aunque él creyese siempre haber llegado á Asia. Este último viaje le reservabanuevas decepciones. Su colonia Hispaniola se negó á dejarle abordar para reparar algunas averías y ponerse al abrigo durante una tempestad que amenazaba. Estaba ya viejo y cansado de la vida, y tan pobre como siempre; la única amiga que le hubo sido fiel, la reina Isabel, había muerto. El murió en 1506, de edad de unos setenta años. Más adelante, el rey Fernando hizo poner en la tumba de Cristóbal una placa de mármol con esta inscripción:

*A Castilla y á León
nuevo mundo dió Colón.*

Dos siglos después, los restos del ilustre navegante fueron trasladados á la catedral de la Habana, á fin de que pudiera reposar en la tierra de aquel nuevo mundo que había descubierto.

CAPÍTULO VI

Los sucesores de Cristóbal Colón.

El viaje más importante que se hizo á América después de Cristóbal Colón fué el de Juan Cabot, un comerciante nacido en Venecia, pero establecido en Inglaterra, en la ciudad de Bristol. Durante mucho tiempo existieron relaciones comerciales entre Bristol é Islandia, y por lo tanto es muy verosímil que

Juan Cabot, lo mismo que Cristóbal Colón, recogiera de los islandeses la tradición de los antiguos viajes emprendidos por los hombres del Norte. Sea como fuere, el rey Enrique VII de Inglaterra le dió una comisión, así como á sus hijos, que le permitía navegar por su cuenta y riesgo con cinco barcos elegidos en sus puertos para que tomara posesión, en nombre de Inglaterra, de los países que aún desconocían los europeos. Estipulóse que siempre que se descubriera un nuevo país, nadie más que los Cabot tendría derecho á traficar con el país en cuestión sin una autorización de aquéllos. Se les permitía navegar por todo el Oriente, el Occidente y el Norte; pero lo que realmente deseaban era encontrar por el Noroeste un paso para ir á las Indias. En todos los casos, cualesquiera que fuesen los lugares á los que pudieran dirigirse, el rey de Inglaterra debía percibir una quinta parte de los beneficios.

Juan Cabot y sus hijos se hicieron á la vela en 1497. El más conocido de los hijos es Sebastián; su celebridad supera á la de su padre. No sabemos exactamente qué clase de embarcaciones tripulaban. Tampoco tenemos sobre sus diferentes viajes informes seguros, excepto uno: llegaron al Labrador, y esta región les pareció triste y fría. A su vuelta, la describieron como estéril y asolada por los osos blancos. No tenían nada más que decir sobre ella, á causa de lo breve de su estancia, puesto que volvieron á Inglaterra al cabo de tres meses. Sus cartas y su diario se han perdido; pero sabemos, por lo menos, que fueron, después de los normandos, los primeros europeos que visitaron el continente de la América del Norte.

En una carta de un mercader veneciano que se encontraba en Londres por aquella época, se dice que

se tributaron grandes honores á Juan Cabot cuando volvió á Inglaterra. Llamábanle el «Gran Almirante»; iba vestido con rico traje de seda y acompañado por una entusiasta muchedumbre. «Los ingleses—añade el narrador veneciano—corrieron tras él como locos, hasta el punto de que pudo alistar á cuantos quiso, sin contar á los pícaros de nuestro país».

Al año siguiente, en 1498, Sebastián Cabot volvió á partir con dos barcos y trescientos hombres, muchos de los cuales probablemente eran los aludidos *pícaros* de Italia. Semejantes expediciones eran muy populares en aquella época entre las gentes audaces que no tenían nada que perder. Los exploradores volvieron al Labrador; desde allí recorrieron tres millas á lo largo de la costa hasta Maryland. Su viaje duró seis meses; tuvieron que regresar por falta de víveres. Este segundo viaje convenció á Sebastián Cabot de que la tierra que había descubierto no era el Asia, como había creído, sino un nuevo continente. Todavía hizo otro viaje y exploró la bahía de Hudson. Sebastián Cabot vivió hasta una edad muy avanzada, disfrutando una pensión del rey de Inglaterra. Llamáronle el «Gran hombre de mar». Tenía, en efecto, tal pasión por la mar, que al morir, á ella dirigió sus últimos pensamientos. Se ha dicho de Cabot: «Dió á Inglaterra un continente y nadie conoce el rincón de tierra en que descansa».

Otra expedición fué la de Ponce de León á las costas de la Florida. Una leyenda acreditada en España había despertado la curiosidad general sobre cierta fuente maravillosa que brotaba en un lugar de las regiones descubiertas por Colón y cuyas aguas devolvían la juventud á quien en ellas se sumergiera. El español Ponce de León era un valiente soldado;

acompañó á Cristóbal Colón en su segundo viaje y fué nombrado gobernador de la isla de Puerto Rico. Habiendo llegado á sus oídos el rumor de esta pretendida fuente de juventud, se puso cándidamente en su busca.

Con tal fin, salió de Puerto Rico en Marzo de 1512, y se dirigió al Oeste. El domingo que los españoles llaman de Pascua Florida, vió tierra, era la Península de la Florida, á la que entonces se creyó una isla. Los floridos bosques que la cubrían le parecieron tan bellos, que le puso el expresivo nombre de Florida, que ha conservado.

Ponce desembarcó cerca del lugar en que se encuentra hoy San Agustín. Exploró las costas y las islas durante varias semanas, y después se volvió. Transcurridos cinco años, visitó de nuevo aquella tierra florida con intención de establecer en ella una colonia; pero los indios le rechazaron. Herido de un flechazo, volvió á España para morir sin haber encontrado la fuente de juventud.

Las narraciones de los otros viajes que se realizaron por aquellos años, en los que el Nuevo Mundo parecía aún tan fabuloso á los europeos, tienen grandísimo interés. Nada tan poético como las aventuras de Balboa, que al atravesar el istmo de Darió en 1513, percibió por primera vez un mar desconocido, que no era sino el Océano Pacífico; arrodillado en la cumbre de la montaña, desde la que contempló tal espectáculo, dió gracias á Dios por tan gran descubrimiento; luego llegó á la orilla, y metiéndose en el agua hasta llegarle á la cintura, blandió la espada y tomó posesión del Océano en nombre del rey de España, con juramento de defenderle. Las aventuras de Hernán Cortés, el conquistador de Méjico; las de Pizarro, el

dominador del Perú, no son menos extraordinarias. Pero como estos acontecimientos no pertenecen directamente á la historia de los Estados Unidos, no es este el lugar de relatarlos. No citaré más que el viaje realizado por Verazzano ó Verazzani, un italiano al servicio de Francia. Este viaje es importante, porque Verazzano fué el primero que nos haya dejado una descripción completa de las costas de la América del Norte. Salió de Francia con rumbo á Madera en 1524, y dejando luego esta isla, estuvo cincuenta días sin ver tierra. Por fin arribó á la costa de la Carolina del Norte, la siguió algún tiempo hacia el Sur, y poniendo después la proa al Norte, la examinó atentamente. Fondeó en lo que es hoy el puerto de Nueva York y luego en lo que llamamos la bahía de Newport (Rhode-Island). Permaneció aquí durante quince días, entablando relaciones comerciales con los indios. Verazzano encontró uvas y viñas, como encontraron los normandos en el Vinland. Visitó la costa que se extiende de Nueva Inglaterra á Nueva Escocia, traficando siempre en el camino. En el relato de su expedición, unido á una antigua colección de viajes, se encuentra esta descripción de los indios:

«Acuden á la orilla, y permaneciendo sobre unas rocas escarpadas, mientras que nosotros estamos á bordo, bajan por medio de una cuerda lo que les conviene darnos, prohibiéndonos con sus gritos acercarnos á tierra, y exigiendo el cambio inmediato. No quieren sino cuchillos, anzuelos é instrumentos cortantes. Nuestra cortesía con ellos les deja completamente indiferentes.»

¿Compréndese hoy lo raro que sería al navegar á lo largo de la costa americana, bañada por el Atlántico, no encontrar más que ribazos llenos de male-

za, islas desiertas, nada, en una palabra, que revele la vida humana, salvo quizá un indio medio desnudo, inmóvil en la orilla? Tal fué, sin embargo, el espectáculo que se ofreció á Verazzano. Contó minuciosamente á su vuelta cuanto había visto. Juzgaba que los salvajes debían de ser semejantes á los habitantes de la extrema China, y que aquellas nuevas regiones no estaban desprovistas ni de perfumes, ni de especias, ni de oro, ni de perlas, cosas que todos codiciaban.

El rey de Francia Francisco I se entusiasmó y dijo que no creía que Dios hubiera creado aquellas nuevas tierras solamente para los castellanos. Pero nada prueba que mandase una nueva expedición. Se ignora si Verazzano hizo otros viajes y lo que fué de él.

CAPÍTULO VII

Cómo fué explorada y colonizada América.

He relatado los primeros viajes á América realizados por Cristóbal Colón, los Cabot, Ponce de León, Verazzano. ¿Pero quién había de explorar, de reivindicar, de colonizar, en fin, el continente descubierto?

Me ha parecido siempre que los primeros exploradores de la América del Norte podían ser comparados con unos muchachos turbulentos que se encontraran, al alcance de la morada de sus padres, con un estanque en medio de los bosques. Esos felices muchachos quieren estar siempre en el agua y no piensan sino en hacer nuevos hallazgos. Cada cual persigue su objeto: los unos no buscan sino el placer del movimiento; los otros pretenden atrapar peces; éstos se pasan en busca de nidos entre los juncos de la orilla; aquéllos han

pensado descubrir un camino más corto para ir al pueblo ó á la escuela. ¡Qué maravillosos son los relatos que hacen á sus hermanitas sobre lo que han visto alrededor del estanque! Poco á poco se familiarizan con la orilla; podrían ir á ella con los ojos cerrados. Y sin embargo, si tuvieran que trazar de memoria aquellos contornos que conocen tan bien, con los promontorios, los acantilados, las bahías, las islas, etcétera..., no habría dos dibujos iguales, y las cartas en cuestión, completamente distintas entre sí, formarían reunidas una rara figura. Ahora bien; éste fué precisamente el caso por lo que se refiere á las costas del continente de la América del Norte. Cada cual anhelaba conocer el nuevo país, cada cual descubrió en él algo extraordinario y cada cual describió á su vuelta más maravillas aún de las que había visto.

Los marinos, de vuelta al puerto, hablaban de gigantes y de amazonas, de regiones cuyas arenas estaban esmaltadas de piedras preciosas y cuyos ríos rodaban guijarros de oro como huevos de gallina. Compréndese que semejantes relatos inflamaban la curiosidad, la codicia, todas las ardientes pasiones de sus deslumbrados oyentes, que partían en masa. Hubo tal impulso de emigración, que varias grandes poblaciones de Europa perdieron la mitad de sus habitantes. Los españoles iban sobre todo en busca de oro, los portugueses en busca de esclavos, los franceses y los ingleses con un fin de pesca. Muchas gentes creían aún que aquel país era la India, de la que tanto les habían hablado. Pero los espíritus más ilustrados, los geógrafos, los que hacían los mapas, enseñaban que las nuevas tierras no tenían nada de común con la India, que no eran sino una sucesión de islas llama-

das Cuba, Florida, América. Esperaban hallar en medio de esas islas un paso que condujera á China y al Japón.

Parece que, llegado á tal punto el afán de la exploración, el primer cuidado hubiera debido ser el determinar exactamente los contornos conocidos del Nuevo Mundo. Pero no; los exploradores se conducían como los muchachos de que he hablado; no había puerto de la costa del Atlántico, desde el Labrador hasta la Tierra del Fuego, que no hubiera sido visitado antes de hacerse un mapa general. Los diferentes jefes de las expediciones hacían los viajes al azar; ninguno conocía el interior del país ni su configuración general, y cada uno de los exploradores hacia de la costa una descripción distinta. Cuando se decidieron, por fin, á dibujarla, su trabajo no fué sino mediocre, como se ve por los mapas hechos entre 1534 y 1560.

Sobre todo, parece darles mucho que hacer el río San Lorenzo; tan pronto le hacen correr hacia el Sur como hacia el Este, y en cuanto al Cabo Cod se les aparece bajo las formas más diversas.

Aun después de que los europeos empezaran á comprender lo vasto de las nuevas regiones y del perfeccionamiento de los trazados geográficos, quedaba más que nunca esta cuestión por resolver: ¿A quién debía pertenecer todo aquello? Aquí también las grandes naciones europeas se parecían á los muchachos de hace un momento. ¿Reclamó uno de ellos para sí solo una parte de la orilla y le dió su nombre? ¿Grabó siquiera este nombre en un árbol en señal de posesión? Pero en cuanto se alejaba iba otro á apoderarse del lugar y á darle otro nombre. No hay otro medio de conservar la propiedad que fijarse en ella

y defender las cercanías, y cosa es esta que pocos se tomaron el trabajo de hacer. Así obraban las naciones europeas respecto de América. Los españoles pretendían poseer todo lo que habían descubierto. Lo mismo ocurría con los franceses y los ingleses; pero nadie se cuidaba de establecerse en sus posesiones para guardarlas. Cada cual reclamaba una parte en virtud del derecho de descubrimiento; la dificultad era la ocupación. Al fin, sin embargo, los españoles crearon algunos establecimientos permanentes en Méjico y en San Agustín, en la Florida. La antigua ciudad, con algunas de las fortificaciones que construyeron, se ha conservado hasta nuestros días en toda su originalidad. Fué fundada en 1565, y es la población más antigua de los Estados Unidos. Después, en 1625, los franceses colonizaron la Nueva Escocia. Pero no se previó que hubiera de haber nunca establecimientos ingleses en la América del Norte.

Notemos que por aquella época la denominación de América del Norte era muy poco usada. Como puede verse por el mapa de los nuevos descubrimientos el nombre de América fué dado primeramente á la América del Sur, visitada y descripta por Américo Vespucio, quien la suponía una isla. En cuanto á la América del Norte, los españoles la llamaban habitualmente Florida, y los franceses Francesca, Canadá ó Nueva Francia. Después, estas dos naciones convinieron en que debían repartirse entre ellas la posesión de la totalidad.

He visto en la Biblioteca Nacional de Paris una antigua esfera francesa que tiene unos dos siglos de fecha y que es una de las mayores que se hayan construido; en este globo, la parte septentrional de la costa del Atlántico se titula, en letras mayúsculas, Ca-

nadá ó Nueva Francia, y toda la parte meridional lleva el nombre de Florida. El nombre de América del Norte no se lee en ninguna parte.

La Sociedad Histórica de Nueva York posee una esfera menor, en la que se ven divisiones casi iguales. Esta se construyó en España en 1542. Tal era por aquella época la manera de ver de franceses y españoles. No sospechaban que llegaría un día en que ninguna de esas dos naciones poseería un palmo de terreno en la América del Norte.

Mientras tanto, los ingleses no se olvidaban de que Juan y Sebastián Cabot fueron los primeros en abordar con barcos ingleses al continente de la América del Norte. Sir Walter Raleigh y otros valientes de su especie realizaron varias tentativas infructuosas para fundar allí colonias. Estaban resueltos á tomar posesión de la vasta comarca situada entre el Canadá y Florida, á la que llamaron Virginia en honor de la reina Isabel, que se hacía llamar la «Reina Virgen». Pero lo difícil era lograr que los colonos se estableciesen en medio de bosques salvajes, entre los indios. Así fué que las colonias fracasaron una tras otra. Se trató, por ejemplo, de fundar una en la isla llamada ahora *Cuttyhunk*, en Buzzard's Bay, Massachusetts, y el jefe Bartolomé Gesnold no permaneció allí sino pocos meses, al cabo de los cuales se volvió á Inglaterra con un cargamento de raíces de sasafrás que vendió á buen precio. Otra colonia inglesa, fundada en la isla Roanoke (Virginia), fué menos afortunada todavía. Allí vino al mundo el primer niño nacido en América de padres ingleses, Virginia Dare, nieto del gobernador de la colonia. Este, dejando á toda su familia, se fué á Inglaterra, en donde permaneció varios años; á su vuelta, la colonia entera ha-

bía desaparecido; nadie volvió á saber lo que fuera de la niña Virginia y de todos los suyos.

Las tentativas de colonización fracasaron, pues; durante mucho tiempo los resultados más importantes del nuevo descubrimiento fueron, por lo que concierne á Inglaterra, la introducción en este país de la patata y del tabaco. Dicese que el primero que dió á conocer estos productos á sus compatriotas fué Sir Walter Raleigh. Cuéntase además que á la vuelta de sus viajes, como estuviera sentado en su cuarto fumando, uno de sus criados se figuró que se había prendido fuego y le arrojó un cubo de agua por exceso de celo.

En fin; en el mes de Abril de 1606, el rey Jacobo I dió á dos compañías, fundadas en Inglaterra, una carta que les aseguraba la posesión de todo el continente de la América del Norte, desde el grado 34 hasta el 45 de latitud. Esta atribución del territorio, que no perjudicaba ni á los franceses en el Norte ni á los españoles en el Sur, comprendía todo el país que encierran ahora los Estados Unidos á lo largo del Atlántico, sobre la Carolina del Sur, salvo una parte del Maine. Como se ha dicho antes, el conjunto de esta región fué llamado Virginia por los ingleses, y he aquí en qué términos la definen los libros de la época:

«Virginia es esa parte de tierra que los antiguos llamaban *Morosa*, situada entre la Florida y Nueva Francia.»

El rey Jacobo I decidió además que aquel territorio se dividiera en dos partes: la una al Sur, atribuída á la Compañía de Londres; la otra al Norte, atribuída á la Compañía de Plymouth. Para evitar toda discusión respecto á límites, sus establecimientos más pró-



ximos debían estar situados á una distancia de cien millas por lo menos el uno del otro.

Las dos Compañías enviaron á sus colonos casi al mismo tiempo. La colonia del Sur llegó á James-town en Abril, y la Compañía del Norte á la desembocadura del río Kennebec en el mes de Agosto del año 1607.

Los colonos del Sur se quedaron en el lugar designado, en donde fundaron lo que hoy se llama el Estado de Virginia. Los colonos del Maine, por el contrario, abandonaron prontamente su empresa. La mayoría volvió á Inglaterra en el otoño; otros, que aguantaron hasta la primavera, construyeron un almacén y un fuerte, el fuerte de San Jorge. Estos tuvieron que luchar con mil dificultades y mil privaciones; su jefe, Jorge Popham, murió, y los supervivientes volvieron á Inglaterra. Si se hubiesen quedado, el Maine se hubiera colonizado de una manera permanente, casi tan pronto como Virginia. De todos modos, los colonos dirigidos por Popham hicieron algún bien al contribuir á sentar el derecho de los ingleses á la posesión de aquel país; hicieron mucho mal también al ir diciendo, á su vuelta, que la Nueva Inglaterra era demasiado fría para ser habitada. Esta noticia desanimó á los que pensaban emigrar, de tal manera, que transcurrieron más de doce años antes de que se estableciese otra colonia inglesa en la Nueva Inglaterra. Virginia es, por lo tanto, la más antigua de las colonias inglesas, pero me propongo referir la historia de cada una de ellas siguiendo el orden geográfico. Empecemos por los Estados de Nueva Inglaterra; este método me parece más claro y más susceptible de entrar fácilmente en la memoria que el orden cronológico.

CAPÍTULO VIII

Las colonias de Massachussets.

I

LA COLONIA DE PLYMOUTH

Hace cerca de tres siglos, la persecución religiosa estalló en Inglaterra. No se había llegado aún á esa libertad de conciencia que permite que cada cual siga la forma de culto que le convenga. Todo hombre que no asistiese á los oficios de la Iglesia establecida en Inglaterra era severamente castigado, y hasta podía ser desterrado ó condenado á muerte si llevaba sus oraciones ante otros altares. Muchos de los perseguidos se refugiaron en Holanda, donde había más tolerancia, y allí vivieron en paz, mereciendo el respeto de todos, como lo prueba una declaración de los magistrados del país:

«Estos ingleses viven entre nosotros desde hace doce años, y hasta ahora no han sido objeto de ninguna denuncia, de ninguna queja.»

Pero cuando sus hijos empezaron á crecer, los desterrados consideraron como un deber enseñarles la lengua materna y darles una educación inglesa. De otra parte, la guerra entre Holanda y España, que acababa de reanudarse tras una paz de diez años, causaba á aquellas pobres gentes vivos temores. Hubieran querido poder trabajar por su propia cuenta

y asegurarse así un hogar estable; pero lo que deseaban por encima de todo, en medio de sus tribulaciones personales, era contribuir á la propagación y al progreso del Evangelio en las lejanas comarcas del globo. Decidieronse, pues, á dejar Holanda por el continente aún inexplorado de América, en donde no existía, á la sazón, más colonia inglesa que la de Virginia. Ya antes de que hubieran tomado esta resolución, se les conocía con el nombre de *peregrinos*, «porque erraban á la aventura por el camino del cielo, su más amada patria», como acostumbraban á decir piadosamente.

De los mil peregrinos ingleses que vivían en Holanda, ciento, elegidos entre los más jóvenes y más vigorosos, marcharon voluntariamente á colonizar América. Se procuraron dos veleros pequeños, el *Speedwell*, de sesenta toneladas, y el *Mayflower*, de ciento ochenta; este último debía salir de Southampton (Inglaterra).

En Julio de 1620, el *Speedwell* partió á su vez de Delft Haven; antes de hacerse á la mar, los peregrinos asistieron al servicio divino, y su anciano ministro, John Robinson, les dirigió la recomendación siguiente: «Yo os conjuro ante Dios y sus ángeles á que me sigáis como me habéis visto seguir á nuestro Señor». Luego comieron en casa del pastor; uno de ellos escribió después: «Nos reconfortamos cantando salmos, luego de haber derramado muchas lágrimas, y la alegre melodía estaba en nuestros corazones tanto como en nuestros labios. Más de uno de los miembros de la congregación es muy experto en música, y verdaderamente nunca he oído nada más delicioso».

«Después de esto — añade — nos acompañaron á Delft-Haven hasta el barco, pero ninguno de nosotros

podía hablar por lo angustiados que nos tenía el dolor de la separación; una vez á bordo, hicimos, en señal de despedida, una descarga de fusilería y disparamos tres cañonazos; luego, elevando nuestras manos y nuestros corazones hacia el Señor, para encomendarnos á El, partimos...»

Los peregrinos se hicieron á la vela para el Nuevo Mundo sin ayuda alguna del Gobierno y sin ninguna carta real. Después de haber tocado en tres puertos ingleses, tuvieron que sufrir una larga travesía de sesenta y tres días. El *Speedwell*, puesto en condiciones de no poder seguir, se volvió atrás, mientras que el *Mayflower* continuaba avante. En vez de arribar, como era su intención, á la desembocadura del Hudson, los peregrinos fueron llevados por las tempestades hacia la costa de Massachussets. Durante un mes corrieron bordadas en todos sentidos, en demanda de un lugar favorable para efectuar su desembarco. El país era árido, pero les encantó, sin embargo, tras una estancia tan prolongada en la mar. Vieron pinos, enebros, sasafrás y otros arbustos olorosos que crecían en la costa. «Nunca—dice su historiador—vimos tal número de pájaros». Encontraron también ballenas é hicieron fuego sobre una de ellas; pero «la ballena se sumergió resoplando y desapareció». Cuando llegaron á la orilla, desembarcaron diez y seis hombres, con el capitán Miles Standish al frente, armados cada uno de un mosquete, un sable y un peto. No tardaron en aparecer, seguidos de un perro, cinco ó seis individuos; eran salvajes, los cuales huyeron inmediatamente después de haber silbado á su perro. Después, en un valle, los peregrinos encontraron un gamo y descubrieron manantiales de agua fresca, «de lo que nos alegramos—dice el narrador—;

sentándonos en el suelo, bebimos por primera vez el agua de la Nueva Inglaterra, que nos pareció la mejor bebida que hubiéramos gustado en nuestra vida». Llamóles luego la atención una tumba, con esteras y copas, y dos esqueletos de hombre y de niño enterrados juntos. Tal vez se alegraron de ver que, aun entre los indios, los padres y los hijos se amaban hasta el punto de no querer separarse ni aun después de muertos. Encontraron también un cesto de maíz medido en tierra. Empezaron por apoderarse de él; pero habiendo encontrado después á las gentes á las que el maíz pertenecía, les pagaron honradamente su importe. Mataron tres gansos y seis patos, que se comieron «con un apetito de soldado», como dice su crónica. Por fin llegaron á una rada, á la que un explorador anterior, el capitán John Smith, había dado el nombre de «Plymouth». El lugar les pareció favorable para establecerse. Desembarcaron el 21 de Diciembre de 1620. Cuéntase que una muchacha, Mary Chilton, fué la primera que puso el pie en las rocas de Plymouth. Antes de efectuar el desembarco, los colonos celebraron consejo en la cámara del *Mayflower*, y convinieron en que cada uno de ellos tendría una parte igual en el gobierno de la colonia. El primer gobernador elegido fué John Carvor; formaron también una compañía militar, cuyo mando se confió al capitán Miles Standish. Cada soldado estaba provisto de una cota de mallas, un sable y un mosquete de mecha; más adelante veremos con qué valor supieron defender la colonia. Los peregrinos desembarcaron en seguida todo lo que poseían. Todavía se enseñan hoy en la Pelgrim-Hall de Plymouth algunos de estos objetos, que se conservan como reliquias; por ejemplo: sillones, tornos, una gran marmita de hierro

que perteneció á Miles Standish, el cañamazo para marcar de la pequeña Lora Standish y la cuna de Peregrina White, una niña que, nacida á bordo del *Mayflower*, fué llamada así en recuerdo de las peregrinaciones de los peregrinos.

Desembarcados á principios del invierno en una tierra fría y batida por el viento, pensaron ante todo en construirse un abrigo. Había que albergar á doscientas personas. Construyeron provisionalmente una casa común dividida entre diez y nueve familias; luego, poco á poco, se levantó una habitación para cada familia. Estas construcciones eran de madera y argamasa con techos de rastrojo y ventanas de papel embetunado. En los cuartos había tantas camas como pudieran contener. Construyeron también un vasto tinglado para las provisiones comunes, un hospitalillo para los enfermos y una iglesia, cuyo remate estaba protegido por cuatro cañones.

Allí, por lo menos, podían practicar en seguridad sus ceremonias religiosas con el buen Elder (anciano) Brewster por ministro. Su alimentación consistía en el producto de la caza y de la pesca, en espera de que pudiesen sembrar trigo; mataban á veces patos silvestres; cogían alosas, bacalaos, langostas y moluscos. Los indios les enseñaron á matar el pescado con flechas y á sacar las anguillas del limo con ayuda de los pies. Una vez se atrevieron á comer carne de águila y la encontraron «un sabor á cordero». Durante muchos años no tuvieron ganados, y tampoco hubiesen podido conservarlos á causa de los *leones*, como llamaban á los lobos, que acudían á las puertas del poblado. A menudo sufrieron hambres. «He visto algunos hombres—dice uno de ellos—caer desfallecidos». La mitad de los emigrantes sucumbió en el pri-

mer invierno por la rudeza del clima, incluso el gobernador.

Sembraron trigo sobre las tumbas, para ocultar á los indios las pérdidas sufridas, que los reducían á un corto número. Sin embargo, en la primavera, cuando el *Mayflower* volvió á Inglaterra, ninguno de aquellos bravos colonos embarcó. Las mujeres mismas, con sus hijos enfermos, prefirieron aquel país libre, desprovisto de todas las comodidades de la vida, al bienestar en el país natal.

II

LA COLONIA DE MASSACHUSSETS

Mientras que los peregrinos se establecían así en Plymouth, los ingleses creaban otras colonias temporales á lo largo de la costa. Quedaba, sin embargo, por fundar la más importante. El 29 de Junio de 1629, cinco barcos fondeaban en lo que es hoy el puerto de Salem. Uno de ellos era el *Mayflower*, que trajera á los peregrinos.

La travesía duró seis semanas y tres días, ¡y á los pasajeros les pareció rápido este viaje! De todos modos, el viaje fué feliz, y el único viajero que lo relata se expresa en estos términos: «Nuestra travesía fué agradable y útil, porque fué para nosotros un deleite y una lección á la vez contemplar las maravillas del Señor en las profundas aguas, ver la mar alzarse unas veces en derredor nuestro de una manera terrible, formando, por decirlo así, altas colinas y profundos valles, y allanarse otras como la pradera más apacible». Cuando llegaron á la costa, el mismo narrador escribe: «A medio día no estábamos más que á

tres leguas del cabo Ann; mientras costeábamos percibimos los ribazos, los valles, todas las islas cubiertas de verde y de grandes árboles. Cuanto más nos acercábamos, más flores veíamos, á veces diseminadas, á veces reunidas en alfombras de una extensión de nueve ó diez yardas (1), y que suponíamos traídas de las praderas bajas por la marea. Aquellos bosques de pinos que se veían en la orilla y aquellas flores de oro sembradas por la mar, inspirábannos á todos el deseo de contemplar más de cerca nuestro nuevo paraíso de la Nueva Inglaterra, que tales indicios daba de una fertilidad excepcional. ¡Qué diferencia con el desembarco de los peregrinos en el cabo Cod en la fría estación de otoño!

La nueva colonia fué llamada colonia de la bahía de Massachussets. John Endicott había llegado al mismo lugar, el año antes, con algunos hombres, que le nombraron gobernador. No dejó ningún relato de su viaje. Los que llegaron después, en los cinco barcos de que acabo de hablar, eran el reverendo Francis Higginson con otros doscientos colonos. Llegaron en 1629. Al año siguiente desembarcaba el gobernador John Winthrop, seguido de ochocientos colonos. La colonia de la bahía de Massachussets era grande, fuerte y rica, en comparación de la de Plymouth. Comprendía cierto número de hombres ricos é instruidos que tenían poderosos protectores en Inglaterra; una carta real les garantizaba el derecho de gobernarse por sí mismos, mientras que no hicieran nada contrario á las leyes inglesas. Fundaron la ciudad de Salem (*paz*, en hebreo). Después fundaron Boston, llamado al principio Trimontana, á causa de sus tres

(1) La *yarda* es una medida de tres pies ingleses.

colinas; luego construyeron sucesivamente Roxburgo, Doschester, Charlestown, Watertown y otras ciudades más.

Estos colonos no eran peregrinos procedentes de Holanda, *separatistas*, como se llamaba á veces á los de Plymouth; eran *puritanos*, reformadores religiosos que habían abandonado Inglaterra con la esperanza de encontrar una mayor libertad en América. Fueron también ellos perseguidos en su país á causa de la religión, pero menos duramente, sin embargo, que los peregrinos, á los que reprochaban el no abrigar sentimientos bastante buenos para con la madre patria. Cuéntase que Francis Higginson, cuando su barco se alejaba de las costas de Inglaterra, exclamó: «Nosotros no diremos como los separatistas cuando salieron de Inglaterra: ¡Adiós, Babilonia! ¡Adiós, Roma! Nosotros diremos: ¡Adiós, querida Inglaterra! ¡Adiós á todos nuestros amigos cristianos que ahí se quedan!

Pero una vez establecidos en América, no hubo diferencia sensible entre los peregrinos de Plymouth y los puritanos de Salem; las dos colonias no tardaron en emanciparse de la Iglesia de Inglaterra.

Además, á pesar de su mayor número y de su mayor riqueza, los colonos de Massachussets casi tuvieron tanto que sufrir como los colonos de Plymouth. Cierto es que desde el principio poseyeron ganados, caballos, utensilios de labranza; pero uno de los colonos nos dice que el pan escaseaba tanto que echó más de una vez de menos las migajas de la mesa de su padre. «Cuando lograba—dice—pasar á cocer harina, agua y sal, me parecía que no me quedaba nada por desear... Los indios nos traían trigo á cambio de paños y cuchillos; una vez me dieron una cantidad de

trigo por un perrito. La salazón ó las almejas eran para nosotros un verdadero regalo...»

Otro narrador nos refiere que las mujeres de los establecimientos situados á orillas del mar acostumbraban á bajar todos los días á la playa, en marea baja, en busca de moluscos.

«Hubiera sido un fenómeno—dice un tercer colono—ver un trozo de vaca, de cordero ó de ternera...»

El día en que el gobernador Whinthrop acababa de dar el último puñado de harina que poseía á un pobre, vió llegar al puerto un barco cargado de provisiones.

Muchos bravos puritanos murieron de miseria y de fatiga durante los dos primeros años; pero en adelante el clima fortificó á los resistentes, si se les ha de dar crédito. Uno de ellos afirma que una bocanada de aire de la Nueva Inglaterra es mejor para la salud que una pinta de cerveza de la antigua. Aun en los peores días, muy pocos volvieron á Europa, y á pesar de toda su pobreza no se cometió jamás un robo durante el espacio de cuatro años. El gobernador Winthrop escribía á su mujer: «Aquí tenemos á Dios y á Jesucristo con nosotros; ¿no es esto bastante? Doy gracias á Dios por hacer que me encuentre aquí tan complacido que no me pese el haber venido. No habría seguido otro camino, ni aun cuando hubiera podido prever las tribulaciones que me esperaban. Nunca he estado más satisfecho ni más tranquilo de espíritu».

Durante muchos años, las dos colonias de Plymouth y de la bahía de Massachussets fueron independientes entre sí. Pero la colonia de los peregrinos, aunque fuese la más antigua, como prosperaba con mucha mayor lentitud que la de los puritanos, acabó

por unirse á esta última en el año 1692, bajo el nombre común de Massachussets, tomado de una de las tribus indias del lugar. Significa, á lo que parece, *Montañas Azules*.

CAPÍTULO IX

Las otras colonias de la Nueva Inglaterra.

He querido empezar por describir los dos establecimientos de la Nueva Inglaterra que se reunieron bajo el nombre de Massachussets, por la razón de que esta colonia, por ser la primera que se estableció, es en cierto modo la madre de todas las otras. En adelante seguiremos el orden geográfico.

Durante muchos años, el Maine no fué considerado como una colonia definida; es, sin embargo, una de las primeras partes de la América del Norte que visitaron los europeos. El navegante Gesnold penetró allí en 1602; una colonia inglesa intentó establecerse en 1607; al poco tiempo llegó una colonia francesa, pero los colonos ingleses se volvieron y los colonos franceses fueron expulsados por los de Virginia, que no querían tan próxima vecindad. A su vez, el capitán John Smith exploró la costa y la describió. Otro inglés, Sir Fernando Jorge, obtuvo del rey Carlos I títulos que le asignaban una parte de aquel territorio, al que dió el nombre de Maine, tal vez en honor de la reina María Enriqueta, que disfrutó á título de pensión la provincia francesa de ese nombre; pero la cosa está en duda.

Más adelante, la colonia de Massachussets reclamó la totalidad del país; los derechos de propiedad,

en lo que concernía á esta región, estaban bastante confusos. En suma: el Maine fué considerado como parte integrante del Massachussets durante casi todo el período colonial y hasta muchos años después.

Los primeros establecimientos no fueron al principio sino estaciones de pesca; es bastante difícil precisar la época en que se fundaron las ciudades coloniales más antiguas; fué de todos modos antes de 1630. Los colonos querían el Maine más bien para la caza y la pesca que para la agricultura; de suerte que sus poblaciones se desarrollaron lentamente; tuvieron que sufrir mucho con las guerras contra los indios. Las leyes eran menos severas en esta parte de la Nueva Inglaterra que en el Massachussets y el Connecticut. La libertad religiosa era grande, no se conocían las persecuciones en materia de fe; así todos los oprimidos se refugiaban gustosamente en el Maine. Pero de otra parte, la vecindad del Canadá ofrecía una desventaja, porque los franceses y los indios eran por entonces el terror de los colonos ingleses. El Maine se defendió contra ellos trabajosamente. No fué reconocido como Estado aparte entre las colonias, cuya reunión constituyó originariamente la República.

* * *

El New-Hampshire fué también visitado desde muy al principio, en 1603, por un explorador llamado Martín Pring; Porstmuth y Duvres fueron fundadas en 1623. Porstmuth fué primeramente llamado Strawberry-Bank, el Banco de las Fresas. Los establecimientos que allí se fundaron no tenían otro fin que la pesca. Cuéntase á este propósito que diez años después un predicador ambulante que se presentó entre

los colonos les invitó á vivir piadosamente, á fin de alcanzar el objetivo final. «Se equivoca usted, señor —le contestaron—; usted cree, sin duda, que está hablando con las gentes de la bahía de Massachussets; nuestro objetivo final es coger pescado».

La colonia no prosperó de prisa; á los treinta años de su fundación, Porstmuth no contenía más que cincuenta ó sesenta familias. New-Hampshire estuvo varias veces unido políticamente al Massachussets, y en un tiempo á Nueva York. Pero á partir de 1741 se convirtió en provincia separada, bajo la autoridad de un gobernador regio que residía en Porstmuth con cierto aparato. Todavía pueden verse hoy en esa parte del New-Hampshire, las hermosas viviendas que datan del período colonial.

El gobernador de New-Hampshire, Benning Wentworth, pretendió que las tierras de esta colonia debían comprender lo que es hoy el Vermont, y como su excelencia se arrogaba el derecho de disponer de los territorios comunales al Oeste del río Connecticut, puede deducirse que el puesto de gobernador colonial de New-Hampshire era bastante lucrativo.

Las ciudades más septentrionales se poblaron poco á poco de emigrantes escoceses é irlandeses; por la época en que estalló la revolución americana, el New-Hampshire era una colonia independiente y fuerte. Tomó su nombre de un condado de Inglaterra, el Hampshire, de donde procedían algunos de los primeros colonos que la ocuparon.

* * *

El Vermont fué explorado por primera vez en 1609 por un oficial francés, que dejó su nombre al lago Champlain. Sin embargo, los colonos europeos no se

fijaron allí sino cien años después. En la época de la revolución americana, el Vermont no era considerado como una colonia aparte; titulábanle *New-Hampshire Grant* (concesiones del Nuevo-Hampshire), á causa de los territorios comunales concedidos por el gobernador Wentworth. También el gobernador de Nueva-York pretendió hacer valer su autoridad sobre aquellas mismas concesiones; pero Ethan Allen y los otros «hijos de las Montañas Verdes», como les llamaban, se negaron á obedecer á Nueva-York y trabajaron por hacerse independientes. Transcurrieron muchos años antes de que pudieran lograrlo; la narración de sus luchas figurará más adelante con los detalles que comporta. El nombre de Vermont significa sencillamente Montaña Verde.

* * *

La colonia de Rhode-Island fué creada de una manera completamente distinta de los otros establecimientos de Nueva Inglaterra; sus fundadores huían de la persecución religiosa ejercida contra ellos en otra colonia. Sabemos que los fundadores de Massachusetts fueron á América para asegurar el libre ejercicio de sus opiniones religiosas; pero obraron así porque se creían en posesión de la verdad, no en razón de un principio de tolerancia. Las ideas de libertad en materia religiosa no eran comunes por aquella época, y los mismos hombres que mostraban tanta fidelidad á sus propias creencias eran á menudo los más encarnizados contra las ajenas. Llegó á América un joven ministro que reivindicaba la libertad religiosa, no solamente para sí mismo, sino para todos, cualesquiera que fuesen sus convicciones. Roger

Williams, que así se llamaba, acostumbraba á decir que los magistrados de un país deben imitar al capitán de un buque, que deja á los pasajeros que piensen y se conduzcan como les parezca á bordo, mientras que no perturben el orden. Pensaba que la ley se había hecho para los criminales, pero que nada tenía que ver con la religión. Desaprobaba que se obligase á las gentes á ir al templo contra su voluntad. No le parecía justo que los magistrados fuesen elegidos entre los miembros de una Iglesia particular, ni que se obligase al pueblo á pagar los gastos de un culto que no deseaba. No siempre se mostró muy moderado ni muy discreto en la expresión de este juicio; pero á la mayoría parecía sabio en el fondo. Desgraciadamente, Roger Williams emitió también á veces, sobre la autoridad civil, ideas completamente personales, que con razón alarmaron á los puritanos, y, por último, habló con tanta audacia contra las leyes establecidas, que los magistrados de Massachusetts decidieron enviarle á Inglaterra. Enterado de estos propósitos, huyó de Salem, en donde vivía, en el corazón del invierno, y erró durante catorce semanas por las soledades, sufriendo cruelmente con el rigor de la estación y no sabiendo ya lo que era una cama y un pan.

Esto ocurría en Enero de 1636. Al principio, Roger Williams se estableció en Seekonk, en la colonia de Plymouth; pero habiendo recibido del gobernador Whinthrop la orden de proseguir su marcha hacia la bahía de Narragansett, se embarcó con cinco compañeros en una canoa india. El primer punto en que desembarcaron recibió de los fugitivos el nombre de Providencia, en testimonio de gratitud á Dios que los protegía. No había entonces ningún colono de raza

blanca en aquella región, y Canonicus, jefe de la tribu de los narragansets, concedió una vasta extensión de país á Roger Williams; pero este hombre extraño no quiso quedarse con nada. Distribuyó cuanto poseía á cuantos estuvieran más necesitados, hasta que lo dió todo: «Yo querría—manifestó—que esta tierra pudiera servir de amparo á las personas de conciencia atormentada...» Muchas personas así atormentadas fueron efectivamente á reunirse con él, y se establecieron en diversos puntos de la colonia que había fundado. Entre aquéllas figuraban Ana Hutchinson—célebre predicadora de la época, desterrada por los magistrados de Massachussets—y Samuel de Gorton, otro predicador independiente. Cítase también á William Coddington, que compró á los indios una isla, Rhode-Island, entonces llamada Aquidneck. En fin, acudió tanta gente, que se llegó á decir: «Cualquiera que haya perdido su religión, está seguro de encontrarla en uno de los pueblos de Rhode-Island». La nueva colonia obtuvo á la larga una carta con el nombre de «Plantaciones de Rhode-Island y de Providencia»; la primera parte de este nombre tuvo por origen una supuesta semejanza de esta isla con la isla de Rodas. Las leyes del país tuvieron por base una absoluta tolerancia religiosa. Roger Williams declaró «que esta libertad se extendería á las conciencias más paganas, más judías, más turcas, más anticristianas, así como á los papistas y á los protestantes, y que los ciudadanos de todas las naciones serían protegidos en el ejercicio de su culto».

La Asamblea general de 1647 promulgó una ley con el mismo objeto. Fué una suma de libertad tal como no existía entonces nada parecido en ningún Estado cristiano, ni siquiera en la colonia de Mary-

land, que era, no obstante, considerada como la más liberal de América. Los habitantes de Rhode-Island temían tanto cualquiera forma de tiranía, que permanecieron cuarenta años privados de gobernador, por haber rehusado este puesto Roger Williams. Más adelante, el carácter y las costumbres de la población fueron acercándose poco á poco á los de las otras colonias de la Nueva Inglaterra. Pero estas últimas, que conservaban siempre una levadura de celos respecto á Rhode-Island, la rechazaron de su alianza. Sin embargo, Rhode-Island tomó una parte activa en las guerras que estallaron entre los franceses y las colonias, á las que poderosamente ayudó también á levantar tropas cuando empezó la revolución americana.

* * *

La costa de Connecticut fué al principio explorada por uno de los más antiguos navegantes holandeses, Adrián Block, el primer europeo que franqueara el paso de Hurlgata. Era en 1614, y la isla llamada Block-Island ha conservado el nombre de este audaz marino. Otros navegantes holandeses remontaron después el curso del Connecticut y se apropiaron sus dos márgenes con toda la costa de Long-Island hasta el cabo Cod. Pero la posesión del río fué igualmente reivindicada por una Compañía inglesa, y unos exploradores, procedentes de Plymouth, eligieron en la orilla un sitio para el establecimiento de una casa de comercio, á petición de un jefe indio llamado Seguin. Por su parte, los holandeses compraron á otro jefe indígena, Sassacus, el territorio en el que hoy se alza la ciudad de Hartford; fundaron allí otro establecimiento comercial y un fuerte, al que llamaron «la Casa

de la Buena Esperanza». Prohibieron á los ingleses remontar el río y amenazaron con hacer fuego sobre las gentes de Plymouth en cuanto se presentaran. Las gentes de Plymouth, sin embargo, remontaron el río, y fueron á establecer su comercio en Windsor. Estas cosas ocurrieron en 1633, y durante varios años, hubo rivalidad entre los holandeses y los ingleses por la colonización del valle de Connecticut.

Los holandeses de Nueva Amsterdam estaban mejor situados, pero los ingleses eran más numerosos y muy emprendedores; no tardaron en llegar por tierra tanto como por agua. Parroquias enteras avanzaban á través de los bosques, todavía vírgenes, hasta Hartford, Windsor y Wethersfield. Ningún hombre blanco había hollado aún aquel camino; los indios hablaban de la belleza del río, asegurando que sus orillas eran más fértiles que el suelo ingrato del Massachussets.

Los primeros colonos (1635) tuvieron mucho que sufrir con los rigores del invierno, y algunos de ellos, arrostrando la nieve, volvieron sobre sus pasos antes de la primavera. Pero cuando llegó esta estación, una expedición, mucho más considerable todavía, fué á establecerse hacia el Oeste, dirigida por un célebre ministro de la religión llamado Thomas Hooker. Llevaban sus ganados por delante, y no tenían para guiarse sino una brújula. Así anduvieron penosamente diez millas por día á través de los bosques; la mujer de Hooker, enferma á la sazón, era llevada en litera. Por fin llegaron á la deseada orilla.

En 1639 apareció la primera constitución que concedía el voto á todo hombre de la colonia del Connecticut que hubiera prestado juramento de ayudar á la comunidad.

El nombre de esta colonia era el del río á cuya

orilla se estableció. (Preténdese que la palabra *connecticut* significa en lengua india «río largo».)

Mientras que se fundaba, llegaba de Inglaterra (1638) otra considerable expedición de emigrantes, y creaba una segunda colonia sobre el mismo río, en un lugar que llamaron Nueva Haven. Esta colonia no tuvo, durante mucho tiempo, otras leyes que la Biblia, y no concedía el derecho de voto sino á los miembros de la Iglesia. En este concepto se parecía al Massachussets de los primeros tiempos, salvo que las controversias religiosas eran menos ásperas en los establecimientos del Connecticut, en donde no hubo sino muy pocas persecuciones religiosas.

Los contiendas con los holandeses de los Nuevos Países Bajos continuaron hasta 1664, época en la que toda la provincia de los new-netherlands pasó á manos de los ingleses, que cambiaron el nombre primitivo de aquélla por el de Nueva-York. A partir de este momento, los holandeses dejaron tranquilos á sus vecinos. Al año siguiente, la colonia de New-Haven se unió á la de Connecticut, y ambas prosperaron juntas, no teniendo que sufrir otros males que los que eran comunes al resto de las colonias.

Estos males serán asunto de otro capítulo. Veremos cómo vivió el pueblo de la Nueva Inglaterra hasta la época de la revolución americana, que hizo de todas las colonias, hasta entonces dispersas, una sola nación.

CAPÍTULO X

Período colonial de la Nueva Inglaterra.

No debemos olvidar que, á pesar de sus celos y sus divisiones, las colonias de Nueva Inglaterra no diferían sensiblemente entre sí. Componíanse, casi en su totalidad, de ingleses y protestantes, y la mayoría de sus colonos llegó á establecerse en América, tanto por motivos religiosos como por las ventajas materiales que esperaban encontrar. Todos sus jefes se distinguían por la más grande austeridad, y estaban decididos á no admitir sino á gentes de una moralidad igual á la suya. En el mismo año en que empezó la colonia de Massachussets, el gobernador Endicott dispersó á los colonos de Merry-Mount, que llevaban, según él, una vida ociosa y disipada. Ese mismo Juan Endicott quitó de la bandera inglesa la cruz roja, que consideraba como un emblema supersticioso. Las otras colonias de Nueva Inglaterra no eran, cierto es, tan rigurosas en su disciplina como el Massachussets; pero las costumbres de aquella época nos parecerían, sin embargo, muy raras, y ejercieron su influencia hasta sobre las colonias más liberales, como la de Rhode-Island.

Trasladémonos con el pensamiento á la época en cuestión, y supongamos que nos acercamos un domingo por la mañana á un pueblo de la Nueva Inglaterra. Es cosa de las nueve; oímos de lejos el redoble del tambor, el son de una trompa ó de un caracol marino, tal vez el de una campana, que llama á las gentes á la oración. Seguimos avanzando y pronto

vemos la bandera que flota sobre una capilla de madera, la «Meeting House», como la llaman. Entramos en el pueblo, y nos encontramos con una fuerte empalizada que rodea al modesto edificio; un centinela está de guardia; algunos hombres que van llegando le confían sus mosquetes. Hay uno ó dos cañones ante la «Meeting House». No lejos de allí, observamos dos instrumentos destinados á los criminales: las maniotas y la picota. Examinemos la iglesia: no tiene sino muy pocas ventanas á modo de aspilleras. Otras, en vez de cristales, tienen papel untado de aceite. Entre estas ventanas cuelgan las cabezas de los lobos muertos en el año anterior.

Si entramos en la iglesia, vemos á los fieles separados con arreglo á su edad, su sexo ó su rango. Los viejos, los jóvenes, las mujeres tienen cada uno un sitio distinto; los niños se sientan en los escalones del púlpito y de la tribuna, que están guardados por *constables* (agentes de policía). Cada uno de estos *constables* lleva una varita, terminada en un extremo por una pata de liebre y en el otro por una cola del mismo animal. De esta varita se sirven para tener despierto al público. Si una mujer se duerme, el *constable* la toca en la frente con la cola de la liebre; pero cuando el culpable es un muchacho, es llamado al orden con el otro extremo y con alguna mayor rudeza. Es indudable que la varita se empleaba frecuentemente, porque los oficios duraban á veces tres y hasta cuatro horas seguidas, y el sacristán volvía el reloj de arena ante el pastor cada vez que transcurría una hora. En materia de música, no había más que los cantos de la congregación, que seguía una traducción en verso de salmos, llamada «el libro de Salmos de la Bahía». El número de cantos conocidos

no pasaba de diez; y la mayor parte de las congregaciones no empleaba más que cinco. Tal era la forma del servicio divino de los puritanos. A nadie se le permitía la falta de asistencia, y unos hombres llamados *deceneros* estaban encargados de recorrer el pueblo y apuntar á los ausentes. Castigábase toda ausencia no justificada con una multa, y si la ausencia se prolongaba durante un mes entero, el culpable podía ser atado á la picota ó encerrado en una jaula de madera.

Si miramos ahora en nuestro derredor las casas de un pueblo puritano, vemos que las más antiguas son de tierra ó de madera, de un solo piso, con tejados puntiagudos, cubiertos de paja. En el interior, los hogares son de piedra bruta y las chimeneas están hechas sencillamente de planchas, ó de palos entrelazados recubiertos de arcilla. Acá y allá, sin embargo, se encuentran habitaciones más nuevas, mejor construídas, en las que el ladrillo alterna con la madera, con un piso delante y otro atrás, á veces hasta casas de piedra, como la del reverendo Mr. Whitfield en Guilforal (Connecticut), construída en 1639. Todavía se mantiene en pie esta casa; pasa por ser la más antigua de los Estados Unidos, en el Norte de la Florida. Las ventanas de estas viviendas son muy pequeñas y con charnelas; las chimeneas son, en cambio, bastante grandes para que contengan troncos de cuatro pies de largo y para que los niños sentados junto al hogar, al alzar los ojos, puedan ver el cielo. Todas dan al Sur, para que el sol, al entrar á medio día, advierta á la familia que es la hora de comer.

Los hombres que habitan en estas viviendas visten una casaca, pantalones cortos y una gorguera, á la que añaden una capa corta y un sombrero alto,

bajo el que los viejos se ponen un gorro de terciopelo, mientras que los jóvenes, en las ocasiones solemnes, llevan tahalíes de lujo, botones de oro y plata y botas altas. Las mujeres se contentan con vestidos ordinarios, hechos en casa, para atender á los servicios domésticos; pero cuando llega el domingo se ponen trajes de seda, pañuelo de encaje al cuello, mangas abiertas y gorras bordadas. La ley exige, sin embargo, que sus galas estén en relación con sus recursos; deben probar que son lo bastante ricas para ostentar atavíos de lujo.

Tal era también la costumbre en Inglaterra; los puritanos aportaron con ellos aquellas leyes muy rigurosas. Léese en los *Anales Judiciales* que una tal Alicia Flynt fué encausada con motivo de una caperuza de seda; pero que se sobreyó el proceso, porque el tribunal comprobó que la acusada poseía doscientas libras de plata. Por la misma época, Jonas Fairbanks fué acusado de haber llevado indebidamente «botas altas»; pero no se pudo establecer suficientemente la prueba de la culpabilidad, y fué absuelto.

Si permaneciésemos toda una semana en este pueblo puritano, asistiríamos tal vez á la revista mensual de las tropas; es decir, de todos los hombres de más de diez y seis años; tal vez los oficiales llevarían espadas iguales á la del capitán Miles Standish, que aún se conserva en el Museo de Antigüedades de Plymouth; tiene grabada en la hoja una inscripción oriental, de la que se desconoce el sentido. Veríamos desfilar á los soldados, unos con sus picas de diez pies de largo; otros con mosquetes, llamados fusiles de chispa. Todo soldado iba provisto de una horquilla de hierro, que clavaba en el suelo para poner en su

lugar descanso su arma muy pesada, y llevaba un tahalí que, cruzándole el pecho, sostenía además de la espada una docena de cartucheras de estaño. El pobre soldado necesitaba ser muy vigoroso para emprender largas marchas con tal equipo, al que se adicionaban, sin duda, un casco y una coraza de hierro, á menos que no fuese un peto forrado que, más ligero de llevar, rechazaba igualmente bien las flechas indias. Tales eran los soldados.

En las asambleas de ciudad (*Town-Meeting*) se encontraba á los mismos hombres en traje de paisano, discutiendo con paciencia y gravedad los asuntos municipales ó los intereses de la Iglesia; la mayoría de los votantes componíase en un principio, en casi todas partes, de miembros de la Iglesia. El voto se efectuaba con granos de trigo y habas. Cada grano de trigo era un voto en pro, y cada haba uno en contra.

Las leyes de los puritanos fueron en muchos casos más severas de lo que conviene á nuestras ideas modernas. Ocurría que se azotara públicamente á los culpables ó que se les atase á la picota. Existía el suplicio de las esposas, que sujetaban al delincuente de manera que no pudiera moverse. Algunas veces se le condenaba á permanecer en pie sobre un escabel en medio de la iglesia durante el oficio divino, con el nombre de su delito puesto en su traje ó en un letrero que se le colgaba al cuello. El castigo de la mujer quisquillosa en su hogar consistía en cogerla la lengua en una especie de cepo, á menos que no se limitasen á darla un chapuzón en el arroyo próximo. Semejantes castigos no se aplican ya en los pueblos civilizados, pero eran corrientes en aquella época, y hay que reconocer que el fin de tan rigurosa legislación era el

crear un pueblo sobrio y virtuoso, que temiera sobre todo el hacer mal.

«No olvidemos nunca—dice uno de los más antiguos predicadores puritanos—que la primera plantación hecha en nuestra Nueva Inglaterra fué la de la religión y no la del tráfico. Si hay entre vosotros algún hombre que cuente la religión por *doce* y el mundo por *trece*, sabed bien que semejante individuo no tiene ni el espíritu de un verdadero ciudadano de la Nueva Inglaterra, ni el alma de un cristiano sincero».

Desgraciadamente, aquellas buenas gentes se creían con derecho á fiscalizar las opiniones religiosas del vecino, tanto como su moralidad. Así es, que todo ciudadano, cuyas opiniones se diferenciaban de las de la mayoría, tenía que sufrir mucho. Puede alegarse, como excusa á esta conducta, que como el gobierno inglés censuró siempre á los puritanos con pretextos de que eran fanáticos é insensatos, los puritanos hacían naturalmente toda clase de esfuerzos para no cargar con la responsabilidad de un fanatismo más exagerado todavía; pero el medio que emplearon para remediar el mal fué peor que el mal mismo.

En aquella época, los cuáqueros ó *Sociedad de los Amigos*, aunque fuesen en muchos conceptos más discretos y más meritorios que los que les perseguían, no dejaban de constituir un gran obstáculo. Los cuáqueros se oponían con toda sinceridad á cosas juzgadas necesarias; se negaban, ya á pagar los tributos, ya á reconocer la autoridad del gobierno, ya á tomar las armas en caso de guerra. Por todo esto, los puritanos les invitaron á que se fueran á fundar en cualquier desierto un establecimiento con arreglo á sus

gustos, en vez de perturbar con resistencias obstinadas. Pero los cuáqueros se negaron también á esto. Creían tener tanto derecho como los demás á permanecer en Nueva Inglaterra. Por añadidura había en su sociedad algunos exaltados que cometían actos absurdos y generalmente desaprobados por los *amigos* en masa. Algunos de esos locos excitaban á las gentes á que circularsen completamente desnudas por las calles, á fin, decían, de protestar más enérgicamente contra las vanidades del traje; otros acudían á las reuniones del domingo vestidos con un saco y la cabeza llena de ceniza. Los mejores de los cuáqueros pagaban bien caro las extravagancias de sus hermanos. A veces ponían á estas pobres gentes con un hierro candente una H ó una R que designaba al hereje ó al *rogue* (pícaro); azotábanles públicamente en las calles; cuatro de ellos fueron ahorcados en el municipio de Boston. Todo esto era odioso, sin duda; pero no hay que perder de vista que por aquel tiempo existía en casi todas partes una severidad análoga y que los hombres no habían aprendido á tolerar en los demás la libertad de conciencia. ¿Cómo asombrarse de esto?... Todavía hoy no han aprendido por completo este gran deber.

Otra causa de ansiedad para los puritanos fué la cuestión de los sortilegios. En toda Europa, hace dos siglos, creíase que ciertas personas estaban en posesión de secretos mágicos, de los que se servían contra el prójimo. Ocurría, que una pobre vieja, que vegetaba retirada en un rincón, se viese acusada de echar maleficios, ya sobre las personas, ya sobre los animales, que causaban la enfermedad ó la muerte. Llevada ante los magistrados sufría múltiples interrogatorios, á veces hasta el tormento para arrancarla una

confesión que hacía al fin, alocada, vencida por el terror; se declaraba hechicera, denunciaba á pretendidos cómplices, si venia á mano, y de esta manera se extendía la persecución de unos en otros.

En Escocia, por esa época, perecieron en el espacio de diez años cuatro mil desdichados acusados de hechicería. No es, por lo tanto, sorprendente que fueran ejecutados unos veinte hechiceros en el Massachussets. A veces los acusados decían y hacían, en efecto, cosas muy ridículas. Por ejemplo, se vió á una joven levantarse de su banco en la iglesia y gritar desaforadamente: «¡Sacerdote, ese texto de usted es demasiado largo!» O bien: «Veo un gran pájaro amarillo posado sobre el sombrero del cura; allí, mirad al púlpito».

Al juzgar estos actos de locura, los magistrados se extraviaban á su vez un poco. Era una excitación general, y la excesiva severidad que contra los tales se ejercía, aumentaba el número de los pretendidos brujos. Después, algunos de los puritanos llegaron á avergonzarse mucho de su propia conducta. Un buen juez, Samuel Sewall, confesó á fines de su vida que había hecho mal en dejarse llevar por el encarnizamiento popular contra los brujos, y se impuso como ley expiar una vez al año, con el ayuno y la oración, el pecado que había cometido.

Los puritanos llegaron á tener otras preocupaciones respecto á sus cartas. Llamábanse así unos pergaminos otorgados por el gobierno inglés y por los que se autorizaba á los colonos á que hicieran leyes propias y eligiesen á sus magistrados. Los colonos sabían que sin esas cartas estaban expuestos á grandes injusticias, que podían encontrarse de improviso con unos magistrados ó gobernadores enviados de oficio

para regirlos y comprometer su prosperidad tan laboriosamente adquirida. Además, corría una época de guerra civil en Inglaterra entre Carlos I y el Parlamento, y los colonos no querían tomar parte en la lucha. Si se hubiesen declarado á favor de un partido, el otro no hubiera dejado de oprimirles al llegar al poder; permanecieron, pues, cuerdamente aparte, sin atenerse más que á sus cartas. Varias veces el Gobierno británico trató de arrebatárselas. En 1686 especialmente, Sir Edmond Andros fué enviado con tal fin, con poderes de gobernador general sobre toda la Nueva Inglaterra. Llegó rodeado de la mayor pompa, con uniforme rojo, todo galoneado de oro; el Massachusetts y el Rhode-Island se sometieron á su autoridad; el Connecticut pareció hacer otro tanto, pero un buen hombre, William Wadsworth, puso la carta en seguridad en el tronco hueco de un árbol. Sir Edmond Andros se enojó mucho; se hizo llevar los Anales de la colonia de Connecticut y escribió al pie *finis*; pero en 1688 estalló una revolución en Inglaterra, los colonos americanos se sublevaron contra el nuevo gobernador. Las gentes de Boston encarcelaron á Sir Edmond Andros; sacaron de su escondite la carta del Connecticut y se borró de los Anales la palabra *finis*.

Desde el año 1643 se había formado una liga entre varias colonias de la Nueva Inglaterra contra los indios y con otros fines más. Esta liga comprendía las dos colonias del Massachusetts y las dos del Connecticut, pero se había excluído á Rhode-Island.

El Maine y el New-Hampshire no eran todavía independientes, y el Vermont no estaba colonizado. La liga duró más de cuarenta años, aunque su importancia hubiera disminuído mucho hacia el final. Quedó disuelta cuando Sir Edmond Andros llegó á Boston en

calidad de gobernador real, y no se volvió á restablecer ni aun después de la caída de aquél por la revolución del pueblo.

El Massachussets y el New-Hampshire se convirtieron en dos colonias distintas y tuvieron que doblegarse, bien contra su voluntad, bajo gobernadores reales venidos de Inglaterra, mientras que el Connecticut conservó su carta intacta á través de todos estos cambios, gracias á William Wadsworth y al tronco de la vieja encina. Rhode-Island no tardó en volver á gobernarse por sí misma con su antigua carta, y no tuvo que sufrir molestias. Todas estas discusiones relativas á las cartas coloniales dejaron, no obstante, tras de sí una levadura de descontento y ayudaron á preparar la separación de la madre patria, que había de realizarse más adelante.

Por próximo que estuviera este gran acontecimiento, los colonos se consideraban todavía como leales y fieles ingleses. Crecieron en número y fuerza. Al principio todos vivían del cultivo, de la caza ó de la pesca; pero poco á poco introdujeron entre ellos manufacturas. La lana y el algodón, el cristal y la pólvora fueron los principales objetos de su industria; sacaron de los bosques la madera de construcción y el alquitrán; importaron pescado salado. El primer buque que construyeron fué llamado *la Bendición de la Bahía*, y pronto se multiplicaron estas bendiciones. La moneda escaseaba entre ellos, porque había que mandarla á menudo para adquirir provisiones á la madre patria, de donde no volvía; así es que tenían que hacer el comercio bajo forma de cambio. Después, se sirvieron para sus transacciones de wampum, de pieles de castor, de maíz y de balas de fusil. Por fin, en 1632, la legislatura del Massachussets emitió

una moneda colonial é hizo acuñar monedas de doce, seis y tres *pences*, de plata. Estas monedas llevaban en un lado la inscripción Massachussets, siempre escrita Masathusets, con un árbol en medio, en el reverso, y las iniciales N. E. ó las palabras New-England con la fecha.

Estas monedas son habitualmente conocidas con el nombre de *piezas de abeto*. Mientras que los colonos fueron pobres, su vida fué necesariamente sencilla y frugal. Las personas de toda condición se alimentaban mañana y tarde de un cocimiento de leche y harina, ya de carne de cerdo condimentada con habas ó guisantes. Aún no se habían importado el té y el café; pero, en cambio, se bebía copiosamente cerveza y sidra casera. El pan era, por lo común, de centeno ó de maíz, más bien que de trigo. Se carecía un poco de distracciones: el baile y los espectáculos estaban prohibidos y escaseaban los instrumentos de música; á nadie le estaba permitido tener naipes ni dados. En su deseo de propagar la virtud, los puritanos exageraban sin duda la austeridad; pero no se puede negar que lograron de esta manera mantener enhiesta la bandera de la moral. A esta sencillez en la manera de vivir, se unía un vivísimo sentimiento de la igualdad. Salvo un corto número de personas de la clase social más elevada, como los clérigos y magistrados, nadie era llamado señor ó señora; el apelativo más corriente era el de *buen hombre* y *buen mujer*; sin embargo, se tenía mucha deferencia con los hombres á quienes su educación ó su autoridad ponía por encima de los otros, particularmente con los ministros de la religión.

La instrucción estaba muy atendida, porque los primeros emigrantes procedían de las universidades

inglesas. No tardaron en fundar escuelas y pronto colegios ó universidades; el de Harvard es casi tan antiguo como las colonias mismas, puesto que se fundó en 1636; el de Yale lo fué en 1700. La primera imprenta de Nueva Inglaterra se estableció en Cambridge en 1639, y el primer periódico colonial se publicó en 1704, con el nombre de *The Boston Newsletter*. Los libreros empezaron pronto á prosperar en Boston, y se publicaron muchos libros, que trataban, en su mayor parte, de sermones ó controversias religiosas.

A medida que aumentaba la riqueza, las distinciones sociales empezaron á acentuarse; los gobernadores reales, sobre todo, desplegaban gran pompa. En Boston, en Cambridge, en Portsmouth (New-Hampshire) y en algunas partes de Rhode-Island, desarrolláronse hábitos de elegancia y la afición á la más magnífica hospitalidad. Pueden verse todavía, en esas ciudades, casas antiguas que atestiguan el esplendor del período colonial. La esclavitud existía en todas las antiguas colonias, pero bajo una forma muy suave; raramente se empleaba á los esclavos en los campos; servían más bien en las casas particulares. Al principio hubo una oposición enérgica contra la introducción de esta plaga; cuando en 1646 llegó de la costa de Guinea á Boston un cargamento de negros africanos, la legislatura decidió que fueran devueltos todos á su país natal, con una carta que expresara la censura y la indignación; se llevó el escrípulo hasta hacer reembargar á uno de aquellos desdichados, que estaba ya vendido en el Maine.

La colonia de Connecticut, en 1650, y poco después New-Haven, consideraron la trata de negros como un crimen capital.

En Rhode-Island, el primer acto de la asamblea

general de 1652 respecto á la esclavitud, fué ordenar que ningún ser humano, negro ó blanco, pudiera ser retenido como esclavo más de diez años, ni después de los veinticuatro años cumplidos. Pero los escrúpulos desaparecieron poco á poco, y se estableció la esclavitud. Muchos hombres importantes protestaron hasta el fin, entre otros el gran juez Samuel Sewall, que publicó con este motivo, en 1700, un folleto titulado *José vendido por sus hermanos*. No se hizo esperar la respuesta. Sewall dice en sus cartas que tuvo que sufrir en tal ocasión «duras palabras y fruncimientos de cejas», pero que le apoyaron algunos de los miembros más influyentes del clero, entre los que cita al reverendo John Hyginson, de Salem. Hasta después de la revolución no desapareció, sin embargo, la esclavitud de las colonias de Nueva Inglaterra.

CAPÍTULO XI

Nueva York y Nueva Jersey bajo la antigua dominación holandesa.

Hubo antaño un navegante inglés llamado Henry Hudson, que realizó algunos viajes singularmente audaces. Las naciones de Europa trataban de descubrir un camino más corto para ir á las Indias, ya dirigiéndose hacia el Norte, ya á través del nuevo continente americano. Henry Hudson había hecho ya dos viajes con tal fin, como empleado de Compañías inglesas. En dos ocasiones navegó entre bancos de hielo, y á pesar del frío horrible, llegó hasta Spitzberg; cada vez, sin embargo, tuvo que retroceder, en la imposibilidad en que se encontraba de penetrar más



allá. Pero siempre resuelto y aventurero, siempre dispuesto á emprender algo nuevo, ya tuviese que desafiar el sol de los Trópicos ó los hielos del Polo, continuó alimentando una idea fija: encontrar aquel paso á las Indias que tantos otros lo habían buscado en vano. El 4 de Abril de 1609, la Compañía holandesa de las Indias orientales le envió una vez más al descubrimiento. Por aquella época, Holanda era la gran nación comercial del mundo, y Amsterdam el centro del negocio europeo. No había en Holanda un solo bosque que pudiera proporcionar madera de construcción, y sin embargo, aquel país poseía más barcos que todas las naciones de Europa juntas. El barco de Henry Hudson se llamaba la *Media Luna*; la tripulación se componía de veinte hombres, diez ingleses y diez holandeses, y del hijo de Hudson. Arrumbó hacia el Norte, tratando de llegar á Spitzberg y Nueva Zambra; pero los bancos le cerraron por todas partes el camino, y el rigor del frío hizo que la tripulación estuviera á punto de sublevarse. Entonces resolvió dirigirse más al Oeste. Pasó á la vista de Groelandia; luego, virando al Sur, costeó Terranova, dobló el cabo Cod, y descendió hacia Virginia; después se remontó hacia el Norte, siempre sin perder de vista la costa, y llegó por fin á la desembocadura de lo que le pareció ser un estrecho ó un río. El 3 de Septiembre de 1609 echó el ancla en el lugar en donde está ahora Sandy-Hook. Allí los indios acudieron á traficar con él, y á los pocos días, volvió á hacerse á la vela, siguiendo la corriente cada vez más adelante, y figurándose, en suma, que había descubierto el famoso paso para ir á las Indias.

Hubo de ser cosa interesante, en efecto, remontar con Hudson aquel río majestuoso, por el que ningún

hombre blanco había navegado hasta entonces. Su diario de á bordo nos dice que las dos márgenes alegraban la vista con «su verdura, sus flores y sus árboles soberbios. Era—dice—el suelo más favorecido que se pudiera hallar, y abundaba en toda clase de maderas propias para la construcción de barcos». Los indios salieron á su encuentro con canoas hechas de un solo tronco. Pero no les permitió subir á bordo, porque uno de ellos había matado á uno de los marineros de un flechazo. En lo sucesivo, sin embargo, los holandeses mostraron más confianza, dejando que los indios trajeran uvas, calabazas y pieles. Dábanles en cambio collares, cuchillos y hachas. En fin, los indios invitaron al intrépido capitán á visitar la orilla; le acogieron maravillosamente. Uno de los jefes le arregó y le enseñó el país de alrededor.

Henry Hudson siguió después hasta el lugar en donde se halla actualmente la ciudad de Hudson, y allí, encontrando poca agua para su buque, destacó una chalupa que llegó hasta el sitio en donde se edificó más adelante Albany. Por último, volvió sobre sus pasos, perplejo, desalentado, salió del gran río ó *Groot-River*, como le llamaba, y regresó á Holanda.

No volvió á ver nunca aquel hermoso río. La Compañía holandesa de las Indias Orientales desdeñó explotarle cuando supo que no conducía á las Indias. En un viaje que emprendió posteriormente, Hudson ganó los mares polares, en espera siempre de encontrar el famoso paso.

Penetró en la bahía que lleva su nombre, pero llegados allí, los hombres de su tripulación se sublevaron, le ataron de pies y manos, le embarcaron en una chalupa con su hijo y otros tripulantes, y abandonaron así á aquellos desgraciados en medio de los

hielos flotantes. No se volvió á oír hablar de él. En nuestros días, algunos de los descendientes de antiguas familias holandesas establecidas en el río Hudson, cuentan leyendas relativas al intrépido navegante, que fué el primero en explorar aquellas orillas. Cuando el trueno retumba á lo lejos, dicen, dando al nombre la pronunciación holandesa: «Hendrick Hundson y sus compañeros están jugando á los bolos en la montaña».

Algunos años después, empezaron á crearse establecimientos de comercio á orillas del Hudson. Sabemos ya que el rey de Inglaterra, Jacobo I, dió antaño letras patentes á dos Compañías encargadas de colonizar la América del Norte. Una de ellas había de ocupar la parte septentrional de la costa del Atlántico, la otra la costa meridional, con la cláusula expresa de que los dos establecimientos estarían separados por un intervalo de cien millas, á fin de evitar toda cuestión. No se le ocurrió al rey que, en aquel vasto espacio inocupado, pudiera establecerse otra nación, fundar á su vez colonias y suscitar, á pesar de tales precauciones, motivos de discordia. Esto fué, sin embargo, lo que ocurrió. Basada en los descubrimientos de Hudson, Holanda reclamó todo el territorio ribereño del gran río, y llamó á este territorio «Nuevos Países Bajos». Al año siguiente surgió un audaz marino, Adrián Block, que fué el primer europeo que atravesara Hurlgate. Una vez cargado su barco, *El Tigre*, con pieles de oso, en la desembocadura del Hudson, iba á hacerse á la vela cuando estalló fuego á bordo. Hubo que desembarcar en la isla de Manhattan, en donde está hoy situada Nueva York. Los marinos pasaron allí todo el invierno de 1614. Construyeron viviendas de madera y un

fuerte; luego, antes de volver la primavera, hicieron un nuevo barco de diez y seis toneladas, llamado el *Sin Reposo*, nombre bien elegido para designar á los infatigables navegantes de aquel tiempo. Fué el segundo barco construído por europeos en el continente americano. De aquel establecimiento, conocido en su origen con la designación de «Nueva Amsterdam», había de salir una gran ciudad moderna: Nueva York. Diez años después, Holanda compró á los indios la isla entera de Monhattan por veinticuatro libras esterlinas. Staten-Island, la isla de los Estados, fué llamada así por Henry Hudson en honor del Gobierno holandés.

Lentamente fueron llegando los colonos á Nueva Amsterdam. Los holandeses fundaron allí algunas factorías, en donde podían comprar á los indios pieles de oso, de castor y de nutria. Al principio no se trató sino de pobres emigrantes, pero á la larga, fueron enviadas personas más pudientes, con ciertos privilegios especiales, por la Compañía holandesa de las Indias Orientales. Cada una de aquellas personas tenía el derecho de fundar una colonia de cincuenta personas, y de apropiarse una extensión territorial de diez y seis millas á lo largo de todo curso de agua, cuyas orillas no estuvieran aún ocupadas; podía, á voluntad, extenderse hacia el interior; se necesitaba haber pagado la tierra á los indios, y cada colonia tenía que establecerse en un lapso de cuatro años. El colono ejercía plena autoridad sobre «su feudo», sin fiscalización alguna por parte del Gobierno colonial, á condición, sin embargo, de no establecer fábricas de lana y de algodón, puesto que la Compañía de las Indias se reservaba exclusivamente ese monopolio. La Compañía se comprometía á proporcionar los

colonos esclavos negros que importaba de Guinea. Los grandes propietarios recibieron el nombre de *patronos*. Semejante sistema era muy distinto, como se ve, del simple sistema de colonización que tuvo curso en Nueva Inglaterra, en donde todos eran iguales ante la ley, y en donde cada cual tenía voz en los asuntos del Gobierno.

Los colonos holandeses é ingleses no vivieron en buena inteligencia, y su animosidad recíproca aumentó cuando las naciones empezaron á explorar el valle de Connecticut, cuya posesión codiciaban ambas. Los ingleses pretendieron que los holandeses no tenían derecho alguno sobre el continente en general, y menos todavía sobre el valle en cuestión; los holandeses replicaron que habían sido los primeros en remontar el río, y que su frontera del Este era el cabo que se llama hoy cabo Cod. Pronto los ingleses acusaron á los holandeses de excitar contra los primeros á los indios; los holandeses pusieron, á su vez, en tela de juicio la buena fe de los ingleses en las cuestiones de negocios. En suma, las dificultades iban en aumento entre la colonia de los Nuevos Países Bajos y sus vecinos; por añadidura, los indios se mostraban muy molestos, y se estaba en perpetua discusión con los colonos suecos de Delaware. Los holandeses no llevaban; pues, una existencia tan apacible como hubieran deseado.

Si después de haber visitado un poblado puritano de Massachussets hubiéramos podido entonces ir á bordo de un buque mercante á Nueva Amsterdam, nos hubiesen llamado la atención usos y aspectos muy diferentes. Las mismas casas y las calles no tenían parecido alguno (y claro está que no hablamos de las cabañas de madera y de tierra que los primeros colo-

nos construyeron por todas partes casi sobre el mismo modelo, sino de las viviendas permanentes que sucedieron á aquéllas); las casas de Nueva Amsterdam eran de madera, con piñones de ladrillos pequeños negros y amarillos, traídos de Holanda. Cada casa tenía muchas puertas y ventanas, y la fecha de su construcción está á menudo trazada en la fachada con letras de hierro. En el tejado había habitualmente una ó varias veletas. Tanto dentro como fuera reinaba una limpieza extrema, la limpieza que se observa hoy todavía en los pueblos de Holanda, en donde las mujeres friegan el umbral de sus puertas hasta cuando la lluvia torrencial parecía que había de evitarles semejante trabajo. Los muebles eran á la vez sencillos y sólidos; eran sillas fuertes con pies de garras, mesas de madera bien pulimentada, aparadores provistos de vajillas de porcelanas y plata viejas. Los relojes de torre y de sobremesa eran raros; medíase la hora por medio de un reloj de arena ó de un reloj de sol.

El piso estaba espolvoreado de arena blanca, en la que la escoba dibujaba los más bonitos arabescos. Las vastas chimeneas, bien abiertas, tenían adornos de porcelanas de diferentes colores, que representaban de ordinario asuntos tomados de la Sagrada Escritura, tales como el Arca de Noé, el Hijo Pródigo, el Paso del Mar Rojo. Por la noche se encendían teas resinosas ó velas de sebo de fabricación casera. En todo hogar había una ó varias ruecas; una enorme arca de encina guardaba la ropa blanca, hilada por las mujeres de la casa. Muchos habitantes poseían también casas de campo llamadas *boweries*, precedidas de *stoeps*, de pórticos, en donde los hombres se sentaban para fumar la pipa, porque los colonos ho-

landeses no tenían tanto ardor para el trabajo como los de Nueva Inglaterra. Movíanse con mayor lentitud, tomaban mayores descansos y se divertían más á su modo apacible. No eran ni alegres, ni brillantes, ni aficionados al baile, como los franceses del Canadá. Gustaban, sobre todo, de las buenas tajadas y de la botella, de largos relatos sazonados con carcajadas y del juego de bolos sobre los verdes céspedes. Débese á los holandeses la introducción de ciertas fiestas, cuyo uso se ha conservado después en América, la *Santa Claus* ó San Nicolás, por Navidad; los huevos rojos de Pascua, y las visitas de Año Nuevo. De ordinario se levantaban muy temprano, comían entre once y doce, y se acostaban á menudo en cuanto anocheaba. Sin embargo, un antiguo viajero suecò nos los presenta sentados á las puertas de sus casas, á la luz de la luna, y saludando á todos los transeuntes, quienes á su vez estaban obligados á responder, so pena de herir en su cortesía á los moradores del pueblo, una cortesía imperturbable y general. El mismo viajero añade que los holandeses de Albany se desayunaban con té sin leche, endulzado por un terrón de azúcar que tenían en la boca; la comida se componía de leche, manteca y pan; si se añadía un terrón de azúcar, era el colmo de la sensualidad. Las mujeres de Nueva Amsterdam tenían, sin embargo, fama de ser muy hábiles, sobre todo en la más variada pastelería, bollos de aceite, tortas de queso, etc.

Los ciudadanos de los Nuevos Países Bajos, sin ser tan asiduos á la iglesia como los de Plymouth y Salem, subvenían ampliamente á los gastos del culto, y testimoniaban un gran respeto á sus ministros, á los que llamaban «dominios».

A veces los ministros, cuando escaseaba el dinero,

eran pagados en pieles de castor ó en *wampum* (conchas). El ministro de Albany, por ejemplo, recibía anualmente ciento cincuenta pieles de castor.

En cuestión de traje, las mujeres llevaban cofias de muselina blanca, bajo las que los cabellos iban peinados lisos y pegados con pomada; varias sayas cortas superpuestas, de colores vivos; medias azules, encarnadas ó verdes, hechas á mano, y zapatos de altos tacones.

Los hombres usaban casacas de liritaña de amplios faldones y botones de cobre ó plata, varios pares de calzones cortos uno sobre otro, largas medias y grandes hebillas en las rodillas y en los zapatos. Llevaban el pelo largo, que lo arrollaban y sujetaban con una piel de anguila.

Las ocupaciones habituales de las gentes de Nueva Amsterdam tenían por objeto el comercio de exportación con las Indias occidentales y con Europa, comercio que consistía en maderas de construcción, en duelas de toneles, alquitrán, tabaco, pieles. Construían ellos mismos sus barcos mercantes, á los que daban nombres pomposos, tales como la *Reina Ester*, el *Rey Salomón*, el *Angel Gabriel*.

Uno de los gobernadores holandeses, Guillermo Kieft, llamado Guillermo el Caprichoso á causa de su carácter irascible, perjudicó mucho á la colonia por su crueldad con los indios, que usaron largamente de represalias. Este Kieft estaba muy mal dispuesto respecto á las colonias enviadas del Massachussets al Connecticut; hubiera querido ver toda esta región solamente en manos de los colonos de Nueva Amsterdam. Kieft lanzó, pues, una proclama contra los habitantes de Nueva Inglaterra. Estos respondieron, atacando la fortaleza holandesa de Hartford, á cuya

guarnición expulsaron. Apoderáronse, igualmente, de la parte oriental de Long-Island, quitaron el escudo que tenía las armas de Holanda y pusieron en su lugar una cabeza de asno. Esta derrota, unida á la dureza de su administración, puso el colmo á la impopularidad de Guillermo el Caprichoso, y los colonos saludaron con alegría la llegada de Pedro Stuyvesant, nombrado gobernador en 1647.

El gobernador Stuyvesant era un hombre bueno y honrado, pero de una terquedad tal, que le pusieron el apodo de *Hardkopping Piet*, que quiere decir Pedro el Testarudo; llamábanle también *el viejo de la pierna de plata*, porque había reemplazado una de sus piernas, que perdió en la guerra, con una pierna de palo con adornos de plata. Bajo su gobierno, la colonia estuvo al principio eficazmente defendida contra los indios, los suecos y los ingleses. Desgraciadamente, Stuyvesant era de carácter despótico y no dejaba al pueblo sino la menor parte posible en los asuntos de gobierno. Los holandeses comprendían muy bien que no gozaban de una libertad igual á la de las otras colonias; así es que no mostraban, cuando se trataba de combatir por sus patronos y por la Compañía de las Indias orientales, la solicitud que los colonos ingleses aportaban á la defensa de sus propios hogares. Y además, estos últimos crecían constantemente en número y en riquezas, lo que era para los holandeses un motivo de envidia, en medio de todas aquellas interminables contiendas.

En fin, en 1664, una flota inglesa, que traía á bordo gentes de Nueva Inglaterra, se presentó ante Nueva Amsterdam, y la ciudad se rindió por consentimiento general, á pesar de la enérgica oposición de Pedro el Testarudo, que hizo pedazos la intimación

escrita del comandante inglés; el pueblo le obligó á juntar los pedazos y aceptar los términos de la capitulación. A partir de este momento, salvo un brevísimo intervalo, los ingleses conservaron la posesión de los Nuevos Países Bajos.

Cambióse el nombre de la colonia por el de *Nueva York*, en honor del duque de York, á quien su hermano, el rey Carlos II, donó aquella provincia. La parte de los Nuevos Países Bajos, situada al Sur del Hudson, permaneció, sin embargo, como colonia distinta con el nombre de Nueva Jersey.

El duque de York permitió á su provincia tener una asamblea y darse leyes; luego, en 1683, los colonos de Nueva York obtuvieron una carta casi igual á la de las otras colonias; pero cuando el duque de York subió al trono, con el nombre de Jacobo II, trató de recobrar aquella carta; fué en vano. Nueva York, convertida en provincia inglesa, perdió algunos de sus hábitos primitivos; persistieron, sin embargo, otros durante un buen número de años, y el uso de la lengua holandesa prevaleció largo tiempo. Había aún escuelas holandesas en las que el inglés era enseñado como complemento. El primer colegio propiamente dicho fué King's College, hoy Colombia, fundado en 1754.

En cuanto los ingleses hubieron tomado posesión de Nueva York, los emigrantes afluyeron, en menor número, sin embargo, que á Filadelfia. Los nuevamente llegados pertenecían á diferentes naciones. Hay que decir que la misma Holanda cobijó durante mucho tiempo á extranjeros llegados de todas partes, los unos para beneficiarse con la prosperidad comercial de la nación, los otros para buscar un asilo contra la persecución religiosa. De aquí la mezcolanza insólita

de la población, desde los orígenes de Nueva Amsterdam. Asegúrase que se hablaban allí diez y ocho lenguas cuando cayó en poder de los ingleses.

Así, pues, Nueva York, en su aurora, parecía predestinada á ser una ciudad cosmopolita, el hogar común de un pueblo venido de todos los puntos del globo.

NUEVA JERSEY

Cuando los primeros colonos holandeses construyeron su fuerte en la isla de Manhattan en 1614, elevaron también un reducto en frente, en la orilla en donde está ahora el de Nueva Jersey. Después reivindicaron toda la comarca como una dependencia de los Nuevos Países Bajos. También llegaron prontamente los colonos daneses, así como otros colonos ingleses y suecos. Los holandeses trataron de oponerse. Sirviéronse de los suecos para echar á los ingleses; después lograron expulsar á los mismos suecos, que volvieron en su mayor parte á Holanda.

Cuando los ingleses se hicieron dueños de los Nuevos Países Bajos y el rey dió esta provincia á su hermano el duque de York, este último vendió la parte meridional á dos gentilhombres ingleses, Lord Berkeley y Sir Jorge Carteret. Sir Jorge Carteret había sido gobernador de la isla de Jersey, en la Mancha, por lo que eligió este nombre para la colonia. Su mujer se llamaba Isabel, y puso á una población el nombre de Elisabehtown. La porción de territorio que le pertenecía fué llamada la Nueva Jersey Oriental; la de Lord Berkeley Nueva Jersey Occidental, y durante muchos años la colonia fué comúnmente designada con el nombre de «The Jerseys».

Poco á poco compró toda esta región la *Sociedad de los amigos*, como se llamaba á los cuáqueros, por lo que tal colonia fué en gran parte obra de aquéllos. Otros disidentes perseguidos, principalmente presbiterianos de Escocia, fueron á sumarse á los cuáqueros. Aseguraron una perfecta libertad de conciencia; su carta consignaba que «ningún individuo sería en ningún tiempo, de manera alguna ni bajo ningún pretexto, perturbado, castigado ó molesto por motivos religiosos». Por último, en 1702 los propietarios de la colonia hicieron donación de ella á la reina Ana, con el fin de obtener el nombramiento de un gobernador real. Las dos provincias fueron entonces reunidas en una sola, si bien cada una de ellas conservó durante mucho tiempo todavía una legislatura distinta. Estableciéronse escuelas libres. El colegio de Nueva Jersey, hoy *Princeton College*, fué fundado en 1746.

La colonia gozó de una paz profunda hasta la época de la Revolución americana. «En toda la extensión de su territorio—escribía un viajero de la época—no se encuentra ni un mendigo ni nadie que esté necesitado».

CAPÍTULO XII

La "Sociedad de los Amigos," en Pensilvania y los suecos en Delaware.

PENSILVANIA

Pensilvania tiene un origen distinto del de las otras colonias; fué completamente organizada por un hombre superior, que era igualmente un hombre de bien, William Penn, joven inglés, rico é instruído, había estudiado en la Universidad de Oxford y

también en Francia. Fué expulsado de Oxford por haber tomado parte en los *meetings* de los cuáqueros y en diferentes manifestaciones, de las que eran promotores aquellos sectarios. Varias veces fué encarcelado por el mismo motivo. Penn se hizo cada vez más reflexivo y austero, á pesar de las burlas de sus antiguos compañeros. El Parlamento desplegaba una extrema severidad contra los cuáqueros, que reclamaban para todos la libertad de conciencia y la libertad de cultos. Penn ayudó generosamente con su dinero á los perseguidos, y resolvió al fin fundar en América una colonia, en la que pudieran encontrar refugio.

Su padre, un célebre almirante de la marina inglesa, había dejado al morir el crédito de una suma considerable prestada á Carlos II, antes de que éste subiera al trono. William Penn presentó el crédito y propuso al rey que le diera, en vez de dinero, una provincia en América. La oferta fué aceptada con apresuramiento, porque el real deudor tenía abundancia de tierras en América, pero muy poco oro en Inglaterra. Así fué como Penn llegó á ser el único propietario de una vasta extensión de terreno, con el solo censo de pagar anualmente al rey el importe de dos pieles de castor. Quería que el territorio, entonces cubierto de inmensas selvas, fuese llamado *Silvania* (del latín *Sylva*, selva). Pero á su pesar fué añadido su propio nombre por Carlos II. La región se denominó *Pensilvania*.

Los suecos y los filandeses la habían ya visitado en 1627; sufrió después la dominación de los Nuevos Países Bajos, y finalmente, había pasado, con el resto de las posesiones holandesas, á manos de los ingleses.

William Penn hizo partir un convoy de emigrantes en 1681, y desembarcó en persona al año siguiente. Se le recibió con entusiasmo, como podía hacerlo presagiar el nombre del buque que le llevaba: *Bienvenido*. No era más que justicia. Pensad que había prometido á todo emigrante pobre establecerse en aquella tierra, cuya posesión exclusiva le había concedido el rey, y que prometía á todos la libertad de pensamiento y de palabra. Llamaba á Pensilvania «una colonia abierta á todo el género humano», y escribía á los colonos: «Estaréis gobernados por leyes que votaréis vosotros mismos. Yo no quiero usurpar los derechos de nadie ni molestar á nadie».

En cuanto el rey Cuáquero—así se le designaba á veces—hubo entrado en su dominio, acudieron á él los emigrantes ingleses, holandeses y suecos. Leyéronse públicamente las cartas patentes concedidas por el rey á William Penn, y él arengó al pueblo, que le escuchaba deleitado. Al año siguiente compró á unos suecos, que á su vez lo habían adquirido de los indios, el terreno en el que había de alzarse la capital, cuyos cimientos puso, llamándola *Filadelfia*, nombre que significa *amor fraternal*.

La edificó con arreglo al plano de la antigua Babilonia, y quiso que fuese «una bonita y verdosa ciudad de provincia». En su principio no se componía más que de tres ó cuatro casitas; más de un ciudadano se albergaba en el tronco hueco de los árboles; pero en tres años, ganó más que Nueva York en cincuenta, aunque Nueva York la haya después superado, merced á su situación infinitamente mejor para el comercio.

William Penn no vivió en la colonia sino dos años, después de los cuales volvió á Inglaterra. Durante el

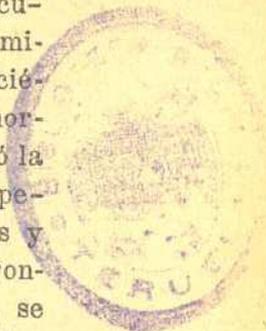
largo espacio de tiempo que duró su ausencia, los colonos se gobernaron ellos mismos, eligieron sus magistrados y votaron sus leyes. No se estableció ninguna tasa para el sostenimiento de los pobres, porque no era necesario. Todo el que pagase un impuesto tenía derecho al sufragio, cualesquiera que fuesen, de otra parte, su religión y su nacionalidad. No se exigía juramento á los testigos ante los tribunales. Estaban prohibidos los espectáculos; otras leyes todavía recordaban bastante á la de los puritanos. Pero no hubo ninguna persecución religiosa, y no se cuenta más que una acusación de brujería; y aun en este caso, al pretendido culpable se le declaró solamente «sospechoso de ser hechicero». Sin embargo, algunos de los crueles castigos que estaban en uso por aquella época se introdujeron poco á poco en Pensilvania; la picota, las esposas y el poste, en el que se ataba á los condenados á la pena de azotes, se vieron en la plaza del Mercado. No se prohibió la esclavitud, y la ley condenaba á la hoguera á todo esclavo asesino de su amo. Debe decirse, no obstante, que no hay huella alguna de una tal ejecución en los anales del país.

Tras quince años de ausencia, William Penn volvió á la colonia y permaneció dos años; se encontró con grandes novedades. Pero su popularidad seguía en aumento; nadie olvidaba la munificencia con que distribuyó su propiedad á los colonos. Él mismo comprendía que había hecho grandes sacrificios. «¡Oh Pensilvania — exclamaba un día —, cuánto me has costado! Por ti he gastado más de treinta mil libras esterlinas de mi propia fortuna, he hecho dos peligrosas travesías y he perdido casi el alma de mi hijo». Esta última frase era una alusión á la mala conducta de sus hijos durante la ausencia del padre.

Los pensilvanios agradecían á su bienhechor todas sus larguezas, y sin embargo, no estaban tan satisfechos como los habitantes de las otras colonias, en las que cada individuo se sentía propietario absoluto del terreno que había desmontado. Así fué que en cuanto Penn dejó de existir, los colonos no tuvieron el mismo respeto hacia los derechos de los sucesores y suscitáronse discordias.

Fué una raza perseverante é industriosa la de los primeros colonos de Pensilvania. Dedicáronse á la agricultura, al comercio y á la construcción de barcos, que vendían ó conservaban para su uso particular. No estaban todavía descubiertas las grandes minas de hulla que hay en este Estado, pero establecióronse para la fundición del hierro algunos altos hornos. La mayoría de los colonos ingleses conservó la sencillez de los cuáqueros, aunque encontraron apetecibles la comodidad y hasta el lujo. Sus escuelas y sus colegios no se fundaron completamente tan pronto como los de las colonias del Este; sin embargo, se asegura que la primera escuela de niños en América se estableció en Lewistown, cuando Delaware formaba parte de Pensilvania. La fundación de su Universidad se remonta al año 1749.

Hasta la época de la Revolución americana ó poco menos, Filadelfia fué «una bonita y verdosa ciudad de provincia», como quiso Penn. Las casas, generalmente construidas de ladrillo ó piedra, estaban rodeadas de jardines y de huertas. Un viajero alemán decía, en 1748, que maduraban tantos melocotones en los alrededores de la ciudad, que hasta los cerdos se hartaban de ellos. «Los campesinos de Europa—añade—cuidan más de sus nabos que los pensilvanios de las frutas más deliciosas. Quien las desee no tiene



más que escalar el muro para cogerlas. Todo filadelfiano goza de una libertad y una abundancia tales que puede vivir como un rey en su casa».

Sin embargo, por aquella época, una tienda en Filadelfia no era más que una simple casa, provista de géneros en el piso bajo, con un objeto cualquiera colgado á la puerta, á fin de indicar lo que se vendía; por ejemplo, una cesta, un libro, una colmena ó un modelo de un ancla. Las calles no estaban empedradas; no tenían sino un estrecho enlosado á modo de acera. El día del mercado semanal era, por decirlo así, día de fiesta; además, había una feria dos veces al año. En el principio, las gentes de la colonia eran sobrias y no se permitían sino muy pocas diversiones; pero más adelante tuvieron una escuela de baile, luego un baile público, después un campo de carreras y jaurias de caza. Alrededor, las vías de comunicación eran más que insuficientes, dados el mal estado de los caminos y la lentitud de los medios de transporte. En 1772, una diligencia, llamada «la máquina volante», ¡empleaba dos jornadas para ir de Filadelfia á Nueva York!

Pensilvania fué, durante varios años, más próspera que ninguna otra colonia. Al puerto de Filadelfia abordaba la mayor parte de los emigrantes; á veces doce mil alemanes llegaban en un solo año. Una tercera parte de la población pertenecía á la secta de los cuáqueros, todas personas económicas y de posición. Por la época en que estalló la Revolución de América, Pensilvania ocupaba entre las colonias el tercer puesto, no siendo superada en cuanto á población y fuerza sino por Virginia y Massachussets.

DELAWARE

Ocurrió, en 1610, que un inglés, Lord Delaware, gobernador á la sazón de Virginia, remontó la costa para un viaje de exploración y penetró en un magnífico curso de agua, que recibió el nombre de Delaware en recuerdo de aquél. Veinte años después, los holandeses intentaron fundar un establecimiento en aquel mismo lugar; pero los colonos perecieron á manos de los indios; más adelante, los suecos crearon allí una colonia permanente, la única que hayan jamás fundado. Hé aquí cómo sucedió la cosa:

Gustavo Adolfo, el más famoso de los reyes de Suecia, tan famoso que se le llamó el León del Norte, formó el proyecto de colonizar un rincón de América. Una Compañía, organizada con tal fin, contrató emigrantes de todos los puntos de Europa bajo la protección del Gobierno sueco. Esta Compañía resolvió prohibir la esclavitud en virtud del razonamiento siguiente: «Los esclavos cuestan mucho, trabajan á la fuerza y perecen pronto bajo los malos tratos. La nación sueca es laboriosa, inteligente; seguramente ganaremos más sirviéndonos de hombres libres, casados y padres de familia».

Gustavo Adolfo llamaba á la colonia proyectada «la perla de su reino», y la destinaba á ser el refugio «de todos los cristianos oprimidos». Por desgracia, este príncipe fué muerto en una batalla en 1632, y su hija Cristina, que no tenía más que seis años, le sucedió en el trono de Suecia. Pero el primer ministro del reino, el canciller Oxestierer, era uno de los mejores hombres de Estado de Europa. Resolvió proseguir la ejecución del plan preparado para el estable-

cimiento de la colonia americana, y envió, en 1638, á un número considerable de suecos y finlandeses, que construyeron un fuerte y le llamaron Cristina, en honor de la joven reina. La colonia recibió el nombre de Nueva Suecia. Llegaron otros colonos, y sus establecimientos concluyeron por extenderse sobre el territorio de la Pensilvania actual; de suerte que la morada del gobernador estaba á unas cuantas millas del lugar en donde hoy se alza Filadelfia. Esto descontentó á los holandeses de los Nuevos Países Bajos. Pensaban ellos que habían tomado posesión del país, y en su calidad de primeros ocupantes miraban á los suecos como intrusos. Estos, muy emprendedores, les hacían competencia en la compra de tabaco á los plantadores de Virginia y en la venta de pieles. Sin embargo, los holandeses no los atacaron desde luego, porque el gobierno sueco era entonces poderoso en Europa y capaz de sostener á sus colonias. Se limitaron á construir un fuerte al lado de Cristina. Los suecos se apoderaron de él. Entonces la Compañía holandesa, exasperada, pidió al gobernador Pedro Stuyvesant que la vengase, que echara á los suecos de las orillas del río ó que les obligase á tratar. En consecuencia, el gobernador holandés remontó el Delaware (1655), recobró el fuerte en cuestión, luego á su vez se apoderó de las fortalezas enemigas. El gobierno sueco se había debilitado mucho en Europa y no hizo nada para proteger á su colonia única; resultó de esto que, después de diez y siete años de una existencia independiente, Nueva Suecia fué englobada en los Nuevos Países Bajos.

En 1654 sobrevinieron los ingleses, que expulsaron á los holandeses de todos sus establecimientos. Delaware perteneció, pues, sucesivamente á tres naciones

distintas. Fué unida á Pensilvania, luego formó una provincia separada; pero en todo tiempo fué tan apacible como poco importante, protegida como estaba contra las incursiones de los indios por las otras colonias circundantes.

CAPÍTULO XIII

Virginia y Maryland.

VIRGINIA

He descrito las primeras colonias por orden geográfico, empezando por Nueva Inglaterra, porque esta exposición me pareció la más adecuada para grabarse en la memoria. Pero ninguna colonia puede reivindicar el privilegio de la antigüedad con más justo título que Virginia, *the old dominion*, la vieja posesión, como se la llama algunas veces.

Una iglesia ruinoso en Jamestown es el único vestigio que queda del primer establecimiento fundado en 1607, es decir, trece años antes del desembarco de los peregrinos de Plymouth. Cuando el rey Jacobo I concedió una carta á las dos Compañías encargadas de establecer sendas colonias, la una en el Norte y la otra en el Sur de una región determinada, dejando entre ellas un espacio vacante, la Compañía del Sur fué la que colonizó Virginia.

El comandante de la flotilla que llevó los primeros emigrantes á aquellos parajes se llamaba Newport; pero el verdadero jefe de la expedición era un capitán, John Smith, cuya vida fué muy rara. Nacido en Ingla-

terra, en el Lincolshire (1579), vendió, cuando tenía doce años, sus libros y su cartera de estudiante para marcharse á navegar. Pero habiendo muerto su padre repentinamente, abandonó sus proyectos de fuga para quedarse con su familia. Al cabo de dos años volvió á sentir la afición á las aventuras; abandonó Inglaterra, fué á Francia, á Holanda, y combatió varios años seguidos bajo diferentes banderas. Ocurrióle en estas guerras toda suerte de accidentes extraordinarios; una vez, yendo de Marsella á Italia, Smith fué acusado por ciertos pasajeros supersticiosos de haber causado una tempestad; le tiraron por la borda; ganó una isla á nado y le recogió un barco francés. Este barco entabló á poco un combate naval, y John Smith se distinguió de tal manera por su bravura, que le dieron una parte del botín tomado al enemigo.

Después fué á pelear contra los turcos. Durante un sitio, un oficial turco provocó á otro oficial cristiano á singular combate; Smith aceptó el desafío y mató, no solamente á su adversario, sino á otros dos sucesivamente. Hecho prisionero, vendido como esclavo, inspiró lástima á su ama Tragabizanda; consiguió huir á Rusia, de allí á Austria, á España, á Marruecos, y volvió otra vez á Europa dispuesto á lanzarse á nuevas aventuras. Habiendo oído hablar de la expedición á Virginia que proyectaba el capitán Newport, se alistó sin vacilar.

Hiciéronse á la vela el 19 de Diciembre de 1606 con tres buques; los colonos formaban un total de quinientos hombres sin mujeres ni niños. Al arribar á la bahía de Chesapeake, quedaron maravillados ante el espectáculo que se ofreció á su vista. El capitán Smith escribió que «jamás se habian combinado tan bien el cielo y la tierra para formar una morada hu-

mana». Llamaron á los dos cabos entre los que se encontraban el *Cabo Henry* y el *Cabo Carlos*, en honor de sus jóvenes príncipes. Llamaron á Old Point «Comfort» en recuerdo del excelente fondeadero que se les presentó tras una ruda tempestad. Llamaron al río James «Río del Rey», y á su primer establecimiento James City (hoy Jamestown), siempre en honor del rey. El desembarco se realizó en aquel lugar el 13 de Mayo de 1607, y se encontró fundada la primera colonia inglesa permanente de la América del Norte.

Habíase decidido que Smith fuese uno de los directores de la colonia; pero los otros, que tenían celos de él, se opusieron á que adquiriera tanta importancia. Sin embargo, no podían impedir que fuese el hombre más inteligente de todos ellos, y después de haber recurrido á él en más de una ocasión, se concluyó, quieras que no, por nombrarle presidente. Esta dignidad no era precisamente una sinecura, porque la turbulencia de los colonos les hacía muy difíciles de dirigir. No eran, en su mayoría, ni perseverantes ni industriosos. Había entre ellos muy pocos obreros y labradores; ahora bien, una colonia naciente necesita, sobre todo, de esta clase de hombres. La mayoría estaba compuesta de *gentlemen* inútiles, sin hablar de un cierto número de criminales indultados. Los unos habían creído encontrar inmediatamente el Océano Pacífico, y, chasqueados en su ilusión, no ocultaban su desaliento; otros buscaban en todas partes oro, y cargaron un barco con tierra común que tomaron por mineral.

«Cuando nos enviéis colonos—escribía Smith á la Compañía inglesa que había organizado aquella colonia—haced el favor de mandar treinta carpinteros, labradores, hortelanos, pescadores, herreros y destri-

patrones con buenos útiles, mejor que mil individuos semejantes á los que tenemos aquí.»

«Eran—añade un antiguo viajero—disipadores y descuidados, hasta el punto de que construyeron una iglesia que costó cincuenta libras y una taberna que costó quinientas.»

El capitán John Smith tuvo, pues, mucho que hacer para sujetar á aquellos hombres en el deber, para enseñarlos á derribar árboles, á construir casas, á hacer el ejercicio militar y para procurarles, explorando el país, medios de subsistencia.

Castigaba la pereza con la privación de alimento, y á fin de impedir las blasfemias, llevaba al día una nota de todos los que las proferían. Por la noche, el blasfemador recibía en su manga un bidón de agua fría por cada juramento. El mismo trabajaba más que nadie, y su ejemplo causaba á los perezosos una vergüenza saludable.

Más adelante, cuando llegaron las mujeres y los niños de los colonos, se vió operar un mejoramiento sensible, hasta el punto de que el capitán Smith escribió á Inglaterra que habían llegado á ser unos leñadores perfectos. Sin embargo, uno de los gobernadores repitió después que de lo que más necesitada estaba la colonia era de «honrados trabajadores cargados de familia».

El capitán Smith ha dejado algunos relatos muy vivos de las primeras privaciones que sufrió la colonia.

«Cuando abordé por primera vez á Virginia—dice—colgamos de tres ó cuatro árboles un viejo pedazo de lienzo de velas para preservarnos de los rayos del sol; nuestras paredes fueron barreras de madera, nuestros asientos troncos de árboles, hasta que

llegamos á poder serrar unas tablas. A modo de púlpito para predicar, teníamos unos maderos sujetos en dos árboles próximos. Durante el mal tiempo, nos abrigábamos bajo una vieja tienda podrida, la que, á falta de cosa mejor, podía pasar casi por nueva. Esta fué nuestra primera iglesia; después la substituímos por una especie de hórreo, cuyo techo y paredes estaban formados por vigas, cañas y tierra.

»Nuestras viviendas mejores obedecían al mismo patrón; pero en su mayor parte eran más rústicas, sin que defendieran á sus moradores ni contra el viento ni contra la lluvia.»

«Sin embargo—añadió más adelante—la misericordia celeste, el tiempo y la experiencia han concluído por desarrollar en este país una gran prosperidad; temo, no obstante, que no sea estable, porque se ha llevado al exceso el cultivo del tabaco, sobre el que no se puede contar.»

El capitán Smith preveía lo que en realidad ocurrió; temía que el cultivo del tabaco agotase el suelo y perjudicara, bajo otros conceptos, á la colonia.

Smith emprendió en diversas épocas exploraciones á lo largo de la costa, hasta el Maine. Visitó las *Isles of Shoals*, primitivamente llamadas islas Smith, en el New-Hampshire; allí hay erigido un monumento á su memoria. El fué el primero en dar el nombre de Nueva Inglaterra á esa parte de América; los nombres de *Plymouth*, *cabo Ana*, *rio Carlos*, aparecen por primera vez en un mapa que hizo. Realizó también expediciones al interior. En una de ellas cayó en manos de los indios, y fueron muertos los pocos hombres que le acompañaban. En cuanto á él, divirtió tanto á sus vencedores enseñándoles la brújula y explicándoles el movimiento de la tierra, que le perdonaron la vida.

Continuó asombrándoles al escribir una carta para sus amigos, porque los indios no comprendían cómo podía haber un largo mensaje en una simple hoja de papel. Sin embargo, el jefe indio Powhatan le condenó á muerte, y la sentencia iba á ser ejecutada, cuando la hija de aquel jefe, Pacahontas, una niña de doce años, se arrojó entre la víctima y el tomahawk, ya levantado, y salvó la vida del capitán. Esta historia ha sido puesta en duda, pero lo cierto es que Pacahontas existió, y que, hecha mujer, se convirtió al cristianismo, se casó con un inglés llamado Rolfe y marchó con él á Inglaterra. Un narrador inglés de la época dice que «no solamente se acostumbró muy bien á la civilización europea, sino que se comportó siempre como hija de rey». Murió poco tiempo después. También el capitán Smith fué á Inglaterra (1609) á curarse de una grave herida que había recibido, y no volvió nunca á América. Desde su marcha, todo fué mal en Virginia; al cabo de seis meses, los emigrantes, desesperados, abandonaron á Jamestown, con la idea de volver para siempre á su patria. Eran quinientos cuando se marchó el capitán Smith, y ahora su número había quedado reducido á sesenta. «Nadie derramó una lágrima de sentimiento — escribieron—porque nadie gustó un sólo día de felicidad». Pero al descender por el James River, se encontraron con la chalupa de un buque inglés que les traía, además de provisiones, un nuevo gobernador, Lord de la Ware ó Delaware. Volvieron entonces á Jamestown y siguieron viviendo allí. Este período de angustia quedó grabado en su memoria con un nombre característico: *el tiempo del hambre*.

En general, los colonos de Virginia no vivían en poblaciones como los de las colonias septentrionales.

El suelo era tan fértil, el cultivo del tabaco tan lucrativo, que los habitantes desdeñaban el comercio y la pesca. Como no estaban obligados á vivir cerca los unos de los otros para coligarse contra los indios, no construyeron ni ciudades ni grandes poblados. Cultivaron plantaciones separadas, y se introdujo entre ellos la costumbre de hacer venir de Inglaterra trabajadores, que se alquilaban á los plantadores por un determinado número de años. Los que así eran enviados á América para ser utilizados, eran criminales ó rebeldes al Gobierno. Más adelante, en 1619, un barco de guerra holandés trajo un cargamento de veinte negros africanos. Los plantadores de Virginia se apresuraron á comprarlos, echando así los fundamentos de la institución de la esclavitud, que ha subsistido hasta no hace mucho en los Estados del Sur. Los esclavos trabajaban en los campos, ejercían también oficios, porque todos los artículos de lujo eran traídos de Inglaterra á cambio de tabaco; todo se pagaba en tabaco en Virginia, hasta los impuestos, incluso los sueldos de todos los ministros de la religión y todos los gastos particulares. Cuando la colonia se hubo fundado, la Compañía inglesa exportó á noventa mujeres jóvenes de buenas costumbres, y todo el que se casara con una de ellas debía dar cien libras de tabaco. El marido de una mujer convicta de calumnia era condenado á pagar quinientas libras de tabaco. Legábase por testamento tal ó cual cantidad de tabaco. Esta época fué para Virginia un período de bienestar. Ejercíase la hospitalidad generosamente; la vida exterior era activa y completamente viril, pero la instrucción estaba muy descuidada.

Un gobernador de Virginia escribía en 1671:

«Doy gracias á Dios porque no hay ni escuela

libre ni imprenta», y expresaba la esperanza de que no existiría nada de eso en un siglo por lo menos. Otro gobernador prohibía el empleo de la prensa de imprimir para ningún uso que fuese. Otro tasaba á los maestros de escuela á chillings por cabeza. Sin embargo, el colegio *William and Mary*, en Virginia, es, después del de *Harvard*, el establecimiento más antiguo de este género que existe en América; su fundación se remonta á 1692. Recibió veinte mil acres de tierra de la munificencia del rey y de la reina de Inglaterra, Guillermo y María, cuyos nombres ha conservado, y asignáronse rentas para su sostenimiento.

Al principio, los colonos de Virginia no gozaron del derecho de regirse á sí mismos; la administración estaba en manos de un consejo nombrado por el rey. Varias de las antiguas leyes eran muy duras, especialmente las que concernían á las cuestiones religiosas. En 1610, á todo hombre que se abstuviera de ir al servicio divino, aunque fuese un solo domingo, se le privaba de la ración de una semana entera. Si reincidía perdía el derecho á las raciones y era azotado; á la tercera vez se le condenaba á muerte. Más adelante se decretó que por la primera falta á la iglesia se encadenara al culpable por el cuello y por los pies durante toda una noche y fuera esclavo de la colonia durante la semana siguiente. Para la reincidencia, el tiempo de la esclavitud era de un mes; para la tercera vez de un año y un día. No menos severas eran las leyes contra la blasfemia; toda mujer habitualmente áspera, podía ser sumergida por tres veces en agua fría. Hombres y mujeres eran en ocasiones azotados públicamente ó condenados al cepo, ú obligados á permanecer de pie en la iglesia durante el oficio, ya cubiertos con un paño y unas varitas

blancas en la mano, ya á la puerta con un cartel en el pecho. Había también leyes prohibiendo la entrada en la colonia á los católicos y á los cuáqueros, y los infractores eran rigurosamente castigados.

Todas estas abominaciones eran entonces comunes, y muy pocos Estados las repudiaban. La influencia del clero no era tan grande en Virginia como en las colonias de Nueva Inglaterra, y el carácter de los antiguos ministros no alcanzaba el mismo nivel moral. Citanse numerosos ejemplos de ministros borrachos y disolutos, pertenecientes á la Iglesia de Inglaterra, quienes, llegados á Virginia, escandalizaron á la población con sus malos ejemplos, su afición al juego, la embriaguez y otros vicios más. La sociedad era hospitalaria, libre en sus maneras y de costumbres poco severas. La mayoría de los colonos ricos vivía en sus vastas plantaciones, algunas de las cuales tenían una extensión de mil acres; poseían numerosos esclavos y tenían mesa puesta. En las ocasiones solemnes había gran despliegue de lujo y ceremonias. Uno de los primeros gobernadores iba á la iglesia con el siguiente aparato, descrito por su secretario: «Todos los domingos, cuando el lord gobernador, capitán general, va á la iglesia, le acompañan todos los consejeros, capitanes y otros funcionarios, sin hablar de todos los *gentlemen* y de cincuenta alabarderos que llevan la librea de su señoría (manto rojo) y marchan á los lados y detrás de él. Su señoría ocupa un puesto particular en el coro; es un sillón forrado de terciopelo, bajo un dosel; ante él hay un almohadón de terciopelo para arrodillarse; á su alrededor toman puesto el consejo, los capitanes y demás funcionarios, con arreglo á su categoría. Cuando vuelve á su morada le acompañan con el mismo ceremonial».

Más adelante, los habitantes de Virginia obtuvieron el derecho de gobernarse á sí mismos. Eligieron una legislatura llamada la «Casa de los Burgueses», cuyas decisiones eran sometidas á la sanción de la Compañía, en Inglaterra. Por último se hicieron dar una constitución escrita. La institución de la esclavitud, en opinión de los más inteligentes, engendró la ignorancia y la pereza; pero desarrolló en el país una clase aristocrática que tenía hombres de un gran carácter y de una energía poco común. Se ven todavía en Virginia las ruinas de muchas iglesias y de majestuosas casas, construidas con ladrillos importados y adornadas con escalera de caoba esculpida, cuyo aspecto evoca el recuerdo de una noble y opulenta colonia. En la época de la Revolución americana, Virginia se puso al frente de los otros Estados; fué la primera en proponer la separación de la madre patria, y varios de los hombres más afamados del Congreso y de los campos de batalla salieron de su seno.

MARYLAND

El primer establecimiento fundado en el país que se llama hoy Maryland fué obra de una partida de colonos capitaneada por William Clayborne, que tenía un permiso del rey de Inglaterra para hacer descubrimientos y dedicarse al comercio de pieles. Clayborne se estableció en la isla de Kent (bahía de Chesapeake) en 1631. Pero esta región había sido explorada poco tiempo antes por un inglés, Jorge Calvert, Lord Baltimore, que obtuvo del rey Carlos I una carta para la colonia futura. Lord Baltimore murió antes de que la carta estuviese firmada; le sucedió su hijo

Cecil, segundo Lord Baltimore. En esta carta designábase á la nueva provincia con el nombre de «Terra Mariae» ó Tierra de María, en honor de la esposa del rey de Inglaterra, Enriqueta María. Lord Baltimore envió, bajo las órdenes de su hermano Leonardo Calvert, una expedición compuesta de unos doscientos hombres á bordo de dos buques, el *Arco* y la *Paloma*. Desembarcaron en Marzo de 1634, y su primer establecimiento se llamó Santa María, siempre en honor de la reina. Ellos mismos tomaron á menudo el nombre de «Peregrinos de Santa María».

Maryland fué la única de las primeras colonias á la que el rey de Inglaterra dejara gobernarse por sí misma. Lord Baltimore había de gobernarla sin el socorro ni la ingerencia del Gobierno inglés. El rey prometió, incluso no establecer impuestos en la colonia, á condición de que le dieran anualmente, en señal de sumisión, un tributo de dos flechas indias, á más del quinto sobre la totalidad del oro y de la plata que pudieran descubrirse. La carta real declaraba, además, que los colonos participarían, hasta cierto punto, en la formación de las leyes; pero, en realidad, estas leyes no las hicieron sino Lord Baltimore ó los gobernadores á quienes quiso nombrar. Esta tiranía disgustó á la población, aunque Baltimore fuese personalmente un hombre muy respetable y muy ilustrado, de una tolerancia singular en materia de religión. Era católico, y los primeros colonos pertenecieron al mismo culto en su mayoría. Pero desde el principio se convino que todas las comuniones cristianas vivirían en Maryland sobre el mismo pie de igualdad. En 1649, la asamblea colonial dió un decreto, por el que ninguna persona «que profesara la fe de Cristo sería molestada por motivos religiosos, ni perturbada

en el libre ejercicio de su culto, ni obligada á reconocer otra religión contra su voluntad». No se llegaba, como en Rhode-Island, hasta la admisión de los judíos y de cuantos no practicaran el cristianismo; pero, en suma, era una tolerancia casi excepcional en aquella época. Si á veces fueron castigados los cuáqueros, no lo fueron en razón de sus doctrinas religiosas, sino porque se negaban al servicio militar. Llamóse también á esta colonia «la Tierra del Santuario».

Un gran número de puritanos, expulsados de Virginia por vivas persecuciones, se refugiaron en Maryland; no tardaron en suscitar perturbaciones, porque ni ellos ni su jefe, Clayborne, podían entenderse con los católicos, y llegaron á ser lo suficientemente poderosos para que se diera un decreto en el que se declaraba que los católicos no tendrían derecho á protección alguna en aquella colonia, que habían fundado. El rey puso un término á las discordias, estableciendo en Maryland la Iglesia de Inglaterra (1691); veinte años después, puso la colonia en manos de un descendiente de Lord Baltimore, que se había convertido al protestantismo. Fuera de estas disensiones suscitadas por cuestiones religiosas, Maryland prosperó y ofreció gran analogía con Virginia respecto á usos y costumbres. La esclavitud estaba vigente; había pocas poblaciones grandes; los habitantes vivían en general en sus plantaciones y cultivaban el tabaco. Como los virginianos, pagaban todos sus gastos con aquel producto. La Casa del Estado costó cuarenta mil dólares de tabaco. No tuvieron que sufrir por parte de los indios, y hasta en las guerras con los franceses y los salvajes, únicamente padecieron, en su país, los establecimientos del extremo Oeste. Cier-to es que hubo vivos altercados entre Maryland y

Pensilvania sobre cuestiones de frontera; pero la diferencia fué arreglada por dos agrimensores, Mason y Dixon. La línea de demarcación que trazaron en 1750 se ha venido siempre llamando «la línea Mason y Dixon». Durante muchos años, esta línea tuvo una gran importancia, porque separaba á los Estados libres de la Unión de los Estados esclavistas.

CAPÍTULO XIV

Las colonias del Sur.

CAROLINA DEL NORTE Y CAROLINA DEL SUR

El nombre de Carolina le fué dado á la región que todavía le lleva hoy, por una pequeña colonia de protestantes franceses que, huyendo de la persecución religiosa, fueron á establecerse allí en 1562, guiados por un tal Juan Ribault. Desembarcaron en Port-Royal, Puerto Real, en donde elevaron un fuerte, del que todavía subsisten algunos muros, y un monumento de piedra con las flores de lis de Francia. El país se llamó Carolina en honor de Carlos IX, á la sazón rey de Francia. Pero la colonia periclitó como casi todas las que se establecieron en el siglo XVI en el continente americano. Los franceses que sobrevivieron á esta empresa abortada, volvieron á su patria, y transcurrieron cien años antes de que nuevos colonos partiesen de Virginia, de Nueva Inglaterra y de las Barbadas. Después se formó en Inglaterra un gran proyecto de colonización de la Carolina.

Hablo aquí á la vez de la Carolina del Norte y de



la Carolina del Sur, que no se separaron definitivamente hasta mucho tiempo después.

El año 1663, Carlos II, rey de Inglaterra, concedió toda la región llamada Carolina á ocho propietarios, casi todos ellos señores de su corte. Ricos é influyentes, resolvieron dar á su gobierno una forma mucho más aristocrática que en ninguna de las que por entonces existían en América. Por orden del rey, el filósofo John Locke redactó el plan de este gobierno. Dispusiéronse las cosas de manera que el poder no estuviera sino en manos de muy pocos. Había de haber allí, como en todos los Estados europeos, una nobleza regularmente constituida; cada uno de los nobles llevaría el título de conde ó de barón; todas las tierras debían pertenecerles en propiedad, mientras que la condición del pueblo bajo apenas sería mejor que la de los esclavos.

Se ve por esto lo poco que los forjadores de semejantes proyectos conocían las aspiraciones generales hacia el *self government* (gobierno por sí mismo). El rey Carlos y Juan Locke se figuraban que el medio más seguro de hacer prosperar una colonia era despojar al pueblo de toda autoridad, mientras que, por el contrario, la experiencia había probado ya que el buen éxito de estos establecimientos dependía, sobre todo, del fraccionamiento de la propiedad y de una independencia, todo lo mayor posible, para cada colono en particular. Ocurrió además, que los grandes propietarios, condes y barones, que reclamaban la posesión exclusiva de la Carolina, se quedaron en sus casas, y que el plan, del que tan buenos resultados esperaba el Gobierno, no se puso seriamente en ejecución.

Mientras tanto, los emigrantes continuaban aflu-

yendo de todas partes á Carolina. Los había ingleses, irlandeses, escoceses, holandeses y franceses, hugonotes éstos, que huían de la persecución religiosa, como aquellos compatriotas suyos que, un siglo antes, dieron su nombre á Carolina y plantaron en aquel suelo virgen las flores de lis de Francia. Aquellos hugonotes, despidiéndose para siempre de su patria, fueron á buscar la libertad de conciencia á la sombra de la bandera inglesa. Es lamentable que la libertad individual no se practicase de igual suerte en la colonia. Esclavos negros fueron llevados allí desde las Barbadas en 1665. Las semillas de arroz llegaron, á lo que se dice, por casualidad con el cargamento de un buque procedente de Madagascar, y que recaló en el puerto de Charleston. Este cultivo se propagó con maravillosa rapidez, pero transcurrió aún bastante tiempo antes de la introducción del algodón, que fué después uno de los productos más importantes de la Carolina del Sur. Los habitantes de esta región contrajeron la costumbre de vivir como en Virginia, en vastas plantaciones aisladas, mientras que en la Carolina del Norte, los colonos se apartaban todavía más los unos de los otros, por los bosques, en los que no se veía camino, propiamente dicho, sino solamente senderos apenas indicados por marcas hechas aquí y allí en los árboles. Para atender á sus necesidades, recogían alquitrán y trebentina, cazaban osos y atrapaban castores. Ayudábanles en estas diversas operaciones los esclavos que trajeron con ellos de Virginia. La Carolina del Norte y la Carolina del Sur se diferenciaban ya, por consiguiente, en sus usos y costumbres mucho antes de separarse en dos colonias distintas.

Durante la guerra que hubo entre Inglaterra y

España, la Carolina tuvo que habérselas con los establecimientos españoles de la Florida. Los colonos enviaron una expedición armada contra San Agustín; en represalia, los españoles excitaron á los indios contra los colonos. Las dos Carolinas tuvieron mucho que sufrir de parte de los indios, sobre todo de la tribu de los tuscaroras, hasta que estos salvajes fueron vencidos y obligados á refugiarse en el Estado de Nueva York; allí se unieron con las *Cinco Naciones* en 1722.

Durante las guerras franco-indias, los franceses procedentes de la Habana atacaron los establecimientos de Carolina, que fueron terriblemente perjudicados por estos diversos enemigos. Los colonos estaban además muy descontentos de la administración de los propietarios ingleses, y acabaron por sublevarse, encarcelando al secretario de la provincia y expulsando al gobernador. Más adelante, elevaron al rey de Inglaterra una petición, rogándole que se sirviera indemnizar á los propietarios y hacer de todo el país dos provincias reales. Realizóse esto en 1729. La Carolina del Norte y la Carolina del Sur quedaron para siempre separadas. Cada una de estas provincias tuvo un gobierno real y una asamblea elegida por el pueblo. Con el tiempo, los gobernadores reales se hicieron tan impopulares como lo fueron sus antecesores. Resultó de esto que el deseo de gobernarse por sí mismo fué creciendo entre el pueblo carolino, hasta el día en que estalló la Revolución americana.

GEORGIA

La colonia de Georgia fué fundada por un hombre eminente, el general James Oglethorpe. Muy joven,

fué nombrado oficial del ejército inglés, en el que su valor, su afabilidad y su buena presencia le granjearon las simpatías de todo el mundo. Sirvió algún tiempo, como voluntario, en el ejército del príncipe Eugenio de Saboya, que combatía á la sazón contra los turcos. Después de distinguirse en el sitio de Belgrado, Oglethorpe volvió á su patria y fué elegido miembro del Parlamento. En tan elevada posición, se interesó particularmente por los pobres deudores, que por entonces eran tratados cruelmente en Inglaterra. Esto le llevó á trazar el proyecto de una colonia que estaría abierta á todos los perseguidos. Con este fin, pidió tierras al rey Jorge II, que le concedió el espacio situado entre la Carolina y la Florida. Era un vasto territorio, puesto que se suponía que debía de extenderse hasta el Océano Pacífico, pero como era reclamado á la vez por los ingleses y por los españoles, existían ciertas dudas sobre la legitimidad del título de posesión; estas dudas engendraron graves discusiones. Sin embargo, Oglethorpe organizó la colonia destinada á poblar los nuevos dominios en 1733, y partió él mismo en calidad de gobernador. La colonia fué llamada Georgia, en honor de Jorge II, que designó á la tierra confiada á Oglethorpe y sus asociados «como el patrimonio de los pobres».

El sello de la colonia tenía un grupo de gusanos de seda con un lema latino que decía: «No para ellos, sino para los otros».

Oglethorpe, al llegar á aquella tierra lejana, plantó su tienda bajo cuatro grandes pinos, en el lugar en donde ahora se alza la ciudad de Savannah. Durante un año aquélla fué su única morada. La tierra le pertenecía en virtud de un título real; pero le pareció justo, sin embargo, pagársela á los indios de la re-

gión, lo que le valió la amistad de los indígenas. Los jefes de tribu le ofrecieron una piel de búfalo, en cuyo interior estaban pintadas la cabeza y las plumas de un águila, diciendo: «Las plumas del águila son suaves y significan amor. La piel bien tibia es símbolo de protección. Ama, pues, y protege á nuestras pequeñas familias».

Oglethorpe aceptó esta humilde ofrenda y no se apartó nunca de los mejores sentimientos para con los indios. No fué solamente el amigo de los indios, sino el de los negros. Aunque la esclavitud existía entre sus vecinos de la Carolina del Sur, no toleró nunca que se introdujese en Georgia, declarando que si los esclavos entrasen en la colonia, nada tendría él de común con ella. Oglethorpe prohibió igualmente la importación del ron, y esta prohibición duró hasta su salida de América.

Muchos colonos de Georgia pertenecían á la secta cristiana, llamada de los moravos, perseguida en Austria. Célebres predicadores ingleses fueron á visitar aquel pueblo, John y Carlos Wesley, fundadores de la Iglesia metodista; Jorge Whitefield, que creó un orfanato en Savannah. Pero en ciertos puntos, Whitefield era menos consecuente consigo mismo que Oglethorpe, porque se mostró partidario de la esclavitud, y su influencia contribuyó poderosamente á introducir la en Georgia después de la marcha del virtuoso fundador.

De otra parte, los Wesley llamaban á la esclavitud «el compendio de todas las abominaciones».

Más adelante, cuando la guerra entre España é Inglaterra, Georgia, como la Carolina, tuvo que combatir contra los españoles de la Florida. Oglethorpe fué el comandante general de todas las fuerzas colo-

niales representadas por un millar de soldados europeos y algunos indios. Atacó á San Agustín en 1740; fracasó en su intento y tuvo en seguida que defender su propia colonia contra los españoles. Llegaron estos últimos en número de tres mil y desembarcaron en la isla de San Simón, en donde acabaron por sufrir una derrota definitiva. Al poco tiempo regresó Oglethorpe á Inglaterra. Los otros administradores que nombró el rey, eran por muchos conceptos impopulares; algunos de sus reglamentos parecían por extremo vejatorios; por ejemplo, el que limitaba la extensión de las granjas y el que prohibía á la mujer heredar una tierra. Al fin, produjéronse tantas quejas que los colonos renunciaron á su carta; Georgia se convirtió, pues, en una provincia real. El rey nombraba á la mayor parte de los funcionarios, aunque hubiera una asamblea del pueblo. El general Oglethorpe no volvió nunca á América; pero no por esto dejó de ser amigo fiel. Vivió hasta una edad muy avanzada, y conservaba á los noventa años la elocuencia, la cortesía, la afabilidad que siempre le caracterizaron.

Además de la colonia morava hubo en Georgia una colonia de higlanders escoceses, cuya afección conquistó desde el primer momento Oglethorpe presentándose con el traje nacional de ellos. Estos higlanders, así como los moravos, cuidaban mucho de la educación de sus hijos, cosa sumamente descuidada en el resto de la colonia. Los habitantes, ayudados por sus esclavos, desmontaban y cultivaban el terreno. El gobernador hizo grandes sacrificios para fomentar las manufacturas de seda que estuvieron florecientes durante algún tiempo. Enviáronse de Inglaterra gentes hábiles en la cría de los gusanos de seda y en devanar su precioso producto; esta industria per-

sistió en Georgia hasta la época de la Revolución americana. El general Oglethorpe llevó á Inglaterra las primeras muestras de la seda colonial, y con ella se hizo un traje la reina. Sin embargo, Georgia no alcanzó nunca una gran población; era la más joven y más débil de las colonias cuando estalló la guerra que separó á todas de la madre patria y las reunió en una gran nación.

CAPÍTULO XV

Guerras contra los indios.

Cuando los peregrinos desembarcaron en las rocas de Plymouth vieron á unos indios que se apresuraron á huir al acercarse aquéllos. Pero á la primavera siguiente, uno de los indígenas se les acercó atrevidamente diciéndoles:

«Ingleses, sed bienvenidos.»

Esto les sorprendió en extremo, porque no podían concebir cómo aquel salvaje hablaba la lengua inglesa. Se supo que se llamaba Samoset, que habitaba más al Este á lo largo de la costa y que había tratado á pescadores ingleses. Algunos otros indios conocían á los europeos de la misma manera; pero como habían sido más de una vez maltratados, no se mostraban tan confiados como Samoset.

Este permaneció una noche con los colonos, y cuando se fué le regalaron un cuchillo, un brazaletes y una sortija. Por su parte, prometió él que volvería pronto en unión de otros indios que les venderían pieles de castor. En efecto, al poco tiempo puso á los ingleses en relación con Massasoit, que era uno de los

jefes más poderosos de aquella región. Massasoit, en nombre de su tribu, hizo con los ingleses un tratado que duró más de cincuenta años. Era el sachem de los wampanoags, tribu que fué muy importante, aunque después decayera por las enfermedades; su alianza prestó grandes servicios á los peregrinos.

Estos enviaron una delegación para que visitara á Massasoit en su morada. Llevaban los mensajeros un traje de jinete para el rey, collares y cuchillos para sus jefes; Massasoit se endosó la casaca roja y los recibió amistosamente.

Otra vez los colonos, creyendo que uno de sus aliados indios llamado Squanto había sido muerto por los narragansetts, enviaron á través del bosque á una pequeña partida de diez hombres, los cuales cercaron la choza del jefe de la tribu sospechosa y le obligaron, aun cuando tenía á sus órdenes cinco mil guerreros, á poner en libertad, sano y salvo, á Squanto. Los indios ignoraban todavía el uso de las armas de fuego, y sus flechas no podían luchar con ventaja contra los fusiles de los europeos. Más adelante, el jefe de los narragansetts envió al gobernador Bradford un paquete de flechas envueltas en la piel de una serpiente de cascabel. El gobernador llenó la misma piel de pólvora y balas y se la mandó á los indios, que no se atrevieron á conservarla, y cesaron en sus amenazas. De otra parte, los peregrinos trataban á los indios equitativamente en todas las cosas. Cuando se decidieron á atacarles, fué para defender á otra colonia, que desgraciadamente no había mostrado el mismo espíritu de justicia. En esta guerra, dirigida por el capitán Miles Standish, murieron varios indios, lo que causó un gran dolor al venerable Mr. Robinson, que la congregación de los peregrinos dejó en Leyde.

«Hubiera deseado—dijo—que hubieseis convertido á algunos antes que matar á uno solo».

En la colonia de Plymouth y de Massachussets, se estableció como regla invariable el no tomar nada á los indios sin pagar. En el año siguiente al de la fundación de Massachussets (1631), el tribunal dió el siguiente decreto: «Se ordena á Josías Plastowe, que ha substraído cuatro cestos de trigo á los indios, que les entregue ocho, en cambio; se le condenará, además, á una multa de cinco libras, y en lo futuro no usará más que el nombre de Josías á secas, sin el apelativo de señor, como antes». Se ve en esto hasta qué punto se esforzaban los colonos en hacer que prevaleciese la equidad, aunque sea muy verosímil que se les presentaran frecuentes ocasiones de imponer castigos semejantes. Inmensas extensiones de territorio fueron más de una vez adquiridas mediante una manta ó un cuchillo, y aunque un negocio así pueda parecer hoy bastante desleal, debemos considerar que la manta ó el cuchillo tenían á menudo más valor á los ojos de un indio que una docena de miles de bosques, tanto más cuanto que tenían ante ellos el espacio ilimitado del continente. Hasta que aumentó el número de colonos no empezó á adquirir el terreno algo del valor que hoy posee.

Los primeros colonos del Connecticut tuvieron que habérselas con tribus más feroces que las que conocieron los peregrinos. Desde el principio entablaron contra los pequots una guerra, en la que se mezclaron todos los colonos de Nueva Inglaterra.

La lucha hubiera sin duda tomado muy serias proporciones á no ser por la intervención de Roger Williams, que usó de su influencia sobre la tribu de los narragansetts para aconsejarlos la neutralidad. Los

indios se habían reunido en consejo, y Roger Williams, con el fin de salvar á quienes le expulsaron de Massachussets, hizo en canoa un largo trayecto en medio de una espantosa tempestad. Que se juzgue de la rabia de los pequots contra Williams, cuando después de cuatro días de espera, les negaron su concurso los narragansetts. No cesaron de acosar á los colonos del Connecticut, y por fin (1637) organizóse una expedición contra ellos.

Noventa hombres blancos y varios cientos de indios aliados avanzaron á las órdenes del capitán John Mason. Su objetivo era el fuerte principal de los pequots, situado en el lugar en donde ahora se eleva la ciudad de Stonington. Este fuerte cubría más de un acre de espacio, y estaba rodeado de troncos de árboles de doce pies de altura, sólidamente clavados en el suelo y apretados unos contra otros. Dentro de esta formidable empalizada había setenta *wigwams*, cubiertos de esteras y paja, que formaban dos callejuelas. Había dos entradas: el capitán Mason se apostó ante la una y puso ante la otra á su lugarteniente el capitán Undenhil. Se habían repartido las tropas blancas, mientras que los indios aliados formaban en batalla en el exterior. Cuando estaban tomando sus posiciones, ladró un perro y se oyó gritar: ¡*Owanux!* ¡*Owanux!* (¡Ingleses, ingleses!) En seguida comenzó el ataque. Los techos de las chozas indias fueron incendiados y pereció la mayor parte de los indios. Los blancos no perdieron más que dos hombres, pero tuvieron un gran número de heridos. Fué el primer golpe de importancia asestado á los indígenas por los blancos, y durante los cuarenta años que siguieron rara vez se turbó la paz entre las dos razas que compartían el suelo de la Nueva Inglaterra.

Es consolador el pensar que en lo más rudo de la lucha, había entre los puritanos hombres de bien que trataban de atraerse á los indios y asegurar la paz por medios más dulces. Un pastor que descollaba entre los de Massachussets, el reverendo John Eliot, ó, como se le llamaba, «el Apóstol Eliot», llevó su abnegación hasta el punto de aprender la lengua de los salvajes, á fin de hacer para ellos una traducción de la Biblia. La traducción se imprimió en Cambridge, y una parte de la composición tipográfica fué ejecutada por un obrero indio. Eliot pobló una ciudad, Natick (Massachussets), con indios que habían abrazado el cristianismo.

Otros hombres de bien, como Mayhews, Cotton, Brainerd, etc., le imitaron, y se vió alzarse hasta treinta iglesias de *indios rezadores* (se les daba este nombre), bajo la dirección de predicadores indigenas. Los misioneros franceses, pertenecientes á la religión católica, habían establecido en el Canadá iglesias análogas. Un día, en lo más rudo de la hostilidad entre los colonos franceses é ingleses, un misionero jesuíta, llamado Drenillettes, llegó en calidad de embajador á la colonia del Massachussets para tratar de formar una liga con los colonos ingleses contra los mohawks. Por aquella época le estaba prohibido á todo jesuíta, bajo pena de muerte, penetrar en la colonia de Massachussets. Sin embargo, el valiente misionero fué recibido cordialmente por Eliot, quien le invitó á pasar el invierno con él. Hubo en aquel tiempo tantas discordias entre franceses é ingleses, católicos y protestantes, que son de anotar gustosamente los raros ejemplos de buena armonía y de tolerancia mutua.

La más terrible de las guerras indias estalló en

el año 1675; es conocida con el nombre de «guerra del rey Filip». El rey Filip era hijo de Massasoit, aquel fiel amigo de los blancos, y reinaba sobre los wampanoags. Su residencia principal estaba en Mount-Hope, casi enfrente del lugar que hoy se llama Fall-River (Massachussets). Esta península quedó expresamente reservada á su tribu, cuando se vendió el resto de las tierras á los europeos. Filip era tan bravo como inteligente. Viendo el incremento que tomaban los establecimientos de los blancos, mientras que el espacio de los indios se reducía cada vez más, resolvió reunir en un supremo esfuerzo á todas las tribus indígenas y expulsar á los ingleses del territorio. Fué, pues, de tribu en tribu, desde el Maine hasta el Connecticut, y casi todas entraron en la liga, incluso la de los fieles narragansetts, cuyo jefe, Miantonomi, fué muerto por la traición de unos blancos. Filip tomó tan bien sus medidas, que en el espacio de tres semanas brotó la guerra en una extensión de doscientas millas. Fué especialmente desastrosa para el Massachussets occidental, cuyas poblaciones fueron incendiadas unas tras otras. La tradición refiere que, cuando los colonos de Hadley, población atacada por los indios, se mostraban indecisos sobre la elección de jefe, vióse aparecer de repente en las calles á un desconocido de venerable aspecto. Tomó el mando, dió órdenes, y después de haber contribuido poderosamente á la derrota de los indios, desapareció tan repentinamente como había venido. Se supuso después que aquel misterioso personaje no era otro que William Goffe, antiguo general del ejército de Cromwell, que se vió obligado á huir de Inglaterra como regicida, por haber sido uno de los jueces que condenaron á muerte á Carlos I. Goffe y su compañero Whalley vivieron lar-

go tiempo ocultos en los bosques y cavernas del Connecticut. Su aparición, casi fantástica, se halla relatada en una obra del célebre novelista americano Hawthorne, titulada *The Gray Champion* (El Campeón gris). El autor se ha limitado á cambiar la fecha y el lugar de este acontecimiento.

Para romper la pujanza de la liga, se envió contra los narragansetts, á Rhode-Island, un ejército de mil hombres, mandado por el capitán Winslow. Los colonos marcharon, en el corazón del invierno, contra la aldea principal de los narragansetts; estaba situada en medio de una marisma y rodeada de empalizadas. Tras un combate de dos horas, los asaltantes se apoderaron del fuerte, y casi toda la tribu fué exterminada. Mientras tanto, Filip continuaba sosteniendo la campaña; díjose que mató á uno de sus guerreros que proponía pactar la paz. En 1676, un fuerte destacamento de puritanos, mandado por el capitán Church, marchó contra él. Su mujer y su hijo fueron hechos prisioneros. «Mi corazón se rompe — exclamó el rey al saber la noticia— y ahora estoy dispuesto á morir».

El niño tenía nueve años y era el último de la raza de Massasoit; los puritanos, que tanto debían al abuelo, vendieron al nieto como esclavo en las Bermudas. Poco tiempo después, el rey Filip, acosado por todas partes, murió en un combate. Así terminó aquella guerra que duró cerca de dos años y que costó la vida á seiscientos hombres. Doce ó trece poblaciones quedaron totalmente destruidas. Calcúlase en una familia por once las víctimas de los incendios, y en una onzaba parte también las pérdidas sufridas por los soldados coloniales.

Mientras que se desarrollaban las guerras con los

indios en Nueva Inglaterra, otras colonias eran presa de semejantes calamidades. Los holandeses de Nueva Amsterdam se entregaban á crueldades horribles con los indios, quienes á su vez usaban de represalias. En Virginia, los indios atacaban á los poblados apartados; ahora bien, el Gobierno inglés prohibía á los colonos tener armas para su defensa personal. Esta prohibición engendró la rebelión. Un animoso ciudadano, Natalio Bacón, se procuró una provisión de armas y organizó una fuerza militar capaz de resistir á los agresores. El gobernador Berkeley trató de destituirle. Bacón se vengó tomando la ciudad de Jamestown, que entregó á las llamas, empezando por su propia casa. La ciudad quedó tan completamente destruída, que apenas se encuentran hoy vestigios de ella.

Bacón murió al poco tiempo; pero á partir de esta época la paz subsistió durante varios años entre los indios y los colonos de Virginia. La colonia que tuvo menos que sufrir de las incursiones indias fué Pensilvania, gracias principalmente á la conducta sabia y recta del fundador William Penn. El año mismo de su llegada, en 1682, Penn hizo un tratado con los delawarenses y otras tribus. Erguido bajo un gran olmo en Schakamaxon, en el límite septentrional de Filadelfia, declaró solemnemente á los indios de qué manera pensaba tratarlos. «No os llamaré—les dijo—ni hijos míos, ni hermanos míos, porque ocurre á veces que los padres castigan demasiado severamente á sus hijos y que los hermanos riñen entre sí. No compararé tampoco la amistad que ha de existir entre nosotros con una cadena, porque la lluvia puede enmohecerla ó la caída de un árbol romperla; pero yo os diré que cada uno de nosotros representa la mitad de

un cuerpo humano, que somos una misma carne y una misma sangre».

Los indios contestaron: «Viviremos en buena amistad con William Penn y los suyos, tanto tiempo como duren el sol y la luna».

No faltaron nunca á este tratado. Pensilvania fué, á lo que se dice, la única colonia en la que el testimonio de un indio era recibido por la justicia contra el de un blanco, y los indios se mostraron dignos de esta justa correspondencia.

En Nueva Jersey, la Sociedad de los Amigos ó cuáqueros observó, respecto de los indios, una conducta igualmente generosa y equitativa; nunca tuvo queja de ellos. «Vosotros sois hermanos nuestros—les dijo el sachem—, y nosotros seremos siempre unos hermanos para vosotros. Marcharemos juntos por un amplio sendero. Si en él llega á dormirse por casualidad algún inglés, el indio que pase á su lado dirá: «Es un inglés; »duerme, dejémosle en paz».

Se ha repetido muchas veces que ningún indio derramó jamás una gota de sangre cuáquera. Aunque esto no sea rigurosamente exacto, es, sin embargo, cierto que Pensilvania y Nueva Jersey tuvieron que sufrir mucho menos de parte de los salvajes que el resto de las colonias. Sin duda contribuyó por mucho la conducta humanitaria de William Penn; pero hay que decir también que los indios, en cuyo territorio se establecieron los colonos cuáqueros, formaban una tribu humilde y pacífica (la de los delawares), que fué sojuzgada por los iroqueses.

No está probado que se hubiera mantenido tan fácilmente la paz con las feroces tribus que habitaban entonces en Nueva Inglaterra y Nueva York. Sin embargo, el tratado estipulado entre Penn y los indios ha

quedado célebre; el gigantesco olmo, bajo el que se hizo ese tratado, era venerado de tal manera, que cerca de un siglo después, en tiempos de la guerra de la Independencia, un general del ejército inglés le hizo custodiar por un centinela, á fin de protegerle contra sus propios soldados, que cortaban todos los árboles de alrededor para alimentar el fuego de sus vivaques. Ese árbol permaneció largo tiempo en pie; el viento no lo ha derribado hasta hace pocos años.

Los sucesores de William Penn no siempre siguieron su generosa política respecto de los indios. Puede citarse como ejemplo ese modo conocido de adquirir la propiedad territorial, llamado «la adquisición ambulatoria». Los colonos obtuvieron de los indios un documento, por el que se les concedía todo el terreno que un hombre pudiera recorrer en día y medio en una dirección determinada. Claro está que se entendía por esto una marcha al paso ordinario, que podía ejecutar el primero que llegase. En vez de esto, los colonos allanaban el camino designado; después, eligiendo á los andarines más ligeros que hubiera entre ellos, los ejercitaban en la carrera. Ocurría con este procedimiento desleal englobar vastas extensiones de terreno, del que los indios se encontraban expulsados. Los delawarees reclamaron. Entonces los ingleses, para desembarazarse de ellos, llamaron á los iroqueses, mucho más fuertes, y que ya otra vez los habían subyugado. La violencia triunfó una vez más del derecho.

A buen seguro que William Penn no hubiera aprobado semejantes actos. Sin embargo, repito, que los habitantes de Pensilvania se llevaron siempre mucho mejor con los indios que los de casi todas las otras colonias, hasta el terrible período de la guerra franco-india que me queda por narrar.

CAPÍTULO XVI

Guerras franco-indias.

He aquí de qué manera estallaron las espantosas guerras franco-indias, en las que, más ó menos activamente, tomaron parte todas las colonias de la América del Norte. A medida que aumentaban los establecimientos europeos, se debilitaban gradualmente las tribus salvajes, hasta el punto de que en 1675, mientras que se contaban unos cincuenta y cinco mil blancos en Nueva Inglaterra, el número de indios se había reducido á treinta mil. Las tierras pertenecientes á los indígenas habían sido, ó compradas por los colonos ú obtenidas mediante tratados, ó conquistadas en guerra, de tal suerte, que ya no quedaban sino unas cuantas mezquinas parcelas dispersas aquí y allí. Además, los blancos estaban mejor armados aun después de que los indios hubiesen aprendido el uso de los fusiles. Los indios no podían, pues, luchar contra los ingleses, á menos de alguna ayuda extranjera. Esta ayuda se la prestaron los colonos del Canadá.

Los franceses fueron los primeros exploradores de las regiones interiores del continente americano. Partiendo del Canadá bordearon los grandes lagos y descendieron el curso del Illinois, del Ohio y del Misisipi. Su mayor deseo era expulsar á los ingleses de todo aquel país é incluso prohibirles el comercio con los indios. Además, los misioneros franceses pertenecientes al culto católico habían convertido á un número considerable de indios á su religión.

Era natural que estos indígenas apoyaran á sus

sacerdotes contra los colonos ingleses, que eran casi todos protestantes. Añadamos á esto que los franceses habían demostrado más humanidad que los ingleses con los indios. Mezcláronse con los indígenas, adoptaron algunas de sus costumbres y hasta algunos se casaron con mujeres indias. Los indios preferían, pues, á los franceses, á pesar de la instintiva antipatía que los más astutos profesaban contra los extranjeros en general. Uno de ellos decía un día á un viajero inglés: «Vosotros y los franceses sois como las dos hojas de un par de tijeras, y nosotros los indios somos el paño que cortáis».

Todas estas causas reunidas produjeron una larga serie de guerras que fueron cien veces peores que las primeras, porque los franceses proporcionaron á las tribus indígenas mejores armas que las que hasta entonces habían empleado, y les enseñaron á construir fuertes más apropiados para la defensa; estas guerras han recibido diferentes nombres: la guerra del rey Guillermo (1689), la guerra de la reina Ana (1702), la guerra del rey Jorge (1744) y, por último, la guerra franco-india (1755-1763).

Esta fué la más importante de todas; pero propiamente hablando, no hubo más que una guerra única, con intermitencias de paz, porque se trataba de decidir á qué nación, si á Francia ó á Inglaterra, había de pertenecer la preeminencia sobre el continente americano.

En estas luchas, los indios rara vez afrontaron á los blancos en campo abierto; recurrían más bien á las sorpresas, á los ataques nocturnos, á las marchas rápidas; las factorías aisladas y los poblados pequeños eran los que más tenían que sufrir. A menudo los colonos, sumidos en el sueño, se despertaban al grito

de guerra lanzado por los indios ó al resplandor de las llamas que consumían sus viviendas.

Entonces los hombres empuñaban los mosquetes cargados, las mujeres preparaban los moldes de balas y hacían fundir plomo, ó bien cargaban los fusiles de sus maridos á medida que éstos disparaban. A veces, si llegaba á faltar el plomo, arrancaban las balas de los indios incrustadas en la pared, ó bien extendían mantas para recoger las que entraban por la chimenea. Otros acechaban el momento favorable para refugiarse en el blocao próximo. Este *blok-house* ó *casa de guarnición* era ordinariamente un fuerte de madera, de dos pisos, de los que el más bajo se hundía algunos pies en el suelo, mientras que el otro avanzaba sobre el piso superior. La base estaba formada por troncos escuadrados, de pie y medio de diámetro, mientras que vigas menores servían para el resto de la construcción. Unas aspilleras permitían tirar sobre el enemigo, y el humo se escapaba por unos enrejados hechos en el techo. Más de una vez estos fortines resistieron muchos días los asaltos de los indios, sobre todo cuando los asaltantes, careciendo de artillería, no podían sin peligro acercarse lo bastante para prender fuego.

Cuando los indios atacaban de día, cuidaban de elegir las viviendas de las que faltaban los hombres. Así se apoderaron de la casa de un colono llamado Thomas Duston, en Haverhill (Massachussets).

Duston había salido al campo, dejando en Haverhill á su mujer, que estaba en la cama con un hijo recién nacido; volvió demasiado tarde para salvarlos. Todo lo que pudo hacer fué reunir á siete de sus hijos y hacer que echaran á correr por el camino. Después empuñó su fusil y montó á caballo con la idea de ha-

cer que montara con él uno de sus pequeños. Pero le fué imposible elegir entre los hijos, que le eran igualmente queridos; de suerte que los dejó á todos á pie, cubriéndoles la retirada y disparando sobre los indios, quienes á su vez disparaban sobre él sin que le alcanzara ninguna de las balas, hasta que por fin llegó á un lugar seguro, á una milla de allí.

Mientras tanto los indios obligaban á la mujer de Duston á que les siguiera con su recién nacido, una nodriza y un pequeñuelo. Al recién nacido, como constituía un obstáculo para la marcha, no tardaron en matarlo. Los otros prisioneros fueron llevados durante varios días á través del bosque. Llegados á una isla del río Merriemaks, en donde acamparon, los prisioneros comprendieron que serían torturados y muertos al final del viaje. Formaron entonces la resolución de escaparse. Por la noche, mientras que los guardias indígenas dormían, las dos mujeres y el niño se apoderaron de los tomahawks y mataron á diez salvajes de los doce que allí había; después de lo cual llegaron á escape á los establecimientos europeos.

Otra vez los franceses, reunidos con los indios, asaltaron la ciudad de Deerfield, en la parte occidental del Massachussets. Era en Febrero de 1704. Los asaltantes venían del Canadá sobre sus patines. Mandaba á los franco-indios Hartel de Rouville, oficial francés que era por aquella época el terror de los colonos ingleses. Los habitantes, advertidos del peligro que les amenazaba, se habían parapetado y montaban la guardia todas las noches. Pero ocurrió que el frío aletargó al centinela, y casi inmediatamente los desgraciados habitantes fueron despertados por el grito de guerra de los indios. Asaltaron el presbiterio. La señal de los tomahawks se ve todavía en la

puerta de esa antigua casa. El reverendo John Williams, que vivía allí, su mujer y sus seis hijos fueron hechos prisioneros y conducidos al Canadá con otras cien personas. El invierno era de los más rigurosos. Los indios arrancaron los trajes á varios de sus cautivos, que hubieron de contentarse con una simple manta y un par de zapatos.

Durante esta horrible marcha, no tuvieron otro alimento que pistachos y bellotas. Solamente dos ó tres veces les dieron carne de perro. Viéronse obligados á andar veinte ó treinta millas al día, doblegados bajo los fardos con que los cargaban sus nuevos amos. Algunas veces los indios se mostraban benévolos con los niños, á los que cogían en brazos ó les metían en trineos destinados para este uso; pero á veces también, cuando los desdichados pequeñuelos se quedaban atrás, los remataban con los tomahawks. La mujer del pastor pereció de la misma manera.

Los sobrevivientes de esta deplorable caravana que llegaron al Canadá, fueron vendidos como esclavos á los franceses. Estos les trataron humanamente. Mr. Williams, rescatado, volvió á su país, en donde escribió el relato de sus aventuras. Todos sus hijos volvieron con él, salvo una niña que, habiendo sido adoptada por una familia de indios convertidos al cristianismo, no le fué nunca devuelta. De mujer se casó con un jefe indio y fué varias veces á Deerfield, pero sin querer quedarse, prefiriendo al país natal su wigwam canadiense y su nueva familia.

Puede imaginarse con qué sentimientos de odio hacia los indios oían los colonos, en sus veladas, los relatos de semejantes hechos. Los niños, antes de dormirse, escuchaban temerosos, creyendo oír siempre el terrible eco de guerra.

No era menor la cólera contra los misioneros del Canadá, que pasaban por animar á los indios á tomar las armas. Y sin embargo, aquellos misioneros se mostraban á menudo llenos de humanidad con los prisioneros; bajo la influencia de aquéllos, varias tribus indias renunciaron al uso del tormento; pero con todo, se les quería mal. Hay que decir que las guerras indias paralizaban todo trabajo. En tales circunstancias, eran muchos los que se veían obligados á dejar sus hogares para empuñar las armas. No puede, por lo tanto, asombrarnos mucho el ciego rencor de los colonos, que llegaron hasta poner precio á la vida de los indios, ofreciendo de cinco á cincuenta libras por cabeza. Grande fué su alegría al saber que el Gobierno inglés iba á enviar tropas contra los franceses del Canadá, que en adelante bastante tendrían que hacer con defenderse. Además, los colonos se prestaban siempre voluntariamente para las expediciones; á veces hasta las dirigían. Un pequeño cuerpo de ejército, mandado por el general William Pepperrell, partió de Marblehead (Massachussets) para atacar el fuerte francés de Louisburg en el Cabo Bretón. Era la empresa militar más importante que los colonos hubieran intentado nunca. La colonia de Massachussets la organizó con sus propias fuerzas, y con ella se alistaron hombres de New-Hampshire y del Connecticut. En número de cuatro mil en total partieron, dejando á sus mujeres y á sus hijos al cuidado de cultivar los campos, mientras que ellos estuvieran ausentes. Louisburg era la plaza más fuerte del continente, la llamaban «el Gibraltar de la América del Norte». Los invasores no llevaban más que veintiuna piezas de montaña, mientras que en las baterías del fuerte enemigo había ciento siete cañones; sin em-

bargo, tras un sitio de cincuenta días, Louisburg sucumbió (1745).

No hay que perder de vista que en aquella época las colonias inglesas no ocupaban á lo largo de la costa del Atlántico sino una estrecha faja de terreno, si bien se extendía sobre más de mil millas. Los franceses, por el contrario, ocupaban el Canadá y Nueva Escocia; además, reclamaban la posesión de toda la vasta región interior comprendida entre el río San Lorenzo y la desembocadura del Misisipi; así un gobernador de Nueva York escribía al Gabinete británico que si se dejaba á los franceses todo lo que habían descubierto, los reyes de Inglaterra no tendrían siquiera «cien millas de territorio desde el mar, en cualquier punto que se tomase». Y los franceses no se contentaban con esta reivindicación; trabajaban activamente en el interior del país, estableciendo factorías, construyendo fuertes, lanzando buques á los lagos y reuniendo en todas partes municiones de guerra. Apenas si permitían á los ingleses explorar el país y levantar un plano del valle del Ohio. Se resolvió, pues, enviar un capítulo de quejas á los funcionarios y agentes franceses. Jorge Washington, aunque no tuviera á la sazón sino veinte años, fué encargado de esta misión por el Gobierno de Virginia. Esto ocurría en Octubre de 1753.

Washington tuvo que atravesar selvas vírgenes que ofrecían mil peligros, y todo en balde. No le escucharon. Volvió en el corazón del invierno, y la vuelta fué más difícil, más peligrosa todavía que lo había sido su viaje del lado del Oeste. Tuvo que cruzar selvas que ningún blanco había hollado, que atravesar ríos helados sobre bloques de hielos flotantes ó en almadías construídas de prisa. Al cruzar de esta

manera el río Alleghany, en almadía, se encontró cercado por los témpanos; se le escapó el remo, que fué arrastrado por la corriente, y él cayó al agua. Felizmente pudo refugiarse con su compañero de viaje en una isla del río, en la que estuvieron hasta el amanecer, transidos y medio helados. Cuando llegó el día, lograron franquear el río sobre el hielo, y por fin pudieron volver á su hogar sanos y salvos.

A despecho de las instancias de Washington, los franceses continuaron aprestándose á la guerra con tanta actividad como antes, de tal suerte, que pronto tuvieron una línea de defensa de sesenta fuertes, que se extendía de Quebec á Nueva Orleans, y destinada, pensaban ellos, á asegurarles todo el interior del continente. Los colonos ingleses tuvieron la suerte, en estas circunstancias, de contar con el apoyo de los iroqueses, que habitaban al Oeste del río Hudson, y con los que desde hacia largo tiempo mantenían amistosas relaciones. Los iroqueses, llamados también «los Cinco Naciones», eran muy hostiles á los franceses; contaban en su seno á los cayugas, los mohawks, los oneidas, los onondagas y senecas. Luego se adicionaron los tuscaroras, y entonces fueron nombrados *Seis Naciones*. Es fácil recordar los nombres de estas tribus, porque los llevan varios lagos y ríos del Estado de Nueva York, y el recuerdo que los americanos guardan de ellas debe ser de gratitud, porque su alianza fué muy importante. En 1754, el Gobierno inglés ordenó al gobernador de las colonias que reuniera una asamblea de delegados en Albany, á fin de concertar un tratado con los *Seis Naciones* y organizar una liga de defensa común contra los franceses. Ya se habían hecho otros ensayos análogos, pero sin resultado.

Albany era entonces una pequeña población holandesa de trescientas familias á lo más, protegida de un lado por el río Hudson y del otro por una empalizada de estacas alineadas. Tenía también un fuerte de piedra. Allí se reunieron los veinticinco delegados de las diferentes colonias con ciento cincuenta jefes indios y se concertó el tratado, aunque los indios no dejaron de censurar á los colonos por no ser tan belicosos como los franceses y no construir en todas partes fuertes como los de éstos.

El doctor Benjamín Franklin propuso á los delegados un proyecto de unión: antes de marchar, insertó en su periódico de Filadelfia un grabado en madera que representaba una serpiente cortada en tantos pedazos como colonias había; cada pedazo llevaba la letra inicial de una colonia y debajo se encontraba esta inscripción: «La unión ó la muerte». (*Unite or die.*) Este dibujo sirvió más adelante de bandera. El doctor Franklin hizo observar á la convención que los franceses estaban unidos en un solo gobierno, y que por ello eran más fuertes que las trece colonias inglesas, separadas y llenas de celos mutuos. La asamblea, arrastrada por la palabra del doctor, consintió en un proyecto, que rechazaron luego las colonias. No estaban todavía maduras para la unión y se limitaron á convenir que la «antigua guerra» contra los franceses se llevaría con vigor durante nueve años consecutivos.

El principio de esta guerra se señaló por un acto odioso. La provincia francesa llamada entonces *Acadia* y hoy *Nueva Escocia*, fué ocupada por los ingleses á principios de la guerra de 1745; ahora bien, como los colonos franceses se negaran á prestar el juramento de adhesión á la Gran Bretaña, los solda-

dos de Nueva Inglaterra recibieron del Gobierno la orden de expulsar á los acadianos de su país. En varios lugares se convocó á los hombres en las iglesias con pretexto de oír la lectura de una proclama real; allí se vieron apresados y fueron despiadadamente conducidos á la orilla. Siete mil personas fueron de esta manera expulsadas de sus casas y sus tierras quedaron arrasadas. Más de una familia se encontró dispersa en la confusión del embarque y sus miembros estuvieron largo tiempo sin poder reunirse. Este deplorable acontecimiento inspiró á Longfellow el bello poema titulado *Evangelina*.

Mientras tanto, la guerra comenzaba á ponerse seria en Virginia. Cuando Washington fué al Oeste á desempeñar su misión cerca de los funcionarios franceses, eligió un lugar bien apropiado para construir un fuerte inglés. Era precisamente el lugar en donde se alza hoy Pittsburgo y en el punto en que se reúnen el Alleghany y el Momengahela para formar el Ohio. El Gobierno envió tropas y empezó la construcción. Creíase que puesto que los franceses poseían tantos fuertes en la región aquélla, les estaría permitido á los ingleses el tener también algunos. Pero lejos de mostrarse complacientes, los franceses se pusieron en campaña, echaron á los obreros y terminaron por sí y para sí la construcción del fuerte, al que llamaron *fuerte Duquesne*.

Washington continuó la guerra contra los franceses y los indios durante algún tiempo, con ayuda de los soldados de Virginia, que fueron puestos á sus órdenes; pero como no tenía fuerzas para atacar una plaza tan importante, el Gobierno inglés envió al general Braddock con un ejército de veteranos, y Washington sirvió entonces en calidad de oficial de esta-

do mayor. El general inglés no tenía la menor idea de la manera de combatir de los indios, y su terquedad le impedía recibir consejos de nadie. Avanzó, pues, con lentitud á través de los bosques, trazando caminos á su paso, y perdió así varios meses preciosos. Al aproximarse al fuerte Duquesne, Washington le instó á que mandase por los bosques de las cercanías algunas compañías americanas á la descubierta de los indios. Le demostró que aquellos soldados provinciales estaban acostumbrados á los encuentros con los indios, mientras que los *casacas rojas* no estaban habituados sino á una guerra regular y á los combates en campo abierto. Braddock desdeñó este consejo, é hizo, por el contrario, que sus tropas marchasen formadas, al son de la música, como si fueran á una parada. No estaba el ejército inglés sino á siete millas del fuerte, cuando una vanguardia, metida en un barranco, fué de pronto sorprendida por los indios y puesta en espantoso desorden. Los tiradores virginianos combatían amparándose tras las piedras; pero las tropas regulares, formadas en filas cerradas, fueron exterminadas por el enemigo. La batalla duró tres horas. Terminó con la derrota del ejército inglés que, de mil doscientos hombres, perdió más de setecientos. El general Braddock demostró un gran valor; cayó mortalmente herido. Todos sus oficiales fueron muertos ó heridos, excepto Washington, á pesar de que le mataron sucesivamente los dos caballos que montó y de haberle atravesado el traje cuatro balas. Aunque muy enfermo en aquellos momentos, tomó una parte activa en la batalla; tan animosa conducta le valió que le dieran el mando del ejército después de la muerte de Braddock.

Un jefe indio refirió más adelante que no cesó de

hacer fuego sobre aquel gran diablo de americano; pero es preciso creer—añadía—que un encanto le salvó la vida.

La derrota en cuestión ocurrió el 9 de Julio de 1755. Tuvo una gran resonancia en las colonias y hasta en Inglaterra, y sus consecuencias fueron importantísimas. Los franceses quedaron dueños de la región situada al Oeste de los alleghanys; los indios empezaron á despreciar á los ingleses, á estimar grandemente á sus vencedores y á renovar los ataques contra los colonos. En toda la parte occidental de Virginia principalmente, no hubo más que matanzas é incendios; las familias, una tras otra, huían para escapar á la muerte. «Las lágrimas de las mujeres y las conmovedoras peticiones de los hombres, me destrozan el corazón», escribía Washington, á la sazón general en jefe de las fuerzas virginianas. Tenía que combatir en aquella época con enemigos astutos é insecuestrables, que no aparecían sino de noche y cuyas huellas no podían reconocerse sino por las ruinas que tras sí dejaban.

Los franceses aliados de los indios les decían que había llegado el momento de expulsar para siempre de sus establecimientos á los colonos ingleses. Pero estos se resistían con la rabia de la desesperación. Tres años después, Washington fué enviado contra el fuerte Duquesne y concluyó por apoderarse de él. Así era cómo una brillante carrera militar preparaba á Washington á tomar parte en los acontecimientos de la Revolución americana, que estaba próxima. La derrota de Braddock tuvo también por resultado hacer ver á los colonos que los *casacas rojas* (1) no eran in-

(1) Llamaban así, por su uniforme, á los soldados del ejército regular inglés.

vencibles y que sabían huir como el común de los mortales cuando tenían que habérselas con enemigos más numerosos ó más hábiles que ellos.

Durante esta guerra, los franceses perdieron varios fuertes, entre otros los del Niágara, de Ticonderoga y de Crown-Point; pero el acontecimiento principal fué la toma de Quebec. El general Wolf fué enviado de Inglaterra para dirigir esta campaña con ocho mil hombres á sus órdenes, porque Quebec pasaba por ser una de las mejores plazas fuertes que hubiera en el mundo. Al principio fué rechazado por todas partes; pero al fin descubrió un sendero estrecho y escarpado que conducía á las alturas de Abraham, que dominaban la ciudad; resolvió subir por él con sus soldados. Enviando al capitán Cook (después tan célebre como navegante) á otro punto para efectuar un ataque simultáneo, Wolf se dirigió embarcado á la entrada del sendero que había descubierto. Cuéntase que durante el trayecto hablaba con sus oficiales con extraordinaria calma de la obra maestra de Gray, la *Elegía en un Cementerio de Pueblo*, diciéndoles que tendría á mayor gloria el haber escrito este poema que tomar Quebec. Añádese todavía que recitó los siguientes versos:

«Blasones, belleza, tesoros, poder que se anhela,
—todo no es en la tierra sino una efímera antorcha.—
La hora fatal llega, hay que dejar la vida... — ¿Adónde conducen los senderos de la gloria? ¡A la tumba!»

Los ingleses desembarcaron, treparon por los riscos, y con gran sorpresa suya, el general francés Montcalm vió en la mañana del 13 de Septiembre de 1759 un ejército sobre él; sin embargo, si hubiera permanecido en la plaza, los ingleses hubieran sido incapaces de desalojarla; prefirió dejar sus posiciones

y combatir á campo raso. Los ingleses vencieron; pero el general Wolf pereció en el mismo momento en que su ejército triunfaba. Mortalmente herido oyó los gritos: «¡Huyen, huyen!» Y preguntó quiénes eran los que huían.

«Los franceses — le contestaron—. Alabado sea Dios—exclamó—; muero contento.»

El general Montcalm cayó también mortalmente herido, y cuando le dieron á conocer su estado:

«Tanto mejor — exclamó—, no veré rendirse á Quebec.»

En efecto; Quebec se rindió á los cinco días, y en 1763 se firmó un tratado de paz por el que eran cedidas á Inglaterra, además del Canadá, todas las posesiones francesas al Este del Misisipi, salvo algunas estaciones de pesca en Terranova. Algún tiempo antes, el gabinete de Versalles había cedido á España sus derechos sobre las vastas regiones que se extienden al Oeste del Misisipi. Podía creerse que las tribus indias se someterían sin resistencia á la dominación inglesa y le serían tan fieles como lo fueron á Francia; pero los indios no estaban dispuestos á una sumisión tan fácil, y la guerra no tardó en volverse á encender con violencia.

Había un jefe indio llamado Pontiac, hombre animoso, hábil, cuya influencia sobre los suyos era considerable; mandaba la tribu de Ottawa cuando la batalla en la que fué derrotado el general Braddock, y había visto huir ante sus guerreros á los *casacas rojas*. Pontiac estaba convencido de que si las tribus indias llegaban á unirse en un supremo esfuerzo, concluirían por echar á los ingleses, á lo menos del interior del país. Los franceses del Canadá alentaban secretamente tales proyectos; decían á los indios que «si los

ingleses habían triunfado era porque el rey de Francia había estado dormido un tiempo; pero que pronto saldría de su sueño y echaría á los invasores del país habitado por sus hijos los pieles rojas». Pontiac escuchaba ávidamente estos discursos. «Soy francés—decía—, y moriré francés». Envió por todo el país emisarios, llevando cada uno de ellos un cinturón de wampun (puesto que las perlas rojas ó negras eran un signo de guerra) con un tomahawk pintado de rojo. En cada aldea fué aceptado el cinturón, se blandió al aire el tomahawk, y los jefes prometieron tomar parte en la guerra, después de lo cual se celebró consejo y se resolvió el ataque del fuerte Detroit, bajo el mando de Pontiac. He aquí cuál era el plan de este guerrero. Se presentaría ante el fuerte con treinta ó cuarenta hombres y pediría autorización para entrar con objeto de ejecutar un baile indio. Mientras que estuvieran bailando, unos cómplices rondarían por el fuerte y se darían cuenta de las personas que hubiera. Luego volverían pidiendo celebrar un consejo; esta vez traerían armas escondidas, y á una señal convenida caerían sobre los oficiales blancos. La primera parte de este plan salió bien, pero la segunda fracasó. El comandante del fuerte fué advertido por unas mujeres indias, y cuando Pontiac se presentó con sus cincuenta guerreros que ocultaban los fusiles bajo sus mantas, fueron cercados por un pelotón de soldados armados hasta los dientes. Vieron entonces que todo estaba descubierto, y hubieron de estimarse felices al ser despedidos sin castigo.

Después de este episodio, Pontiac reunió á sus aliados y sitió abiertamente á Detroit durante varias semanas (1763). Fué el sitio más largo sostenido por los indios, cuya táctica consistía sobre todo en sor-

presas, y al fin tuvieron que levantar el campo, aunque mientras su duración fueron capturados otros varios fuertes por los indios. En Michillimackinac, por ejemplo, varios centenares de indios aprovecharon un día de fiesta para ponerse á jugar á la pelota cerca del fuerte, é invitaron á los soldados á que saliesen á verlos, mientras que sus squaws presenciaban el juego envueltas en sus mantas. De pronto, la pelota fué á caer, como por casualidad, á la puerta del fuerte. Los salvajes corrieron tras ella, pero tuvieron tiempo de coger cada cual un hacha que sus mujeres tenían ocultas. Penetraron entonces en el fuerte y mataron á los soldados de la guarnición; apenas si lograron escapar veinte. Así, de una manera ó de otra, casi todos los fuertes ingleses de la región de los lagos cayeron en poder de los indios. Detroit resistió, sin embargo, con gran denuedo, pero la guarnición estaba hambrienta. Solamente el invierno la salvó. Los indios se dispersaron, abandonando la plaza tras un sitio de cinco meses. Habíase necesitado nada menos que la extraordinaria energía de Pontiac para que durase tanto tiempo. Por fin, este intrépido jefe se vió obligado á hacer la paz con los ingleses, y pereció asesinado por otro indio en una orgía.

Así terminó la larga serie de las guerras franco-indias; los colonos ingleses empezaron á disfrutar de un poco de reposo hasta la época en que empezó su propia revolución.

CAPÍTULO XVII

Principios de la Revolución.

He terminado ahora la historia de las trece colonias primitivas, «las trece viejas», como se les llama á menudo, á saber: New-Hampshire, Massachussets, Rhode-Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia. El resto de los Estados actualmente existentes se ha formado, ó de aquéllas ó de territorios anexionados; la historia del país entero, hasta la época de la Revolución americana, no es, propiamente hablando, sino la historia de esas trece colonias.

Cada una de ellas, como se ha visto, tenía en su pasado alguna particularidad que la distinguía de las otras; primeramente fueron fundadas por varias naciones diferentes, la mayoría, cierto es, por ingleses, pero Nueva York y Nueva Jersey deben su origen á los holandeses, Delaware á los suecos, mientras que los franceses fueron los primeros exploradores de las Carolinas. Estas colonias en general fueron creadas por pequeños grupos de colonos, entre los que no existía ninguna distinción de rango; dos, sin embargo, Pensilvania y Maryland, no tuvieron, respectivamente, al principio, sino un propietario único, posesor de todo el suelo, mientras que Nueva York tenía «sus patronos», con arrendatario á sus órdenes. Muchas se fundaron por los que huían de la persecución religiosa, á la sazón muy activa en Europa; Rhode-Island, sin embargo, reclutó á los perse-

guidos de las otras colonias, y Maryland se componía de católicos romanos. Las unas se rigieron por cartas; otras, que no las tenían, tuvieron que acatar á gobernadores reales; otras, en fin, fueron administradas por sus primeros propietarios ó por los delegados de éstos. Pero cualesquiera que fuesen estas diferencias en cuanto á su origen y su gobierno, las trece colonias se parecían en más de un concepto. Por ejemplo, cada una se dirigía más ó menos por sí misma al punto de vista local, haciendo y aplicando, en cierta medida, sus propias leyes. Todas ellas, además, pasaron á la vez á ser súbditas de la Gran Bretaña, lo mismo las que no fueron fundadas por colonos ingleses que las otras, y finalmente, todas se rebelaron poco á poco contra el Gobierno británico, del que juzgaban tener motivos de queja. Este descontento las llevó, en fin, á separarse de Inglaterra y á unirse estrechamente entre sí; pero un acontecimiento tal no se deslizó sin lucha, y la guerra que estalló con este motivo es conocida con el nombre de Revolución americana.

No hay que creer que las colonias se unieran deliberadamente, bien resueltas á sacudir el yugo de la Gran Bretaña. Por el contrario, cuando empezaron las revueltas, la mayoría de los colonos hacía protestas de «su lealtad»; todos estaban dispuestos á gritar: «¡Dios salve al rey Jorge!» Y aun después de empezada la campaña, el Congreso continental se expresaba en estos términos: «No hemos levantado ejércitos con el designio ambicioso de separarnos de la Gran Bretaña y formar unos Estados independientes».

Los colonos no hubieran deseado otra cosa que continuar viviendo como antes, si el Gobierno británico les hubiera tratado siquiera de la manera que ellos juzgaban equitativa, es decir, si les hubiera exi-

mido de los impuestos ó dado representación en el Parlamento á cambio de los impuestos pagados. Este deseo era considerado como muy razonable por un gran número de hombres políticos ingleses, que le hubieran satisfecho muy gustosamente, pero Jorge III y sus consejeros no quisieron ceder, de suerte que perdieron no solamente la ocasión de tasar á las colonias americanas, sino la posesión de las colonias mismas.

Ciertas razones militaban á favor de los impuestos. La deuda del Gobierno británico era enorme, y provenía en parte de los gastos de la guerra que emprendió para defender á las colonias americanas contra los franceses y los indios. Parecía, pues, natural hacer que las mismas colonias contribuyeran á la amortización de esa deuda, á lo que sin duda no se hubiesen mostrado reacias, de haber obtenido enviar sus diputados al Parlamento para tener por lo menos voz en el capítulo. Cuando se vieron decididamente apartadas de la discusión de los impuestos, cuando se aprobó en 1765 la famosa ley sobre el Timbre (Stamp Act), su indignación no tuvo límites. No es que esta ley del Timbre fuese inicua en sí misma; los ingleses no se quejaban de ella en la metrópoli. Esta ley tan combatida se limitaba á ordenar que todas las actas de ventas ú otros documentos auténticos irían en lo futuro escritos ó impresos en papel timbrado, y que el papel en cuestión sería vendido por los recaudadores de impuestos. Es una ley que ha existido siempre en Inglaterra, y posteriormente se han establecido en América impuestos del mismo género. Los colonos no se opusieron á ella sino porque afectaba á un principio. Por insignificante que fuese el impuesto, no dejaban de rechazarlo, declarando que el Gobierno británico no tenía derecho á imponerles ningún gra-

vamen. «Si no hay representación, no hay impuestos», esto es lo que se oía repetir sin cesar en las colonias de América; la emoción causada por la ley del Timbre fué en realidad el principio de la guerra de la independencia.

Aun en el Parlamento inglés donde se discutía la ley, había hombres ilustrados que, habiendo estado en América, protestaban en nombre de la justicia contra la oportunidad de semejante medida. Un miembro del Parlamento mereció especialmente en tales circunstancias el reconocimiento del pueblo americano: fué el coronel Barré, que combatió á las órdenes del general Wolf, cuando la toma de Quebec. En un discurso, Mr. Charles Townshend había dicho: «¿Es que esos americanos, esos hijos á quienes hemos cuidado, á quienes hemos establecido y atendido hasta que han crecido en fuerzas y riquezas, es que esos americanos protegidos por nuestras armas, regatearán su óbolo para ayudarnos á sacudir el peso de la enorme carga que nos abrumba?

»—¿Establecidos por nuestros cuidados? — exclamó el coronel Barré.—Decid más bien á consecuencia de vuestra tiranía. Decid que han crecido á pesar de vuestra negligencia. ¿Protegidos por vuestras armas?... Son ellos, por el contrario, los que han tomado noblemente las armas para defenderos. El rey no tiene súbditos más leales... Pero es un pueblo celoso de sus libertades, y que sabría, llegado el caso, reivindicarlas si alguna vez fuesen violadas».

El valiente discurso del coronel Barré tuvo una resonancia extraordinaria. Todos los periódicos de América lo reprodujeron; el más niño de la escuela aprendió á declamarlo. Sin embargo, en Inglaterra pensaban en general que la ley del Timbre acabaría

por ser aceptada. La primera señal de resistencia partió de Virginia. En la asamblea local de esta provincia, celebrada en Mayo de 1765, un joven abogado, Patrick Henry, presentó unas resoluciones por las que se declaraba que ningún poder, excepto la asamblea general de la colonia, tendría el derecho de imponerla tributos, y que conferir semejante derecho á otro cuerpo, era destruir todas las libertades. «César —añadió— encontró un Bruto, Carlos I un Cromwell, y Jorge III...

»—¡Traición!»—exclamó el presidente de la asamblea. Y este grito de traición resonó en toda la sala.

Pero Patrick Henry, paseando una mirada serena sobre los que le rodeaban:

«... Jorge III debe aprovechar tales ejemplos —dijo terminando la frase comenzada.— Si esto se llama traición, haced lo que podáis».

Sus resoluciones no fueron apoyadas sino por una escasa minoría; sin embargo, todos los asambleístas más jóvenes estaban por él. De esta suerte dió Virginia á las colonias la señal de oposición. El ejemplo fué prontamente seguido. En el Massachussets, James Otis propuso convocar un congreso americano prescindiendo del consentimiento del Gobierno británico. Otros insistieron sobre este proyecto y propusieron confiar las libertades americanas «á la guardia de un continente unido». El congreso se reunió en Octubre de 1765, y aunque solamente enviaron delegados nueve colonias de las trece, hizo, sin embargo, el mayor bien á la causa de la independencia. Este congreso redactó una «declaración de los derechos» y una petición dirigida al rey de Inglaterra. En todo el país, los comerciantes convinieron en no comprar artículos ingleses; hombres y mujeres prometieron no llevar sino

trajes de fabricación americana y de prescindir de los objetos importados de la metrópoli, á fin de mostrar que no necesitaban para nada á Inglaterra. Una mujer patriota, Mrs. Cushing, escribía á sus amigas: «Espero que no habrá ninguna de ustedes que no prefiera vestirse con pieles de cordero ó de cabras, antes que comprar géneros á ese pueblo que nos insulta de una manera tan escandalosa».

De las protestas se pasó á las violencias: una mañana, los habitantes de Boston vieron la efigie de Andrew Oliver, desde hacia poco empleado en el Timbre, colgada de un corpulento olmo, llamado más adelante «el árbol de la libertad». El juez Hutchinson ordenó al sherif que la hiciera desaparecer; pero el pueblo gritó: «Nosotros mismos la descolgaremos esta noche».

Por la noche, en efecto, se reunió una multitud enorme, descolgó la efigie en cuestión, y después de haberla arrastrado por las calles de la población, la quemó ante la misma puerta de Andrew Oliver. El furor del pueblo aumentó hasta el punto de demoler la casa de aquel funcionario y destrozár la del juez Hutchinson.

También en Maryland derribaron la casa del empleado del Timbre. En Rhode-Island se hizo lo mismo con la casa de dos hombres que dieron su asentimiento á la ley detestada, y luego se obligó al comisionado á que resignara sus funciones. En Connecticut, cerca de mil individuos montaron á caballo, dieron caza al recaudador, y, una vez alcanzado, le obligaron á dimitir en el acto, á agitar su sombrero y gritar tres veces seguidas: «¡Viva la libertad! ¡Viva la propiedad!»

En Nueva York, el pueblo quemó al gobernador

en efigie después de haber paseado el manequí en uno de los coches de la autoridad por las calles de la ciudad. Análogos excesos ocurrieron en los otros Estados, de tal suerte que nadie se atrevía ya á ejercer las funciones de agente del Timbre, y que la ley no pudo ejecutarse.

No tardó en llegar á Inglaterra la noticia de estos acontecimientos, y mientras que el rey y los ministros se entregaban á la cólera, numerosas voces se hicieron oír en el Parlamento para defender la causa de los americanos. El venerable William Pitt, conde de Chatham, exclamó: «Nos dicen que América se obstina, que América está casi en abierta revolución. ¡Celebro la resistencia de América!»

Gracias á los enérgicos esfuerzos de eminentes personalidades, tales como Chatham, la ley del Timbre fué suprimida al año justo de promulgada, haciéndose, no obstante, la declaración de «que el Parlamento tenía los derechos requeridos para obligar en todas circunstancias á las colonias á obedecer al Gobierno».

Hubo gran regocijo en Boston, se echaron las campanas á vuelo, se engalanaron las casas y los presos por deudas fueron puestos en libertad para que pudiesen participar de la alegría general. Por la noche ilumináronse los edificios y las ramas del árbol de la libertad desaparecieron bajo una multitud de linternas. Durante todo el resto del año no se volvió á hablar de impuestos; pero á los dos de la retirada de la ley del Timbre aprobóse otra, por la que se imponía al cristal, al papel, al té y á otros artículos. ¡Nueva indignación! Fueron llevadas tropas á Nueva York y Boston á fin de mantener la tranquilidad pública; y precisamente sucedió lo contrario.

En Nueva York, los soldados derribaron el poste de la libertad erigido en memoria de la abolición de la ley del Timbre; pero el pueblo lo volvió á colocar, y como los soldados lo derribaron de nuevo, se repitió lo anterior.

En Boston, el ejército se hizo más impopular todavía. Estalló una disputa entre los muchachos de la ciudad y los soldados por haber destruido éstos las pirámides de nieve hechas en la plaza mayor por los escolares. Después de haber recurrido en vano al capitán, un grupo de aquellos jóvenes fué al gobernador general Gage y le expuso sus quejas:

—«¡Hola!—exclamó el gobernador indignado.—¿Son vuestros padres los que os enseñan la rebelión y los que os envían aquí en manifestación?»

—«Nadie nos envía—replicó uno de los escolares.—No hemos ni injuriado ni insultado á los soldados; sin embargo, han tenido por conveniente desbaratar nuestras figuras de nieve y romper el hielo en que patinábamos. Nos hemos quejado, nos han llamado pequeños rebeldes, invitándonos á que tratáramos de que se nos hiciera justicia, si podíamos. Entonces se lo hemos dicho á los oficiales, y se han reído de nosotros. Ayer todavía se nos ha impedido el juego por tercera vez, y no queremos tolerarlo por más tiempo.»

El gobernador, sorprendido, dijo á uno de sus oficiales:

—«¡Hasta los niños beben aquí la libertad con el aire que respiran!—Podéis retiraros, buenos mozos—añadió volviéndose hacia los muchachos,—y estad seguros de que si mis soldados vuelven á perturbar vuestras diversiones, serán castigados.»

Esto no era más que un prelude, y las tropas de la guarnición de Boston no tardaron en experimentar

mayores contratiempos: la gente joven de la población insultaba á los *casacas rojas*, llamándolos cangrejos y otras cosas por el estilo, y llegando hasta amenazar con echarles de la ciudad. De otra parte, los oficiales autorizaban á los soldados á rondar libremente de noche por las calles, con el fusil al hombro. Una noche de luna (el 5 de Marzo de 1770), unos soldados que circulaban de esa guisa suscitaron una reyerta, como ocurría frecuentemente. Como provocaran al pueblo gritando: «¿En dónde están los cobardes? ¿En dónde están?», algunos mozos empezaron á tirarles bolas de nieve, gritando á su vez: «¡Fuera, fuera! ¡Echémoslos á sus cuarteles!»

En medio del desorden acudió la guardia, mandada por el capitán Preston, que acometió rudamente á la muchedumbre con siete ú ocho hombres formados en ala. La mayor parte de los presentes se retiró entonces; pero unos doce individuos provistos de palos avanzaron contra los soldados y los apostrofaron con furia; hasta se dijo que algunos llegaron á golpear los fusiles con sus estacas. Como el tumulto aumentaba, el capitán Preston mandó hacer fuego, y cuando se disipó el humo se vió en el suelo á ocho hombres heridos y tres muertos. Entre los últimos yacía el mulato Crispus Attucks, el cabeza de motín.

El asunto hizo mucho ruido, y el capitán Preston fué procesado como asesino; pero algunos de los más eminentes lejislas de Boston, que eran también excelentes patriotas, tomaron su defensa, alegando que había cumplido con su deber de oficial, y fué absuelto. Sin embargo, la indignación pública se excitó de tal modo con todo esto, que los dos regimientos de la guarnición hubieron de ser consignados en los cuarteles de Castle-William, adonde los trasladaron. Nadie

olvidó la sangrienta escaramuza, que fué como una nueva etapa hacia la independencia.

No tardó en darse un paso más decisivo todavía en las costas de la bahía de Narragansett; una goleta inglesa, el *Gaspee*, cruzaba por aquella bahía acechando á los contrabandistas. El comandante del buque desempeñó esta misión con una severidad inútil, lo que le valió, así como á su barco, una gran impopularidad. La opinión general era de que traspasaba con su autoridad los límites fijados por la ley. Un día (el 10 de Junio de 1772) salió un barco de Newport para Providencia sin previa notificación al teniente Dudingston del *Gaspee*, el cual le persiguió más de veinte millas mar adentro; después encalló en Namquit Point, á siete millas de Providencia. Corrió rápidamente por la ciudad la noticia de que el odioso buque acababa de encallar no lejos de allí y que permanecería en esta crítica situación hasta la marea alta de la mañana. Pronto un hombre provisto de un tambor recorrió las calles, invitando á cuantos quisieran contribuir á la destrucción del *Gaspee*, á reunirse en cierta taberna después de puesto el sol. A eso de las nueve y media de la noche, ocho lanchones con los remos enfundados salieron sin hacer ruido de la bahía. Abordaron el *Gaspee* á media noche. Era ésta muy sombría, y cuando se dió la voz de alarma, los hombres de Rhode-Island habían ya invadido el puente de la goleta y sorprendido á la tripulación. Todos los que la componían fueron depositados en la playa con las manos atadas, hecho lo cual se prendió fuego á la goleta, de la que no quedó nada. Los abordadores volvieron á sus casas de día; no había una persona en Providencia que no supiese lo que había ocurrido, y sin embargo, á pesar de ofrecerse mil li-

bras esterlinas al que quisiera dar datos sobre los culpables, el secreto fué escrupulosamente guardado; no se pudo procesar á nadie. La noticia de la destrucción del buque se propagó rápidamente por todas las colonias. Se supo además que el Gobierno inglés calificaba este acto de delito de alta traición y que, á pesar de todos los medios de acción de que podía disponer, la autoridad no lograba echar mano á los culpables. El descontento público siguió en aumento y cada cual se sintió cada vez más dispuesto á resistir contra los actos ilegales del rey Jorge y de su ministerio.

Mientras tanto, el pueblo se habituaba á prescindir de los objetos sometidos á impuesto. Llevábanse telas tejidas en el país, en vez de servirse como antes de géneros importados. Ensayábanse diversos ingredientes para substituir al té, tales como hojas de frambueso, salvia y otras plantas, algunas de las cuales llevan todavía el nombre de té Jersey, té Labrador. Tal era la energía del sentimiento popular, que el Gobierno inglés resolvió abandonar todos los otros impuestos, limitándose solamente al del té. Enviáronse grandes barcos cargados con este género en la esperanza de que el pueblo concluiría por pagar el impuesto. «El rey—dijo con altivez Lord North—va á ventilar la cuestión con América». Pero el pueblo parecía determinado á ventilarla también con Inglaterra, porque se opuso al desembarco del té. Cuando los barcos cargados llegaron á Boston, «el comité de correspondencia» los rodeó de una guardia en el muelle, y en todas partes se juró sostener á los habitantes de Boston, animándoles á que velaran por las libertades de América. Se esperaba obtener pacíficamente rechazar el té; pero cuando pareció que

esto era imposible, se convocó en Fanenil-Hall un *meeting* de siete mil personas, el más numeroso de los celebrados hasta entonces en Boston. Como faltaba espacio, la Asamblea se trasladó á la iglesia llamada Old South Church. El propietario de uno de los buques cargados de té fué á ver al gobernador Hutchinson para obtener que aquéllos se volvieran á Inglaterra con su cargamento. Regresó á la Asamblea portador de una respuesta negativa; entonces Samuel Adams se levantó y dijo: «Este *meeting* no puede hacer nada más por la salvación del país». Sin embargo, el grito de guerra resonó; luego un grupo de cuarenta ó cincuenta hombres disfrazados de indios se dirigió al muelle, se apoderó de tres de los buques y arrojó á la mar trescientas cuarenta cajas de té. Dado el golpe desaparecieron prontamente sin cometer otro daño. Este episodio es conocido con el nombre del *Té de Boston* (the Boston tee-party). Ocurrió el 16 de Diciembre de 1773.

Nueva York y Filadelfia siguieron el ejemplo de Boston; pero como los capitanes de los barcos accedieron á volverse á Londres inmediatamente, no hubo motivo en esas dos poblaciones para tirar al agua el té. En Charlestown desembarcaron el té; pero nadie quiso comprarlo ni pagar los derechos, y tuvieron que depositarlo en bodegas húmedas, en donde no tardó en echarse á perder. En Annapolis quemaron el té.

Todos estos acontecimientos causaban una gran agitación en el pueblo y hacían que las colonias se unieran cada vez más para resistir á Inglaterra. El primer congreso continental se había ya reunido algún tiempo antes; siguióle prontamente otro. A instancias de Massachussets, que parecía ser el Estado más expuesto á cualquier ataque, se reunió un congreso pro-

vincial y se amontonaron en diversos puntos municiones militares. Formóse, bajo la instrucción de veteranos que habían combatido en las guerras franco-indias, un cuerpo de *minute-men*, pronto á partir al primer aviso. En Massachussets y en varias colonias vecinas se organizaron otros cuerpos con el nombre de *Hijos de la Libertad*; en *Rhode-Island* hubo incluso asociaciones de mujeres que se titulaban *Hijas de la Libertad*.

Puede imaginarse el descontento de Jorge III y de sus ministros contra los americanos en general y contra el pueblo de Massachussets en particular. El Parlamento aprobó varias leyes de rigor. Una de ellas abolía en Boston el derecho de reunión, instalaba tropas y ordenaba que se trasladase fuera de la ciudad á todo acusado para ser juzgado. Pero la más dura de todas estas medidas fué la que ponía el puerto de Boston en estado de bloqueo, y que un miembro del Parlamento calificó de «bill de esclavitud para América». En razón de esta ley, el puerto de Boston quedó bloqueado; es decir, que se prohibió la entrada ó salida de ningún barco, como no llevase carga de madera ó provisiones, y aun así, el buque que llevara estos objetos á Boston tenía antes que fondear en el puerto de Marblehead, situado á treinta millas de allí, en donde se le sometía á la visita de aduana, después de lo cual podía dirigirse á Boston con un aduanero á bordo. Esta medida cortaba toda comunicación por mar entre Boston y las poblaciones de la provincia, á menos de no dar la vuelta por Marblehead. Ni un madero podía ser llevado de las islas del puerto, ni un barril de harina podía llegar en barca de Cambridge, ni el menor ladrillo podía trasladarse siquiera de un muelle al otro. Como el comercio era á la sazón el prin-

cial recurso de Boston, esta ciudad se encontró así completamente paralizada en su industria y experimentaba con ello un daño incalculable. Naturalmente, semejante situación despertó la simpatía de las otras ciudades y hasta de las otras colonias. Dones de toda especie afluyeron á la ciudad perseguida. Groton envió granos, Marblehead pescado salado y Windham (Connecticut) un rebaño de doscientos cincuenta carneros. Las colonias del Sur ofrecieron harina y arroz; las colonias del centro, trigo y hierro, y varias poblaciones reunieron dinero para los necesitados; de suerte, que el decreto del bloqueo produjo un efecto completamente distinto del que esperaba el Gobierno inglés. Creyó, sin duda, asustar á las colonias y fomentar la división entre ellas; en vez de esto afirmó su unión aún vacilante. La causa de Boston pasó á ser la causa común. Era el resultado predicho por los hombres más ilustrados del Parlamento inglés, Edmond Burke y Charles-James Fox.

Advirtieron al Gobierno que semejantes medidas no tendrían otro efecto que empujar á los americanos á una rebelión abierta. Pero Jorge III era el más obstinado de los hombres y abusaba de su regia influencia en el Parlamento para hacer que se aprobasen leyes de ese género. Las consecuencias dieron la razón á Burke y á Fox. El bill, llamado del puerto de Boston, fué el lazo que de las colonias dispersas debía hacer una nación. El día en que la ley se puso en vigor (1.º de Junio de 1744) fué un día de duelo público en Hartford (Connecticut). El Ayuntamiento puso colgaduras negras, fijóse en su fachada una copia del bill y las campanas doblaron desde la mañana hasta la noche. En Virginia, los miembros de la *Casa de los burgheses* asistieron al servicio religioso, que se celebró

solemnemente con este motivo, y oyeron el sermón patriótico del capellán.

Tratemos de representarnos á Boston por aquella época.

En 1771, Boston ocupaba en una península mucho menos espacio que el Boston de hoy; estaba protegido por fortificaciones de tierra, establecidas á través del Neck, estrecha lengua de tierra, en donde había un puesto de soldados. Sus muelles estaban casi desiertos, y solamente los buques de guerra ingleses guarnecían el puerto. Los obreros de la ciudad, cuando por casualidad tenían obra, eran empleados en el piso de las calles ó en las tejerías públicas. A las familias más pobres se las sostenía con las suscripciones enviadas de afuera. Los cañones amenazadores en las alturas, las tiendas de campaña puestas en la plaza, las compañías de soldados con casacas rojas que marchaban por las calles, completaban este lamentable aspecto. Casi todas las noches se reunían los patriotas en *meetings* privados, que se celebraban con el nombre de *clubs*. En estas reuniones, que tenían por locales habituales las guardillas, se fumaba mucho y se bebía ponche, discutiendo planes de resistencia, comunicándose las noticias que llegaban de todos los puntos del país; el que recibía alguna carta importante de otra colonia ó del congreso continental, que se estaba celebrando en Filadelfia, la llevaba á la reunión para leerla en alta voz. Un individuo se levantaba, por ejemplo, y decía: «John Adams escribe que el congreso está lleno de ardor y que debemos proveernos de artillería, de armas, de municiones, pero evitar la guerra si es posible... ¡si es posible!»

Otro añadía:

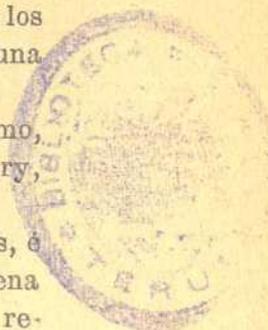
«El gran orador de Virginia, Patrick Henry, en-

terado de que el mayor Hawley, de Northampton, ha dicho: «Hay que combatir», ha contestado: «Soy completamente de su parecer».

Otro refería, en fin, que habiendo ido á visitar las fortificaciones inglesas establecidas sobre el Neck, en compañía de algunos veteranos que combatieron en Luisburgo, éstos se echaron á reir á la vista de los trabajos y dijeron que les importaban tanto como una madriguera de castores.

Resonaban entonces en el local, lleno de humo, aclamaciones entusiastas en honor de Patrick Henry, de John Adams y de los veteranos.

No debemos olvidar que había muchas personas, é incluso honradísimas personas, que veían con pena semejante estado de cosas, y que consideraban la resistencia como una causa de ruina para las colonias, como un delito contra el rey. Estos conjuraban á los patriotas á que escucharan la voz de la razón: eran en general hombres ricos y satisfechos de su suerte, que desempeñaban algún puesto en la administración británica; hubieran tenido, en suma, más que perder que ganar en caso de guerra. Se les llamaba los *tories*, y su impopularidad aumentaba de día en día. Algunos de ellos modificaron más adelante sus opiniones y se hicieron patriotas; otros abandonaron los Estados Unidos y se fueron á las provincias inglesas que rechazaron toda participación en la revolución, sobre todo á Nueva Escocia. Otros, en fin, combatieron contra su país en las filas del ejército real. Pero durante cierto tiempo se limitaron á desalentar á los revolucionarios, indicándoles los peligros de su «loca empresa», como así la calificaban. Los *tories* sostenían, y en esto no estaban equivocados, que el rey Jorge persistiría en su política y enviaría de Inglaterra ejército tras ejército.



Decían que las colonias no podrían oponer sino milicias inexperimentadas á tropas regulares. Los colonos contestaban que había dos, tal vez tres millones de americanos, y que una quinta parte de este número era capaz de empuñar las armas. Añadían que entre ellos había soldados formados por las guerras contra los indios, por la toma de Luisburgo, por la de Quebec. Además, ¿no habían visto en la expedición del general Braddock á los casacas rojas echar á correr ante los franceses y los indios, mientras que los tiradores de Virginia permanecían en sus puestos, amparándose cada hombre tras un árbol y devolviendo golpe por golpe? En cuanto á los oficiales, ¿podría suponer el rey Jorge que el general Putnam, que fué atado á un árbol por los salvajes, y que vió sin estremecerse prender fuego á su alrededor, temblaría ante los mosquetes ingleses? ¿No había el joven coronel Washington salvado el ejército de Braddock de una destrucción total y tomado el fuerte Duquesne, contra el que se estrelló Braddock mismo? Así hablaban en aquel tiempo los patriotas, y tal vez terminaban sus discursos con estas palabras del bravo doctor Warren:

«Ruda será la lucha, pero glorioso será el resultado.»

CAPÍTULO XVIII

Concord, Lexington y Bunker-Hid.

Mientras que reinaba tal excitación en los espíritus, el general Gage, gobernador del rey, convocó la legislatura de Massachussets; después, rectificándose casi inmediatamente, decretó la disolución de esta

asamblea, aun antes de haberse reunido (28 Septiembre de 1774). En vista de esto, todos los miembros elegidos decidieron reunirse sin que se les autorizase, y se constituyeron en congreso provincial. Su primer cuidado fué organizar y ejercitar la milicia, cuyo destacamento, llamado de los *minute-men*, debía estar siempre dispuesto á marchar á la primera señal. El congreso provincial se ocupó en seguida de reunir armas y municiones, que fueron almacenadas en Concord y Worcester; en suma, el gobernador se encontró en un embarazo mucho mayor que si hubiera dejado seguir el curso regular de las cosas. Mientras tanto continuaban llegando á Boston tropas inglesas, y el general Gage mandaba espías con diversos disfraces, con objeto de conocer el lugar en donde estaban los almacenes militares de los patriotas; estos últimos, por su parte, manteníanse en guardia, acechando los menores movimientos del gobernador, por el temor de que se apoderase de las provisiones. Se convino en que se ejerciese una vigilancia especial en Charlestown, y que, en el caso en que se llegara á saber que una fuerza considerable iba á salir de noche de Boston, se colocara como señal una linterna en la torre de la iglesia del Norte.

Una noche, los vigías de Charlestown vieron brillar la linterna en el campanario. En seguida todo el mundo se puso en movimiento, y los emisarios partieron en todas direcciones. Otros mensajeros habían llegado de Boston embarcados; uno de ellos, Pablo Revere, saltó á caballo, atravesó Medford á rienda suelta y llegó á una casa, en la que dormían los agitadores patriotas John Hancock y Samuel Adams.

—No haga tanto ruido—le dijo el centinela que estaba de guardia en la puerta.

—¿Ruido?—exclamó Pablo Revere;—no tardará en haberlo; los regulares se acercan.»

Galopó así de casa en casa, despertando á los principales colonos.

Mientras tanto, ochocientos soldados ingleses, después de haberse embarcado al pie de Boston-Common, atravesaban el lugar en donde se encuentra actualmente East-Cambridge. Bordeaban silenciosamente las marismas, cuando de repente empezaron á sonar todas las campanas de los alrededores. Era evidente que estaba dada la alarma. Pablo Revere y los otros vigías habían cumplido su misión á conciencia. El oficial que mandaba el destacamento inglés envió en busca de refuerzos, y el mayor Piteairn recibió la orden de avanzar con doscientos ó trescientos hombres de infantería para apoderarse de los dos puertos de Concord. Pero cuando Piteairn atravesó Lexington, á las cuatro de la mañana del 19 de Abril de 1775, se encontró ante él, formados en batalla, con sesenta ó setenta milicianos, capitaneados por John Parker.

—¡Villanos, rebeldes! ¡Abajo las armas y dispersaos!—les gritó el oficial inglés.

Y los soldados hicieron fuego.

Los americanos contestaron sin gran detrimento del enemigo. De los primeros hubo ocho muertos y diez heridos. Esta fué la primera sangre derramada en la guerra de la Revolución.

Tras esta ejecución, los «regulares» marcharon sobre Concord, lanzando tres hurrahs. Mientras tanto, se les había unido el grueso del ejército inglés. Pero antes que llegasen ante Concord, los habitantes habían podido poner en seguridad sus efectos de guerra en los bosques próximos. Los *minute-men*, que acudieron á toda prisa á Concord en número de cua-

trocientos cincuenta, tomaron entonces posiciones en un terreno elevado, cerca del lugar llamado hoy North-Bridge, que está situado fuera de la población. Pudieron ver á los soldados ingleses desparramarse por las calles, destrozar las municiones, derribar el pilar de la libertad y prender fuego al Palacio de Justicia.

Los oficiales de los *minute-men* decidieron entonces bajar hasta el puente y rechazar por lo menos á los ingleses, que estaban allí apostados. El capitán, Isaac Davis, de Acton, exclamó arrogantemente:

—Ninguno de mis hombres tiene miedo.

El y su compañía marcharon, en efecto, á la cabeza de los demás. Al llegar cerca del puente, los ingleses tiraron y Davis cayó mortalmente herido.

—¡Fuego!—gritó el mayor Buttrick.—¡Fuego, por el amor de Dios!

Ante la descarga que siguió á este llamamiento, los regulares se retiraron en desorden, dejando en el terreno un muerto y varios heridos. Los americanos, reconociendo, sin embargo, que eran muy pocos para atacar al cuerpo principal del ejército, decidieron no hacer nada contra él por el momento, y esperarle al regreso. En efecto, cuando los soldados ingleses hubieron destruido todos los efectos de guerra que encontraron en Concord, pusieron en marcha para volver á Boston, llevándose con ellos á sus heridos. Encontrábanse en aquel momento á diez y seis millas de la ciudad; pero el regreso no había de ser tan sencillo como la ida. En todo el país á la redonda, los tiros se mezclaban con los toques de rebato. Los hombres acudían aquí y allí, en mangas de camisa en su mayoría, sin orden ni disciplina; pero todos con el fusil en la mano. Un oficial inglés escribió después

«que parecían llover del cielo». Eran á veces compañías de *minute-men*, á veces colonos que llegaban aisladamente. A cada milla que recorrían los soldados ingleses, abrumados de cansancio, entre Concord y Lexington, el número de combatientes aumentaba, disparando cada cual desde detrás de una pared ó un árbol. A cada paso, los ingleses caían como granizo, muertos ó heridos. Al fin, huyeron á la desbandada; tenían las municiones casi agotadas, y se hubieran visto obligados á capitular, sin Lord Pery que fué á su encuentro con refuerzos y formó sus tropas en cuadro en Lexington. Los fugitivos, sin fuerzas ya, se refugiaron en aquel cuadro. «Se tiraban al suelo para descansar—dice un historiador inglés—con la lengua fuera como los perros cuando vuelven de caza».

Lord Pery tenía ahora á sus órdenes mil ochocientos hombres y pudo terminar el camino con menos precipitación; pero no fué menos hostigado hasta Boston por la multitud, cada vez mayor, de los combatientes, y tuvo que sufrir continuas descargas.

Las tropas se sintieron felices al anochecer, al encontrarse al amparo de los cañones de los buques de guerra. Tanto en muertos como heridos, los ingleses tuvieron tres veces más que los americanos.

El suceso tuvo una gran resonancia, tanto en las colonias como en Inglaterra, en donde se asombraron que los oficiales de un ejército regular hubieran podido huir ante milicias provinciales. Los labradores americanos, á quienes se juzgó incapaces de medirse con los soldados, habían demostrado lo contrario. Repitiéronse estas raras noticias, añadiéndose que Lord Pery empleaba toda su actividad en huir.

Esta censura de los ingleses era injusta, porque Lord Pery podía pasar en todos conceptos por un

buen oficial; pero merece ser registrada, sin embargo, porque muestra cuál era el sentimiento público en Inglaterra. Samuel Adams, al oír los tiros en Lexington, exclamó: «¡Qué gloriosa mañana es ésta!», porque presentía que la lucha había de acabar para las colonias con el triunfo de su libertad. El presidente Jeffeson dijo más adelante: «Antes del 19 de Abril de 1775 yo no había oído pedir nunca, ni siquiera en voz baja, la separación de la Gran Bretaña».

El comité de seguridad de Massachussets envió comunicaciones á las diferentes ciudades y á las otras colonias de Nueva Inglaterra, pidiéndoles que mandasen tropas á las cercanías de Boston. En poco tiempo hubo en pie de guerra quince mil hombres á las órdenes de diferentes jefes independientes. El general Ward mandaba á los hombres de Massachussets; el general Stark á los de New-Hampshire; el general Green á los de Rhode-Island; los generales Spencer y Putuam á los de Connecticut.

Este ejército carecía por completo de disciplina, no tenía sino un corto número de cañones y estaba muy escaso de municiones. Los soldados iban y venían á su antojo; constituían, sin embargo, una fuerza suficiente para tener encerrado en Boston á un ejército de cinco mil hombres. Como el general Gage había expulsado de la ciudad á la mayor parte de las familias del partido patriota, existían pocas relaciones entre los de dentro y los de fuera.

Dominan á Boston por dos lados dos filas de colinas: las alturas de Dorchester al Sur, Bunker-Hill y Breed's-Hill al Noroeste. Importaba á los dos partidos hacerse dueños de estos puntos estratégicos; así fué, que cuando los americanos supieron que el general Gage proyectaba extender sus líneas englobando á

Burker-Hill, destacaron mil hombres durante la noche á las órdenes del coronel Prescott para hacer unas trincheras que protegiesen aquella posición. Los hombres encargados de la operación eran casi todos labradores, no tenían uniformes y llevaban escopetas de caza. Formaron en batalla en Cambridge, y después de la oración pronunciada por el director Harvard-College, se pusieron en marcha á las nueve de la noche el 16 de Junio de 1775. Avanzaron con tantas precauciones que nadie los oyó; los relojes de Boston dieron las doce antes de que se hubiera removido un pedazo de tierra. Decidiéronse, por fin, á fortificar Breed's-Hill como punto más próximo á Boston que Burker-Hill. Mientras que trabajaban, los americanos podían oír los regulares «¡alerta!» de los centinelas. Al amanecer fueron vistas las fortificaciones por los barcos de guerra, los cuales empezaron á tirar, así como una batería de Boston. Pero los americanos prosiguieron sus trabajos. El general Gage percibió con los gemelos al coronel Prescott que dirigía las obras.

—¿Cree usted que combatirán?—preguntó á los que le rodeaban.

—Hasta la última gota de su sangre—contestó un americano legitimista (1) que estaba allí.

El general inglés resolvió no perder un minuto y atacar las obras en el mismo día.

El 17 de Junio el calor era excesivo. Tres mil soldados ingleses marcharon embarcados sobre Charlestown. Prescott dispuso lo mejor que pudo á sus hombres en las fortificaciones á medio acabar, y para no

(1) Llamábase «legitimistas» á los que permanecían afectos á la causa del rey.

ser cogido de flanco colocó un destacamento hacia Bunker-Hill en una trinchera. Sin víveres, sin agua y con muy escasas municiones los americanos esperaron al enemigo. Eran dos ó tres mil al abrigo de las trincheras, atacados por cuatro mil ingleses. Los americanos carecían de experiencia bélica y de disciplina, mientras que los regimientos ingleses se componían de veteranos; pero los americanos tenían la ventaja de la posición, estaban protegidos por sus fortificaciones, mientras que los ingleses tenían que avanzar á pecho descubierto. Con toda la calma posible esperaron, mientras que Putuam, Prescott y los otros jefes recorrían las filas diciendo:

—Apuntad bajo, y no tiréis hasta que les veáis el blanco de los ojos.

Los soldados ingleses avanzaban lentamente abrumados por el calor y el peso de las mochilas; pero su marcha era regular y su confianza en sí mismos absoluta. En cuanto estuvieron á la vista de las fortificaciones abrieron el fuego; apenas les contestaron algunos disparos sueltos. No tardaron en llegar á muy corta distancia del reducto. Entonces resonó el grito de ¡fuego!; y cuando se disipó el humo, el suelo apareció sembrado de cadáveres ingleses, mientras que los supervivientes empezaban á operar la retirada. Alegres exclamaciones repercutieron en las trincheras, á las que contestaron los bravos que defendían el flanco. Estos últimos se vieron prontamente atacados por el ala derecha de los ingleses. Los americanos no tiraron hasta el último momento; cayeron muchos asaltantes y los demás avanzaron con vacilaciones. Dos veces volvieron á la carga los ingleses y dos veces fueron rechazados, sin graves pérdidas por parte de los americanos. Por fin se ordenó un ter-

cer ataque contra el fuerte principal. Se vió entonces á los oficiales ingleses amenazar á sus soldados recalcitrantes y hasta darles sablazos de plano para obligarles á marchar. Putuam recorría las filas de los patriotas diciendo que sería imposible rehacerse á los ingleses si eran de nuevo rechazados, y sus hombres contestaban á coro: «Estamos dispuestos á recibir otra vez á los casacas rojas». Pero como observó que iba á faltar la pólvora, Putuam les recomendó que no hicieran fuego sobre los ingleses sino casi á boca de jarro. Esta vez los asaltantes avanzaron á la bayoneta sin tirar y bajo la protección de sus baterías. No quedaba á la mayor parte de los americanos sino un solo cartucho, y pocos eran los que contaban con más de tres; apenas algunos tenían bayonetas. Una vez quemado el último cartucho no tuvieron más remedio que efectuar la retirada con todo el buen orden posible. Alejéronse lentamente uno á uno, y perdieron más gente en su retirada que durante el combate. Entre estas pérdidas hay que inscribir la del bravo general Warren, tan famoso médico como buen patriota. Era presidente del congreso provincial y servía á la sazón á la causa de la Independencia, no como jefe, sino como simple voluntario. Al saber su muerte, el general inglés Howe dijo que con la pérdida de Warren los americanos habían perdido quinientos hombres.

CAPÍTULO XIX

Washington toma el mando.

La batalla de Bunker-Hill fué de una gran importancia para las colonias. En primer término resolvió la cuestión por lo que se refería á la guerra, cuya posibilidad se obstinaban en no admitir aún muchas personas. En segundo lugar probó que los soldados americanos, á pesar de su inexperiencia, eran capaces de resistir á tropas regulares. Cuéntase que cuando Washington tuvo noticias del combate, se limitó á preguntar cuál había sido la actitud de la milicia bajo el fuego del enemigo. Cuando le dijeron que aquellos novicios esperaron á sus adversarios á pie firme para apuntar de cerca, replicó:

—¡Las libertades del país están salvadas!

Los americanos no reivindicaron esta batalla como una victoria; pero exaltó, no obstante, el entusiasmo hasta el más alto grado. Las filas del ejército continental cubriéronse como por encanto; las tropas estaban animadas del mejor espíritu. De otra parte, el asombro subió de punto en Inglaterra al saberse el valor desplegado en la lucha por los americanos y el número de muertos y heridos del ejército inglés.

Según los datos oficiales, las pérdidas de los ingleses se elevaban á mil cincuenta y cuatro hombres, entre muertos y heridos, entre los que había muchos jefes y oficiales, hasta el punto de dar el uno por cuatro. Las pérdidas de los americanos fueron mucho menores, pues no sumaban sino cuatrocientos cincuenta hombres. Declaróse en Inglaterra que no ha-

bía en la historia nada comparable con el valor desplegado por las tropas británicas al avanzar resueltamente bajo aquel fuego mortífero. «Jamás—añaden los relatos de aquella época—se ha visto en Alemania, en donde las armas inglesas han combatido últimamente, un destacamento diezmando en semejante proporción». ¡Hubo regimiento que quedó reducido á veinticinco hombres!

Ya antes de la batalla de Bunker-Hill, el congreso continental habia votado que se considerase al ejército que sitiaba á Boston como ejército nacional y decretó el reclutamiento de tropas adicionales en los otros Estados. Por recomendación de los delegados de Nueva Inglaterra, nombróse general en jefe por unanimidad á Jorge Washington, asistido por cuatro mayores generales: Artemas Ward, Carlos Lee, Felipe Schnyler é Israel Putnam. Juzgóse que, con objeto de decidir á todas las colonias á armarse para la guerra, valía más que el general en jefe no fuese de Nueva Inglaterra, y, que además, ningún hombre de América igualaba á Washington en punto á reputación militar. Salió, pues, de Virginia y llegó el 2 de Julio de 1775. Al día siguiente, bajo el gran olmo de Cambridge, que ha conservado hasta aquí el nombre de Washington, tomó el mando del ejército continental. Todos deseaban conocer de cerca á aquel célebre oficial. Los soldados vieron á un hombre de cuarenta y tres años, de seis pies de altura, robusto, de anchos hombros, grandes manos, grandes pies, un poco torpe en sus movimientos, pero cuyas maneras estaban llenas de dignidad, de rostro noble, imponente. Llevaba una levita azul de forro de gamuza, pantalones de gamuza, charreteras y una escarapela negra en el sombrero.

Cuando Washington contempló á su vez á los soldados que estaba llamado á mandar, vió, según sus propias expresiones, una multitud abigarrada, sin gran orden, ni disciplina, ni dirección. Estaban armados de escopetas y mosquetes de diferentes calibres. Muy pocos regimientos llevaban uniforme. Eran aglomeraciones de hombres con trajes remendados y algunos en mangas de camisa; muchos llevaban polainas de cuero. Los que venían de lejos se habían vestido de un modo parecido, á fin de poder reconocerse en el camino; la mayoría de los tiradores que llegaban de Virginia, por ejemplo, se distinguían por unas casacas de caza de tela oscura de Holanda con doble esclavina, á imitación de los indios; en el pecho estaban bordadas, en gruesos caracteres, las palabras: *Libertad ó muerte*.

En general, el aspecto que ofrecía el ejército de la Revolución no era el de los soldados disciplinados; cuando el general Washington inspeccionó los campamentos y fuertes de Cambridge, en Charlestown, no encontró la regularidad y el buen orden. Algunos cuerpos, sobre todo los procedentes de Rhode-Island, tenían líneas de tiendas bastantes rectas; otros muchos vivían en chozas, ya de maderos, ya de piedras, ya de tierra, puestas sin simetría, y algunas con enverjados de mimbres á guisa de puertas y ventanas. El alimento era malo, á menudo insuficiente, y lo peor era que la pólvora faltaba. Al principio, no había más que siete cartuchos por individuo. Washington comunicó al congreso esta penuria: «Nuestra situación, en lo que concierne á la pólvora—escribía—es mucho más alarmante de lo que pensaba.»

Otro oficial, hablando del general Putnam, escribía: «La bahía está libre, todo se deshiela aquí, me-

nos el viejo Put. No cesa de entonar su eterno estribillo: ¡Pólvora, pólvora! ¡Dios poderoso, dadnos pólvora!»

Poco á poco el ejército fué proveyéndose de los equipos necesarios tomados de las gabarras de transporte que capturaron los americanos. Estos izaron la bandera inglesa á fin de atraer á los buques, y armaron también corsarios; pero la escasez de la pólvora se hacía sentir, y ésta fué la razón capital que determinó al general Washington á no hacer, durante varios meses, ninguna tentativa para apoderarse de Boston. Se limitó á mantener el sitio. Mientras tanto, las tropas inglesas encerradas en la ciudad empezaban á sufrir una epidemia variolosa; carecían de víveres y combustible y veíanse en la precisión de derribar las casas viejas para alimentar con sus escombros las hogueras. Fué necesario hacer que salieran de la ciudad cientos de bocas inútiles, por la imposibilidad en que se estaba de alimentarlas. Algunas iglesias se transformaron en cuarteles; la iglesia de Old Sunth en pica-dero, y Fanenil-Hall en teatro. Los ingleses acostumbraban á enviar billetes de espectáculo á Washington y sus generales. Una vez que los oficiales ingleses representaban una obra titulada *El Bloqueo de Boston*, en la que aparecía un personaje destinado á poner en ridículo al general Washington, en el momento de entrar en escena el actor encargado de ese papel, blandiendo un espadón mellado y seguido de un campesino provisto de un fusil descompuesto, penetró en el teatro un sargento, gritando: «¡Los yanquis están atacando las fortificaciones de Bunker-Hill!»

Al pronto se creyó que este episodio formaba parte de la obra, pero cuando el general Howe se levantó diciendo: «¡Oficiales, á vuestros puestos!», los es-

pectadores se dispersaron á escape en medio de los gritos de las mujeres que se desmayaban. Aquel ataque no produjo grandes resultados, pero Washington concluyó por establecer en Dorchester Height una batería, que obró con tanta eficacia, que el general Howe tuvo que embarcarse con su ejército, abandonando la ciudad de Boston (17 de Marzo de 1776). Cerca de mil doscientos americanos legitimistas marcharon á Halifax con la flota, y la mayor parte de ellos no volvió nunca.

La evacuación de Boston por el ejército inglés no fué el fin de la guerra. Cuando el Gobierno británico tuvo noticias de la batalla de Bunker-Hill, resolvió someter, á toda costa, á las colonias americanas, prohibiendo á este efecto todo comercio y toda relación con los colonos, y declarando á los barcos de éstos buena presa para cualquiera que los capturase en el Océano.

El ejército inglés fué reforzado con diez y seis mil alemanes de Hesse, de suerte que los americanos habían de luchar en adelante contra cincuenta mil hombres. Para resistir á tales fuerzas, no podían disponer por entonces sino de doce mil soldados. No importa; en el punto á que habían llegado, tenían que continuar ó perecer.

CAPÍTULO XX

Declaración de la Independencia.

No hay que olvidar que lo más grave de la responsabilidad, en aquellos tiempos de revolución, no pesó sobre los labradores, que tan bien se batieron en

Lexington y Bunker-Hill. Estos, tras algunos combates, hubieran podido retroceder y hacer la paz, si el congreso continental de Filadelfia no hubiera declarado solemnemente que los Estados Unidos eran y debían ser de derecho independientes. Esta declaración cerraba toda salida de retirada. Al ejército no le quedaba otro recurso que dar su sangre, mientras que al congreso incumbía la difícil tarea de reclutar soldados, nombrar oficiales, reunir dinero y emplearlo bien, negociar, en fin, con los Gobiernos extranjeros para obtener su apoyo en todo lo posible. Esto era, en apariencia, una empresa desesperada; el congreso la realizó, sin embargo. Animáronle felices comienzos. Franklin, siempre de buen humor y lleno de esperanza, describe así la situación de América en una carta dirigida á un amigo de Inglaterra:

«La Gran Bretaña ha gastado tres millones para conseguir matar á ciento cincuenta yanquis en esta campaña, lo que resulta á veinte mil libras por cabeza. En Bunker-Hill ganó una milla de terreno, de la que ha vuelto á perder la mitad cuando ocupamos Ploughed-Hill. En este lapso de tiempo, han nacido sesenta mil niños en América. Con estos datos, el cerebro matemático del doctor Price puede fácilmente calcular el tiempo y el dinero necesario para matarnos á todos hasta el último y conquistar la totalidad de nuestro territorio».

Esta ocurrencia se imprimió en todos los periódicos americanos y no dejó de alentar la resistencia. Sin embargo, el doctor Franklin y todos los hombres inteligentes sabían demasiado bien en el fondo que los americanos no estaban avezados á la disciplina, que las colonias seguían celosas las unas de las otras, y que los colonos más ricos, los más influyentes, eran

en gran número opuestos á separarse de la madre patria. El mismo Washington decía:

«Cuando tenía el mando del ejército, era en absoluto contrario á la idea de la independencia. Pero hoy estoy firmemente convencido de que no hay para nosotros otra tabla de salvación».

Este sentimiento fué el que impulsó al congreso á examinar la oportunidad de la declaración de la independencia. Además, el pueblo en masa estaba cada vez mejor preparado á oír semejante declaración, sobre todo los que leyeron un escrito de Thomas Paine, titulado: *El sentido común*. Este libro circuló casi por todas partes. Sin duda contribuyó más que ningún otro á convencer á los americanos de que la hora de la *separación* había llegado.

La colonia más importante era, por aquella época, Virginia; venían inmediatamente por su importancia Massachussets y Pensilvania. Se juzgó, pues, que la primera proposición de independencia debía partir de Virginia, apoyada después por Massachussets.

En consecuencia, el 7 de Junio de 1776, Richard-Henry Lee, de Virginia, propuso lo siguiente:

»Que las colonias unidas son y deben ser en derecho independientes, que están desligadas de toda obediencia á la corona de Inglaterra, y que está y debe ser roto todo lazo político entre ellas y el Gobierno de la Gran Bretaña.

»Que urge tomar, sin dilación, todas las medidas oportunas para pactar alianzas extranjeras.

»Que se redacte y se envíe á cada una de las colonias un proyecto de confederación para que lo maduren y lo aprueben».

Esta proposición fué apoyada por John Adams, de

Massachussets. La primera discusión entablada demostró que, á pesar de la general tendencia á favor de la independencia, había, sin embargo, varios miembros de la asamblea que pensaban que la nación no estaba preparada para semejante cambio. Decidióse, pues, aplazar la discusión hasta el 1.º de Julio; contábase con que en el intervalo, el pueblo de las colonias mostraría sus disposiciones á favor ó en contra de la independencia. Las manifestó, en efecto, muy claramente aun antes de transcurrir el mes. Todas las colonias, excepto una, se pronunciaron á favor de la independencia; cuando se discutió este asunto en el día convenido, solamente Nueva York, aunque sin votar contra declaración general, se negó, no obstante, á ratificarla.

Mientras tanto, se había nombrado una comisión encargada de redactar la declaración de independencia que había de servir llegado el caso. Constituían esta comisión: Thomas Jefferson, de Virginia; John Adams, de Massachussets; Benjamín Franklin, de Pensilvania; Roger Sherman, de Connecticut, y Roberto Sivington, de Nueva York. La declaración fué redactada por Thomas Jefferson. Adams y Franklin introdujeron en ella algunas modificaciones, pero en corto número. Todavía se pueden ver escritas por las propias manos de aquéllos en el documento original.

En el congreso la discusión fué larga, porque se analizó, se criticó cada palabra con una gran severidad. John Adams se mostró el más ardiente defensor de la declaración, mientras que Jefferson, que la había redactado, guardaba silencio. He aquí lo que se lee á este propósito en el diario de éste:

«Yo estaba sentado al lado del doctor Franklin. Notó que me hacían sufrir un poco algunos ataques

muy rudos dirigidos en diferentes ocasiones contra ciertos pasajes, y me refirió, á manera de consuelo, la aventura de John Thompson, el sombrerero».

Esta anécdota se encuentra reproducida en la autobiografía del doctor Franklin. Trátase de un hombre que, á punto de abrir una sombrerería, ha hecho pintar en la muestra un sombrero con esta inscripción: «John Thompson, sombrerero, hace y vende sombreros». Ahora bien, cada palabra de la muestra suscita objeciones de unos y otros; todo parece supérfluo; de suerte, que el sombrerero concluye por no dejar más que el nombre de John Thompson sobre la figura de un sombrero.

Así fué como Franklin logró distraer á Jefferson durante aquellas horas llenas de ansiedad, en las que se ventilaba el más importante de los actos políticos.

La declaración de la Independencia se aprobó el 4 de Julio de 1776; pero no se firmó hasta varias semanas después. Cuando los miembros del congreso acudieron á firmar, el doctor Franklin divirtió también á sus colegas con la viveza de sus salidas.

John Hancock fué el primero en tomar la pluma, diciendo:

—Debemos estar unánimes. No se trata aquí de ir por cuatro caminos, sino de agarrarnos todos unos á otros.

—Si — replicó Franklin —, debemos agarrarnos unos á otros, porque de otra manera nos exponemos á que nos agarren por el cuello separadamente.

En realidad asumían una peligrosa responsabilidad, y más de uno de los más sonrientes se sintió estremecer de terror secreto.

Por fin se adoptó la declaración tal como estaba ó poco menos; la principal modificación consistió en la

supresión de un pasaje, en el que, á propósito del mantenimiento de la esclavitud, se incriminaba al rey de Inglaterra con mayor severidad de la que hubieran querido ciertos representantes de los Estados del Sur. Doce colonias aceptaron la redacción definitiva, salvo Nueva York que persistió en su abstención.

Se ordenó que en el mismo momento de la adopción se echase á vuelo la campana de la antigua sala de los Estados. Aquella campana, inaugurada unos veinte años antes, llevaba esta inscripción: «Proclama la libertad por todo el país al oído de todos los habitantes».

El campanero puso, pues, á su hijo pequeño al acecho ante la puerta de la sala, cuyo portero estaba encargado de dar la señal, y en cuanto se hubo declarado la Independencia, el niño echó á correr gritando: «¡Toque, toque!» Entonces sonó la campana á todo repique, proclamando, en efecto, la libertad á todo el país. Hubo en todas partes regocijos, y la declaración se leyó á cada brigada del ejército.

He aquí en qué términos dió cuenta del entusiasmo general el *Diario de Pensilvania*:

«Esta tarde (10 de Julio) se ha leído la declaración de Independencia al frente de cada brigada del ejército continental acampado en Nueva York y sus cercanías. Ha sido acogida con hurrahs y con las más vivas demostraciones de alegría. Por la noche, la estatua ecuestre de Jorge III, erigida en 1770 por el orgullo y la imbecilidad de los tories, ha sido arrojada al lodo por los hijos de la Libertad, justa recompensa de la ingratitud del tirano.»

Tales fueron los sentimientos con los que se acogió la declaración de la Independencia. Sin embargo,

aun entonces mismo, la empresa parecía audaz, y la situación del ejército americano, tan precaria, que el ayudante general Reed, que, dada su posición, conocía mejor que nadie el estado de los asuntos militares, escribía algunos días antes:

«Todos, desde el general hasta el soldado raso, los que están en condiciones de apreciar nuestra situación, se sienten profundamente desalentados. Si yo hubiera sabido el verdadero estado de las cosas, ninguna consideración hubiera podido determinarme á tomar una parte activa en los acontecimientos.»

Una vez adoptada la declaración, se estaba en el caso de dotar de una bandera nacional á los Estados Unidos convertidos en nación independiente. Al principio de la guerra, habíanse empleado diversas banderas. La que llevaban los primeros buques de guerra creados por Washington se llamaba el «Estandarte del Abeto», y se remontaba á la fundación de la colonia del Massachussets. Sobre fondo blanco se destacaba un árbol con este lema: «Apela al cielo». Así es cómo los periódicos ingleses de la época representan á la bandera quitada á un buque colonial en 1776. Se encontraba en un plano topográfico de Boston publicado en París el mismo año. Las tropas americanas conservaron la bandera inglesa mientras que se consideraron como unidas á la Gran Bretaña; pero cuando Washington tomó el mando del ejército en Cambridge, desplegó una nueva bandera de trece franjas blancas y encarnadas, alternas; pero conservaba en uno de sus ángulos la cruz roja y blanca, que era entonces el distintivo de la bandera británica, y fué con la que entraron en Boston los americanos después de la evacuación de las tropas reales; pero el congreso decidió, en 17 de Junio de 1777, que la bandera de

los trece Estados consistiría en trece franjas alternas, encarnadas y blancas, y que la unión se representaría por trece estrellas blancas en campo azul. El primero que izó este pabellón en un buque de guerra americano fué el capitán Pablo Jones, famoso después en los combates. Dicese que la bandera fué hecha por unas damas patriotas de Filadelfia y que, á bordo de una pequeña embarcación, Jones descendió y remontó el río Schuykill, con los colores desplegados, á fin de mostrar á los pueblos la nueva insignia. Es el pabellón que flota hoy en los barcos y en los monumentos de los Estados Unidos, en el ejército, en todas partes, en fin, salvo que por cada nuevo Estado anexionado á la Unión se ha debido añadir una estrella más, mientras que las trece franjas nos recuerdan todavía las trece antiguas colonias que conquistaron su independencia.

CAPÍTULO XXI

Continuación y fin de la guerra.

Hasta la declaración de la Independencia, casi todos los combates se dieron en los alrededores de Boston, aunque las tropas inglesas hubieran realizado un ataque infructuoso contra Charlestown (Carolina del Sur), y los americanos hubiesen intentado con igual poco éxito invadir el Canadá y tomar Quebec; pero Washington preveía la tentativa que los generales legitimistas no podrian dejar de hacer con objeto de ocupar Nueva-York. Envió, pues, de Cambridge al general Lee para proteger aquella ciudad y no tardó en ir él mismo, después de la evacuación de Boston.

Sir William Howe fué al encuentro de Washington con los soldados ingleses que fueron retirados de Boston, mientras que su hermano, el almirante Lord Howe, traía refuerzos y el general Clinton llegaba del Sur con un suplemento de tropas. Los americanos iban, pues, á luchar contra un efectivo de veinticuatro mil ingleses y alemanes de Hesse, mientras que el número de aquéllos no llegaba sino á la mitad. Lord Howe había recibido del rey plenos poderes para hacer proposiciones de paz, pero no sabía á quién dirigirse. Escribió primeramente una carta al gobernador real, pero ya no había gobernadores reales. La misiva cayó en manos de Washington, que no vió en ella nada satisfactorio; entonces Lord Howe dirigió una carta á Jorge Washington, *esquire*, y su hermano, el almirante, escribió otra á Jorge Washington, etc.; pero Washington declaró que no recibía sino las comunicaciones dirigidas al «Comandante general del ejército de los Estados Unidos», lo que fué causa de que Lord Howe, no queriendo reconocerle tal dignidad, dejara la pluma para volver á empuñar la espada.

Al principio, las tropas americanas sufrieron reveses, perdieron varias batallas; Washington, con el grueso de su ejército, tuvo que abandonar Nueva York á los ingleses y efectuar paso á paso la retirada á través de Nueva Jersey, acosado de cerca por Lord Cornwallis. El general inglés llegó á una de las orillas del Delaware precisamente cuando Washington acababa de cruzarle con todo su ejército. Esta retirada redobló, como es natural, el brío del ejército inglés y desalentó á los americanos. Washington apenas tenía con él tres mil hombres en Pensilvania, y los más carecían de buenos trajes y hasta de calzado.

Era, pues, urgente dar un golpe decisivo. Washington se enteró de que se encontraba en Trenton un cuerpo de mil hesianos. Eran soldados reclutados en Alemania, en el electorado de Hesse-Cassel, y Washington conocía sus costumbres. Estaba seguro de que el día de Navidad (1776) celebrarían esta solemnidad con esplendor y no estarían alerta. Esperó, pues, al anochecer; pasó el Delaware, anduvo toda la noche con un tiempo espantoso, á fin de sorprenderlos al amanecer. Un americano legitimista se lo advirtió al general alemán; pero éste no hizo caso. Murió en el combate y todos sus soldados cayeron prisioneros.

Poco después, Washington alcanzó otra victoria en Princeton, igualmente por sorpresa. Estos triunfos reanimaron á los americanos; aunque tuvieron contra ellos en aquel momento cerca de cincuenta mil hombres, no pedían sino continuar. Reclutáronse nuevas tropas; pero Washington no tardó en tener que abandonar Filadelfia; pasó un invierno rudo y terrible en Valley con su ejército.

Si pudiéramos trasladarnos con la imaginación al campamento de Vally Forge, comprenderíamos mejor la magnitud de los sacrificios que se realizaron por la causa de la libertad. La deserción y la enfermedad habían reducido á una mitad el ejército americano. De cuarenta y cinco mil hombres había bajado á veinte mil. Los soldados dormían sin mantas y la mayor parte pasaba las noches sentados junto á las hogueras del vivac. Hubo un momento en que más de mil carecían de zapatos y podían seguirse en la nieve las huellas de sus pies ensangrentados.

Los mismos enfermos dormían en el desnudo suelo por falta de paja. Apenas quedaban caballos, y los

hombres tenían que fabricar vehículos para el acarreo de leñas y provisiones. Los oficiales acudían á la lista envueltos en mantas viejas. Las tropas eran pagadas con mucha irregularidad, y la moneda que se les daba había perdido casi todo su valor. Los víveres escaseaban cada vez más y se oía repetir esta frase de mal augurio: «Sin pan no hay soldados».

Había en el campamento algunos oficiales extranjeros venidos generosamente para sostener la causa de la Libertad: Lafayette, Kalb, Koscinsko, Pulaski, Stenben. Eran hombres habituados al lujo de las cortes, y las viviendas que ahora habitaban no eran, según decía Lafayette, no eran precisamente muy atractivas. Durante esta terrible fase, Washington se comportó admirablemente. Obligado á ocultar en todo lo posible el miserable estado de su ejército, tenía que soportar por añadidura las acusaciones de los miembros del congreso, é incluso de los generales, que le censuraban por no transformar en un abrir y cerrar de ojos á aquel reducido número de soldados hambrientos en un cuerpo de tropas irresistible. Mientras tanto, el ejército inglés vivía en la abundancia en Filadelfia, y los oficiales gozaban de todas las dulzuras de la vida.

El general Burgoyne, con una parte del ejército inglés, invadió los Estados de Nueva Inglaterra por el Canadá á principios de 1777 y lanzó una proclama en la que invitaba á los indios á unirse á él. Costeó el lago Champlain, tomó el fuerte de Ticonderoga y mandó después un fuerte destacamento á destruir el material de guerra de Bennigton. Fué atacado cerca de esta ciudad por el general Stark, que tenía á sus órdenes un destacamento de la milicia de Vermont y de New-Hampshire. Stark había tomado parte en el

combate de Bunker-Hill y allí pudo convencerse *de visu* de que las tropas americanas eran tan aptas para la resistencia como para el ataque. Dícese que antes del combate formó á sus hombres y les dirigió esta arenga: «Ahí están las casacas rojas; antes de la noche las habremos derrotado ó Molly Stark será viuda». La mujer de Stark no quedó viuda, y los americanos alcanzaron la victoria. Al día siguiente se presentó otro cuerpo de alemanes; Stark lo derrotó también, y este triunfo electrizó á los vencedores; pero otro acontecimiento más importante aún había de completar estos felices éxitos. Burgoyne acampaba en Saratoga con todo su ejército. El general Gates, con un destacamento de tropas americanas, fué á su encuentro. Hubo dos combates en Stillwater; los resultados fueron indecisos; sin embargo, el ejército inglés se batió en retirada; mientras que efectuaba este movimiento le envolvieron las tropas del general Gates. El 17 de Octubre de 1777, Burgoyne, con todo su ejército de más de cinco mil hombres, se rendía á los americanos en Saratoga.

Este acontecimiento fué de capital importancia. Reanimó al desgraciado ejército de Washington, que sufría todas las privaciones imaginables en Valley-Forge, y sorprendió á los amigos que América tenía en Europa, porque no podían esperar tan gran victoria. La alegría estalló principalmente en Francia, en donde se apasionaban tanto por la causa americana, que muchos jóvenes se habían alistado como voluntarios en el ejército independiente.

Hasta entonces, sin embargo, el Gobierno francés se había negado á hacer una alianza con las colonias; pero después de la capitulación del general Burgoyne en Saratoga, Franklin y los otros plenipotenciarios

lograron obtener, además de la firma del tratado, la promesa formal de una ayuda efectiva (6 de Febrero de 1778). El Gobierno británico se alarmó, el Parlamento votó unos *bills* y envió emisarios para tratar de apaciguar América. Esta condescendencia tardía no pudo seducir á unos hombres encariñados ya con el pensamiento de una plena independencia; los emisarios procuraron, sin embargo, influenciar el congreso y trataron de corromper á los patriotas influyentes, á fin de que secundaran sus esfuerzos. Ofreciéronle una suma de diez mil libras esterlinas al general José Reed:

«No valgo apenas para que se me compre — contestó aquel digno ciudadano—, pero por poco que valga, el rey de la Gran Bretaña no es lo suficiente rico para pagarme».

La ayuda del Gobierno francés no produjo los resultados que se esperaban; las flotas enviadas no lograron ninguna de sus empresas. La guerra de la Revolución se prolongó más de tres años, con alternativas varias. A veces los americanos alcanzaban brillantes éxitos, como en Stony-Point sobre el Hudson (1779), en donde el general Anthony Wagne, «Antonio el Rabioso», como se le llamaba á menudo, tomó una fortaleza situada en la cima de un monte escarpado, haciendo que sus hombres cargaran á la bayoneta, sin disparar un solo tiro. Otras veces los americanos sufrieron descalabros, cuando Sir Henry Clinton, por ejemplo, sitió á Charlestown (Carolina del Sur). Hubo espantosas matanzas, la de 1778, entre otras. Una partida de tories (se seguía llamando así á los legitimistas americanos) emplearon indios en una matanza de hombres, mujeres y niños en Wyoming (Pensilvania). Hubo también grandes combates na-

vales, en los que se cubrió de gloria Pablo Jones por la lucha entre su barco, el *Buenhombre*, y la fragata inglesa *Serapis*, que se abordaron. El combate duró tres horas consecutivas; en los dos barcos hubo incendios; por fin la fragata inglesa arrió su pabellón (1779).

Lleváronse á cabo actos de extraordinaria audacia en el género de guerra que se llama guerra de guerrilleros. Marión y Sumte, particularmente, hicieron proezas en los bosques de la Carolina del Sur. Aquellos bravos recorrían los bosques por senderos que ellos solos conocían, y emprendían largas correrías nocturnas para atacar á los diferentes puestos de los ejércitos ingleses, que ocupaban entonces Charlestown y los alrededores. Apodaban á Marión «el Zorro de los pantanos», y los oficiales ingleses se quejaban de que no acudiera «á combatirles en campo abierto como hubiera sido propio de un oficial y un *gentleman*».

Durante la guerra, uno de los oficiales más distinguidos del ejército americano, el general Benedicto Arnold, cometió un acto de traición abominable. Había tomado parte en la lucha desde el principio, habíase distinguido en una marcha con un cuerpo de ejército á través de los bosques del Maine para atacar á Quebec; después, al mandar las fuerzas navales en un rudo combate sobre el lago Champlain y en otras varias ocasiones más. Acusábanle, sin embargo, de egoísta y vengativo; sus compañeros de armas desconfiaban de su carácter; varios de ellos le habían adelantado en los ascensos. Este disgusto se halló justificado al descubrirse que desde hacía año y medio Arnold estaba en correspondencia con el general en jefe del ejército inglés, Sir Henry Clifton. Las cartas llevaban nombres supuestos, de suerte que el mismo

Sir Henry Cliston ignoró durante mucho tiempo con qué traidor trataba. Mientras tanto, Arnold fué designado para el mando del río Hudson, con orden de establecer su cuartel general en West-Point, que pasaba por ser la plaza más inexpugnable de las colonias. La llamaban el *Gibraltar americano*, y se la consideraba como la llave de las comunicaciones entre los Estados del Este y los del Sur; si los ingleses se hubieran apoderado de ella, casi hubiera sido la ruina de la causa colonial.

Arnold se propuso entregarla, y lo hubiera hecho, si la captura de un oficial encargado de las negociaciones no hubiera revelado los criminales manejos. Unos jóvenes americanos, que salieron un día á lo que se llamaba campo neutral entre los dos ejércitos enemigos, le vieron al pasar, le detuvieron y le interrogaron. El individuo, creyendo que hablaba con legitimistas, cuyo número era considerable en aquel país, les declaró imprudentemente que era oficial inglés. Era, en efecto, el mayor André, ayudante de campo del general en jefe. Los jóvenes le registraron y le encontraron, ocultos en las botas, unos papeles que contenían datos precisos dados por Arnold respecto de la guarnición y defensa de West-Point, con todo el plan de la traición. El mayor André les ofreció crecidas sumas si le soltaban, pero se negaron, y su prisionero fué conducido al puesto militar más próximo (23 de Septiembre de 1780). André fué llevado después ante el general Washington, y sometido á un consejo de guerra. El descubrimiento de esta traición hizo gran ruido, y en general inspiró compasión la suerte de André; pero convicto de espionaje, fué ahorcado con arreglo á la ley marcial.

Arnold, mientras tanto, se escapó y logró llegar á

las filas enemigas. Se puso al servicio de los ingleses, combatió con ellos contra sus compatriotas, llegó á general de brigada, y su infamia le valió mucho dinero. Pero fué siempre distanciado y despreciado por todos.

La alianza de Francia sirvió de un gran apoyo moral á los americanos; sin embargo, el ejército francés no había podido prestar muchos servicios efectivos hasta entonces, aunque el conde de Rochambeau hubiera desembarcado en Newport (Rhode-Island), en 1780, con seis mil hombres. La guerra terminó al fin con una gran victoria, en la que tomaron los franceses una parte muy considerable. El general inglés Cornwallis había establecido su cuartel general en Yorktown (Virginia). Washington se dirigió á aquel punto con las tropas americanas, y el conde de Rochambeau con un cuerpo francés, mientras que el almirante Grasse bloqueaba York River. A los diez días de ese sitio, en vista de que las fortificaciones más importantes habían sido destruidas por la artillería americana, Lord Cornwallis resolvió abandonar Newport durante la noche y batirse en retirada á Nueva York. Una tempestad le detuvo y se rindió á Washington. El 19 de Octubre de 1781, los ejércitos aliados de Francia y América, teniendo á su frente á Washington y Rochambeau, formaron en dos filas á las puertas de Nueva York. Los vencidos desfilaron entre ellas y entregaron las armas. El ejército inglés era de unos siete mil hombres; los franceses y americanos sumaban diez y seis mil. Hoy todavía, en ciertas revistas de milicias provinciales, los soldados recuerdan este acontecimiento con una representación militar que llaman un *Cornwallis*.

A la noche siguiente, los moradores de Filadelfia

que no dormían, oyeron gritar á los serenos: «¡Los dos, y Cornwallis cogido!»

Al saber esta noticia, el congreso ordenó un día de acción de gracias en toda la extensión de los Estados Unidos, y Washington puso en libertad á todos los prisioneros, sin excepción, para que participasen de la alegría general.

Estaba claro para todo el mundo que la capitulación de Cornwallis decidía del resultado de la guerra. La lucha duraba ya desde hacía cerca de siete años; había costado á la Gran Bretaña cien millones de libras esterlinas y cincuenta mil hombres, sin contar la pérdida de las colonias, que tan desdichadamente se había enagenado por una cuestión de dinero. Aquella guerra, según frase de un gran hombre de Estado inglés, Pitt, se concibió en la injusticia, se sostuvo por demencia, y cada uno de sus pasos lo señalaban la muerte y la devastación.

Todavía hubo combates después de la capitulación de Cornwallis. Las tropas inglesas ocuparon durante cerca de dos años aún las ciudades de Nueva York, Charlestown y Savannah; pero no hubo ya campaña importante. Por fin, el 3 de Septiembre de 1783 los plenipotenciarios ingleses y americanos firmaban en París un tratado, por el que Inglaterra reconocía cuanto proclamara la declaración de la Independencia. La nueva nación, llamada los Estados Unidos de América, pasaba á ocupar un puesto entre los Estados políticos del globo.

CAPÍTULO XXII

Después de la guerra.

El ejército de la Revolución fué licenciado el 3 de Noviembre de 1783. Al final de este largo conflicto, las colonias americanas habían quedado muy pobres, y su moneda estaba tan depreciada que un par de zapatos costaba un billete de cien dólares. Los soldados licenciados estaban tan miserables, tan descontentos, que se necesitó toda la autoridad de Washington para mantenerlos en el deber. Por su parte, el pueblo carecía de dinero para pagar los impuestos, única fuente de ingresos para los gastos del Estado. Algunas gentes que sostenían que no se debían pagar en semejante época ni deudas ni impuestos, suscitaron en el Massachussets una revuelta conocida con el nombre de «Shay's Rebellion». Todo esto era alarmante é hizo comprender á los americanos que necesitaban en adelante un Gobierno más fuerte que la simple liga formada en 1777 y que les bastó durante la guerra.

Lo que había en todo tiempo turbado la armonía era aquella inveterada envidia de las colonias entre sí, y sobre todo, el despecho de las menores frente á las mayores. Resultaba de esto que no habían querido dar á la «Confederación», como la llamaban, sino la menor autoridad posible. Su temor de un Gobierno tiránico era extremado; por esto negaban al congreso casi todos los medios de acción, por ejemplo, el derecho de crear impuestos ó de fijar lo que habían de pagar los géneros de importación; el congreso ni si-

quiera podía obligar al cumplimiento de la ley. Como es natural, las naciones extranjeras no se apresuraban á hacer tratados con un Gobierno tan débil. «Somos hoy una nación, y mañana seremos trece naciones—decía Washington—. ¿Quién querrá tratar con nosotros en semejantes condiciones?»

Se comprendió que esto no podía durar y se convocó una convención de delegados para que se reuniera en la sala de los Estados de Filadelfia, á fin de deliberar sobre una nueva Constitución y crear, si era posible, un Gobierno más fuerte, sin atentar á las libertades públicas. La discusión duró largas semanas.

Por fin, el 17 de Septiembre de 1787 se adoptó la Constitución hoy vigente. Necesitaba todavía ser sometida á la aprobación de los diferentes Estados, y encontró una oposición bastante viva, mientras que era enérgicamente apoyada por Alejandro Hamilton y otros hombres políticos en una serie de artículos célebres del periódico *The Federalist*. Sin embargo, diez de los trece Estados la aceptaron casi inmediatamente, y empezó á surtir efecto desde 1788. Quedaban tres Estados recalcitrantes: uno de ellos, Nueva York, se adhirió á tiempo para tomar parte en la primera elección presidencial que se celebró el mismo año. La Carolina del Norte dió su adhesión al año siguiente, y por último, se sometió Rhode-Island en 1790. Así concluyó la primera «Confederación», y empezó la nueva «Unión».

La Confederación transformó las colonias en Estados independientes; la Unión reunió á estos Estados en una sola nación, que se ha gobernado siempre, desde aquella época, bajo el régimen de la Constitución que adoptara, aunque de tiempo en tiempo haya introducido algunas modificaciones.

Cuando se promulgó la nueva Constitución y comenzó la existencia de la nación nueva, hubo grandes fiestas en todo el país. En Filadelfia, por ejemplo, desfiló un cortejo de cinco mil personas, representando todo los géneros de comercio y oficios. Semejantes manifestaciones eran hasta entonces inusitadas; tenían por objeto mostrar la diferencia entre el Gobierno monárquico y el Gobierno republicano. En efecto, todos los festejos nacionales dados en Europa por aquella época afectan un carácter esencialmente militar; aquí, por el contrario, veíanse en el desfile figuras alegóricas que representaban la *Declaración de la Independencia*, la *Alianza francesa*, el *Tratado de París*. Así lo demás. La Constitución estaba representada por un carro suntuoso en forma de águila, tirado por seis caballos, y en el que se sentaban los jueces del Tribunal Supremo, con la Constitución en un marco colgada de un poste coronado por el gorro frigio, y en el que se leían, en letras de oro, estas palabras: «El pueblo».

Después venía otro carro tirado por diez caballos blancos, con un modelo de monumento destinado á representar el Gobierno federal; el techo estaba sostenido por trece columnas. Tres de ellas estaban de intento sin terminar, para aludir á los tres Estados que no habían ratificado aún la Constitución, y otras diez terminadas, representando á los Estados ya adheridos. Botáronse al río diez embarcaciones empavesadas con inscripciones en honor de estos Estados.

El clero de la ciudad tomó parte en el desfile, y el rabino judío marchaba entre dos ministros de la religión cristiana para indicar bien que la nueva República se basaba en los principios de la tolerancia religiosa.

El primer presidente americano de la República fué Jorge Washington. A John Adams le nombraron vicepresidente. Nueva York era la sede del Gobierno. Cuando Washington salió de Virginia para ir á aquella ciudad, fué acogido á su paso con el más vivo entusiasmo. En Trenton, lugar de muchas de las batallas del general, se erigió un arco de triunfo en el puente por el que había de pasar. Era el mismo puente por el que efectuó en otro tiempo su retirada ante el ejército de Cornwallis. El arco triunfal descansaba sobre trece columnas cubiertas de guirnaldas y de flores, y con esta inscripción: «El defensor de las madres será el protector de las hijas». Debajo había un grupo de muchachas con cestos de flores; cantaron unas coplas que decían:

«Sé el bienvenido, poderoso jefe,—Sé el bienvenido á este paraje reconocido. — Ya el soldado mercenario no puede asestar el golpe fatal,—El golpe fatal con que le amenazaba.

»Las jóvenes, las graves matronas, — Aquellas á las que salvó tu brazo vencedor, — Tejen para ti coronas,—Vamos, hermosas, arrojad flores en su camino;—Echad flores al paso de vuestro héroe...»

Y uniendo la acción á la palabra, echaron ante él las flores de sus cestas. Al acercarse á Nueva York, salió una comisión á su encuentro. Una lancha tripulada por trece hombres, uniformados de blanco para representar á las trece colonias, y una multitud de diversas embarcaciones se unieron al cortejo. El gobernador del Estado y muchos importantes personajes esperaban en el muelle; acompañaron á Washington hasta su morada, en medio del regocijo popular. Le habían preparado carruajes, pero prefirió ir á pie; así atravesó todas las calles entre una lluvia de flores

y el agitar de los pañuelos. A los pocos días la ceremonia de la inauguración se celebró en el balcón de lo que era entonces la cámara del Senado, vasto edificio llamado *Federal Hall*. Alzábase en una encrucijada de cuatro calles, las cuales estaban tan cuajadas de gentes que, según el dicho de un testigo ocular, «se hubiera creído que se podía andar sobre un piso de cabezas».

Cuando Washington salió al balcón, el canciller de Nueva York leyó el juramento de *inauguración*, que aquél repitió. En cuanto el general hubo prestado el juramento, resonaron gritos de «¡Viva Jorge Washington, presidente de los Estados Unidos!»

Y la muchedumbre contestó en masa á las frenéticas aclamaciones. Entonces se izó una bandera en la cúpula del palacio, en medio de las salvas de artillería y el repique de campanas. Así se completó la organización de la nueva República con la elección de un primer magistrado que era objeto de la veneración y del amor de todo el pueblo (30 de Abril de 1789).

CAPÍTULO XXIII

Washington y Adams.

Washington y los que le asistían en el Gobierno tuvieron necesidad de toda su cordura y de toda la confianza pública para realizar la tarea que les incumbía; los asuntos del Estado estaban en una situación deplorable, la deuda pública era enorme, el pueblo estaba mal dispuesto á pagar los impuestos, los indios se mostraban muy hostiles, los piratas de los Estados berberiscos atacaban frecuentemente á los

barcos americanos; por último, las relaciones del nuevo Gobierno con Inglaterra, Francia y España no tenían nada de satisfactorias. Pero en unos cuantos años cambió todo: restablecióse la hacienda sobre una base sólida, se hizo entrar en razón á los revoltosos y á los indios y se concertaron tratados con Argelia, España é Inglaterra. Este último, estipulado en 1794 por John Jay, encontró en algunas personas cierta oposición por parecerles demasiado favorable á Inglaterra; pero concluyó por ser ratificado y empezó una era de paz entre las dos naciones. Durante esta larga prosperidad, los acontecimientos de Francia causaron, sin embargo, fuertes conmociones en los Estados Unidos. En aquel país amigo había estallado una gran revolución, á la que no fué ajeno el feliz resultado de la guerra de América.

La antigua Monarquía francesa estaba destronada; sobre sus ruinas se esforzaban en establecer una República. Desgraciadamente esta tentativa había ocasionado terribles excesos y efusión de sangre. América se conmovió hondamente, porque Francia fué su fiel aliada en la guerra de la Independencia y ahora quería seguir sus huellas, aunque los medios empleados fuesen muy diferentes y el final hubiera de ser completamente opuesto. Dos partidos se repartieron, en aquella época, la opinión en los Estados Unidos: uno de ellos, muy fuerte, que simpatizaba cordialmente con la Revolución francesa; el otro, considerable también, que temía el ejemplo y la influencia de Francia, y hubiera deseado que el Gobierno americano se pareciese todo lo posible al de Inglaterra. Los admiradores de los ingleses eran comunmente llamados *federales*, mientras que los que estaban por Francia eran designados con el

nombre de *republicanos* y más adelante con el de *demócratas*.

Washington, Hamilton y John Adams pasaban por federales, mientras que Jefferson y Samuel Adams eran demócratas. Esta oposición se revelaba hasta en las cuestiones de forma y etiqueta oficiales, en la manera de vivir de los funcionarios. Los federales, temiendo que el nuevo Gobierno no inspirase bastante respeto, exigían ciertas ceremonias, incluso lujo. De otra parte, los demócratas temían que el nuevo Gobierno llegara á ser demasiado poderoso y destruyera los derechos de los Estados, que adquiriese los hábitos dispendiosos, aristocráticos de Europa. Quejábanse del género de vida demasiado fastuoso de Washington, de su formalismo, y opinaríamos como ellos, si no fuera preciso tener en cuenta una época que no se parecía en nada á la nuestra. Así, cuando se discutió sobre el título honorífico que podría darse al presidente, Washington se declaró por el de «Su Alto Poder», que se acostumbraba á dar al stathunder de Holanda, en donde á la sazón había República. Rechazóse, sin embargo, tal denominación, substituyéndola por la más modesta de «Excelencia».

Otra censura: cuando las sesiones del congreso, Washington iba en carruaje de aparato, cuya forma era la de un hemisferio, con portezuelas blanco crema, adornadas con flores y figuras que representaban amercillos y guirnaldas. En las ocasiones solemnes, la carroza iba tirada por seis caballos; en circunstancias corrientes, por cuatro, y por dos solamente los domingos. El cochero y los postillones llevaban libreas de colores blancos y rojos.

El presidente Washington daba recepciones quincenales en su casa particular. A las tres en punto de

la tarde se abrían de par en par las puertas del comedor, y los invitados que iban pasando, se encontraban en presencia del presidente, de pie, junto á la chimenea, rodeado de los miembros del Gabinete ó de otros personajes importantes. En estas ocasiones, llevaba de ordinario una casaca de terciopelo negro con chaleco gris perla ó blanco, guantes amarillos y hebillas de plata, tanto en las ligas como en los zapatos. Llevaba en la mano un tricornio y al costado una larga espada, en su vaina de piel blanca. Jamás tendía la mano á sus invitados, limitándose á saludarles cuando entraban y dirigiendo á cada uno unas cuantas palabras. Mistress Washington tenía también sus recepciones nocturnas, á las que asistía en traje de baile. El cumpleaños del presidente se celebraba con banquetes y recepciones públicas en todas las grandes poblaciones, como se acostumbraba antes á hacerlo con el rey de Inglaterra. Con tal motivo, los poetas dirigían á menudo odas á Washington. Todas estas cosas, según los federales, tenían su importancia, porque realzaban el decoro y la dignidad de la joven República. Según el otro partido, hacían, por el contrario, mucho daño al perpetuar las tradiciones de la Monarquía.

Tengamos presente, para juzgar este asunto, que la etiqueta reinaba entonces en todas las clases sociales mucho más que ahora y que la ostentación de los trajes era mucho mayor; los jueces del Tribunal Supremo, por ejemplo, llevaban en invierno togas encarnadas con franja de terciopelo, y en verano holgadas togas de seda negra, como las que se llevan hoy; los miembros del clero llevaban pelucas, togas y alzacuellos, en el púlpito, y en la calle el sombrero de tres picos. En los particulares, el lujo en el vestir

era casi tan grande como antes de la Revolución, aunque durante un tiempo estuvo pobre el pueblo. Las damas se engalanaban con sedas y bordados, que todavía se conservan hoy en muchas familias americanas como preciosa herencia; iban empolvadas, y los peinados, con los cabellos blanqueados artificialmente, alzábanse á menudo á considerable altura. Los peluqueros veíanse tan ocupados los días de recepciones elegantes, que las señoras tenían que ser peinadas á veces á las cuatro ó cinco de la mañana, permaneciendo después sentadas, inmóviles, el resto del día, á fin de no descomponer su peinado.

Los hombres ostentaban en sus trajes una gran variedad de colores y empleaban en vestirse telas que solamente las mujeres se permiten hoy. «Cuando sale un *gentleman* — dice un contemporáneo — lleva peluca, gran corbata blanca, chaleco de seda bordado, pantalón negro de raso, medias blancas de seda, casaca de paño fino ó de terciopelo; en casa se cubre la cabeza con un gorro de terciopelo, bajo el que á veces lleva otro de paño fino que substituye á la peluca; su bata es, por lo general, de damasco, con forro de seda; sus pies calzan zapatillas de tafilete de color vivo». En aquella época, casi todos los *gentleman* tomaban rapé y se gastaban sumas enormes en tabaqueras artísticamente trabajadas. Tomar un polvito de rapé de la tabaquera de otra persona, era una cortesanía como la de quitarse el sombrero.

El teatro empezaba no más á ser tolerado; pero celebrábanse á menudo representaciones particulares, y Washington las daba de vez en cuando en su propia casa.

Estaban permitidos los conciertos, y los bailes eran á veces magníficos, sobre todo en las embajadas

extranjeras. Para uno de ellos, dado en Filadelfia por el embajador de Francia, se construyó un local especial. Hubo setecientos invitados, y en la calle se reunieron diez mil personas para presenciar el desfile de las sillas de manos. Los bailes consistían en minués y contradanzas; el rigodón acababa de nacer. En el primer baile de la inauguración se distribuyó entre las señoras una partida de abanicos, encargados expresamente á París. Estos abanicos eran de marfil y papel, y cada uno de ellos llevaba un medallón que representaba al general Washington.

Mientras que las clases elevadas vivían de esta manera, el pueblo se reponía poco á poco de la guerra y se dedicaba á diversas ramas de la industria. La guerra puede cambiar los hábitos de una nación; pero no fué este el caso en América: casi todos los soldados licenciados volvieron gozosos á sus campos, á sus talleres, orgullosos de haber establecido una República fundada en la libertad y en la ley. Muchos de ellos tuvieron que soportar algún tiempo la miseria; pero se vieron, sin embargo, muy pocos mendigos, de lo que se asombraban los viajeros extranjeros.

El pueblo se dedicaba especialmente á la agricultura y al comercio, al mismo tiempo que á la pesca. No existía aún ninguna industria de algodón ni lanas, y eran muy pocos los inventos mecánicos, tan varios hoy. En el campo, las gentes se calentaban en inmensas chimeneas de leña, se alumbraban con velas de sebo de fabricación casera, y llevaban trajes tejidos por sus propias manos. Los mismos habitantes de las ciudades no estaban lejos de las soledades agrestes, y en la mayor parte de las casas, hasta en los Estados del Este, se encontraba el fusil y la red de pescar. En el Sur eran pocas ó ninguna las grandes poblaciones,

y el Far-West, aún inexplorado, no era conocido sino por los franceses del Canadá.

Bajo la administración de Washington, se hizo un importantísimo descubrimiento que había de influir grandemente sobre la historia futura de América. Cuando los primeros exploradores europeos llegaron al continente americano, hallaron en el Sur una planta que crecía en estado silvestre, y que no era otra que el algodón. Ya la habían empleado en otras partes del mundo, haciendo con ella un tejido de una especie particular. El cultivo del algodón era fácil. La dificultad estribaba en separar el grano de la fibra, ó sea mondarlo. Hasta entonces hacíase esta operación á mano, pero se necesitaba un día entero para mondar una libra, cuando un ingenioso joven de Massachusetts, llamado Elías Whitney, llegó á Georgia para regentar una escuela. Acababa de obtener el título en Yale-College. Cierta señora Green, en cuya familia vivía el joven, observando la facilidad con que hacía juguetes para los niños, le rogó que inventase para ella una máquina de mondar el algodón. El maestro se puso á la obra. Empezó por tener que fabricarse los útiles y el alambre que faltaban en la región aquella. Por fin, tras dificultades inauditas, logró hacer una máquina basta, y su amiga, la señora Green, invitó á los principales plantadores para que dieran su opinión (1792). Todos comprendieron que podía dar buenos resultados; pero antes de que Whitney pudiera terminarla, unos ladrones se la robaron del taller una noche. Por aquel modelo se fabricaron otras, y pasó mucho tiempo antes de que el inventor pudiera obtener alguna indemnización por su trabajo. Perfeccionado después el invento, la industria algodонера adquirió de pronto enorme

importancia; los americanos proporcionaron algodón al mundo entero, lo que nunca hubiera ocurrido sin la intervención de un pobre diablo como Elías Whitney.

Poco tiempo después de la elevación de Washington á la presidencia, murió uno de los hombres más distinguidos de América, uno de los que mayores servicios prestaron á la causa de la libertad, el doctor Benjamín Franklin. Nacido en Boston en 1706, era hijo de un pobre fabricante de bujías. De niño aprendió el oficio de cajista. A los diez y siete años dejó la casa paterna y se estableció en Filadelfia. Asocióse á otro joven, y ambos, sin el menor capital, emprendieron trabajos de imprenta, estimándose muy felices con haber encontrado en la calle á un amigo que les pagaba á cinco chelines la tarea. Concluyeron por montar un periódico, publicaron un almanaque, llamado el «Almanaque del pobre Ricardo», que obtuvo gran venta, y se lanzaron al mismo tiempo á un pequeño comercio de trapos, tinta, jabón, plumas y café, que les procuró recursos. Franklin había leído mucho, experimentaba una especie de pasión por el estudio de las ciencias, sobre todo de la electricidad, y formuló la teoría de que el relámpago y el fluido eléctrico no eran más que una misma cosa. La teoría en cuestión fué enunciada en un folleto que más de un lector trató de absurdo. Dedicóse entonces á probar lo que decía; con tal fin hizo, con ayuda de su hijo, una gran cometa de seda, la puso una aguja de hierro y la lanzó á los aires en una tormenta. Cuando pasaba la nube cargada de electricidad, el fluido descendió á lo largo de la cuerda, y cuando Franklin tocó una llave que había atado á la cuerda, brotaron inmediatamente chispas, prueba sin réplica de la pre-

sencia de la electricidad. Este descubrimiento le condujo á la invención del pararrayos, que es hoy de uso tan universal, y que, con arreglo al mismo principio, atrae la electricidad. Este descubrimiento le hizo tan famoso en Europa como en América. Fué después enviado á Inglaterra con una misión diplomática, y allí permaneció hasta el momento de la Revolución. De vuelta entonces á su país, fué uno de los promotores y firmantes de la declaración de la Independencia. Visitó Francia como embajador y contribuyó en mucho á la conclusión del tratado con ese país, que aseguró la independencia de las colonias americanas. Era un hombre de una actividad prodigiosa, maravillosamente entendido en los asuntos públicos é inteligentísimo además. Fué considerabilísima su influencia sobre todos los acontecimientos de su tiempo; se le deben las mejores y más filantrópicas instituciones que hayan concebido los americanos de su época. Su postrer acto público fué firmar una memoria dirigida al congreso á favor de la sociedad antiesclavista de Filadelfia, de la que era presidente. En aquella memoria se reclamaba la abolición de la esclavitud. Franklin murió á los ochenta y cuatro años de edad, el 17 de Abril de 1790. Toda la nación llevó duelo, y Mirabeau, que era entonces el gran orador de la asamblea constituyente de Francia, propuso á la misma que guardara tres días de luto «por un sabio que reivindicaban los dos mundos». Aprobóse la proposición. Turgot ha dicho de Franklin que arrebató el rayo á las nubes y el cetro á los tiranos:

Eripuit coelo fulmen sceptrum que tyrannis.

Durante la presidencia de Washington se anexionaron nuevos Estados á los trece antiguos. El prime-

ro fué el de Vermont, en 1791. En su origen, la colonia de Vermont fué fundada por unos exploradores, á los que el Gobierno de New-Hampshire concedió tierras. Aquellos hombres, rudos y audaces, talaron bosques y construyeron hornos para la fundición del hierro. Más adelante, Nueva York reclamó aquel territorio como suyo y trató de desalojar á los poseedores. Resistieron y enviaron á Ethan Allen, su jefe, á que los defendiera ante la legislatura de Nueva York; pero la justa demanda de los colonos fué recibida con desdén. Ethan Allen se retiró pronunciando con reto estas palabras de la Biblia: «Nuestros dioses son los dioses de las montañas; son, pues, más poderosos que los vuestros». Entonces Nueva York envió unos agentes para expulsar á los colonos; pero los «Hijos de las Montañas Verdes», como se empezaba á llamarlos, opusieron viva resistencia. A quien trataba de echarles de sus establecimientos, le echaban mano, le ataban á un árbol y le azotaban.

Ofrecióse una gran recompensa á quien se apoderase de Allen, de Seth Warner y demás; pero fué en vano. Cuando estalló la Revolución, los «Hijos de las Montañas Verdes» quisieron tomar parte en el congreso provincial, á lo que Nueva York se opuso. Sin embargo, mientras que duró la Revolución se distinguieron singularmente; por esto se les admitió en la Unión al poco tiempo de constituida. El nombre que eligieron para su colonia fué el de Vermont, que significa *Montañas Verdes*.

Kentucky se anexionó á la Unión en 1792. Esta región pasaba al principio como una parte de Virginia, y no fué explorada sino poco antes de la Revolución americana. El primer explorador fué Daniel Boone, cazador de fama. No temía penetrar en las co-

marcas más salvajes con un puñado de compañeros para dar caza á los animales de pieles y para coger sal de los manantiales salados. Construyó fuertes, y á veces los defendió varios días seguidos con su puñado de hombres contra bandas considerables de indios. Una vez cayó prisionero y fué adoptado por una familia india. Pero logró escaparse.

Cuando se propagó el rumor de sus aventuras, los colonos acudieron en gran número, en su mayoría de la Virginia inferior, llevando con ellos á sus esclavos. Los indios les opusieron vivísima resistencia. Hubo una larga serie de conflictos que valieron á Kentucky el sobrenombre de *Tierra sombría y sangrienta*, con el que fué largo tiempo conocido. España quiso hacer que los kentuckyanos se separasen de la Unión y se unieran á Luisiana, que era todavía española; pero fracasaron todos sus esfuerzos, y la *Tierra sombría y sangrienta* concluyó por ser uno de los Estados de la República de los Estados Unidos. Dícese que el nombre de Kentucky significa *Río Largo*.

Tennessee pasó á la Unión en 1796. Este país fué explorado mucho antes que Kentucky, y probablemente la visitó Soto mucho antes de ser colonizados los Estados del extremo Este. Soto fué probablemente el primer europeo que guiara una expedición armada hasta el Misisipí, el *río oculto* (Hidden River), ó mar interior (Inland Sea), como se llamaba entonces; caminó con sus tropas y un cañón durante semanas enteras á través de soledades desconocidas. Cuando murió de fiebres en 1549, sus soldados quisieron substraer sus restos á las profanaciones de los indios, abrieron el tronco de una encina, pusieron allí el cadáver y lo sepultaron en lo más profundo del Misisipí. Muchos años pasaron sin que los blancos visitaran aquellos

Mr. Wilson
1844

parajes; se poblaron mucho más lentamente que Kentucky; los colonos venían sobre todo de la Carolina del Norte, y durante cierto tiempo sus establecimientos fueron considerados como dependencias de esa colonia. El pueblo trató de establecer un Estado aparte, con el nombre de Franklin; pero este proyecto abortó, y tras diversas modificaciones, todo el país fué admitido á formar parte de los Estados Unidos con el nombre de Tennessee, nombre indio del principal río que le riega. Los colonos carolininos llevaron consigo á sus esclavos, de lo que resultó que Tennessee fué, naturalmente, un Estado esclavista.

Así, pues, á fines de la presidencia de Washington, la Unión contaba ya diez y seis Estados. Había también el «territorio del Noroeste», que no estaba aún organizado en Estados, y toda la vasta región entre el Ohio y el Misisipi, de donde la esclavitud había sido excluída para siempre por una ley votada en el congreso en 1787. El primer censo se hizo en 1790. La población ascendía á cerca de cuatro millones de individuos.

Washington fué presidente dos períodos consecutivos, es decir, ocho años; terminados los cuales se negó á ser nuevamente reelegido.

Le sucedió, de 1797 á 1801, John Adams, de Massachusetts, que había sido vicepresidente. Era lo que se llamaba entonces *federal*, y fué elegido por una escasa mayoría contra Thomas Jefferson, que pertenecía al partido contrario. Acostumbrábase entonces á que el candidato que obtenía el segundo lugar en la elección presidencial fuese nombrado vicepresidente. Resultó de esto que Jefferson fué vicepresidente con John Adams, aunque fuesen de diferentes partidos. El presidente Adams había sido uno de los patriotas

más decididos por el triunfo de la Revolución. Ayudó á redactar después la declaración de Independencia; figuró entre los plenipotenciarios encargados de hacer el tratado con Francia, al final de la Revolución americana. Su elección presidencial se celebró en Filadelfia, adonde se había trasladado la sede del Gobierno. Bajo su administración la capital se estableció en Washington, en un lugar elegido por el expresidente.

Con el advenimiento de Adams aumentó la mala inteligencia con Francia. El Gobierno francés se negó á recibir á unos embajadores enviados por los Estados Unidos; pero se les hizo saber que mediante una cierta cantidad su misión podría llevarse á cabo. Uno de ellos, Carlos Pinckney, de la Carolina del Sur, contestó entonces: «Millones para la defensa del país; ni un sueldo para ninguna clase de tributos». Estas arrogantes palabras tuvieron eco en todos los Estados Unidos. Se llegó á temer una nueva guerra, y el general Washington tuvo que abandonar su tranquila morada para tomar el mando del ejército. Hubo, en efecto, algunos combates navales entre buques franceses y americanos; pero llegado al poder Napoleón Bonaparte, el presidente Adams pudo tratar con él en 1800. Desde entonces no se ha interrumpido la paz con Francia.

Los preparativos de guerra no pudieron hacerse sin un aumento de impuestos, lo que hizo en general muy impopular la administración de Adams. Dictáronse unas leyes, *concernientes á los extranjeros y sediciosos*, que fueron mal recibidas, porque concedían al presidente el derecho de prender á todo extranjero y hasta el de expulsarle del país sin formación de causa, y le atribuían poderes insólitos en otras varias circunstancias. A pesar de los grandes servicios que

había prestado á la causa pública, el presidente Adams no pudo ser reelegido, como lo fué Washington. Dividióse además tanto la votación, que no surtió efecto, y la Cámara de representantes, á la que incumbía en tales casos el derecho de elegir, eligió á Jefferson en substitución de John Adams. Bajo la presidencia de Adams murió el general Washington, el 14 de Diciembre de 1799. El último periodo de su administración suscitó las amargas quejas de ciertos partidos; pero cuando murió le lloró toda la nación. Todos sintieron, en efecto, lo que la nueva República debía á su valor, á su rectitud y á su desinterés. La Cámara de representantes declaró que había sido «el primero en la guerra y en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos». Era justo, y esta frase se convirtió casi en proverbio al aplicarse á Washington.

Durante la presidencia de John Adams no se anexionó ningún nuevo Estado; pero la región situada entre la Georgia y el Misisipi se organizó en territorio y empezó á recibir colonos. Comprendía el espacio actualmente englobado por los Estados de Misisipi y Alabama. Ni un palmo de tierra de la vasta región del Oeste del Misisipi pertenecía aún á los Estados Unidos. Lo mismo ocurría con la Florida. Otro censo hecho en 1800 dió casi cinco millones y medio de habitantes.

CAPITULO XXIV

Administración de Jefferson.

Thomas Jefferson, de Virginia, fué reelegido (1801-1809). Era conocido por haber trazado el plan de la declaración de Independencia y por haber desempeñado las funciones de vicepresidente con John Adams. Jefferson representaba al partido que se llamaba entonces republicano, llamado después partido democrático, el partido que no cesó de simpatizar con Francia en la guerra que sostenía esta nación con Inglaterra. Los hombres de Estado americanos se preocupaban mucho de esa lucha, que ponía á los Estados Unidos en una situación extremadamente difícil. Francia había, en efecto, decretado la prohibición de todo comercio con su adversario, é Inglaterra hizo otro tanto, bajo pena de confiscación de los buques destinados á tal comercio. Así, pues, todo barco americano que navegase por el Océano podía ser capturado por una ú otra de las dos naciones. Todo capitán de barco americano, en cuanto veía el pabellón de Inglaterra ó Francia, se esforzaba en huir ante el temor de la captura.

Además, los ingleses reclamaban el derecho de visita á bordo de los buques americanos con objeto de ver si llevaba marineros ingleses y apoderarse de ellos en tal caso; varios cientos de hombres fueron prendidos en un solo año; hasta ocurrió una vez ó dos que toda la tripulación fué hecha prisionera y abandonado el barco á merced de las olas. Otra vez el navío de guerra inglés *Leopardo*, á la vista del fuerte

Monroe (Virginia), quiso buscar desertores á bordo de la fragata americana *Chesapeake*; el capitán americano se negó á someterse á esta exigencia; el buque americano fué cañoneado y tuvo que rendirse.

Tal estado de cosas causaba un enorme perjuicio al comercio americano y suscitaba la más viva irritación contra Inglaterra. El congreso quiso castigarla cortando todo comercio con ella; decretó el embargo, en 1807, á todos los buques ingleses, es decir, que les prohibió salir de los puertos de América. Esta medida perjudicó más á los Estados Unidos que á Inglaterra; agravó el mal, que originaron otros motivos, é hizo que el presidente Jefferson fuese muy impopular durante algún tiempo entre los armadores americanos.

Había también graves dificultades respecto á los Estados berberiscos de las costas del Mediterráneo. Estos Estados vivían de piraterías, haciendo esclavos á los tripulantes de los buques que capturaban. Ocurría frecuentemente, por aquella época, que se anunciase en las iglesias de América el cautiverio de algún miembro de la Congregación en Trípoli ó Argel. Entonces se hacía una suscripción para el rescate y la suma no era menos de 4.000 dólares por un capitán ó un pasajero. Estas cantidades se abonaban, tanto por suscripciones particulares como por el Gobierno. Miles de americanos sufrían el cautiverio y millones de dólares se gastaban en los rescates. Hízose un tratado con aquellos Estados berberiscos, por el que se convino que los Estados Unidos pagarían cierta cantidad por la protección de su comercio nacional. Hubo discusiones respecto á los términos del tratado, y el presidente Jefferson resolvió no soportar por más tiempo semejante humillación. La marina americana

no poseía más que seis buques de guerra; envió cuatro al Mediterráneo. Uno de ellos, la fragata *Filadelfia*, encalló en el puerto de Trípoli; fué capturada y todos los que la tripulaban quedaron esclavos. Entonces un joven teniente, llamado Decatur, propuso al comandante de la flota tripular un jabeque tripolitano, que acababa de ser capturado, con gente americana, y entrar en el puerto durante la noche á fin de recobrar ó incendiar la *Filadelfia*. Esta atrevida empresa tuvo un feliz éxito. El jabeque abordó en silencio á la fragata prisionera, y Decatur, con sus hombres, se apoderó de ella en diez minutos. Pero como era imposible maniobrarla, la *Filadelfia* fué entregada á las llamas y el jabeque de Decatur salió del puerto sin haber perdido un solo hombre (15 de Febrero de 1804). Decatur se distinguió después en encarnizados combates contra los tripolitanos; algunos años después, al frente de una escuadra, intimidó de tal manera á los Estados berberiscos, que renunciaron á su tributo sobre los americanos, así como al pretendido derecho de mantenerlos cautivos.

La administración de Jefferson fué muy distinta, en ciertos conceptos, de la de Washington y Adams. Sus gustos personales eran muy sencillos, y su política no lo fué menos.

En vez de ir al Capitolio en una carroza de seis caballos, como lo hizo Washington, fué á caballo el día de su inauguración presidencial; una vez llegado, se apeó, ató el caballo á un poste y leyó su mensaje. En lo sucesivo se contentó con enviar el mensaje presidencial al congreso con un secretario, lo que desde entonces se ha seguido practicando. Suprimió las recepciones semanales; pero el 1.º y el 14 de Julio abría al pueblo entero las puertas de su casa. Prohibió que

se celebrara el día de su cumpleaños, como era costumbre hacerlo en tiempos de sus predecesores, y á fin de ser obedecido mejor, cuidó de que todos ignorasen la fecha. Redujo todo lo posible los gastos del Gobierno y amortizó treinta y tres millones de la deuda. Jefferson era ferviente partidario del sufragio universal, á lo menos para los hombres. Pensaba que todos los hombres tienen el derecho natural de elegir á sus legisladores, y su partido le apoyaba en esto, mientras que el partido federal miraba con gran desconfianza el sistema de gobierno basado en el voto popular y pretendía que el sufragio debía ser cuidadosamente restringido. Recordemos que la forma republicana seguía pareciendo á muchos americanos, incluso patriotas, un experimento muy dudoso. Jefferson, por el contrario, tenía fe en esta forma de gobierno y trabajó enérgicamente para hacerla triunfar. Pero el espíritu de partido hablaba muy alto en aquel tiempo, y todavía están divididas las opiniones respecto al valor de muchos de los actos de Thomas Jefferson.

Un acontecimiento importante, ocurrido durante su presidencia, fué la aprobación de una ley prohibitiva de la trata de negros africanos. Desde 1619 existía el abominable comercio, época en la que fueron llevados á Virginia los primeros esclavos, y se convino, al promulgarse la Constitución, en aplazar la cuestión de la trata de negros hasta el 1.º de Enero de 1808. Más de un año antes de la época fijada, Jefferson llamó la atención del congreso sobre el asunto y felicitó á los miembros llamados en breve á «prohibir, así decía, un tráfico cuya desaparición exigían la moralidad, el honor y los más caros intereses del país». Sobre esto se suscitó una discusión vivísima en

el congreso; ninguno de los miembros era favorable á la continuación de la trata; pero había una gran divergencia de opiniones sobre la manera de abolirla. Hizose, además, la observación siguiente: Si se tenía el derecho de poseer esclavos, no podía ser un delito importarlos. Por fin, á propuesta de Josiah Quincy, de Massachussets, y de otros varios miembros, se aprobó una ley que prohibía la importación de negros en los Estados Unidos á partir del año 1807. A despecho de esta ley, sin embargo, se continuó importando esclavos durante muchos años hasta que se concertaron tratados con otros países marítimos, por los que la trata era asimilada á la piratería, y, como tal, había de ser perseguida por las marinas reunidas de todas las naciones. Pero como la ley no lo prohibía, el comercio de esclavos entre los diferentes Estados de la Unión americana duró hasta que se abolió la esclavitud misma en América después de la guerra de Secesión.

El invento más importante que marcó la presidencia de Jefferson fué el del buque de vapor. Thomas Paine fué el primero en tener la idea de esto durante la Revolución (1778). En 1784, James Ramsey construyó un barco que andaba tres ó cuatro millas por hora remontando el Potomac. Poco después John Fitch, el mismo que predijo que llegaría un día en que los buques de vapor cruzarían el Atlántico, lanzó otro al Delaware. Pero estos *steamers* primitivos no se parecían en nada á los de la época actual; su mecanismo descansaba en principios diferentes.

El primer barco de vapor construido según los modelos modernos, fué botado al Hudson por Roberto Fulton en 1807. Mientras que estaba aún en los astilleros, se le llamaba la *Locura-Fulton*, y todo el mun-

do se burlaba. El mismo Fulton escribió que nunca recibió de nadie una palabra de aliento. Pero antes de que el barco hubiera recorrido un cuarto de milla, los incrédulos estaban convertidos, y el pueblo que se había congregado para asistir á la prueba, comenzó á aplaudir con transporte. Este barco, llamado el *Clermont*, hizo el trayecto de Nueva York á Albany á razón de cinco millas por hora, contra viento y marea. Al marchar, lanzaba á los aires chispas resplandecientes; el ruido de la máquina y de las ruedas era formidable, y cuando pasaba junto á los otros barcos, más de un marinero á bordo de un velero se escondía en el entrepuente, rogando á Dios, de rodillas, que le protegiese contra aquel monstruo infernal.

Desde aquel momento, los barcos de vapor se multiplicaron con rapidez y se perfeccionaron notablemente; pronto se hizo general su uso, aunque no se creyera, durante mucho tiempo, que pudiesen nunca atravesar con seguridad el Océano.

El vicepresidente de Jefferson, cuando su primera elección, fué Aaron Burr, uno de los hombres más ilustres de su época. Él y Jefferson habían obtenido precisamente un número igual de votos, de suerte que la Cámara de representantes, según la costumbre, tuvo que elegir entre los dos candidatos; tras un largo empate, nombró á Jefferson presidente y á Burr vicepresidente. Burr se había distinguido como militar y como hombre de Estado, pero perdió la mayor parte de su popularidad por haber matado en duelo á su rival político, Alejandro Halmítón, mucho más querido que aquél, y el cual tomó una parte importante en el establecimiento del Gobierno republicano. Esta impopularidad impidió la reelección de Burr para la vicepresidencia cuando Jefferson fué reelegido presiden-

te. Se sospechó después que había concebido el plan de invadir á Méjico y meditado la separación de varios Estados de la Unión. Fué acusado del delito de alta traición, juzgado y absuelto; pero no volvió á recobrar el respeto y la confianza del pueblo.

Durante la administración de Jefferson, fué organizado y anexionado á la Unión, en 1802, el Estado de Ohio, que constituyó así el Estado décimoséptimo. El valle de Ohio fué explorado por los franceses de 1680. Sabemos cómo disputaron su posesión con los ingleses durante las guerras franco-indias. Los franceses renunciaron á su dominio en 1763, al mismo tiempo que á todas sus otras colonias americanas. Después de la Revolución de América, se ventiló la cuestión de saber si el valle de Ohio había de pertenecer á ciertos Estados que lo reivindicaban ó bien al Gobierno de los Estados Unidos. Decidióse, por fin, que fuera de los Estados Unidos, salvo ciertas pequeñas porciones que se reservaron diferentes Estados. La mayor parte se llamó *Territorio del Noroeste* (North-West territory).

Después de esta decisión, hubo todavía frecuentes guerras con los indios, de suerte que el valle del Ohio no se colonizó sino lentamente. Cuando se organizó en Estado, conservó el nombre de su río, el *río hermoso*, como le nombró el primer explorador francés.

El Estado del Ohio pasaba por ser el extremo Oeste hasta la época de Jefferson; quien hubiera visitado el lago Michigan ó la embocadura del Missouri, era considerado como un gran viajero; pero no tardó en ocurrir un suceso que abrió los ojos del pueblo en cuanto á la verdadera extensión del continente americano y sobre el porvenir de la Unión americana: fué la compra de una vasta región todavía inexplora-

da, que se extendía hacia el Oeste, desde el Misisipí hasta las montañas Roquizas, y que se llamaba la *Luisiana*.

La historia del descubrimiento del Misisipí parece una novela. Este río fué alcanzado por primera vez en 1541, como he dicho antes, por unos españoles que atravesaron las selvas á las órdenes de un jefe llamado Soto. Este jefe murió y fué sepultado en las profundidades del río, cuya existencia misma quedó casi olvidada durante un siglo. Se le ve pocas veces en los mapas españoles; al hablar de él, se le llamaba el *río desconocido*.

Cien años después, unos exploradores franceses procedentes del Canadá llegaron á los afluentes del Misisipí. La Salle, el más audaz de los exploradores aquellos, después de numerosas tentativas — hacia á menudo sus expediciones en el corazón del invierno, calzado con patines, viviendo de carne de búfalo, unas veces medio sumergido por los hielos flotantes, otras medio muerto de hambre ó acosado por los indios—, La Salle, digo, logró al fin descender el Illinois hasta el Misisipí, y desde allí se dejó llevar hasta el golfo de Méjico; llegado hasta la desembocadura del río, tomó posesión de todo el país en nombre del rey de Francia, Luis XIV, le llamó Luisiana, en honor de ese monarca, y erigió una columna en la que estaba grabado el nombre del rey con la flor de lis de Francia. Unos cien años después (1762) los franceses abandonaron la Luisiana á España, y ésta, pasados cuarenta años, la cedió á Napoleón Bonaparte, que la vendió á Jefferson por cuenta de los Estados Unidos en 1803, antes de tomar posesión de ella. El precio de compra fué de quince millones de dólares. Lo que se llama hoy el Estado de Luisiana no

era entonces sino una parte pequeña de la inmensa región que llevaba el mismo nombre, porque este territorio se extendía desde el Misisipí hasta las montañas Roquizas, y desde las posesiones inglesas al Norte hasta Méjico al Sur.

La nueva adquisición comprendía cerca de novecientas mil millas cuadradas, mientras que toda la extensión de las trece primeras colonias juntas no pasaba mucho de ochocientas mil. Así, pues, la adquisición de lo que se llamaba la Luisiana, duplicaba la extensión del territorio nacional. Cuando se considera lo poco explorada que se halla aún hoy mismo la mayor parte de ese inmenso territorio, al Oeste del Misisipí, se comprende fácilmente el mundo desconocido que debía de ser por entonces, cuando solamente la linde había sido visitada por los blancos. Pero el presidente Jefferson era demasiado hábil y demasiado enérgico para dejar en el abandono la región adquirida para los Estados Unidos; trató, pues, de inquirir el estado real del país, las grandes corrientes de agua que le regaban, su flora, su fauna y sus minerales; quiso saber sobre todo qué tribus indias le poblaban, si eran guerreras ó pacíficas y si consentirían en vender la propiedad del suelo. Su secretario particular, el capitán Meriwether Lewis, acompañado del capitán William Clark, fué encargado de dirigir una expedición á las montañas Roquizas. Eran treinta hombres y llevaban provisiones, efectos de campamento, armas de fuego y regalos destinados á las tribus indias. En el otoño de 1803 partieron de San Luis, que no era entonces sino una simple factoría, y viajaron durante dos ó tres años, acampando el invierno en las soledades. Remontaron embarcados el Missouri hasta las grandes cataratas no visitadas aún por nin-

gún blanco; luego siguieron el río hasta sus fuentes, llegando á una pequeña cadena de montañas que llamaron las montañas Pedregosas (Stony Mountains). Allí encontraron un curso de agua que corría hacia el Oeste y que les guió hasta el Océano Pacífico. El río que siguieron era aquel cuya desembocadura reconoció en otro tiempo un comerciante de Boston, el capitán Roberto Gray, que él llamó Columbia, nombre de uno de los barcos. El capitán Gray fué el primero en llevar el pabellón americano alrededor del mundo por mar, así como Lewis y Clark fueron los primeros en hacerle cruzar el continente americano por tierra.

Después de haber llegado al Océano Pacífico, los expedicionarios volvieron sobre sus pasos, remontando el Columbia y atravesando de nuevo las montañas. «Jamás hubo acontecimiento—escribió el presidente Jefferson—que causara mayor alegría en los Estados Unidos. El último de los ciudadanos se interesó por los resultados de aquel viaje y esperaba con impaciencia las noticias que había de aportar».

A decir verdad, la narración publicada por aquellos viajeros es un tejido de maravillas. Decían haber encontrado búfalos en tan gran número, que un rebaño de aquellos animales ocupaba toda la anchura del río, que era de una milla. Los expedicionarios tuvieron que esperar una hora hasta que los búfalos hubiesen desfilado. Hablaban de tribus indias hasta entonces desconocidas, los mandanas, los shoshones y otras. Contaban que algunas de estas tribus eran miserables y carecían de todo, mientras que otras tenían buenas viviendas, excelentes fusiles y una abundancia tal de caballos que el viajero podía adquirirlos en todo tiempo por unos cuantos objetos de cristal. Aque-

llos indios conocían tan poco los hábitos de la civilización, que un jefe se mostró muy agradecido por un regalo de higos secos, diciendo que no recordaba haber comido nada mejor, excepto azúcar, de la que no probó más que una vez un pedacito. Añadió que se alegraría mucho vivir en un país que producía cosas tan excelentes. Los exploradores le enteraron de que traficando con los indios podrían obtener en abundancia ricas pieles. Al poco tiempo, un comerciante de Nueva York, llamado John Jacob Astor, estableció una factoría, que llamó Astoria, en la desembocadura de Columbia. Pero esta factoría pasó después á una Compañía inglesa, organizada para el comercio de peletería, y hasta muchos años después no se reconoció toda aquella costa del Pacífico como perteneciente á los Estados Unidos.

CAPÍTULO XXV

Madison y Monroe.—La guerra de 1812 y la era del buen sentimiento.

El sucesor de Jefferson en la presidencia fué James Madison, de Virginia. Fué miembro de la Convención que elaboró la Constitución. Obtuvo también la reelección, y por lo tanto, desempeñó el cargo ocho años, de 1809 á 1817. Al ser elegido estaba América en discusiones con el Gobierno inglés respecto al derecho de visita en barcos americanos y á restricciones aportadas al comercio. Como estas discusiones no tuvieran un resultado satisfactorio, el Congreso de los Estados Unidos, por una mayoría considerable, declaró la guerra á Inglaterra el 18 de Junio de 1812.

Hubo mucha oposición á esta guerra, que muchos consideraban inútil; había incluso quienes opinaban que las ofensas inferidas por Inglaterra no eran tan graves como las que se podían reprochar á Francia. Esta cuestión agravó la animosidad entre los *demócratas*, partidarios de Francia, y los *federales*, que preferían á Inglaterra; se llegó hasta el punto de que varios miembros de ese último partido se reunieron en Convención en Hartford (Connecticut) para oponerse á la prolongación de la guerra.

Continuó, sin embargo, aunque al principio todo fuera reveses para los americanos. Hubo una tentativa para invadir el Canadá; pero el general Hull se vió, al fin, obligado á rendir Detroit á las tropas inglesas, y el general Van Renselaer fué derrotado. Los indios desempeñaron un papel importante en esta guerra, combatiendo á los americanos á las órdenes de un jefe llamado Tecumseh, que concibió el plan de unir á todas las tribus indias contra los blancos, como Pontiac lo intentó hacía medio siglo.

Ya antes de romperse las hostilidades entre los Estados Unidos é Inglaterra, Tecumseh había conducido á los indios contra los americanos; fué derrotado por el general Harrison en Tippecanoe, y esta derrota excitó su deseo de formar una alianza entre las tribus indias y las tropas inglesas. Tomó una parte activa en un gran número de combates y concluyó por hacerse matar.

Mientras que el ejército de los Estados Unidos sufría reveses en esa guerra de 1812, la marina, en cambio, se cubría de gloria; la fragata *Constitución*, mandada por el capitán Hull, capturó á la fragata inglesa *Guerrera*, y los americanos no limitaban á esto sus victorias. De otra parte, la fragata inglesa

Shannon capturó á la fragata americana *Chesapeake* á la entrada misma del puerto de Boston, y el bravo capitán Lawrence, comodoro de la *Chesapeake*, cayó mortalmente herido. «¡No arriéis nunca la bandera!» —exclamó al expirar.

Poco después hubo un combate en el lago Erié (10 de Septiembre de 1813) entre una escuadra inglesa de seis navíos y una escuadra de nueve navíos americanos. Estos últimos estaban mandados por el teniente Perry; su buque almirante se llamaba el *Lawrence*, en recuerdo del bravo capitán del *Chesapeake*, y aquél había inscrito en su pabellón las últimas palabras pronunciadas por Lawrence antes de expirar. El barco fué casi por completo destruido en el combate; entonces Perry saltó á una balsa, trasladó su pabellón á otro buque y ganó la batalla. Cuando los navíos ingleses se rindieron, Perry escribió á su jefe al respaldo de una carta: «Hemos encontrado al enemigo, y es nuestro».

Se ha dicho que fué la primera vez que toda una escuadra inglesa se rendía.

En el transcurso de la guerra, el capitán David Poster combatió con el *Essex* contra dos navíos ingleses durante dos horas y media, y no arrió el pabellón hasta que su fragata fué una hoguera.

Esta guerra duró cerca de tres años; en el último (1814), las tropas inglesas tomaron y saquearon un gran número de poblaciones de la costa meridional; quemaron el Capitolio y la casa del presidente en Washington. Atacaron también á Nueva Orleans, que estaba defendida por el general Andrew Jackson, con un número de soldados muy inferior al de los sitiadores. Andrew Jackson hizo unos baluartes de balas de algodón y combatió tras este nuevo género de fortifi-

caciones, rechazando á un ejército de doce mil hombres, sin perder, por su parte, más de siete soldados.

Este acontecimiento ocurrió el 8 de Enero de 1815 y señaló el término de la guerra. El tratado de Ghent se había firmado quince días antes de la batalla (24 de Diciembre de 1814); pero la noticia no había llegado aún á los ejércitos que operaban en Nueva Orleans. Cosa digna de mención: el tratado de Ghent no hace mención del derecho de visita á bordo de los buques americanos, verdadera causa de la guerra; era, por lo visto, inútil; la bravura y las victorias de la marina americana habían virtualmente dilucidado esta cuestión, y nunca más volvió á suscitarse. Así concluyó la guerra de 1812, llamada también «la última guerra» entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Desde entonces, á pesar de algunas nubes pasajeras, esas dos naciones, que hablan la misma lengua, han vivido en buena inteligencia; ¡ojalá que sea siempre así!

Durante los treinta años que siguieron, los Estados Unidos parecieron gozar de una paz profunda y de la mayor prosperidad; la animosidad entre los partidos políticos iba desapareciendo de día en día. La población, que en 1810 se elevaba á más de siete millones, iba en aumento. Los nuevos Estados y los territorios del Oeste se abrieron á la colonización. Trazóse una gran carretera nacional, desde Cumberland (Maryland) hasta Wheeling (Virginia), y por ella se deslizó una verdadera oleada de carretas de emigrantes hacia Ohio, Indiana y Kentucky. Otros emigrantes se dirigieron al Oeste y al Sur en barcos de vapor, recientemente botados, al Ohio y al Misisipi. Otros todavía embarcaban en almadías y barcazas con cuanto poseían. Las selvas cubrían aún el territorio del

Ohio, y apenas existían caminos, por lo que había que contentarse con las comunicaciones por agua. Hubo emigrantes que llegaron por mar á la lejana desembocadura del Columbia, en el Pacífico, en donde Astor fundó en otro tiempo su factoría de pieles. De Europa no cesaban de llegar nuevos habitantes. Llegaron veintidós mil, por lo menos, en 1877, el último año de la administración de Madison; es decir, el doble del año anterior. Esta cifra, que entonces pareció enorme, nos parece hoy pequeña, dado el impulso adquirido por la emigración. Así, pues, toda la nación se encontraba en un estado de actividad y crecimiento extraordinarios.

Dos nuevos Estados, la Luisiana (1812) y la Indiana (1816), fueron anexionados á la Unión durante la presidencia de Madison, lo que elevó á diez y nueve el número de los Estados. La Luisiana se formó con la parte meridional del vasto territorio comprado años antes á Francia. Esta parte Sur se había llamado primeramente *Territorio de Orleans*; pero prevaleció el antiguo nombre de Luisiana, puesto en honor de Luis XIV. El nombre de *Indiana* procede de los indios que habitaban aún en gran número esta región.

El presidente que sucedió á Madison fué James Monroe, de Virginia (1817-1825), que se distinguió en la guerra de la Independencia y fué secretario de Estado con Madison. Su administración se ha llamado á menudo la *era del buen sentimiento*, porque cesaron por un tiempo todas las disidencias de los partidos, así como toda guerra exterior. Hubo, sin embargo, que sostener luchas con los indios seminolas de la Florida, porque aun cuando la Florida no formaba parte todavía de los Estados Unidos, limitaba con Georgia, y los indios de la Florida, muchos de los

cuales se habían casado con esclavas fugitivas, cometían á menudo depredaciones en la frontera. El general Jackson trató en vano de reducirlos; para conseguirlo hizo que sus tropas penetrasen en la Florida, aunque aún era colonia española. Con este motivo, suscitóse una cuestión con España, que terminó en 1819 con un tratado en que se daba la Florida á los Estados Unidos mediante una suma de cinco millones de dólares.

Resultó para la República un aumento de cerca de 67.000 millas cuadradas de territorio, aunque la Florida no hubiera de erigirse en Estado sino muchos años después.

Pero durante esta *era del buen sentimiento* surgió una causa de perturbación mucho más grave que las que hasta entonces había afligido á la nación naciente: fué la cuestión de la esclavitud. Desde 1619, época en la que el primer barco negrero desembarcó su cargamento de *ébano* en Virginia, la esclavitud había continuado á erigirse cada vez más en sistema en los Estados del Sur de la Unión, mientras que los Estados del Norte se mostraban cada vez más dispuestos á suprimirla como una calamidad. Cuando se elaboró la Constitución, suponíase que la esclavitud estaba llamada á desaparecer prontamente y que el único motivo de perturbación que había que prevenir era la rivalidad entre los grandes y los pequeños Estados de la Unión. Era un error; nada fué comparable á la hostilidad que estalló más adelante entre los Estados esclavistas y los antiesclavistas. Bajo la administración de Monroe formáronse rápidamente nuevos Estados en el territorio aún no colonizado de la región del Oeste, y revistió entonces gran importancia asegurarse de si se les aceptaría con ó sin la esclavitud.

Durante cierto tiempo fueron admitidos alternativamente los Estados esclavistas y antiesclavistas; el decreto de 1787 había prohibido la esclavitud en el territorio del Noroeste; pero los del Sudoeste la habían introducido. Así, después de la anexión de Indiana, vino la del Misisipi (1817), un Estado libre y un Estado esclavista. Después de Illinois (1818), vino Albania (1819), éste favorable, aquél contrario á la esclavitud. Después del Maine libre (1820), vino el Missouri esclavista (1821); estos diversos Estados fueron anexionados durante la presidencia de Monroe. Pero los debates que se suscitaron con motivo de la admisión del Estado de Missouri demostraron que la *era del buen sentimiento* tocaba á su fin. Los miembros nordistas del congreso declararon que era irritante que se admitiese en la Unión á un nuevo Estado con esclavos. Los miembros sudistas replicaron que, puesto que había ya un gran número de estos Estados protegidos por la Constitución, debíase, por el contrario, admitir un número suficiente para equilibrar la balanza del poder; siempre, pretendían ellos, que se anexionara á la Unión un Estado libre era de todo punto necesario admitir igualmente otro que fuese esclavista. Estas dos opiniones tan divergentes dieron lugar á graves dissentimientos, á furiosas discusiones. La *era del buen sentimiento* en tiempo de Monroe no fué, pues, á decir verdad, sino una calma entre dos tempestades. Las antiguas contiendas políticas estaban gastadas é iba á empezar una nueva; había de trastornar al país durante cerca de medio siglo. Todos los argumentos en pro y en contra de la esclavitud se pusieron de manifiesto con motivo de la admisión del Missouri. «La esclavitud, se decía, era inhumana; ningún hombre tenía derecho á poseer á su se-

mejante como una propiedad, y las relaciones entre amo y esclavo eran de naturaleza para desmoralizar á ambos; era un crimen vender á los hombres y romper así los lazos de la familia. Además, ¿no se habían alzado contra la esclavitud, no habían deseado su abolición los fundadores de la República, tales como Washington y Jefferson?»

De otra parte, los partidarios de la esclavitud aducían que si Washington y Jefferson les eran opuestos en teoría, no por eso habían dejado de conservar á sus esclavos; que la Constitución reconocía y protegía la esclavitud; que era la mejor condición para los hombres de color; que los blancos no podían trabajar en los campos, en los climas cálidos, y, por lo tanto, no había otro medio para obtener azúcar y algodón. La discusión, violentísima, terminó al fin con un acuerdo. Convínose en el Congreso que el Missouri sería reconocido como Estado esclavista; pero que la esclavitud se prohibiría en los nuevos Estados del Norte hasta el paralelo 36°,30' de latitud Norte por donde pasaba la línea de la frontera Sur del Missouri. Por bajo de esta línea, los habitantes de cada Estado podrían ser ó no esclavistas á su voluntad.

Tal fué el famoso «compromiso del Missouri» (1820). Como casi todos los compromisos en materia de principios, no hacía más que retardar la crisis. En la época en que se firmó, la esclavitud era relativamente débil y hubiera podido ser abolida, ó á lo menos restringida por la nación. Al dejarla aumentar, le permitieron alcanzar tales proporciones, que su abolición exigió más adelante una larga guerra civil y la sangre de muchos miles de hombres.

Sin embargo, se creyó por un tiempo que la cuestión de la esclavitud había quedado definitivamente

arreglada con aquel compromiso, y se pasó sin tardar á otras cuestiones sobre bancos y tarifas, generalmente consideradas como mucho más importantes.

Cuando el general Lafayette, llegado de Francia, vino á hacer una nueva visita á la joven nación, por cuya libertad combatió en otro tiempo, fué recibido con el más vivo y cordial entusiasmo. América parecía gozar de una dichosa paz. Tales eran las apariencias en vísperas de la retirada del presidente Monroe.

Hemos visto que dejaba á la Unión cinco Estados más, entre ellos el Illinois, que formó al principio parte de Indiana, y cuyo nombre, el de una tribu india, quería decir «los hombres»; después el Missouri y el Alabama, ambos procedentes del antiguo territorio del Misisipi, cuyo nombre significaba el *Río Grande*. En lengua india, los nombres de Alabama y Missouri pertenecían también á dos ríos; el último quiere decir *Aguas cenagosas*. Todos estos Estados fueron en su origen explorados y colonizados por los franceses. En cuanto al Estado del Maine fué creado á expensas de Massachussets, del que no era sino un distrito. Créese generalmente que fué llamado así en honor de la reina María Enriqueta y en recuerdo de la provincia francesa del Maine; pero otros piensan que este nombre es la abreviatura de *mainland* (continente), que se le dió para distinguirlo de las numerosas islas que hay á lo largo de la costa. Estas nuevas anexiones elevó el número de los Estados á veinticuatro, casi el doble de las «Trece Antiguas» colonias. El censo de 1820 dió como cifra total de la población de los Estados Unidos unos nueve millones y medio de habitantes.

El Gobierno de Monroe había manifestado una viva simpatía por las jóvenes Repúblicas que se fun-

daban en la América del Sur. Declaró que los Estados Unidos, reconociendo al pueblo de las diferentes partes del continente el derecho imprescriptible de gobernarse á sí mismo, no permitirían en adelante que ningún Gobierno europeo fundase colonia alguna en el suelo de la América del Sur, como tampoco que interviniese en los asuntos americanos. Este programa político es llamado todavía hoy *la doctrina de Monroe*, y no fué uno de los resultados menos importantes de esta presidencia.

CAPÍTULO XXVI

Adams y Jackson.—Progresos interiores.—La anulación y el movimiento antiesclavista.

John Quincy Adams, de Massachussets, fué presidente de 1825 á 1829. Todos los presidentes que se habían sucedido hasta entonces habían tomado una parte activa, ya en la guerra de la Revolución, ya en la fundación del Gobierno republicano; pero John Quincy Adams pertenecía á la nueva generación. No tenía más que nueve años cuando firmó su padre la declaración de Independencia y cuando la oyó leer desde el balcón de la sala de los Estados en Boston. Después, la joven nación se había emancipado y constituido, había ensanchado sus fronteras, gozaba de las dulzuras de la paz. Bajo la administración de Adams se realizaron grandes esfuerzos para abrir el interior del país á nuevos colonos.

Casi todas las tribus indias habían sido rechazadas al Oeste del Misisipi, y sus tierras compradas por el Gobierno. Habíase inaugurado un vasto sistema de

canales, proporcionando medios de comunicación mejores que todos los que existían antes. En primer término hay que citar el canal Erie, que ponía en comunicación el lago de este nombre con el puerto de Nueva York. Se terminó en 1825, y el gobernador de Nueva York, Witt Clinton, que concibió el proyecto y dió el primer golpe de azadón, fué conducido en barca por todo el recorrido, en medio del repique de campanas y las salvas de artillería. Desde entonces, la población afluyó rápidamente al interior del Estado de Nueva York, y por todas partes se abrieron canales y se alzaron pueblos y ciudades.

Bajo la presidencia de Adams se construyó en América el primer camino de hierro (1827). Era una vía de no más de tres millas, desde unas canteras hasta los muelles de Quincy (Massachussets). Los vagones eran arrastrados por caballos; la primera locomotora no hizo su aparición hasta dos años después, traída de Inglaterra, en donde se acababa de introducir este género de máquina. La primera locomotora no andaba más que unas catorce millas por hora, lo que se consideraba entonces como un prodigio. Muchas gentes, tanto en América como en Inglaterra, predijeron que no podría nunca arrastrar su propio peso, y que las ruedas no harían más que dar vueltas sin avanzar. Otros afirmaban que si resultaba bien semejante invento, disminuiría necesariamente el valor de las explotaciones agrícolas, el ganado se asustaría, el humo ennegrecería los vellones de las ovejas, lo que perjudicaría á la cría de rebaños. Estos augures se sorprendieron mucho al ver las locomotoras deslizarse por los rieles sin causar ninguno de los desastres anunciados.

El expresidente John Adams murió siendo presi-

dente su hijo. El mismo día murió también el expresidente Jefferson. Al envejecer, aquellos dos eminentes estadistas se habían hecho amigos; sobrevivieron á las calurosas discusiones entre federales y demócratas. La correspondencia entre ambos era frecuente y cordial; por singular coincidencia el día de su muerte (4 de Julio de 1826) era el quincuagésimo aniversario de la declaración de la Independencia, que firmaron ambos. Las últimas palabras de Jefferson fueron: «¿Estamos hoy á 4?» Y las de John Adams: «Thomas Jefferson vive todavía».

Celebrábase aquel día un banquete patriótico en la localidad que habitaba John Adams, el cual envió su brindis: «¡Independencia para siempre!» Mientras que al anochecer yacía expirante, los que rodeaban su lecho de muerte pudieron oír el eco de las aclamaciones, con las que las gentes del pueblo saludaban á lo lejos el último mensaje del venerable anciano.

Discutiase vivamente por aquella época una cuestión de público interés. Tratábase de fijar los derechos que habían de abonar los géneros extranjeros. Este sistema de derechos es conocido con el nombre de *tarif*, y todavía hoy están muy divididas sobre él las opiniones en América. Unos piensan que debe imponerse una tarifa elevada á ciertos objetos fabricados, con objeto de proteger las industrias nacionales; otros desean la libertad absoluta de comercio, la absoluta supresión de los derechos de aduana. Entre estos dos partidos extremos hay diversos matices, lo mismo hoy que en tiempos de Quincy Adams. En cuanto á éste, era partidario de una tarifa más elevada que la que reclamaba su competidor; este fué el principal motivo de que no obtuviera la reelección.

Andrew Jackson, de Tennessee, le sucedió y fué

reelegido; su Gobierno duró, pues, de 1829 á 1837. Gozaba de una gran reputación militar, adquirida por la invención de los famosos reductos de balas de algodón en Nueva Orleans y sostenida brillantemente después. Su honradez era igual á su valor; pero se podía acusarle de estrechez de ideas y de violencia de carácter.

Durante su presidencia aumentó el descontento respecto á las tarifas en los Estados del Sur. La Carolina del Sur, sobre todo, pretendía que los derechos impuestos tendían á favorecer en gran escala á las industrias del Norte. Celebróse una Convención en aquel Estado en 1832; se trataba nada menos que de separarse de la Unión. Decidióse que no se percibiría derecho alguno á partir de un día fijado, y que si el Gobierno de los Estados Unidos pretendiera emplear la fuerza para percibirlo, la Carolina del Sur formaría un Gobierno aparte. Debiase poner al frente de la nueva organización á John Calhonn, el vicepresidente de los Estados Unidos. Llegaron á acuñar medallas con esta inscripción: «John C. Calhonn, vicepresidente de la Confederación del Sur». Izábanse en las calles gallardetes azules que llevaban en su centro un botón con una palma, emblema de la nueva nación. Este plan recibió el nombre de *Nullification* (anulación). Ya los carolinos se armaban para la resistencia, cuando el presidente Jackson lanzó una proclama que contenía esta frase: «Pretender que un Estado puede á su antojo separarse de la Unión, es decir que los Estados Unidos no constituyen una nación.» Al mismo tiempo enviáronse sin pérdida de momento tropas y buques de guerra á la Carolina del Sur, á las órdenes del general Winfield Scott. Poco después, el Congreso votó una ley relativa á la reducción gra-

dual de las tarifas de que se quejaba el Estado en cuestión. Gracias á esta conducta enérgica y prudente á la vez, las amenazas de secesión desaparecieron y se conjuró por un tiempo el peligro de una guerra civil.

A fines de la presidencia de Jackson, varias tribus indias que aún subsistían fueron rechazadas al Oeste del Misisipi, entre ellas los *sacos*, los *zorros*, los *chickasaws* y los *choctaws*. Pero los seminolas se negaron á moverse de la Florida. Dirigióse contra ellos una expedición que permaneció largo tiempo en las marismas de aquella región, conocida con el nombre de *Evesglades*. Un gran número de esclavos fugitivos, hombres y mujeres, se habían refugiado en aquellas marismas y muchos contrajeron uniones con los indios. Aquellos esclavos y sus hijos eran llamados *marrones*. El principal jefe indio, un mestizo llamado *Oceola*, tenía por mujer á una esclava nacida en el país. Un día que acompañó á su marido á uno de los fuertes de los Estados Unidos fué prendida como esclava por el antiguo propietario de su marido. *Oceola* fué encadenado, mientras que se llevaban cautiva á su mujer. En cuanto fué puesto en libertad, *Oceola* juró vengarse de los blancos; se hizo jefe de los indios en aquella guerra y la dirigió en persona hasta el día en que cayó prisionero por traición. Habíase adelantado confiadamente, creyendo en una tregua falsa; prendiéronle y le encerraron en una fortaleza, en donde permaneció hasta su muerte. La guerra continuó durante muchos años con grandes refuerzos de hombres y dinero hasta el exterminio casi completo de la tribu, y la cantidad que se gastó en la lucha fué tres veces mayor que la que antaño se pagó á España por la adquisición de la Florida.

Esta guerra, entablada en gran parte contra los esclavos marrones, excitó la opinión pública en lo concerniente á la esclavitud.

Un ciudadano llamado Benjamín Lundy, cuáquero de religión, publicó un periódico titulado *El genio de la emancipación universal*, en el que pedía que se manumitiese gradualmente á los esclavos. Esta publicación hizo poco ruido; pero en 1831, un joven, William Lloyd Garrison, que fué socio de Lundy, redactó á su vez un periódico semanal bostoniano titulado *El Libertador*, cuyo fin confesado era la emancipación inmediata y sin condiciones. Esta hoja produjo en todas partes una viva emoción. La legislatura de Georgia puso á precio en cinco mil dólares la cabeza de Garrison, y el gobernador de Massachussets, Edward Everett, pretendió en su mensaje anual que los abolicionistas debían ser perseguidos ante los tribunales. Williams Garrison había escrito en su periódico: «No quiero equívocos, no presentaré excusas, no retrocederé un paso y seré escuchado».

Una sublevación terrible que estalló en Virginia puso el colmo á la indignación. El movimiento estaba dirigido por un esclavo llamado Nat Turner, quien con una partida de sublevados iba de casa en casa degollando á familias enteras. Garrison reprobaba estos excesos, de igual suerte que condenaba toda guerra y toda efusión de sangre; sin embargo, atribuyó el origen de estos crímenes odiosos á la enseñanza de los mismos. Nat Turner fué al fin prendido, juzgado y ejecutado; pero la sociedad antiesclavista de Nueva Inglaterra, fundada por Garrison en 1832, ejerció cada vez mayor influencia.

Otras sociedades análogas se establecieron en diferentes partes del país. Para poner un término á

esta agitación, el presidente Jackson apremió al congreso para que diera un *bill* retirando á las publicaciones antiesclavistas el derecho de ser transmitidas por correo. El *bill* fué rechazado.

El presidente Jackson siguió gozando de la estimación de muchas personas, gracias á la energía y firmeza que desplegó en varias circunstancias, particularmente en el asunto de la Carolina del Sur y también porque su veto impidió el establecimiento de un Banco nacional, al que era decididamente opuesto el partido que le apoyaba. Otras muchas personas, en cambio, le censuraban por esos mismos actos, y mientras que estuvo en el poder, la concordia estuvo lejos de reinar. Hízose odiar por destituir ligeramente de sus empleos á los adversarios de su administración, substituyéndolos con los partidarios de su política. Este sistema no se había practicado abiertamente hasta entonces; por desgracia ha prevalecido siempre después. La nación estaba, sin embargo, en vías de prosperidad y amortizada la deuda pública. Hubo hasta un *superávit*, cuyo importe se repartió entre los Estados de la Unión.

El censo de 1830 acusó una cifra de más de trece millones de almas, más del triple de la población en tiempos de Washington. Además, fueron anexionados á la Unión dos nuevos Estados: primero, el *Arkansas* (1836), formado con una parte de la gran adquisición luisianense y cuyo nombre se tomó del de una tribu india, hoy extinguida; segundo, el *Michigan* (1837), palabra india que significa *Lago Grande*. El Michigan se formó con una parte del antiguo territorio Noroeste, que antaño descubrieron y exploraron los franceses, y como la esclavitud se había prohibido en todo el territorio por decreto de 1787, el Michigan

entró en la Unión á título de Estado antiesclavista. En cambio, como Estado esclavista fué admitido el Arkansas.

CAPÍTULO XXVII

Van Buren, Harrison, Tyler.

ANEXIÓN DE TEJAS

Martín Van Buren, de Nueva York, fué presidente de 1837 á 1841. Lo mismo que el general Jackson, su antecesor, era candidato del partido democrático, que se diferenciaba del partido whig, como se llamaba ahora al partido de oposición, principalmente en que insistía sobre los derechos particulares de los Estados mucho más que sobre los derechos del Gobierno general.

Durante la administración de Van Buren, la frontera del Canadá estuvo muy agitada por una sublevación de los canadienses contra el Gobierno inglés. Los americanos vecinos simpatizaban en su mayoría con los rebeldes. Pero el Gobierno prohibió, cuerda-mente, toda ayuda efectiva como contraria al derecho internacional. La sublevación se apaciguó al fin, pero en los Estados Unidos fué creciendo otro movimiento de mayor importancia, que duró tanto como la presidencia de Van Buren. Fué el movimiento anti-esclavista; se hizo cada vez más formidable y ocasionó motines, escenas de violencia, incluso en los Estados libres. Una esclava jovencilla llamada Med, que llegó á Boston con su amo, fué declarada libre por el Tribunal supremo de aquel Estado, por no con-

siderársela en situación de fuga. Produjéronse muchos ejemplos del mismo género. De otra parte, un *meeting* de la sociedad antiesclavista de las mujeres de Boston fué interrumpido por el populacho, y el alcalde se declaró impotente para restablecer el orden. El filántropo Jarrison, que trató de arengar á la multitud, fué arrastrado por las calles con la cuerda al cuello, y no debió su salvación sino á la intervención de la policía, que le metió en la cárcel para su seguridad. En Filadelfia se prendió fuego á una sala pública, llamada Sala Pensilvania, en donde se reunía la Convención nacional de las mujeres antiesclavistas; y en New-Hampshire y en Connecticut se cerraron dos escuelas establecidas para los niños de color. En Altun (Illinois), el populacho mató al reverendo Lovejoy, propietario de un periódico antiesclavista. En el congreso acababa de presentarse un proyecto para la anexión de Tejas, que era entonces una república independiente. Como se vió que esta medida tenía por objeto robustecer la esclavitud, el congreso recibió miles de peticiones destinadas á combatirla y firmadas en gran número por mujeres. Hacíase lo imposible para desestimar estas peticiones, y el expresidente Jhon Quincy Adams habló en favor de los peticionarios, una hora al día, durante doce días consecutivos, en medio de constantes interrupciones. La anexión de Tejas quedó temporalmente aplazada, pero el congreso decidió, con un reglamento que estuvo diez años vigente, que se prohibiera terminantemente toda petición relativa á la cuestión de la esclavitud.

Bajo la presidencia de Van Buren, la penuria comercial fué extremada; hubo numerosas quiebras, y este lamentable estado de cosas fué la razón princi-

pal de que no fuese reelegido. Ningún nuevo Estado se anexionó durante su administración; sin embargo, según el censo de 1840, se vió que la población llegaba á diez y siete millones de almas, el cuádruple de la existente en tiempos de Washington.

El descontento general causado por la mala situación de los negocios, provocó debates muy vivos con motivo de la nueva elección. El general William Henry Harrison, de Ohio, que combatió denodadamente contra Tecumseh y sus indios, treinta años antes, fué elegido presidente por los whigs. Como llegaba de un país que pasaba entonces por ser el *extremo Oeste*, le apodaron el *candidato de la cabaña de tablas*, y en todas partes se alzaron cabañas de madera para los *meetings*. Hubo fiestas políticas en las que no se bebió más que sidra, la bebida favorita de los colonos. Se compusieron canciones para estas solemnidades, en las que se celebraba al «héroe de Tippecanoe», ó bien *Tippecanoe and Tyler too* (Tippecanoe y Tyler también); John Tyler era candidato á la vicepresidencia. En suma, fué la campaña más pintoresca que nunca se hubiera visto. El general Harrison fué elegido por abrumadora mayoría (1841), pero no sobrevivió más que un mes á su nombramiento, y el vicepresidente John Tyler, de Virginia, pasó por derecho propio á la presidencia para el resto de los cuatro años (1841-1845).

Bajo su administración, el país permaneció en paz con las naciones extranjeras, aunque estuvo á punto de declararse la guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, con motivo de una cuestión de límites entre el Maine y Nuevo Brunswick. En 1842 se firmó un tratado por Lord Ashburton en nombre de Inglaterra, y Daniel Webster en nombre de Amé-

rica, que arregló definitivamente la cuestión de fronteras.

Hubo, sí, revueltas interiores en ciertos Estados: en Rhode-Island (1842) se amotinaron contra la antigua carta colonial, por la que veníase gobernando aquel Estado; tras una breve lucha armada, que es conocida con el nombre de «Dorr war», el motín fué sofocado, pero tuvo por consecuencia el que se adoptara una nueva Constitución. En el Estado de Nueva York, á lo largo del río Hudson, en donde radicaban las propiedades de los antiguos «patronos» holandeses, los colonos se negaron á pagar arrendamientos á los descendientes de los antiguos propietarios, y durante algún tiempo se manifestó una resistencia armada.

Hubo también grandes agitaciones en el Illinois, en donde una secta religiosa, la de los mormones, que se hacían llamar los *Santos de los Segundos Días*, edificó la ciudad de Nanvoo. Los *mobs*, aquel amasijo de furiosos tan temibles, los asaltaron repetidas veces.

La secta de los mormones fué fundada catorce años antes por un tal José Smith, que pretendía haber descubierto en la tierra donde estaba sepultado un libro misterioso titulado «El Libro de Mormón», escrito todo él en planchas de oro. Los mormones se establecieron al principio en el Estado de Missouri, de donde los expulsó la muchedumbre amotinada; obligados á refugiarse en el Illinois, siguieron al territorio de Utah y fundaron en aquellas regiones, hasta entonces inexploradas, un establecimiento considerable que dura todavía.

Durante la administración de John Tyler, la Florida fué anexionada á la Unión, como se ha dicho antes. La Florida contenía establecimientos más an-

tiguos que todos los de los Estados Unidos; la ciudad de San Agustín se remontaba en la antigua colonia española á 1565. Este país, reclamado alternativamente por los españoles, los franceses y los ingleses, concluyó finalmente por ser cedido á los Estados Unidos por España en 1819. Durante muchos años, fué administrado como simple territorio; pero en 1845 se le admitió entre los Estados de la Unión. Este acontecimiento se celebró el día aniversario de su descubrimiento, ocurrido antaño el domingo de Ramos, llamado por los españoles *Pascua Florida* (1).

Pero el acontecimiento capital de la presidencia de Tyler, es, sin disputa, la anexión de un Estado extranjero, Tejas. Esta región la exploró por primera vez La Salle, cuando buscaba la desembocadura del Misisipi. Desde aquella época fué un motivo de discordia entre los pueblos que reivindicaban su posesión. Al principio se la disputaron los españoles y los franceses, que fundaron establecimientos rivales bajo forma de misiones religiosas. Mas adelante, la gran provincia de Tejas se sublevó contra Méjico y se constituyó en Estado independiente. Los americanos acudieron en ayuda de esta independencia, porque eran varias é importantes las colonias americanas que se habian establecido en Tejas y los colonos llevaron con ellos á los esclavos; ahora bien, la esclavitud estaba abolida en Méjico. Principalmente los Estados del Sudoeste demostraban su simpatía á Tejas y un vivísimo deseo de anexionarla definitivamente á la Unión. De otra parte, los Estados antiesclavistas en

(1) En esto el autor padece una ligera equivocación, puesto que la denominación de *Pascua Florida* no se da en España al Domingo de Ramos, conocido con este mismo nombre, sino al siguiente ó de Pascua de Resurrección.—(N. DEL T.)

general se oponían á esa admisión, porque Calhoun, el principal agitador del partido esclavista, declaró francamente que el objeto de tal medida era mantener los intereses de la esclavitud, extender su influencia y asegurar su perpetua duración. Esta idea parecía, en efecto, verosímil, porque Tejas era una inmensa región de 318.000 millas cuadradas, es decir, más de un tercio de las trece colonias primitivas, cuarenta y cuatro veces mayor que el Massachussets y dos veces más extensa que los Estados de Nueva York, Pensilvania y Ohio juntos. Si se la admitía como esclavista, la causa de la libertad parecía que había de quedar repudiada para siempre por el Gobierno. Estas consideraciones explican suficientemente la apasionada oposición que se hizo á la anexión de Tejas, la cual, sin embargo, tuvo efecto definitivamente á fines de la presidencia de Tyler. La cámara de representantes aprobó el decreto el 25 de Febrero de 1845 y el senado el 1.º de Marzo; el presidente lo sancionó dentro de los cuatro días que precedieron á su retirada del poder. De esta manera queda anexionado un inmenso territorio á la República, que tuvo que hacerse cargo de la deuda de Tejas, que ascendía á siete millones y medio de dólares, lo que pareció una suma enorme, tanto más cuanto que no aseguraba sino muy dudosos beneficios.

De aquí un juego de palabras que corrió entonces diciendo qué «Texas» no era sino «Tasas», invirtiendo unas letras.

CAPÍTULO XXVIII

Polk y la guerra de Méjico.

James K. Polk, de Tennessee, fué elegido presidente para el cuatrenio de 1845 á 1849, y la noticia de su elección fué la primera que el telégrafo esparció por América con la novísima línea que el profesor Morse acababa de establecer entre Washington y Baltimore. James Polk era el candidato del partido democrático. Tenía contra él al partido whig y á un nuevo grupo político llamado el partido de la libertad, que se formó para hacer frente á las doctrinas esclavistas.

La anexión de Tejas acababa de aprobarse cuando Polk llegó al poder; pronto se presentaron otras dificultades respecto á la posesión del Oregón.

El Gobierno americano reclamaba el Oregón con pretexto de que un capitán americano había descubierto el río Columbia y que una comisión americana, dirigida por Lewis y Clark, había explorado las márgenes. Pero en suma, la región entera había sido siempre explorada con miras prácticas por compañías inglesas, haciendo el comercio de pieles, y aunque se hubieran allí establecido algunos americanos, el territorio seguía en litigio.

Presidiendo Polk, se hizo un tratado (1846) relativo á la repartición de aquella vasta comarca. Los Estados Unidos reclamaban todo el país que se extendía hasta el paralelo 54°,40' de latitud Norte. Así, la expresión *cincuenta y cuatro cuarenta ó la guerra*, fué una consigna en la campaña electoral que precedió

á la elección del nuevo presidente. Convínose al fin que la línea se fijaría en el grado 49. Todo lo del Norte de esta línea fué atribuido á la Gran Bretaña, y toda la parte Sur, más de 300.000 millas cuadradas, á los Estados Unidos. De esta suerte quedó arreglada pacíficamente la cuestión de frontera occidental, como lo fué antes el límite del Nordeste. Esto honró mucho á la administración de Polk, satisfaciendo á casi todos los interesados. Pero otro suceso que fué menos generalmente aprobado, que en los Estados del Norte particularmente se consideró incluso como una calamidad, fué la guerra de Méjico.

Cuando los Estados Unidos se anexionaron á Tejas vieron que quedaba aún por resolver una cuestión de límites. Tejas pretendía que su frontera del Norte era Río Grande, mientras que Méjico afirmaba que no pasaba del río Nueces; ahora bien, como estos dos ríos distaban cien millas el uno del otro, quedaba abierto un vasto campo de discusiones.

Los Estados Unidos se declararon por Tejas, y el general Taylor llegó con tropas al terreno discutido. Por su parte, los mejicanos hicieron que sus soldados tomaran la misma dirección. La lucha se redujo al principio á escaramuzas, luego se dieron los grandes combates de Palo Alto y Resaca de la Palma, en los que vencieron los americanos.

Entonces el general Taylor pasó Río Grande y se apoderó de Matamoros, ciudad situada en el territorio mejicano propiamente dicho.

Estas noticias causaron gran agitación en Washington. El congreso votó, el 11 de Marzo de 1848, una *resolución* declarando que «por el hecho de la República mejicana, existía la guerra entre este Gobierno y los Estados Unidos», si bien los miembros

del partido whig afirmasen que las hostilidades no partieron de Méjico, sino del general Taylor.

El congreso votó también diez millones de dólares para sostener la guerra y declaró una leva de cincuenta mil voluntarios. Los Estados del Este no miraban con grandes simpatías tal expedición; pero los del Sudoeste, que se hallaban más próximos al teatro de la lucha, enviaron un gran número de voluntarios en ayuda del general Taylor. Su ejército, poco numeroso al principio, concluyó por tener unos siete mil hombres. Con sus fuerzas tomó en tres días la plaza fuerte de Monterey, que tenía una guarnición de diez mil mejicanos. Entonces Santa Ana, que fué presidente de Méjico, y que pasaba por ser el mejor general de aquella República, tomó el mando del ejército mejicano. También fué derrotado por el general Taylor, con tropas inferiores en número, en Buena Vista.

A continuación fué enviado el general Scott con un ejército de refuerzo, para atacar á Veracruz, el principal puerto fortificado de Méjico. Esperaba penetrar así hasta la capital y lograr una paz gloriosa. Sus doce mil hombres, en efecto, bombardearon el citado puerto, que se rindió con la fortaleza de San Juan de Ulloa, considerada, después de Quebec, como la mejor plaza fuerte del continente americano. Una flota, mandada por el comodoro Mattheu C. Perry, le secundó en este ataque. Entonces el ejército americano marchó sobre Méjico, arrollando todos los obstáculos y alcanzando en su camino una serie de brillantes victorias, siempre contra fuerzas muy superiores. Entre los combates audaces que tuvo que sostener, se citan los de Cerro Gordo, Churubusco, El Molino del Rey y Chapultepec. Por fin, los americanos entraron en Méjico el 14 de Septiembre de 1847. Era

una ciudad de ciento cuarenta mil almas, y el ejército que se apoderó de ella no llegaba á seis mil hombres.

Mientras tanto, las provincias americanas eran invadidas por todas partes. El general Stephen Kearny penetraba en Nuevo Méjico, el coronel Doniphan en Chihnahua, y las escasas tropas de que podían disponer se posesionaban de estas provincias.

El capitán J. C. Fremont, que estaba explorando California con sesenta hombres solamente, formaba el proyecto de hacer de este país un Estado independiente, como lo había sido Tejas; invitó, en consecuencia, á los colonos americanos del valle de Sacramento á secundar sus esfuerzos. Fremont había desplegado ante sus tropas un estandarte con la figura de un oso, emblema de California independiente; pero enterado de que una flota americana acababa de apoderarse de Monterey, creyó que debía substituir aquella insignia con la bandera americana.

Tras una serie de combates con las tropas mejicanas, tomó posesión de California en nombre de los Estados Unidos; ayudáronle el comodoro Stoctan y sus fuerzas navales.

Por último, se firmó un tratado con Méjico, por el que esta República cedía á los Estados Unidos Nuevo Méjico y la California superior, consintiendo en aceptar Río Grande como límite de Tejas. El territorio adjudicado á los Estados Unidos comportaba más de medio millón de millas cuadradas.

En cambio, los Estados Unidos se comprometían á pagar á Méjico quince millones de dólares y á endosar una deuda de tres millones y medio.

El tratado en que se mencionaron estas condiciones se llamó de «Guadalupe Hidalgo», nombre de la población en que se firmó, el 2 de Febrero de 1848; el

congreso lo ratificó el 10 de Marzo del mismo año, y terminó la guerra de Méjico, que había durado dos años.

Nadie sabía, en la época en que se hizo este tratado, cuán grande era el valor del territorio conquistado. California era considerada solamente como un país lejano, costeadado no más que por los navegantes que doblaban el cabo de Hornos para comprar cueros y pieles; pero en 1848 corrió por los Estados del Este el rumor de que California encerraba, á orillas del Sacramento, minas de oro, que prometían ser las más ricas del mundo. Contábase que un obrero al servicio del capitán Sutter, colono suizo establecido en el valle de Sacramento, había recogido en la arena unos pedacitos brillantes de un metal que fué reconocido como oro. Desde este momento se produjo una repentina emigración desde todos los puntos de la Unión á esa región favorecida. Desde el primer año las minas produjeron cuatro millones de dólares de oro puro. A los dos años de esto, San Francisco contaba quince mil habitantes.

El nombre de California parece que está tomado de una antigua novela española, en la que el autor nombraba así á una isla imaginaria llena de oro. Uno de los primeros exploradores, Hernán Cortés, cuando visitó la costa Occidental del continente, aplicó aquel nombre á todo el país, mucho antes de que se hubiera soñado con buscar allí el precioso metal.

Bajo la administración de James Polk fueron admitidos tres nuevos Estados en la Unión americana, lo que elevó su número á treinta y dos: fueron Tejas (1845), Iowa (1846) y el Wisconsin (1848), cuyos nombres están tomados de tribus indias ó de ríos.

El mismo sentimiento antiesclavista que se opuso

á la anexión de Tejas, se reprodujo muy vivamente, pero en vano, cuando se trató de admitirlo á la categoría de Estado. Towa salió de la gran adquisición luisiana; el Wisconsin del antiguo territorio Noroeste que pertenecía en su origen á los Estados Unidos. Los últimos Estados dichos eran antiesclavistas, y se tuvo una vez más la prueba de que los emigrantes extranjeros elegían siempre preferentemente para establecerse un territorio libre; de suerte, que los Estados libres estaban naturalmente llamados á prosperar más de prisa que los otros. Esto avivó el deseo de multiplicarse en los esclavistas, á fin de poder resistir á la corriente; así fué que por ambas partes se hicieron grandes esfuerzos después de la guerra de Méjico para asegurarse la vasta extensión del territorio nuevamente adquirido.

Mr. Wilmont, de Pensilvania, propuso al congreso una medida, llamada la *Cláusula Vilmont*, que prescribía de una manera absoluta la esclavitud de todas las nuevas adquisiciones territoriales. Esta cláusula fué largamente discutida, y por último, rechazada; pero la agitación que produjo dió nacimiento á la formación de un nuevo partido, cuyo fin era oponerse á la extensión de la esclavitud. Se le llamó el partido del *Suelo libre* y reemplazó al antiguo partido de la Libertad. Con tal nombre tomó una parte activa en la elección del nuevo presidente, y más adelante, convertido en partido *Republicano*, obtuvo el predominio en el Gobierno.

CAPÍTULO XXIX

**Primeros síntomas de la guerra civil.
Taylor.—Fillmore y Pierce.**

Cuando la elección presidencial, el partido Whig, que se opuso á la guerra de Méjico, juzgó que se debía nombrar presidente al general más afortunado de aquella guerra, á Zachary Taylor, de Luisiana. Taylor era muy popular entre sus soldados, que le llamaban el viejo *Arriésgalotodo* (old Rowgh and Ready). Aun teniendo en su contra al partido democrático y al nuevo partido del *Suelo libre*, fué elegido presidente, y entró en funciones el 5 de Marzo de 1849. Murió un año después, el 9 de Julio de 1850, y el vicepresidente Millard Fillmore, de Nueva York, ocupó el puesto durante el resto del término presidencial (1850-1853).

La lucha antiesclavista había adquirido proporciones considerables en el congreso, y Henry Clay, de Kentucky, orador de rara elocuencia, hizo una tentativa para acabar de una vez con la cuestión, mediante una serie de medidas llamadas «de compromiso».

Así California fué admitida como Estado antiesclavista, y la trata de negros se abolió en el distrito de Columbia.

En cambio, se introdujo un *bill* llamado la *ley de los esclavos fugitivos*, que permitía á los propietarios perseguir á sus esclavos escapados en cualquier punto de los Estados no esclavistas y prenderlos sin veredicto del jurado, lo cual á muchas personas les pa-

reció tan anticonstitucional como inhumano. Los principales jefes del partido antiesclavista, tales como Carlos Summer, Horacio Mann, Wendell Phillips, Teodoro Parker, se opusieron vivamente á esta medida; pero fué apoyada por algunos ilustres estadistas del Norte, como Daniel Welester, por ejemplo, y pasó á la categoría de ley (18 de Septiembre de 1850). Esta ley provocó una agitación más apasionada todavía que todas las suscitadas ya con motivo de la cuestión de la esclavitud. En Siracusa arrancaron á viva fuerza, de manos de los agentes del Gobierno, á un esclavo fugitivo llamado Jerry; en Boston ocurrió lo mismo con otro llamado Shadrach, y se intentó salvar á un tercero, Anthony Burns. En esta ocasión hubo muertos, y tuvo que requerirse el auxilio de la tropa para prender al esclavo. En Ohio, una fugitiva llamada Margaret Garner mató con sus propias manos á dos de sus hijos para librarles de las miserias de la esclavitud. Varios Estados de la Unión emitieron *resoluciones* para restringir ó paralizar la acción de la ley sobre los esclavos fugitivos y para asegurar el beneficio de un juicio por jurados á los desgraciados así perseguidos. Estas medidas de compromiso constituyen lo más saliente de la administración de Fillmore.

De otra parte, su presidencia fué pacífica; se contó una nueva anexión: el Estado de California, que se formó en 1850 del territorio adquirido en la guerra de Méjico. Los dos territorios de Nuevo Méjico y Utah fueron también organizados á expensas de la misma adquisición.

Casi toda la población de Nuevo Méjico era de origen español, y Utah fué colonizado por la secta religiosa de los mormones, cuyo jefe, Brigham Yaung,

fué designado por el presidente como gobernador del territorio. El censo de 1850 dió para la nación entera la cifra de veintitrés millones ciento noventa y un mil ochocientos setenta y seis habitantes.

El presidente Fillmore había sido elegido como whig, bien que la agitación antiesclavista estuviese en camino de borrar cada vez más los matices de los antiguos partidos políticos. Su sucesor, Franklin Pierce, de New-Hampshire, era un demócrata (1853-1857). Bajo su presidencia fué en aumento la dicha agitación merced á los esfuerzos de los partidarios de la esclavitud para echar abajo el famoso *compromiso del Misuri*, como se llamaba la ley dictada en 1820, y que prohibía la esclavitud al Norte de cierta línea trazada antaño en el vasto dominio de Luisiana. Se proponía adquirir en aquella región, donde la libertad había reinado hasta entonces, dos nuevos territorios llamados el *Kansas* y el *Nebraska* y dejar á los habitantes que decidieran por sí mismos si querían ó no establecer la esclavitud en su casa.

Este cambio de política encontró una viva resistencia en el partido antiesclavista, y más de tres mil miembros del clero de Nueva Inglaterra dirigieron peticiones al congreso para que se opusiera también; pero á pesar de todo, prevaleció el 30 de Mayo de 1854.

Como esta ley otorgaba á los colonos el derecho de decidir por sí mismos sus instituciones, pareció igualmente necesario, tanto á los partidarios como á los adversarios de la esclavitud, fomentar la emigración en los nuevos territorios. Organizáronse, pues, grupos de colonos en diferentes puntos de la Unión. Los que salieron de los Estados no esclavistas iban en general á establecerse definitivamente con sus fami-

lias, mientras que muchos salieron de los Estados esclavistas sin otro fin que promover algaradas y contribuir al establecimiento de la esclavitud. Este era, sobre todo, el caso de ciertos missurianos, á los que se vió en todo tiempo franquear los límites del Kansas, cometer depredaciones y luego volver á pasar la frontera sin ser inquietados. Estos invasores de un nuevo género son conocidos con el nombre de *Rufianes de fronteras*. Hicieron durante cierto tiempo imposible la navegación del Missouri para todos los colonos no esclavistas, obligándoles á dar un largo y fatigoso rodeo á través del Estado de Iowa. Las autoridades de los Estados Unidos, después de haber apoyado alternativamente á los dos partidos, concluyeron por dar su preferencia á los esclavistas. Todos los gobernadores enviados sucesivamente de Washington tuvieron que dimitir. Los colonos instituyeron dos gobiernos separados y adoptaron dos códigos diferentes. Pronto se llegó á las manos: los jefes militares de los Estados libres, Lane, Mantgomery y otros organizaron partidas para proteger sus establecimientos, y el capitán John Brown tomó una parte activa en la defensa. En Oesawatomia, por ejemplo, luchó con diez y seis hombres contra varios cientos de merodeadores del Missouri. Su pequeña partida hirió y mató cuatro veces más hombres de los que contaba ella en sus filas, y no perdió más que dos combatientes; pero los mismos invasores saquearon é incendiaron el floreciente pueblo de Lawrence, recientemente fundado por gentes del Massachussets.

Durante este período, muchas familias del Kansas quedaron en la miseria ó no vivieron sino robando caballos y ganado á los del partido opuesto, de suerte que se oía hablar de un caballo esclavista, de una

vaca antiesclavista, según que el animal perteneciese á uno ú otro de los dos partidos.

Por fin, la libertad quedó asegurada en Nebraska y Kansas, pero á costa de grandes sufrimientos y de odios irreconciliables.

Un acontecimiento más pacífico de la presidencia de Pierce fué la compra de un nuevo territorio llamado la *Adquisición Gadsden*, nombre del ministro que la negoció. Cuando se estipuló el tratado de Guadalupe Hidalgo, que puso fin á la guerra de Méjico, se sirvieron de un mapa mal hecho, de donde resultó una discusión sobre el delicado asunto de fronteras. Para arreglarlo, los Estados Unidos compraron á Méjico (30 de Diciembre de 1853), mediante la suma de diez millones de dólares, una parte de los territorios hoy conocidos con el nombre de Arizona y Nuevo Méjico; esta adquisición comprendía unas cuarenta y cinco mil millas cuadradas, y elevaba la extensión total de la Unión (1854) á cerca de tres millones de millas cuadradas. Era aproximadamente el cuádruplo de la superficie de los trece Estados primitivos, y la extensión del Imperio romano, aun en sus días de mayor gloria, quedaba con mucho superada.

Otro acontecimiento importante de la presidencia de Pierce fué un tratado con el Japón, negociado el 21 de Marzo de 1854 por el comodoro Mattheu C. Perry, el hermano del héroe del lago Erié.

Hasta esta época, el Japón había rigurosamente excluido de sus puertos á todos los extranjeros, salvo á una docena de comerciantes holandeses, y permitía que los náufragos fuesen tratados en sus costas con la más espantosa crueldad. El comodoro Perry, al frente de una flota americana, obligó á los japoneses á mostrar mayor humanidad con los extranjeros ne-

cesitados, y su tratado redujo á la nada casi todas las restricciones que impedían el comercio con el Japón.

Mientras tanto, el nuevo partido opuesto á la extensión de la esclavitud adquirió tanta fuerza, que se desvaneció poco á poco el antiguo partido whig. La nueva elección quedó, sobre todo, entre el partido republicano, como la nueva organización se llamaba á sí misma, y el antiguo partido democrático. Existía también, sin embargo, un partido temporal compuesto de los que se titulaban «los ignorantes de todo» (Know Nothing), que tendía principalmente á rechazar de la legislación nacional toda influencia extranjera. Los Know Nothing no arrastraron más que al Estado de Maryland, y fué elegido el candidato demócrata James Buchanan, de Pensilvania. Su presidencia, de 1857 á 1861, será eternamente célebre como la era en que empezó la famosa guerra civil llamada de Secesión.

CAPÍTULO XXX

Principio de la guerra civil.—Buchanan.

Buchanan entró en funciones el 4 de Marzo de 1857. En aquel mismo año, el tribunal supremo dictó una sentencia conocida con el nombre de la *Decisión Dred Scott*, que otorgaba á los amos el derecho de llevar consigo á sus esclavos á todos los puntos de los Estados Unidos. Esto produjo una gran excitación en los Estados libres, y al poco tiempo ocurrió otro suceso que casi exasperó otro tanto á los Estados esclavistas. Fué la insurrección, comúnmente designada con el nombre de «John Brown's raid». El nombre del capitán John Brown ha sido ya mencionado en este relato con mo-

tivo de la viva resistencia opuesta por los colonos antiesclavistas del Kansas á los bandidos de las fronteras del Missouri. Cuando se restableció el orden en el Kansas, John Brown resolvió poner en ejecución un plan madurado desde hacía tiempo para combatir la esclavitud en el seno mismo de los Estados en los que estaba vigente. Familiarizado desde su temprana edad con las montañas de Virginia, conocía ciertas guaridas que decía él habían sido evidentemente creadas para servir de fortalezas á los esclavos fugitivos. Mucho tiempo antes, el general Washington concibió el proyecto de conducir al ejército americano á las montañas aquellas si las colonias fueran vencidas en su lucha contra Inglaterra. John Brown se propuso efectuar la misma maniobra con un ejército de negros. Habiendo reunido una pequeña partida de hombres de color cerca de Haper's (Virginia), se apoderó de esta población el 16 de Octubre de 1859. Puso en seguida mano en el arsenal del Gobierno para proveer de armas á los esclavos fugitivos que respondían á su llamamiento. Declaró abiertamente que su proyecto era la emancipación de los negros, y se comprometió á respetar la propiedad, salvo la que se compusiera de esclavos. Aunque no tuviera consigo más que veintidós hombres, la alarma sembrada por esta partida exigua fué tan grande, que varios testigos oculares subieron la cifra de veintidós á trescientos, y el cálculo exagerado que les dictó el miedo se telegrafió inmediatamente á los Estados de la Unión. Con este puñado de hombres, Brown mantuvo en rehenes á muchos de los principales habitantes de la ciudad, á fin de que respondiesen de los deudos de él; pero queriendo ahorrar inútiles angustias á las familias de los rehenes en cuestión, se quedó demasiado

tiempo en Harper's Ferry y comprometió así su seguridad personal, porque las compañías de la milicia pudieron reunirse, acudiendo también un destacamento de marinos de guerra. No tardaron en reunirse mil quinientos milicianos. La partida de Brown defendió, no obstante, el arsenal hasta que estuvieron muertos ó heridos casi todos los hombres que la componían; se rindió, al fin, á los soldados de los Estados Unidos. El coronel Washington, uno de los prisioneros de Brown, declaró más adelante que este hombre era el más intrépido frente al peligro y la muerte que nunca hubiese conocido. Uno de sus hijos había muerto á su lado, el segundo acababa de ser mortalmente herido, y el padre tomaba con una mano el pulso del moribundo mientras que en la otra empuñaba el fusil, y recomendaba con la mayor sangre fría á sus hombres que resistieran firmes. Diez murieron, cuatro fueron heridos. Brown cayó con seis heridas que se juzgó mortales; pero curó y compareció ante un tribunal de Virginia. Allí excitó la admiración hasta de sus enemigos. Wise, el gobernador de Virginia, decía de él: «Se han engañado los que le tomaron por loco... Es un hombre inteligente, bravo, generoso y de una fuerza de alma extraordinaria... Me ha inspirado la mayor confianza por su integridad y su rectitud...» Brown fué, sin embargo, condenado á la horca y fué ejecutado en Charlestown (Virginia) el 2 de Diciembre de 1859. Su última acción, camino del suplicio, fué besar en la frente á un esclavito que pasaba. Seis de sus compañeros sufrieron la pena capital. Algunos otros, que estaban de guardia fuera de los muros, huyeron á las montañas, y de allí pasaron, á través de mil peligros, á los Estados antiesclavistas. Uno de los hijos de John Brown guiaba á los fugiti-

vos; escribió una conmovedora narración de sus aventuras.

Estos acontecimientos dieron un nuevo y formidable impulso á la cuestión de la esclavitud durante la presidencia de Buchanan. Cuando llegó el momento de la nueva elección, los antiguos partidos estaban tan divididos que no hubo menos de cuatro candidatos, aunque Buchanan no figurase entre ellos. El elegido fué Abraham Lincoln (de Illinois), presentado por el partido republicano. Este partido era una ampliación del partido del Suelo libre, que á su vez sucedió al de la Libertad. De opiniones muy moderadas en lo que se refería á la esclavitud, Abraham Lincoln no parecía, en modo alguno, dispuesto á combatirla en donde estuviese establecida. Su nombramiento fué, no obstante, considerado como muy peligroso para sus intereses por la mayoría de los Estados esclavistas, y desde entonces se decidió en principio la disolución de la Unión.

Según los esclavistas, los Estados Unidos se componían de una federación de gobiernos completamente independientes entre sí y libres de separarse si lo juzgaban oportuno. Tal era la doctrina llamada *Derecho de los Estados*, que fué largo tiempo popular en los Estados del Sur y particularmente en la Carolina; era, por lo tanto, natural que la Carolina del Sur tomase la iniciativa y fuera la primera en separarse de la Unión. Reunióse allí una Convención y adoptó el decreto de Secesión (20 de Diciembre de 1860). A las seis semanas se celebraron Convenciones análogas y se votaron semejantes decretos en los Estados del Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Tejas. Estos Estados se constituyeron en *Confederación del Sur* y eligieron, el 8 de Febrero de 1861, á Jeffer-

son Davis, del Misisipi, como presidente, y á Alejandro H. Stephens, de Georgia, como vicepresidente. La nueva Confederación se basaba audazmente en los pretendidos derechos imprescriptibles de la esclavitud y no disimulaba su designio de establecer una nación esclavista en los Estados del Sur.

Las autoridades de la Carolina del Sur reclamaron inmediatamente la posesión de todas las propiedades nacionales situadas en el Estado. El mayor Roberto Anderson, que mandaba la guarnición de un fortín llamado el fuerte Moultrie, en el puerto de Charlestown, se retiró al fuerte Sunter, que le parecía mejor posición, y pidió refuerzos á Washington. Se envió á Charlestown, con doscientos cincuenta hombres, un barco de vapor, la *Estrella del Oeste*; pero sufrió el fuego del fuerte Moultrie, que habían guarnecido los insurrectos. Entonces colocáronse en la orilla unas baterías, y el 11 de Abril, el general Beangerard, que mandaba las fuerzas rebeldes, intimó la rendición del fuerte Sunter. Negóse la guarnición, y las baterías rompieron el fuego contra el fuerte á la mañana siguiente, fuego que duró dos días sin interrupción. El segundo día por la noche, el mayor Anderson se rindió; sus ochenta hombres estaban extenuados, sus casamatas incendiadas y su provisión de pólvora casi agotada. Estipuló salir con tambor al frente, bandera desplegada y con todo el material de guerra. Esto ocurría el domingo 14 de Abril. El bravo comandante saludó con cincuenta disparos de fusil á la bandera de los Estados Unidos con la pólvora que le quedaba.

El primer ataque contra el fuerte Sunter produjo una viva emoción en todo el pueblo, y muchas personas que antes expresaban sus simpatías por los esclavos

vistas, se pasaron entonces al campo de los que querían mantener la Unión. Este acontecimiento impresionó no menos profundamente á los Estados del Sur; firmáronse actas de Secesión en la Carolina del Norte, Virginia, Arkansas y Tennessee. En todos estos Estados, la población de color se declaró unánimemente por la Unión; pero compuesta casi toda ella de esclavos ignorantes y desarmados, representó por de pronto poca cosa. Había también en algunos de estos Estados bastantes blancos que desaprobaban la Secesión; pero fueron en general reducidos al silencio ó expulsados. Mientras tanto, el presidente Buchanan no se mostraba á la altura de las circunstancias, y en medio de una agitación creciente cedió el puesto á Lincoln.

Bajo la administración de aquél, tres nuevos Estados habían sido incorporados á la Unión: Minnesota (1858), Oregón (1859) y Kansas (1861); los dos primeros, formados principalmente del territorio ganado con la adquisición de Luisiana, recibieron los nombres indios de los ríos que los cruzan. El Oregón se formó con el territorio cedido á los Estados Unidos por el tratado sobre fronteras de 1846; su nombre procede, á lo que se dice, de la palabra *orégano*, planta que crece profusamente en la costa del Pacífico.

Según el censo de 1860, la población de los Estados Unidos se elevaba, en tiempo de Buchanan, á 31.443.321 habitantes.

CAPÍTULO XXXI

La guerra civil.—Lincoln.

Nadie que no la presenciara puede formarse una idea exacta de la emoción que produjo en todo el Norte la noticia del primer cañonazo disparado contra el fuerte Sunter. Hasta allí los Estados del Norte habían estado muy divididos; muchos de sus ciudadanos creían que con paciente esfuerzo y dulzura los rebeldes que tuvieron la idea de separarse de la Unión podrían ser disuadidos; pocos admitían la posibilidad de una guerra fratricida. Mientras que la población blanca del Sur se preparaba á combatir, la del Norte se dedicaba á sus ocupaciones habituales; el ataque la cogió, pues, completamente de improviso. Aunque tres meses antes los rebeldes de Luisiana se hubiesen apoderado de un fuerte en la desembocadura del Misisipi y del arsenal de Bâton-Bonge, se resistía aún á rendirse á la evidencia.

Cuando Lincoln entró en funciones (4 Marzo 1861), el contingente del ejército regular era insuficiente y estaba muy disperso; pero el 15 de Abril el presidente lanzó una proclama que llamaba á servir durante tres meses á 75.000 voluntarios. De diferentes Estados acudieron á toda prisa varios regimientos para la defensa de Washington. Uno de ellos, el sexto Massachusetts, se vió atacado por el pueblo al pasar por Baltimore; habiendo muerto tres individuos á pedradas y palos, los soldados hicieron fuego sobre los revoltosos, matando á nueve é hiriendo á otros muchos. Ocurrió este incidente el 19 de Abril de 1861,

aniversario de la batalla de Lexington. Impresionó casi tanto como la toma del fuerte Sunter, no porque la escaramuza de Baltimore fuese un acto deliberado de rebelión organizada, sino porque probaba hasta qué punto era grande la hostilidad contra el Gobierno en todos los puntos en donde existía la esclavitud.

Cuando hubo que enviar nuevas tropas á través de Maryland, no pasaron ya por Baltimore, sino por Annapolis. El general Bulter, al frente de los regimientos de la milicia de Massachussets y de Nueva York, siguió la línea ferrea entre Annapolis y Washington. Los soldados, mientras avanzaban, iban recomponiendo la línea. El general, al encontrarse en la vía con una locomotora rota, preguntó si había en las filas alguien que supiese componerla.

«Puedo hacerlo—contestó un soldado después de examinar la máquina—, porque soy yo quien la ha construido.»

Como se ve, estas tropas se componían de hombres procedentes de todos los oficios, substraídos momentáneamente á sus labores, y pocas profesiones había que no estuviesen representadas en cada regimiento.

Al poco tiempo fueron enviadas nuevas tropas á Baltimore, que de esta suerte volvió al deber casi á la fuerza. Pero lo que sobre todo importaba al Gobierno era poner prontamente á Washington al amparo de un golpe de mano.

Cuando se hubieron calmado los primeros temores respecto á la seguridad de Washington, hizose urgente crear un ejército. Alistáronse reclutas en todos los Estados en virtud de la proclama del presidente, y los gobernadores de cada Estado se encargaron de organizar esos reclutas en regimientos. Pero el Go-

bierno de la República tenía que formar todo un material de guerra. El exministro de la Guerra, con el presidente Buchanan, que era secesionista, había enviado cientos de miles de fusiles á los arsenales del Sur, dejando casi vacíos los arsenales del Norte. Lo mismo ocurría con los cañones y municiones que hubo que comprar y fabricar en breve plazo. Necesitábanse uniformes para los soldados; necesitábase además organizar el servicio de remontas y del tren de equipajes, procurarse efectos de campaña, crear ambulancias, acaparar víveres y proveer á su distribución á fin de que no hubiera escasez ni despilfarro.

Todo esto tenía que empezar á hacerse en el acto y terminarlo lo más prontamente posible. El presidente Lincoln dió una nueva proclama que declaraba en estado de bloqueo los puertos del Sur, prohibiendo la entrada ó salida de todo buque.

El 24 de Mayo enviáronse tropas de Washington á Virginia; algunas marcharon sobre Alejandria, otras sobre las alturas de Arlington. El joven coronel Ellsworth, que mandaba una parte de estas tropas, al ver flotar en las ventanas de un edificio la bandera secesionista, entró para arrancarla y murió de un tiro de fusil que le disparó el propietario. Ellsworth era muy querido en las ciudades del Norte; su muerte produjo una viva indignación.

Pronto empezó la lucha en Virginia por el Este y el Oeste al mismo tiempo. En la Virginia Occidental había un partido muy numeroso á favor de la Unión, y las tropas rebeldes concluyeron por ser arrolladas tras una serie de combates que dirigió el general Mac-Clellan. En la Virginia Oriental, las tropas de la Unión perdieron el encuentro de Big-Bethel; pero no hubo ninguna batalla seria hasta el mes de Julio. En-

tonces el teniente general Scott, comandante en jefe, envió una avanzada sobre Richenond; sus tropas, á las órdenes del general Mac Dowell, fueron derrotadas en Bull Rem el 21 de Julio. Unos treinta mil hombres por cada parte tomaban parte en la lucha. El resultado de la batalla pareció muy dudoso hasta las tres de la tarde; mientras tanto, los rebeldes recibieron refuerzos. Derrotaron por completo á las tropas de la Unión, que hubieron de llegar hasta Washington en desordenada retirada.

Algunos meses después sufrieron un nuevo descalabro en el encuentro menos importante de Ball's Bluff. La guerra se anunciaba, pues, bajo malos auspicios en la Virginia Oriental. Como compensación, las tropas rebeldes fueron echadas del Missouri Septentrional por el general Lyon, y se realizaron con buen éxito algunas importantes expediciones sobre diferentes puntos de la costa Meridional, contra el fuerte Hatteras, en Virginia; contra Port Royal Harbor, en la Carolina del Sur. Esta última expedición sobre todo fué decisiva, puesto que los rebeldes abandonaron la mayor parte de los puestos de que se habían apoderado á lo largo de la costa Sur del Atlántico y no pudieron recobrarlos nunca.

Tales fueron los acontecimientos del año 1861.

A fines de este mismo año, el teniente general Winfield Scott resignó el mando de los ejércitos de la Unión; fué reemplazado por el mayor general Jorge B. Mac Clellan.

La marina de los Estados Unidos había adquirido un gran desarrollo durante este primer período de la guerra. Al principio no había más que cuatro buques para el servicio de las costas y menos de trescientos marinos; era, sin embargo, indispensable tener una

fuerza naval suficiente para bloquear todos los puertos secesionistas. Los rebeldes lanzaban por todas partes corsarios encargados de caer sobre el comercio americano; y estos corsarios encontraban ayuda y protección en los puertos extranjeros, principalmente en Inglaterra. Esta nación, así como Francia, España y Portugal, había reconocido la beligerancia á los Estados secesionistas, poniendo así en el mismo pie de igualdad á la Confederación del Sur y al Gobierno nacional de los Estados Unidos. Estuvo á punto de estallar la guerra con Inglaterra cuando los señores Mason y Slidell, comisarios confederados, fueron capturados por un barco de los Estados Unidos á bordo de un vapor inglés (8 Noviembre 1861). Pero el Gobierno americano se apresuró á desaprobare este acto contrario al derecho de gentes, y las relaciones pacíficas, un momento comprometidas, volvieron á reanudarse.

A principios del año 1862 el ejército total de la Unión ascendía á más de quinientos mil hombres, casi todos voluntarios. El general Mac Clellan, comandante del ejército de Potomac, remontó la península formada por los ríos James y York, para atacar á Richmond, capital del Gobierno confederado. Llegó á cruzar el río Chickahoming. Su vanguardia, mandada por el general Casey, fué atacada y rechazada, el 31 de Mayo, en Fair Oaks, á seis millas de Richmond; pero con los refuerzos que le llegaron pudo á su vez rechazar al enemigo á Richmond. Unos ochenta mil hombres tomaron parte en esta batalla. Mac Clellan, á los dos meses de asedio, juzgó oportuno efectuar una retirada y llevar su base de operaciones á James River. Esto dió lugar, por parte de los confederados, á la serie de ataques conocidos con el nom-

bre de los «Siete días de combate de la Península». El combate de Malveru Hills (1.º de Julio de 1862) fué el más sangriento de todos, y terminó con la derrota de los rebeldes. En estas batallas tomaron parte cerca de cien mil hombres, perdiendo cada uno de los bandos más de quince mil.

El cuerpo de ejército del general Banks vino del valle de Shenandoah para cubrir el cambio de posición del ejército de Mac Clellan. Hubo combates en Cedar Mountain y en Bull Run.

El general Lee, al frente del ejército confederado, cruzó el Potomac, penetró en el Maryland y se apoderó de Harper's Ferry, más adelante Fredeire City. Mac Clellan se encontró, el 17 de Septiembre de 1862, en Atictam (Maryland), donde se dió una de las batallas más terribles de la guerra de Secesión. Tomaron parte en ella ciento cincuenta mil soldados, contando las fuerzas de los dos ejércitos.

Las pérdidas de la Unión en este combate y en el de Soth Mountain, pocos días antes, fueron de más de catorce mil hombres, y la de los rebeldes pasaron de doce mil. Sin embargo, el ejército de la Unión quedó esta vez victorioso, y durante la noche que siguió al combate, Lee repasó el Potomac con sus tropas. Censuróse á Mac Clellan por no haberle cortado la retirada, y como ya se le habían dirigido censuras semejantes á razón de las batallas de Fair Oaks y Malveru, este general fué privado de su mando en el mes de Noviembre. Substituyóle en el mando del ejército de Potomac Ambrosio Burnside. El general Burnside pasó el Rappahanock y tomó Fredericksburgo, pero se vió obligado á retirarse en seguida con serias pérdidas.

Así, pues, el segundo año de la guerra fué de poco

adelanto para conseguir el objetivo final, que era tomar la capital de los confederados. Pero un combate naval que se dió al mismo tiempo en aguas de Virginia, fijó la atención de todo el pueblo, y en realidad la del mundo entero. Los oficiales de la Unión, desde el principio de la guerra habían abandonado el arsenal marítimo de Norfolk y destruído la mayor parte de los buques; sin embargo, algunos se habían librado de la destrucción, y entre ellos el *Merrimack*.

Los secesionistas protegieron este barco con un formidable blindaje de madera y hierro, y revistieron su proa con una coraza de acero. Así armado, el *Merrimack* atacó á la escuadra de la Unión en Hampton Roads. Las fragatas de madera le embistieron en vano. Las balas rebotaban en su coraza. Al caer el día, la fragata de la Unión, *Cumberland*, se había ido á pique, en los momentos en que su bravo comandante ordenaba una postrera andanada; el *Congreso* ardió hasta la línea de flotación, y el *Minnesota* encalló. De pronto, á eso de las nueve de la noche, apareció en aguas de Hampton Roads una embarcación pequeña de apariencia insignificante, parecida — dijo un testigo ocular — á una ballenera quilla al aire, ó, según otra expresión más pintoresca, á una «caja de quesos sobre una almadía». Era el *Monitor*, mandado por el capitán Ericsson, un ingeniero de origen sueco.

Por la mañana, el *Merrimack* volvió á hacerse á la mar y embistió contra la fragata encallada. Entonces el *Monitor*, abordando de costado al *Merrimack*, rompió el fuego. El buque blindado contestó, y el combate duró dos horas, desplegando ambos barcos una técnica completamente desconocida hasta entonces en las luchas navales, y esto á una distancia de

ciento cincuenta yardas (1) solamente. El cañoneo era imponente. Ningún efecto se produjo en ambas embarcaciones, hasta que por fin el *Monitor* envió á través de una de las portas de su adversario un obús, que causó grandes destrozos entre la tripulación. Con esto el *Merrimack* tuvo que retirarse, dejando la victoria al *Monitor*. Toda la nación respiró al saber esta noticia, porque si el *Merrimack* hubiera llegado á entrar en el puerto de Nueva York, hubiera infaliblemente destruído á todos los buques de madera que allí había.

Desde este combate, que se ha hecho histórico, data la sustitución de los barcos de madera por buques blindados en todas las marinas del mundo.

Mientras que tan grandes cosas pasaban por mar y por tierra en Virginia, fuera de allí ocurrían otros acontecimientos de extraordinaria importancia. Una expedición dirigida por el general Burnside se apoderó de la isla Roanoke y de varios puntos de la Carolina del Norte. Las tropas de la Unión se apoderaron del fuerte Pulaski y de los puertos de la Florida oriental. Dos fortalezas fueron ocupadas en los ríos del Oeste: el fuerte Henry en el Tennessee y el fuerte Donelson en el Cumberland. Durante el sitio de esta última fortaleza por el general Grant, como el comandante confederado preguntase por los términos de la capitulación, se le contestó que *sin condiciones*, «inconditional surrender», dos palabras que se aplicaron en lo sucesivo á manera de apodo al general Grant.

Después de la toma del fuerte Donelson, los confederados abandonaron Nashville, capital de Tennes-

(1) La yarda es una medida equivalente á 0,9144 metros.

see, y fueron arrojados de una isla fortificada del Misipi, llamada la *Isla número Diez*. Hubo una sangrienta batalla en Pittsburgo Landing, el 6 de Abril de 1862, entre las fuerzas de la Unión, mandadas por el general Grant y las fuerzas confederadas, mandadas por Johnston y Beauregard. El primer día, el general Grant fué desalojado de sus posiciones con enormes pérdidas; pero al segundo día, apoyado por los refuerzos que le trajo el general Buell, el ejército de la Unión reconquistó el terreno que perdió la víspera. Más de cien mil hombres se batieron en Pittsburgo-Landing; hubo unos diez mil muertos y heridos de ambas partes.

Uno de los hechos más memorables de este año de 1862 fué la toma de Nueva Orleans por las fuerzas navales que tenía á sus órdenes el comodoro Farragut, apoyadas por el ejército de tierra que mandaba el general Butler. La ciudad estaba fuertemente defendida: á setenta y cinco millas había dos fuertes considerables; ante estos fuertes, una cadena cerraba el río, con trincheras en cada extremo; entre los fuertes y la cadena flotaban cinco balsas cargadas con materias inflamables, sin hablar de trece chalupas cañoneras, de una batería flotante protegida y de un buque blindado. El comodoro Farragut cañoneó en vano los fuertes; pero salvó á su flota de los brulotes, cogiéndolos y apagándolos uno tras otro. Al fin resolvió pasar entre los fuertes. En consecuencia, hizo avante el 24 de Abril de 1862, y á pesar del fuego violento de los fuertes, de los vapores y de la batería, la flota logró remontar el río. Un navío unionista, *Varma*, echó á pique ó desarboló él solo á seis buques rebeldes; aquella misma noche, Farragut anclaba más allá del lazareto. Al día siguiente por la maña-

na fondeó en el puerto de la ciudad y se apoderó de ésta; los fuertes, así como la flota que estaba en el Misisipí, se rindieron á los pocos días. El 1.º de Mayo, el general Butler hizo su entrada en Nueva Orleans y proclamó la ley marcial. Farragut continuó remontando el río, á pesar de la prolongada resistencia de Vicksburgo; la posesión del puerto inferior del Misisipí quedó asegurada á la República.

Pero el acontecimiento más importante de este año fué, á buen seguro, un acontecimiento político: la proclama del presidente Lincoln relativa á la emancipación de los esclavos. Al principio, la guerra no tuvo por motivo la abolición de la esclavitud, sino pura y simplemente la conservación de la Unión, hasta cuando en diferentes ocasiones y en diferentes sitios los generales nordistas Fremont, Phelps y Hunter quisieron emancipar á los esclavos pertenecientes á amos secesionistas; el presidente tuvo cuidado de anular tales actos ó limitar la emancipación á aquellos esclavos que eran empleados contra el Gobierno. Pero al fin la abolición de la esclavitud se impuso como una necesidad, y el 22 de Septiembre de 1862 el presidente Lincoln lanzó la proclama siguiente:

«En primero de Enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, todos los individuos reducidos á la condición de esclavos en los límites de cualquiera de los Estados ó en una parte designada de este Estado, cuya población se encuentre en rebelión contra los Estados Unidos, serán, á partir de tal día y para siempre libres. Y el poder ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo aquí el poder militar y el poder marítimo, reconocerán y mantendrán la libertad de los dichos individuos, guardándose de re-

primir ninguno de los esfuerzos que puedan éstos realizar con objeto de recobrar su libertad.»

En su mensaje al congreso, el presidente explicaba así este acto político:

«Al dar la libertad al esclavo, aseguramos la libertad á los hombres libres, hallando de esta suerte igual honra é igual beneficio en dar que en recibir. Salvaremos noblemente ó perderemos vergonzosamente la última y mejor esperanza que subsiste en la tierra. El fin es sencillo, pacífico, glorioso y justo. Al perseguirle, mereceremos para siempre los aplausos del mundo y las bendiciones de Dios.»

Casi al mismo tiempo de aparecer esta proclama, comenzó el Gobierno á poner sistemáticamente en práctica la medida política consistente en reclutar soldados de color. Ya en el mes de Mayo de 1862, el general David Hunter había organizado en la Carolina del Sur, bajo su propia responsabilidad, un regimiento de negros; aunque este regimiento fuese licenciado por orden del Gobierno, una compañía, que permaneció en el servicio, fué el núcleo del «Primero de Voluntarios de la Carolina del Sur», formado oficialmente en el mes de Octubre por el general Rufo Saxton.

Durante el verano del mismo año, el general Lane alistó el «primer regimiento de color del Kansas» en el Estado de este nombre. Estos fueron los primeros regimientos compuestos de esclavos emancipados.

El general Butler encontró igualmente en Nueva Orleans algunos regimientos de hombres de color libres, medio organizados para el servicio de los confederados, y los incorporó á las tropas de la Unión.

El primero de año de 1863, el presidente Lincoln dió una segunda proclama, confirmando la preceden-

te y declarando, una vez más, la abolición de la esclavitud. Poco después, el general Hooker sucedió al general Burnside en el mando del ejército de Potomac; pero fué derrotado por el general Lee en Chancellorsville (Virginia). En esta batalla murió el general Jockson, «Stonewall» Jockson, «Muro de piedra», el más popular de los generales confederados. Siguió un período de reacción y desaliento. Los gastos de la guerra se elevaban en la Unión á una cifra enorme. Las gruesas primas que se habían tenido que ofrecer á los soldados, hicieron que se alistasen muchos desaprensivos llamados «County jumpers», *tomadores de primas*, que se alistasen á peso de oro para desertar después y volverse á alistar. Solamente en el ejército del Potomac se produjeron más de doscientas deserciones diarias. Decidióse entonces someter al servicio á los ciudadanos; pero esta medida era muy impopular. Mientras tanto, el general Lee resolvió invadir los Estados Unidos del Norte. Atravesó el valle de Shenandoah, cruzó el Potomac y marchó sobre Chambersburgo. Al llegar á Gettysburgo, su vanguardia se encontró con la caballería de la Unión, entablándose de improviso una lucha general. Las tropas de la Unión estaban mandadas por el general Jorge Meade. La batalla empezó el 1.º de Julio y duró tres días. Tomaron parte ochenta mil hombres y las pérdidas se elevaron á más de veinte mil. Terminó con la derrota y retirada de Lee y puso fin para siempre á toda tentativa de invasión en los Estados del Norte.

Puede considerarse la batalla de Gettysburgo como la acción decisiva de la guerra. En los momentos en que era rechazada la última carga, el general Grant negociaba la rendición de la plaza de Vicksburgo, que desde hacía mucho tiempo era un obs-

táculo para la navegación del Misisipi. Era la más importante de las plazas fuertes del Sudoeste, situada en una altura y protegida por todas partes por baterías de artillería. Sucumbió después de un sitio de cuarenta y siete días y capituló el 4 de Julio.

Una brillante expedición de la caballería organizada por el coronel Grierson coincidió con este sitio. El coronel, seguido de unos mil jinetes, atravesó como un huracán el Estado del Misisipi, franqueando en quince días cuatrocientas millas de territorio, destruyendo los puentes é interceptando los convoyes de aprovisionamientos militares. El general confederado Morgan intentó también un ataque audaz, á través de Kentucky hasta el Indiana, con tres mil hombres de caballería, pero fué derrotado y hecho prisionero.

Port-Hudson, que el general Banks sitió durante varias semanas, tuvo que rendirse después de la capitulación de Vicksburgo, y de nuevo las aguas del Misisipi quedaron abiertas á los buques de la Unión. Con esto se había dado un gran paso adelante; pero á medida que pasaba tiempo, hacíase más difícil el reclutamiento de soldados para la guerra, y en varias localidades se manifestó una viva oposición contra el sorteo; en Nueva York, especialmente, hubo un gran motín dirigido en realidad contra la población de color y todos los que la protegían, aunque el sorteo fuera el pretexto. Este motín estalló el 13 de Julio y duró tres días por hallarse los milicianos ausentes en la defensa de Pensilvania y ser impotentes para mantener el orden los agentes de policía. Fueron incendiadas algunas casas, y entre ellas un orfanato; los negros fueron perseguidos y muertos en las calles.

En el transcurso del mismo año, el general Rosecrans, al frente de un considerable cuerpo de ejército

de la Unión, sufrió una terrible derrota en Chickamauga, en el Tennessee. Su ejército, situado en Chattanooga, estuvo á punto de perecer de hambre. Socorrióle al fin el general Grant, el cual, gracias á una serie de hábiles maniobras y tras un combate de tres días, logró desalojar al ejército confederado de las fuertes posiciones que ocupaba en las montañas circundantes. El primer movimiento de ataque se ejecutó con tanta regularidad y precisión, que los confederados, acampados en las alturas, creyeron que asistían á una parada, á una revista. El general Thomas tomó Orchard Knob, el general Hooker escaló las alturas de Lookut Mountain y se batió sobre las nubes, por decirlo así; el general Sherman atacó Missionary Ridge; en fin, todo el ejército, trepando por el flanco de la montaña bajo un fuego mortífero, arrojó al enemigo de sus trincheras, situadas á quinientos pies de elevación. Este prodigioso hecho de armas se realizó el 25 de Noviembre de 1863. En las dos batallas, más de veinte mil hombres cayeron por ambas partes; pero las tropas confederadas fueron expulsadas de Tennessee.

Mientras tanto, no se había avanzado nada en la región del Sur, aunque los monitores del almirante Dupont, apoyados desde tierra por las tropas del general Hunter, hubiesen atacado con buen éxito á Charlestown (Carolina del Sur).

Habíanse emprendido también varias expediciones á los ríos del Sur, del lado de acá de las líneas confederadas; pero no hubo nada de verdadera importancia, sin embargo, hasta la llegada del general Gillmore, que formó el plan de un sitio en regla dirigido principalmente desde Folly y las islas Morris contra Charlestown, con ayuda de cañones de muy

largo alcance. Hubo un rudo ataque, violentamente rechazado, en el fuerte Wagner, el 18 de Julio de 1863. En este combate, las tropas de color se batieron en primera línea, y su joven jefe, el bravo coronel Shaw, perdió la vida. Se tomó el fuerte en Septiembre, y el cerco de Charlestown se hizo más estrecho. En suma: la suerte se inclinó decididamente á favor de la Unión á fines de 1863.

«La paz—decía entonces el presidente Lincoln—no está tan lejana como podía suponerse no hace mucho. No solamente tengo la esperanza de que no ha de tardar, sino de que será duradera y digna de ser mantenida en los tiempos futuros.»

A principios de 1864 hubo algunos combates entre las vanguardias, valerosamente sostenidos por ambas partes, pero sin resultado. El general Kilpatrik llevó su caballería á tres millas de Richmond (Virginia). El general Seymour ocupó Jaksonville (Florida), que había sido tomada y abandonada dos veces; seguía avanzando cuando la sangrienta batalla de Olustee contuvo su marcha (20 de Febrero). El general Banks, que dirigía en el Sudoeste una expedición sobre el río Colorado, también fué rechazado y derrotado. Sus cañoneras estuvieron á punto de sumergirse en la caída del río, y no se libraron del peligro sino merced á la habilidad de un oficial voluntario, el coronel Bailey, que puso exclusas á través de la corriente y logró que las embarcaciones volvieran á bajar el río. Mientras que se realizaba la expedición del río Colorado, el general confederado Forrest hizo una correría por Tennessee y Kentucky, tomó el puerto de Pilon (12 Abril) y pasó á cuchillo á trescientos soldados de color que formaban una parte de la guarnición.

En este año, el general Grant fué nombrado co-

mandante en jefe de los ejércitos de la República, con el grado de teniente general (17 de Marzo). Concibió el plan de dos grandes movimientos estratégicos que habían de ejecutarse á la vez; el primero dirigido contra Richmond (Virginia) por el ejército del Potomac, que mandaba el general Meade, pero bajo la inspección inmediata del general Grant; el segundo se confió en exclusivo al general Sherman, que asumió la empresa de conducir un ejército al seno de los Estados rebeldes desde las montañas hasta el mar.

Al empezar su movimiento ofensivo en Virginia, el general Grant escribió al presidente Lincoln:

«Me propongo concluir con esta línea, aunque tenga que emplear todo el verano.»

En efecto; aunque se vió obligado á cambiar más de una vez de posición, perseveró en su empresa; en los meses de Mayo y Junio experimentó pérdidas terribles en las batallas de Wilderness, Pensilvania y Cold Harbor, en las que dejó setenta mil hombres. Puso sitio inútilmente á Richmond; en suma, á pesar de la ayuda que le prestó un brillante ataque del general Sheridan, toda la campaña de Grant en 1864 fué descorazonadora para los nordistas. El general confederado Carly, á la cabeza de veinte mil hombres, hizo una correría por Pensilvania en el mes de Julio é incendió la ciudad de Chambersburgo. Igualmente unos confederados procedentes del Canadá hicieron una incursión en la ciudad de San Albano, sorprendieron á los habitantes, robaron los bancos y se retiraron después. El general Early fué perseguido por Sheridan y derrotado en Cedar-Creek el 19 de Octubre. Este acontecimiento sirvió más adelante para asunto de una balada de Buchanan Read, titulada *Sheridan's Ride*, la Cabalgata de Sheridan. He

aquí lo ocurrido: Las tropas de Sheridan fueron atacadas durante una ausencia momentánea de su general por Early y rechazadas á una distancia de cuatro millas con pérdidas serias. Sheridan supo que se había entablado la batalla mientras que se encontraba en Winchester, á veinte millas del lugar del suceso. Acudió en seguida á rienda suelta, encontrando á sus tropas que huían; las rehizo y trocó la derrota en victoria. Se apoderó de cincuenta cañones y gran número de prisioneros.

Por mar, los corsarios confederados venían causando graves perjuicios á los barcos mercantes americanos. El *Shenandoah*, por ejemplo, había echado á pique á treinta y cuatro balleneros en los mares árticos, y el *Alabama* capturó sesenta y cinco barcos. Los buques mercantes americanos eran echados, por decirlo así, del Océano, ó bien obligados á acogerse al pabellón británico. Los corsarios confederados esquivaron, sin embargo, el encuentro con los buques de guerra del Norte, hasta que el *Alabama* fué atacado por el *Kearsarge*, mandado por Winslow, á la vista de la costa de Cherburgo (Francia) el 18 de Junio de 1864. Durante la acción, los dos buques navegaron á razón de siete millas por hora, girando en círculo el uno en torno del otro hasta ponerse al alcance de sus andanadas. A las siete vueltas no estaban ya más que á un cuarto de milla uno de otro, cuando el *Alabama* se fué á pique. El capitán Semmes y su tripulación fueron recogidos por un yate inglés.

El capitán Farragut realizó otra brillante acción en la bahía de Mobile el 5 de Agosto. Esta bahía era un refugio para los corredores de bloqueo; estaba defendida por dos fuertes, por unos torpedos puestos en la bocana y un navío blindado, colosal, de gran po-

tencia, el *Tennessee*. Farragut había de franquear aquellos obstáculos con barcos de madera. No llevaba sino muy pocos monitores, de los que no tardó uno en irse á pique con su tripulación por la explosión de un torpedo. Entonces tuvo la feliz idea de poner á sus barcos de madera serviolas de hierro, á fin de que pudiesen atacar al navío blindado. El peligroso *Tennessee* concluyó por quedar desarmado y se rindió al mismo tiempo que los fuertes.

Otro encuentro, que puede pasar por la acción más atrevida de toda esta guerra, fué el que terminó con la destrucción de un poderoso buque blindado, el *Abemarle*, en la noche del 27 de Octubre de 1864. Le volaron con un torpedo que lanzó un esquife mandado por el teniente Cushing, que se presentó voluntariamente para desempeñar tan peligrosa misión. Su esquife se hundió por el choque del torpedo. Solamente Cushing y un hombre de su tripulación lograron salvarse á nado, bajo el fuego del buque blindado.

Pero el gran acontecimiento del año 1864 fué la campaña del general Sherman en el Tennessee y su marcha sobre Savannah á través de Georgia. Su objeto era interceptar los aprovisionamientos de los confederados y romper sus comunicaciones por ferrocarril. La campaña empezó en los primeros días de Mayo. Sherman tenía que atravesar con su ejército una serie de regiones montañosas y de desfiladeros erizados de fortificaciones. Tomó la importante ciudad de Atlante (Georgia), y desde allí empezó su famosa marcha hacia el mar. La marcha se realizaba por un país fértil, en donde el ejército, compuesto de sesenta mil hombres, que avanzaban en dos columnas mandadas por los generales Howard y Slocum, podía proveerse ampliamente de cuanto necesitaba.

Tras una marcha de trescientas millas, llegó al mar y estableció comunicaciones, tanto con las tropas del general Foster, acampadas en Hilton-Head, como con la flota del almirante Dahlgren.

Los confederados abandonaron Savannah, que cayó en manos de los soldados de la Unión. Entonces fué cuando el general Sherman escribió al presidente Lincoln:

«Me permito ofrecerle, como regalo de Navidad, la ciudad de Savannah, con ciento cincuenta cañones, una cantidad considerable de municiones y veinticinco mil balas de algodón».

No tuvo más pérdidas en el camino que sesenta y tres hombres muertos y doscientos cuarenta y cinco heridos.

En Enero de 1865, el general Sherman continuó su marcha, de Savannah hacia el Norte. Escribió á este propósito: «La Navidad nos ha encontrado en Savannah. No hemos permanecido allí sino el tiempo necesario para llenar nuestros furgones, después de lo cual hemos emprendido otra marcha que, en cuanto á peligros, trabajos y resultados, puede sostener la comparación con cualquiera de las que nunca haya realizado un ejército regular. Los terrenos inundados de Savannah, las marismas de Combahee y Edisto, las montañas y las rocas de Santee, los barrancos de los ríos Pedee y Cape Fear, todo esto se ha franqueado en medio del invierno, á pesar de las lluvias y en frente de un ejército cada vez más numeroso; después de las batallas de Averysborough y Bentonsville, hemos salido al fin de las soledades para reunirnos con nuestros amigos en Goldsborough».

Sus amigos en cuestión eran las tropas mandadas por el general Schofield; Sherman las alcanzó el 23

de Marzo. Probó con esta última empresa que la Confederación del Sur no era ya, según su propia expresión, sino una «concha vacía», puesto que los soldados habían tenido que abandonar forzosamente el interior para defender las fronteras. La marcha triunfal de Sherman decidió el desenlace de la guerra. Ayudó también á la toma de Charlestown, cuyo sitio duraba desde hacía más de quinientos días. Los confederados abandonaron por fin la ciudad el 17 de Febrero, prendiendo fuego antes en diferentes barrios. Tras ésta hubo otras victorias, como la toma, por el general Ferry, del fuerte Fister, que defendía Wilmington (Carolina del Norte). Pero todas estas acciones no fueron sino los preludios del movimiento final de Grant contra Richmond.

El 29 de Marzo de 1865 empezó el movimiento del general Grant. Sus observaciones personales y el buen resultado de la última expedición de Sherman le habían convencido del estado de agotamiento de las tropas confederadas. Un esfuerzo más, y la guerra tocaba á su fin. Puso, pues, al intrépido Sheridan al frente de toda la caballería, con orden de acosar al enemigo desde el amanecer y atacar su retaguardia. El 1.º de Abril de 1865, Sheridan, apoyado por Warren y Humpheys, ganó la decisiva batalla de Five-Forks, tomando de flanco al ejército de Lee. Cinco mil prisioneros cayeron en su poder. A los diez días de esto, las tropas de la Unión entraban en Petersburgo y Richmond.

El general Lee, comprendiendo que no podía ya conservar sus posiciones de Petersburgo, mandó á Jefferson Davis el telegrama siguiente:

«Mis líneas están rotas por tres sitios. Es preciso evacuar Richmond esta noche».

Era un domingo: el telegrama lo recibió Davis en la iglesia, en medio del profundo silencio de la congregación. Salió á toda prisa, y corrió rápidamente el rumor de que la ciudad iba á ser evacuada. En efecto, á las pocas horas se vió parados ante las oficinas del Gobierno vehículos en los que se amontonaban cofres. Pronto se llenaron las calles de una multitud azorada que se precipitaba fuera de la ciudad, llevándose valores de toda especie.

Se ofreció hasta cien dólares oro por un vehículo de transporte; enviáronse considerables aprovisionamientos al ejército en retirada, y se distribuyó liberalmente todo lo que quedaba al pueblo blanco y negro, sin distinción de color. El ayuntamiento ordenó inutilizar todos los alcoholes que había en la ciudad á fin de evitar la embriaguez. Pero los soldados se llevaron, á pesar de la orden, gran cantidad de bebidas, lo que aumentó la confusión. Las autoridades militares mandaron prender fuego á cuatro grandes fábricas de tabaco. Se volaron los buques; se incendiaron los puentes; durante toda la noche la población ofreció el aspecto de una completa catástrofe. Al día siguiente, las tropas de color del ejército de la Unión, á las órdenes del general Weitzel, entraron en Richmond. Desde este momento, la Confederación del Sur no tuvo ya capital.

Lee hizo valerosos esfuerzos para efectuar una ordenada retirada; pero seguíale muy de cerca Sheridan, y el hambre y el cansancio obraron de tal manera sobre aquellas tropas, que, según dice un testigo ocular, cientos de desgraciados caían de inanición, y eran miles los que tiraban sus fusiles por no ser capaces de seguir llevándolos.

El 9 de Abril de 1865, en Appomattox Court-House,

Lee se rindió con su ejército al general Grant, mediante una capitulación honrosa para ambas partes. No tardaron en imitarle los otros generales confederados. Jefferson David fué prendido en Georgia disfrazado de mujer. Así terminó la gran rebelión. Había durado cuatro años y costado durante el último tres millones de dólares al día. Dejaba á los Estados Unidos una deuda de más de 2.700.000.000 de dólares. Había costado la vida á más de medio millón de seres humanos. Pero como compensación había abolido la esclavitud, resultado inmenso y fuera de toda previsión y había sentado como principio que los Estados Unidos debían ser considerados como una nación indivisible y no como una simple confederación de Estados independientes. Probó también, cosa que algunos dudaran hasta entonces, que la fuerza, el valor y el patriotismo del pueblo americano no habían cambiado desde la guerra de la Independencia. No hubo familia, tanto del Norte como del Sur, que no hubiera sufrido más ó menos durante aquella larga guerra, y en ambas partes la abnegación de las mujeres estuvo á la altura del valor de los hombres. En los Estados del Norte, sobre todo, las mujeres, empleadas en gran número en los trabajos de la *Comisión sanitaria*, prestaron servicios preciosos á la patria. Los sacrificios realizados durante la guerra civil no fueron menos admirables que los que señalaron la guerra de la Revolución, mientras que fueron en mayor escala los reclutamientos de tropas y los combates. Desde el comienzo de la guerra, el ejército confederado fué siempre inferior en número; pero tenía la indiscutible ventaja de la posición, puesto que es más fácil defender un país que conquistarle. Cada partido aprendió á respetar el valor y los recursos de su adversario y com-

prendió que desde el punto en que los americanos volvieran á estar unidos, ningún poder humano podría poner en peligro su libertad. Ciertamente, no era posible que los que combatieron por la bandera nacional pudiesen considerar como iguales suyos en honor á los que trataron de echarla abajo; pero sabían que aquellos hombres extraviados habían recibido desde la infancia una idea falsa, la idea de que debían obedecer á su Estado y no á los Estados Unidos; de suerte, que en cierto modo se creían leales al desgarrar las entrañas de su patria. Es de esperar que este engaño desapareció con la guerra; hay que recordarlo, sin embargo, á fin de hacer justicia á los que combatieron en las filas de los confederados. En cuanto á la obstinación de los secesionistas en mantener la esclavitud, no tiene seguramente excusa; consideremos, no obstante, que el mismo Gobierno de la Unión no decretó la emancipación de los esclavos hasta que le obligaron las exigencias del reclutamiento. Las crueldades de los confederados con sus prisioneros de guerra; ciertos actos, tales como la matanza de las tropas de color en el fuerte Pillow, no pueden ser paliados; pero fueron, después de todo, actos aislados y en corto número; la actitud general de los dos ejércitos fué la que convenia á enemigos valientes y generosos.

Nadie supo expresar los sentimientos que abrigan todas las personas de conciencia al final de la guerra civil con mayor sencillez y elocuencia que el presidente Lincoln en su segundo mensaje de inauguración, poco tiempo antes de la toma de Richmond. He aquí un extracto que dará una idea de este documento:

«Ninguno de los dos partidos pensaba que esta

guerra sería tan terrible y tan larga. Nadie preveía que la causa del conflicto pudiera cesar con ella, ó incluso antes de que el conflicto terminara.

»Los dos partidos tenían la misma biblia y rezaban al mismo Dios; cada cual pedía el apoyo del cielo contra el otro. Parece raro en verdad que los hombres se atrevan á pedir á un Dios justo su ayuda para arrancar el pan cotidiano al sudor de la frente del prójimo. Pero no juzguemos para no ser juzgados. No podían ser atendidas las oraciones de los dos partidos á la vez; añadamos que ninguno de los dos ha sido atendido por completo. El Todopoderoso tiene sus designios. «Desgraciado del mundo á causa de sus pecados, porque es preciso que el pecado exista; pero »desgraciado del hombre por el que viene el pecado». Si se admite que la institución de la esclavitud en América es uno de esos pecados cuya existencia ha permitido hasta este día la providencia de Dios, pero juzgando oportuno hoy hacerle desaparecer, si esta misma providencia ha suscitado para el Norte y el Sur una guerra terrible, como debido castigo á aquellos por quienes se produjo el pecado, sepamos reconocer la manifestación de estos atributos sublimes, en cuya presencia todos los adoradores del Dios vivo inclinan la cabeza. Esperemos y roguemos con fervor á fin de que desaparezca pronto de nosotros la calamidad de la guerra. Sin embargo, si la voluntad de Dios es que se prolongue hasta que las riquezas acumuladas durante doscientos cincuenta años de una labor sin retribución se aniquilen y hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo esté pagada con otra gota de sangre vertida por la espada, diremos todavía hoy lo que fué dicho hace tres mil años: «Los juicios del Señor son infalibles y justos».

»Sin odio contra nadie, con una caridad profunda hacia todos, confiados en el derecho y guiados por las luces que nos concede el Señor, esforcémonos en terminar la obra empezada, curar luego las heridas de la nación, acudir en ayuda de los huérfanos y las viudas de los que hayan sucumbido en el campo de batalla; hacer, en fin, todo lo que deba asegurar una paz justa y duradera entre nosotros y con todas las naciones.»

CAPÍTULO XXXII

Después de la guerra civil.

Fué grande el regocijo; hubo acciones de gracias cuando el telégrafo trajo la noticia de que Lee se había rendido, de que aquella guerra terrible estaba al fin terminada. Pero cinco días después (14 de Abril de 1865) los mismos hilos telegráficos esparcieron por todas partes otra noticia, que trocó la alegría en consternación. El presidente Lincoln acababa de ser asesinado por Wilkes Booth, mientras que asistía á una representación en el teatro de Washington. Otra tentativa de asesinato se perpetró contra Mr. Seward, secretario de Estado. No había duda, tratábase de una conspiración para suprimir á todos los miembros salientes del Gobierno. No parece, sin embargo, que la conspiración tuviese muy extensas ramificaciones, ni que se deba atribuir la responsabilidad á ninguno de los miembros del partido confederado. Pero en los primeros momentos nadie sabía si se trataba de una

conjuración más vasta y amenazadora; la inquietud y la indignación fueron grandísimas, sin hablar del dolor.

Durante los difíciles tiempos de su presidencia, Lincoln se había hecho querer de la nación. Ningún presidente, desde Washington, se encontró en semejante prueba, y ningún presidente, salvó Washington, conquistó en tan alto grado la confianza pública. Su sencillez, su honradez, su rectitud, la energía de su voluntad, la bondad de su corazón, la originalidad simpática de su carácter, no se desmintieron nunca, ni en las horas más sombrías de la guerra; por todo esto fué reelegido por muy grande mayoría. Todos comprendían instintivamente, cuando la paz estuvo asegurada, que aún se alzaban ante la nación grandes y difíciles problemas, pero se miraba á lo porvenir con confianza, con tal de que la República tuviese por primer magistrado á Abraham Lincoln.

Cuando se supo la noticia de su muerte, hubo, pues, un duelo general, hasta en los Estados antes insurrectos. La población de color, sobre todo, comprendió que había perdido más que un padre. Al paso lento y solemne, desde Washington hasta Springfield (Illinois), la antigua morada de Lincoln, todas las estaciones del ferrocarril estaban revestidas de negro y llenas de gentes de luto. Pero lo que demostró la fuerza de la República, fué que la inesperada muerte del jefe del Estado no produjo ni desórdenes ni nuevas revoluciones. El vicepresidente, Andrew Johnson, de Tennessee, reemplazó inmediatamente á Lincoln, y el mecanismo del Gobierno continuó funcionando sin interrupción alguna. Sin embargo, el nuevo presidente tenía complicados deberes que cumplir.

Es cierto que, en cambio, ciertas dificultades que parecieron al principio inextricables, se desenlazaron como por encanto. Habíase predicho, por ejemplo, que el ejército de voluntarios, que no contaba menos de un millón de hombres, no volvería fácilmente á la vida civil y conservaría hábitos guerreros peligrosos para la tranquilidad del país. Este temor carecía de fundamento. Soldados y oficiales dejaron sus armas con alegría para reanudar los trabajos pacíficos, á los que la guerra les había sustraído. Pero había que proveer á la amortización de una deuda enorme y proponer, con este fin, empréstitos é impuestos, y además había que reorganizar pacíficamente toda la región que fué rebelde, y las opiniones estaban muy divididas sobre los medios que se habían de emplear para ello. Los unos pensaban que los Estados secesionistas tenían el derecho de volver á la Unión con sus antiguas prerrogativas y sin nuevas condiciones; otros pretendían que habiéndose separado violentamente, habían perdido sus derechos como tales Estados, y, por consiguiente, el Gobierno debía tratarles á su antojo, como simples territorios; pero ninguno de estos dos sistemas prevaleció. Para empezar, el presidente dió una proclama concediendo la amnistía á la mayor parte de los antiguos rebeldes. El congreso estableció en seguida la *Oficina de los Emancipados*, destinada á proveer á las necesidades más apremiantes de las clases *leales* y sufrientes, blancas ó negras, en los Estados del Sur. Quedó formalmente abolida la esclavitud con una enmienda que se añadió á la Constitución de los Estados Unidos. Se aprobó otra enmienda con objeto de la admisión futura de las gentes de color al disfrute de los derechos de ciudadanía. En fin, unos «decretos de reconstrucción»

restablecieron á los secesionistas en su rango en la Unión, con la condición, sin embargo, de que anularan sus decretos de secesión, de que declararan nulas también todas las deudas contraídas combatiendo contra la Unión y de que adoptaran la enmienda constitucional que abolía la esclavitud. El nuevo presidente era muy opuesto á sancionar semejantes condiciones, porque opinaba que los Estados secesionistas tenían el derecho de volver, más ó menos pronto, á la Unión, sin violencia. Puso, pues, su veto á varias de estas medidas, que se aprobaron, no obstante, de donde se originó una hostilidad creciente entre el presidente y el congreso. Se llegó hasta encausarle, á fin de provocar su retirada del poder.

Por la primera vez desde la fundación del Gobierno americano fué llevado un presidente de los Estados Unidos ante el senado, transformado en alto tribunal de justicia, con el primer magistrado del Tribunal supremo como presidente.

En los procesos políticos de esta naturaleza se necesita, para un fallo condenatorio, el voto de las dos terceras partes, por lo menos, del Senado. A falta de un voto no fue desposeído Johnson; pero no había de obtener la reelección.

Bajo su gobierno y de Lincoln habían ocurrido acontecimientos más graves que todos los anteriormente registrados por la historia desde la creación de la República de los Estados Unidos. Una guerra civil formidable había tenido por desenlace la abolición de la esclavitud, abolición sancionada primeramente por una proclama presidencial y luego por una enmienda á la Constitución. Ciertamente, el más perspicaz de los filántropos no se hubiera atrevido á esperar que viviría para asistir á tal resulta-

do. Además, fueron anexionados tres Estados á la Unión: primero, la Virginia occidental, arrancada de la «antigua posesión» y admitida como Estado separado en 1863, á petición de los habitantes que permanecieron leales y fieles durante la guerra; segundo, Nevada (1864), formado del territorio cedido por Méjico, y así llamado por Sierra-Nevada; tercero, Nebraska (1867), desprendido de la adquisición luisiana, y cuyo nombre procede de una palabra india que quiere decir río poco profundo. Además, la gran región llamada de Alaska fué comprada al Gobierno ruso en 1867 por la suma de 7.200.000 dólares; aunque esta comarca pareciese no poder ser habitada sino por un pueblo de esquimales, se la consideraba, no obstante, como de gran valor á causa de sus pieles. Su superficie, de cosa de medio millón de millas cuadradas, añadida á la superficie total de los Estados Unidos, hizo que subiera ésta á un poco más de tres millones y medio de millas cuadradas, en vez de 820.680 millas que tenía al principio.

Los trece Estados originarios no tenían más que tres millones de habitantes; en 1870 había treinta y siete Estados, más doce territorios, con una población de treinta y ocho millones de almas, por lo menos.

El presidente elegido después de Johnson fué Ulyses Grant (de Illinois), quien por sus señalados servicios en la guerra de secesión se había granjeado la gratitud de todos. Llegó al poder en 1869 y fué reelegido en 1873. Los acontecimientos realizados bajo su administración están demasiado recientes para que se puedan apreciar de una manera equitativa y completa. Habría, sin embargo, que registrar muchas cosas notables. Todos los Estados secesionistas vol-

vieron por fin á la Unión. La enorme deuda contraída durante la guerra se aminoró en mucho, quedando pagada más de una quinta parte (seiscientos millones de dólares). El 30 de Marzo de 1870, después de propuesta por el congreso y ratificada por las tres cuartas partes del senado, se aprobó una enmienda á la Constitución declarando que el derecho de sufragio no se podrá negar á ningún ciudadano de los Estados Unidos, cualquiera que sea su raza, su color ó su condición social anterior. El 8 de Mayo de 1871 se firmó un tratado con la Gran Bretaña respecto á la celebración de un congreso internacional en Ginebra para resolver todas las reclamaciones de los Estados Unidos sobre los daños causados por los corsarios confederados que se refugiaron y aprovisionaron en los puertos ingleses. El congreso decidió que la Gran Bretaña pagase quince millones y medio de dólares oro, lo que hizo en 1873. Fué un resultado satisfactorio para los que esperan que las guerras concluirán por cesar poco á poco, y que las diferencias entre naciones, como las de los individuos, se resolverán un día por tribunales reunidos al efecto. Hasta entonces no había habido nunca en el mundo un ejemplo tan saliente de arbitraje pacífico.

Varios años han transcurrido desde el final de la guerra de secesión; en este lapso de tiempo, los principales hombres de Estado que dirigieron la guerra han desaparecido. El presidente Lincoln, William Sward, su secretario de Estado; Edwin Stanlon, ministro de la Guerra; Salmon Chase, ministro de Hacienda, y más adelante presidente del Tribunal Supremo, y Carlos Sumner, tan influyente en el senado de los Estados Unidos, todos estos hombres han muerto. Las cuestiones que antaño motivaron la gue-

rra, se hallan en su mayor parte resueltas, y empiezan á producirse nuevas consecuencias sobre las que se fundarán los partidos políticos del porvenir. Quedan aún por resolver puntos importantes ó que como tales son juzgados: la reforma monetaria, la de la administración civil, la del impuesto, el sufragio de las mujeres, el derecho al trabajo, los reglamentos relativos á la templanza, á la educación pública y á la religión. Es imposible predecir ahora qué forma tomarán estas cuestiones en lo futuro, en qué puesto se colocarán y los progresos duraderos que ocasionen. Podemos ya, no obstante, prever muchas cosas: podemos anunciar con certeza que la riqueza irá siempre en aumento, y que la inmensa actividad, la energía extraordinaria que caracterizan al pueblo americano, no se detendrán tan pronto. Muchas cosas se han realizado ya desde el punto de vista material; quedan por hacer otras. Cinco años solamente han transcurrido desde la apertura del ferrocarril del Pacífico; ocho años desde la feliz inauguración del cable trasatlántico, y es probable que dispongamos un día de medios de comunicación más maravillosos.

Los adelantos más salientes de los Estados Unidos han tenido hasta aquí por objeto el perfeccionamiento de las artes mecánicas; la literatura, las ciencias, las artes americanas no han merecido todavía la admiración del mundo en el mismo grado que las máquinas de coser y los instrumentos de labranza. Sin embargo, las poesías de Bryant, de Wittier y de Longfellow, la prosa de Irving, de Hanthorne y de Emerson, los descubrimientos científicos de Franklin, de Morse y de Morton, las pinturas de Copley, de Allston y de Page, las esculturas de Powers, de Story

y de Harriet Hasmer, gozan de legítima fama (1). La instrucción primaria está muy esparcida en América; la educación es de un orden elevado y progresa de día en día. No hay, pues, razón alguna para que los Estados Unidos no lleguen á ser tan grandes en las diferentes ramas de las artes liberales como en las artes puramente mecánicas y en el movimiento de los negocios.

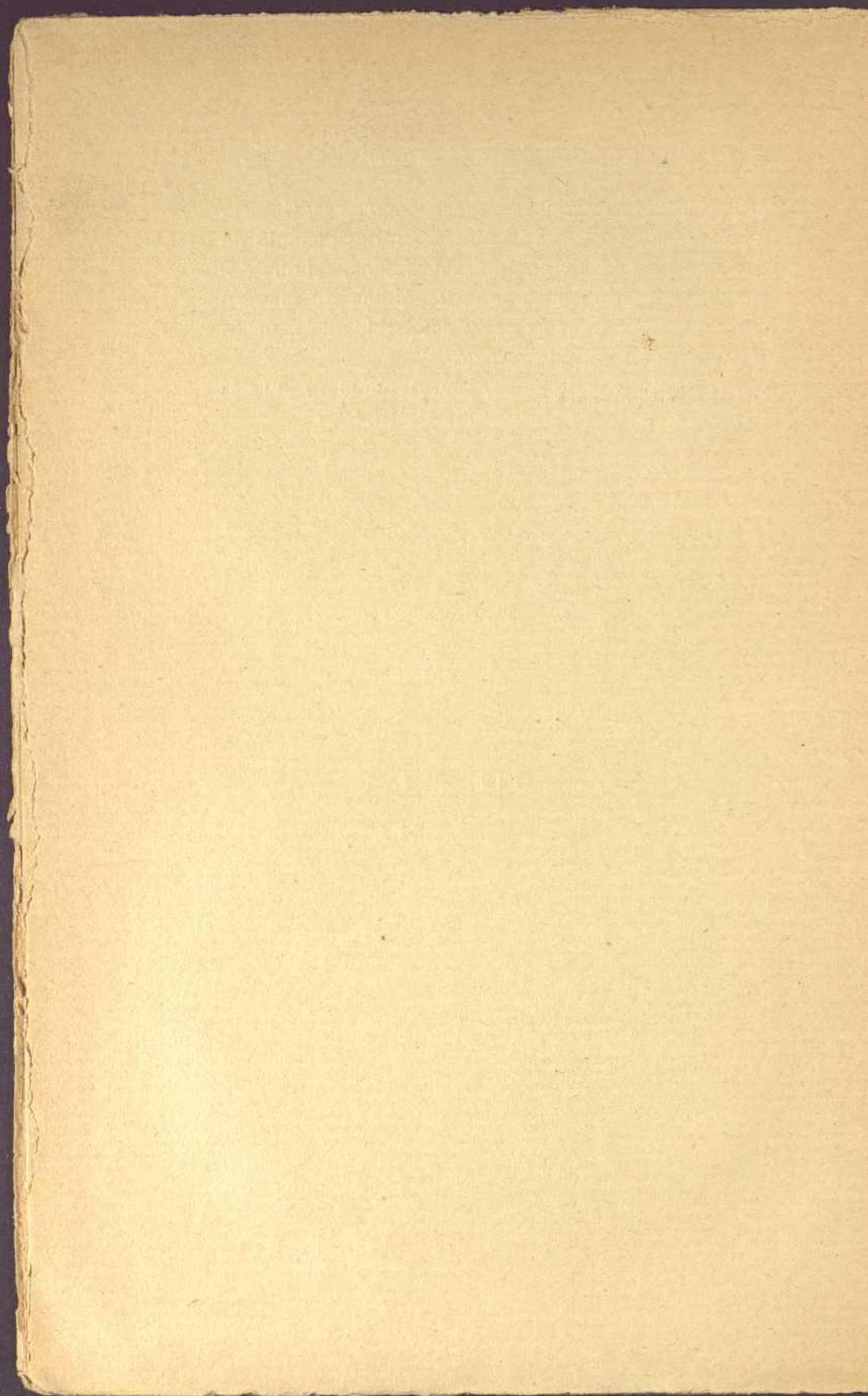
Podemos también anunciar con toda seguridad algo más: las costumbres y las opiniones cambian en cada generación, pero los grandes principios del derecho y de la virtud son inmutables. Ahora bien, los fundadores de las colonias de América han dejado á sus descendientes muchos ejemplos de desinterés y de patriotismo; que los que estén llamados á poner en práctica las instituciones creadas por aquellos hombres sepan que no podrán triunfar sino á condición de tener, como los mismos, un móvil elevado y la religión del deber. La misión de América ha sido, en primer término, probar al mundo que el Gobierno republicano era practicable, aun en vasta escala. En este punto el resultado ha superado á las esperanzas, á pesar de las dificultades que surgieron de la esclavitud, y también de la llegada anual de aquellos miles de emigrantes completamente extraños á las instituciones republicanas. De otra parte, la guerra de secesión ha demostrado que el pueblo americano, si permanece unido, es lo bastante fuerte para defenderse contra toda agresión que venga del exterior. Lo esencial en estos momentos para los americanos es mantenerse en guardia, tanto contra los peligros in-

(1) Fáciles son de recordar varios nombres ilustres que faltan en esta lista de la intelectualidad norteamericana.—(N. DEL T.)

teriores como contra los de fuera, depurar su Gobierno, hacer que progrese la educación, dar ejemplo de una vida sin tacha y de nobles designios, en una palabra, llevar los asuntos de la República de manera que se justifiquen las palabras del presidente Lincoln en su mensaje de Gettysburgo:

«El Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no perecerá jamás en la tierra.»

FIN



APÉNDICE

Lista de presidentes.

- 1789-1793 Jorge Washington.
1793-1797 Reelegido.
1797-1801 John Adams.
1801-1805 Tomás Jefferson.
1805-1809 Reelegido.
1809-1813 James Madison.
1813-1817 Reelegido.
1817-1821 James Monroe.
1821-1825 Reelegido.
1825-1829 John Quincy Adams.
1829-1833 Andrés Jackson.
1833-1837 Reelegido.
1837-1841 Martín Van Buren.
1841-1845 William Henry Harrison (muerto
en 1841). John Tyler.
1845-1849 James Knox Polk.
1849-1853 Zacarías Taylor (muerto en 1850).
Millard Fillmore.
1853-1857 Franklin Pierce.
1857-1861 James Buchanan.
1861-1865 Abraham Lincoln.
1865-1869 Reelegido (muerto en 1865).
Andrés Johnson.
1869-1873 Ulises S. Grant.
1873-1877 Reelegido.
1877-1881 Rutherford Birchard Hayes.

- 1881-1885 James Abran Garfield (muerto en
1881). Chester A. Arthur.
1885-1889 (Stephen) Grover Cleveland.
1889-1893 Benjamín Harrison.
1893-1897 Grover Cleveland.
1897-1901 Guillermo Mackinley.
1901 Mackinley.
1901-1909 Teodoro Roosevelt.
1909 William H. Taft.
- 5
-

NOTICIA

sobre la Constitución de los Estados Unidos.

La Constitución de los Estados Unidos data, como es sabido, de 1776; desde esta época no ha sufrido ninguna alteración, y ha recibido el artículo adicional concerniente á la abolición de la esclavitud, consecuencia natural de la terrible guerra de secesión y de la presidencia de Lincoln.

La organización política de los Estados Unidos es una federación de Estados ligados entre sí por un poder central, cuya acción se hace sentir en general todo lo menos posible. Lo que los americanos piden á su Gobierno es la mayor suma posible de libertades y el mercado barato.

En los Estados Unidos, la soberanía se comparte entre la Unión y los diversos Estados que la componen; en otros términos, cada Estado se gobierna y se administra separadamente, al mismo tiempo que el Gobierno federal ejerce los poderes generales concernientes á la guerra, la paz, la diplomacia, la hacienda, los impuestos y el comercio, tanto interior como exterior.

Todo Gobierno, cualquiera que sea, se ejerce por

medio de dos poderes: el *poder legislativo*, que hace las leyes, y el *poder ejecutivo*, que las hace ejecutar. Su confusión conduce al despotismo; así, en los países verdaderamente libres, están cuidadosamente separados.

La Constitución federal de los Estados Unidos, no solamente distingue claramente estos dos poderes, sino que admite un tercero: el *poder judicial*.

I

PODER LEGISLATIVO

El *poder legislativo* lo ejerce un congreso, compuesto de un *senado* y una *Cámara de representantes*.

El congreso no puede hacer ninguna ley restrictiva de la libertad de cultos, de la libertad de prensa, del derecho de reunión, del derecho de petición, del uso de armas, de la libertad domiciliaria é individual. Todas estas libertades, que se podrían llamar las *libertades necesarias*, están fuera de toda discusión.

La Cámara de representantes es bienal, es decir, que los representantes son elegidos cada dos años por el pueblo de los diversos Estados; para ser elegible se necesita haber cumplido los veinticinco años y llevar siete, por lo menos, de ser ciudadano de los Estados Unidos.

Hay un diputado por cada ciento veintisiete mil trescientos ochenta y un habitantes.

La Cámara de representantes ejerce el poder de procesar por delito político y el de votar leyes referentes á los impuestos.

Cada Estado nombra solamente dos senadores, y

todos los miembros que componen este senado son reelegidos por tercera parte cada dos años.

Para ser senador se requiere haber cumplido treinta años y llevar nueve, por lo menos, de ser ciudadano de los Estados Unidos.

El vicepresidente de la República es por derecho propio presidente del senado.

El senado tiene el derecho de juzgar las acusaciones formuladas por la Cámara de representantes.

Los senadores y representantes perciben una indemnización.

II

PODER EJECUTIVO

El *poder ejecutivo* pertenece al presidente de la República. Es nombrado por cuatro años, así como el vicepresidente.

La elección del presidente y del vicepresidente se hace por un número restringido de electores nombrados por el pueblo de los Estados; las listas se dirigen al congreso, que cuenta los votos; el que más sufragios obtenga es proclamado presidente. En caso de muerte, dimisión ó inhabilitación, la presidencia corresponde de derecho al vicepresidente hasta la expiración del término. El presidente y el vicepresidente perciben una indemnización.

Al entrar en funciones, el presidente está obligado á prestar el juramento siguiente:

«Juro solemnemente que desempeñaré fielmente el puesto de presidente de la República de los Estados

Unidos y que emplearé todo mi celo en conservar, proteger y defender la Constitución.»

El presidente nombra los funcionarios civiles y militares, sanciona y promulga las leyes (bills) votadas por las dos Cámaras.

Está investido del VETO SUSPENSIVO, es decir, del derecho de oponerse á una ley que le parezca mala; dirige en épocas determinadas un mensaje al congreso sobre la situación interior y exterior.

III

PODER JUDICIAL

El *poder judicial* está confiado á un *Tribunal Supremo* y á otros tribunales inferiores. El Tribunal Supremo, además de sus atribuciones puramente judiciales, está investido de atribuciones políticas, que consisten en hacer respetar la Constitución, en mantener las leyes del congreso contra las leyes particulares de los Estados, en sancionar los tratados, en mantener la buena armonía entre los diversos Estados, en intervenir en los pleitos entre extranjeros y nacionales.

El poder judicial entiende además en todos los actos relativos á la jurisdicción marítima.

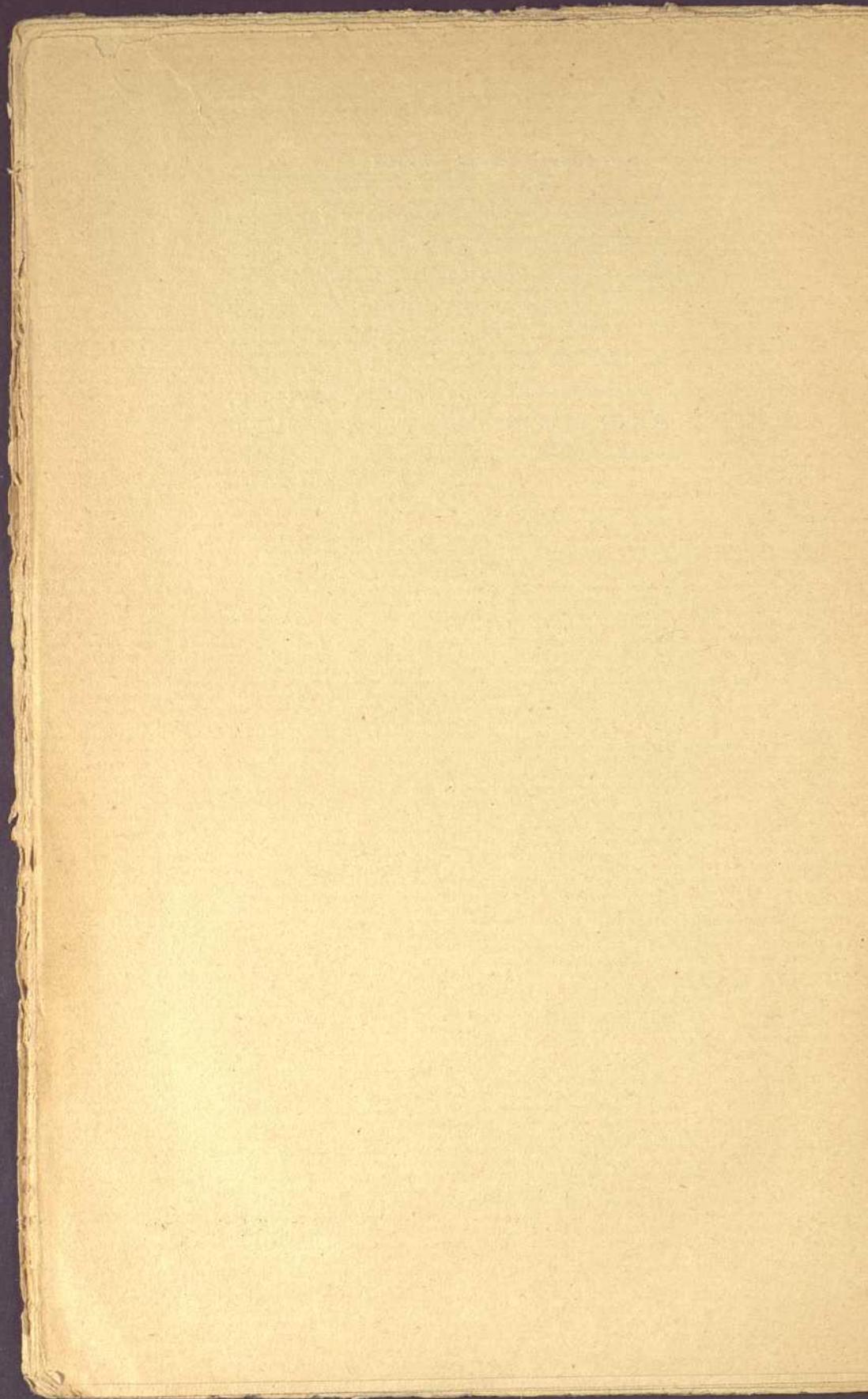
Para ser elector en los Estados Unidos es preciso haber cumplido los veintiún años y llevar tres meses, por lo menos, de residencia en el distrito.

No existe el sufragio universal; más aún, las condiciones para ser elector varían según los Estados. Para no citar sino algunos ejemplos, hay que poseer

una fortuna de cincuenta libras esterlinas (unas mil doscientas cincuenta pesetas) en Nueva Jersey; cincuenta acres de terreno en las dos Carolinas y en Maryland, mientras que en Pensilvania y Virginia basta con pagar cualquier impuesto, y en el Maine con no estar inscripto en la lista de indigentes. En otros Estados, en fin, tales como Indiana, Kentucky, Vermont, Missouri y Luisiana, la ley no exige ninguna condición económica.



FIN DEL APÉNDICE



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Advertencia del Autor.....	1
CAPÍTULO PRIMERO.—Habitantes primitivos.....	3
CAP. II.—Los "mound-builders," ó constructores de diques.....	6
CAP. III.—Los indios de América.....	11
CAP. IV.—Llegada de los hombres del Norte ó normandos.....	20
CAP. V.—Llegada de Cristóbal Colón.....	25
CAP. VI.—Los sucesores de Cristóbal Colón.....	31
CAP. VII.—Cómo fué explorada y colonizada América.....	36
CAP. VIII.—Las colonias de Massachussets.....	43
CAP. IX.—Las otras colonias de la Nueva Inglaterra.....	52
CAP. X.—Período colonial de la Nueva Inglaterra..	61
CAP. XI.—Nueva York y Nueva Jersey bajo la antigua dominación holandesa.....	73
CAP. XII.—La "Sociedad de los Amigos," en Pensilvania y los suecos en Delaware.....	85
CAP. XIII.—Virginia y Maryland.....	93
CAP. XIV.—Las colonias del Sur.....	105
CAP. XV.—Guerras contra los indios.....	112
CAP. XVI.—Guerras franco-indias.....	122
CAP. XVII.—Principios de la Revolución.....	138
CAP. XVIII.—Concord, Lexington y Bunker-Hid..	154
CAP. XIX.—Washington toma el mando.....	163
CAP. XX.—Declaración de la Independencia.....	167
CAP. XXI.—Continuación y fin de la guerra.....	174
CAP. XXII.—Después de la guerra.....	184
CAP. XXIII.—Washington y Adams.....	188

	<u>Páginas.</u>
CAP. XXIV.—Administración de Jefferson.....	202
CAP. XXV.—Madison y Monroe.— La guerra de 1812 y la era del buen sentimiento	212
CAP. XXVI.—Adams y Jackson.— Progresos inte- riores.—La anulación y el movimiento antiescla- vista.....	221
CAP. XXVII.—Van Buren, Harrison, Tyler.....	228
CAP. XXVIII.—Polk y la guerra de Méjico.....	234
CAP. XXIX.—Primeros síntomas de la guerra civil. Taylor.—Fillmore y Pierce	240
CAP. XXX.—Principio de la guerra civil.— Bucha- nan.....	245
CAP. XXXI.—La guerra civil.—Lincoln.....	251
CAP. XXXII.—Después de la guerra civil.....	275
APÉNDICE.—Lista de presidentes.....	285
Noticia sobre la Constitución de los Estados Unidos.	287

LIBROS PUBLICADOS
POR
LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración

López Hoyos, 6. — MADRID

<i>Núm. del Cat.º</i>	<i>Pésetas</i>	<i>Núm. del Cat.º</i>	<i>Pésetas</i>
175		62	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.....	15	— Balzac.— Papá Goriot..	3
176		76	
— La Reforma integral de la legislación civil.....	4	— Ursula Mirouet.....	3
177		2	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3	Barbey d'Aureville. — El Cabecilla ..	3
315		12	
Amiel. — Diario íntimo....	9	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
327-328		131	
Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols..	16	— La Hechizada.....	3
178		120	
Anónimo. — ¿Académicas?..	1	— Las Diabólicas.....	3
179		124	
— Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.....	1	— Una historia sin nombre.....	3
183		110	
Araujo. — Goya.....	3	— Venganza de una mujer.	3
180		495	
Arenal. — El Delito colectivo	1,50	Barthelemy-Saint-Hilaire. — Buda y su religión..	7
182		130	
— El Derecho de gracia... 3		Baudelaire. — Los paraísos artificiales... ..	3
181		163	
— El Visitador del preso... 3		Becerro de Bengoa. — Trueba.....	1
323		174	
Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres prediales.	7	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos).....	1
114		353	
Arnold. — La crítica en la actualidad.....	3	Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio).	10
172		311	
Asensio. — Fernán Caballero.....	1	Boissier. — Cicerón y sus amigos.....	8
39		380	
— Martín Alonso Pinzón... 3		— La Oposición bajo los Césares	7
184		169	
Asser. — Derecho Internacional privado.....	6	Bourget. — Hipólito Taine.	0,50
368		395	
Bagehot. — La Constitución inglesa.....	7	Bréal. — Ensayo de Semántica (Ciencia de las significaciones)	5
391		447	
— Leyes científicas del desarrollo de las naciones, en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia.....	4	Bredif. — La Elocuencia política en Grecia	7
416		399	
Baldwin. — Elementos de Psicología	8	Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2
111		484	
Balzac. — César Birotteau.. 3		Brook Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos... 7	
54		367	
— Eugenia Grandet..... 3		Bunge. — La Educación... 12	
112		185-186	
— La Quiebra de César Birotteau..... 3		Burgess. — Ciencia po-	

Núm. del Cat. ^o	Pesetas	Núm. del Cat. ^o	Pesetas
		166	Dorado.—Concepción Are- nal..... 1
187	Buylla.—Economía..... 12	33	Dostoyusky.—La novela del presidio..... 3
36-37	Campe.—Historia de América (<i>dos tomos</i>)..... 6	301	Dowden.—Historia de la literatura francesa..... 9
156	Campoamor.—Cánovas... 1	402	Dumas.—Actea..... 2
79	— Doloras, cantares y hu- moradas..... 3	326	Emerson.—La ley de la vida 332 — Hombres simbólicos... 4
69	— Ternezas y flores..... 3	413	— Ensayo sobre la natura- leza, seguido de varios discursos..... 3,50
317, 354, 371	Cariyle.—La Re- volución francesa (<i>3 tms.</i>) 24	442	— Inglaterra y el carácter inglés..... 4
393	— Pasado y presente..... 7	459	— Los veinte ensayos..... 7
189	Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte... 3	340	Eltzbacher.—El anarquis- mo, según sus más ilustres representantes..... 7
102	Caro.—Costumbres litera- rias..... 3	342	Ellis Stevens.—La Consti- tución de los Estados Uni- dos, estudiada en sus rela- ciones con la Historia de Inglaterra y sus colonias. 4
140	— El Derecho y la fuerza.. 3	162	Fernán Flor.—Tamayo... 1
58	— El pesimismo en el si- glo XIX..... 3	158	— Zorrilla..... 1
65	— El suicidio y la civiliza- ción..... 3	155	Fernández Guerra.—Hart- zenbusch..... 1
127	— Littré y el Positivismo.. 3	92	Ferrán.—Obras completas. 3
363	— La filosofía de Goethe.. 6	329	Fichte.—Discursos á la na- ción alemana. Regenera- ción y educación de la Alemania moderna..... 5
293	Castro.—El libro de los ga- licismos..... 3	352	Finot.—Filosofía de la lon- gevidad..... 5
361	Champcommunale.—La su- cesión abintestato en Dere- cho Internacional privado 10	357	Fitzmaurice-Kelly.—His- toria de la Literatura es- pañola..... 10
190-191	Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>)..... 15	24	Flaubert.—Un corazón sen- cillo..... 3
64	Coppée.—Un idilio..... 3	390	Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania... 7
40	Cherbuliez.—Amores frá- giles..... 3	196-197	Fouillee.—Historia de la filosofía (<i>dos tomos</i>)... 12
26	— La tema de Juan Tozudo 3	195	— La ciencia social contem- poránea..... 8
93	— Meta Holdeins..... 3	194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, In- glaterra y Francia..... 7
18	— Mis Rovet..... 3	451-452	— Historia de la filoso- fía de Platón (<i>dos tomos</i>). 12
91	— Paula Meré..... 3	333	Fournier.—El ingenio en la historia. Investigacio- nes y curiosidades acerca de las frases históricas... 3
394	Colombey.—Historia anec- dótica del Duelo, en todas las épocas y en todos los paises..... 6	198-199	Framarino dei Mala- testa.—Lógica de las prue-
437	Comte.—Principios de Filo- sofía positiva..... 2		
401	Couperus.—Su Majestad.. 3		
297-298	Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>)..... 15		
59	Daudet.—Cartas de mi mo- lino..... 3		
125	— Cuentos y fantasías.... 3		
93	— El sitio de Paris..... 3		
13-14	— Jack (<i>dos tomos</i>)..... 6		
22	— La Evangelista..... 3		
46	— Novelas del lunes..... 3		
425	Dollinger.—El Pontificado. 6		

Núm. del Cat. ^o	Páginas	Núm. del Cat. ^o	Páginas
	bas en materia criminal (dos tomos).....		15
302-303	Gabba. — <i>Questiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos)</i>	209	Gross. — <i>Manual del juez</i> ..
	15	210	Gumpłowicz. — <i>Derecho político filosófico</i>
307	Garnet. — <i>Historia de la Literatura italiana</i>		10
	9	211	— <i>Lucha de razas</i>
201	Garofalo. — <i>Indemnización á las víctimas del delito</i> ..	330	— <i>Compendio de Sociología</i> ..
	4	212	Guyau. — <i>La educación y la Herencia</i>
200	— <i>La criminología. Estudio sobre el delito y la teoría de la represión</i>		8
	10	331	— <i>La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución</i>
202	— <i>La superstición socialista</i>		12
	5	471	Hailman. — <i>Historia de la Pedagogía</i>
98	Gautier. — <i>Bajo las bombas prusianas</i>		2
	3	290	Hamilton. — <i>Lógica parlamentaria</i>
167	— <i>Enrique Heine</i>		2
132	— <i>Madama de Girardin y Balzac</i>	213	Hausonville. — <i>La juventud de Lord Byron</i>
	3		5
121	— <i>Nerval y Baudelaire</i>	324	Heiberg. — <i>Novelas danesas y escandinavas</i>
	3		3
70	Gay. — <i>Los salones célebres</i> ..	41	Heine. — <i>Memorias</i>
	3		3
345	George. — <i>Protección y librecambio</i>	314	— <i>Alemania</i>
	9		6
421	— <i>Problemas sociales</i>	396	Höfding. — <i>Psicología experimental</i>
	5		9
261	Giddings. — <i>Principios de Sociología</i>	426	Hume. — <i>Historia de la España contemporánea</i> ...
	10		8
414	— <i>Sociología inductiva</i>	412	— <i>Historia del pueblo español, su origen, desarrollo é influencia</i>
	6		9
485	Girard. — <i>La elocuencia ática</i>	214	Hunter. — <i>Sumario del Derecho romano</i>
	4		4
286	Giuriati. — <i>Los errores judiciales</i>	316	Huxley. — <i>La educación y las ciencias naturales</i>
	7		6
164	Gladstone. — <i>Lord Macaulay</i>		3
	1	53	Ibsen. — <i>Casa de muñeca</i>
287	Goethe. — <i>Memorias</i>		5
	5		3
406	Gonblanc. — <i>Historia general de la Literatura</i>	423	Jitta. — <i>Método del Derecho internacional</i>
	6		9
21	Goncourt. — <i>Germinia Lacerteux</i>	217	Kells Ingram. — <i>Historia de la Economía política</i> ..
	3		7
204	— <i>Historia de María Antonieta</i>	219	Koch y otros. — <i>Estudios de higiene general</i>
	7		3
44	— <i>La Elisa</i>	295 bis.	Korolenko. — <i>El desertor de Sajalin</i>
	3		2,50
61	— <i>La Faustina</i>	322	— <i>Campos, fábricas y talleres</i>
	3		6
129	— <i>La señora Gervaisais</i>	299	Krüger. — <i>Historia, fuentes y literatura del Derecho romano</i>
	3		7
318	— <i>Las favoritas de Luis XV</i>	221	Laveleye. — <i>Economía política</i>
	6		7
6	— <i>Querida</i>	369	— <i>El socialismo contemporáneo</i>
	3		8
11	— <i>Renata Mauperin</i>	220	Lange. — <i>Luis Vives</i>
	3		2,50
358	— <i>La Du-Barry</i>	454	Larcher y Jullien. — <i>Opinión del pueblo inglés (cuatro tomos)</i>
	4		25
206	González. — <i>Derecho usual</i> ..		12
	5		8
282-283	Goodnow. — <i>Derecho administrativo comparado (dos tomos)</i>		10
	14		9
207	Goschen. — <i>Teoría sobre los cambios extranjeros</i> ..		8
	7		8
208	Grave. — <i>La sociedad futura</i>		8
	8		8
469, 470, 461, 462	Green. — <i>Historia del pueblo inglés (cuatro tomos)</i>		25

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
niones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
319 Lemcke.—Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo.....	8
288 Lemonnier.—La carnicería (Sedán).....	3
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8
474 Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización.....	7
431 Lewis-Patte.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8
222 Lombroso.—La escuela criminológica-positivista. . .	7
385-386 — Medicina legal (<i>dos tomos</i>).....	15
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social....	9
223 Lubbock.—El empleo de la vida.	3
99 — La Vida dichosa.....	3
438 Macaulay.—Estudios jurídicos.....	6
294 — La educación.....	7
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	14
460 Mac-Donald.—El criminal tipo en algunas formas graves de la criminalidad	3
224 Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico.....	5
225, 226, 227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)...	22
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La paz y la guerra. La Conferencia de Bruselas. Derechos y deberes de los beligerantes. La Conferencia de La Haya.....	8
410 Martin.—La moral en China.....	4
481 Mattiolo.—Derecho procesal civil.....	10
173 Maupassant.—Emilio Zola	1
375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	8
366 — Historia de las Religiones.....	8
455 — La Mitología comparada.	

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
Los cuentos y tradiciones populares. Los usos y costumbres.....	7
341 Max-Stirner.—El Único y su propiedad	9
160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa.....	1
152 — Núñez de Arce.....	1
284 Meneval.—María Estuardo	6
383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388 — Psicología (<i>2 tomos</i>).	12
392 — Ontología.....	10
427 — Criteriología general ó tratado de la certeza.....	9
418 Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses.....	2
118 Merimee.—Colomba.....	3
133 — Mis perlas.....	3
450 Merkel.—Derecho penal..	10
230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>)..	15
296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
440-373 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
398 Mouton.—El deber de castigar.....	4
170 Molins.—Bretón de los Herreros.....	1
492 Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega.	10
312 Nansen.—Hacia el Polo...	6
472 Nardi-Greco.—Sociología jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.....	6
303 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.....	5
336 — La Genealogía de la moral.....	3.
350 — Humano, demasiado humano (libro dedicado á los espíritus libres).....	6
370 — Aurora. Meditaciones sobre las preocupaciones morales.....	7
405 — Últimos opúsculos.....	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su sombra..	6

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
490 Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos..	4
497 Nourrisson.—Maquiavelo.	3
355 Novicew.—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca. Crítica del pesimismo contemporáneo...	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
473 Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.....	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón...	1
171 — Campoamor.....	1
151 — El P. Luis Coloma... ..	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—El Derecho público de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433 Prevost Paradol.—La Historia Universal (<i>tres tomos</i>).....	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo	5
235 Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos...	6
56-57 — Memorias íntimas (<i>dos tomos</i>).....	6
422 Ribbing.—La higiene sexual y sus consecuencias morales...	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas, con notas y apéndices relativos á la Legislación y Jurisprudencia españolas (<i>dos tomos</i>)....	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499 — Derecho civil (<i>diez y nueve tomos</i>).....	134
385 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas jurídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York..	4
453 Rozan.—Locuciones, proverbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lámparas de la arquitectura..	7
446-439 — Obras escogidas (<i>dos tomos</i>).....	13

Núm. del Cat. ^o	Pesetas
122 Sainte-Beuve.—Retratos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio..	5
49 — Tres mujeres.....	3
331 Sansonetti.—Derecho constitucional....	9
84 Sardou.—La Perla Negra..	3
240 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación.....	3
242, 344, 372 Schopenhauer.—El mundo como voluntad y como representación (<i>tres tomos</i>).....	30
241 — Fundamento de la moral.	5
465 — Ensayos sobre Religión: Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
401 Sienkiewicz.-Orso. En vano	2
430 Sieroszewski.-Yang-Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14
378 Sombart.—El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX.....	3
256 Spencer.—De las leyes en general.....	8
253 — El organismo social....	7
254 — El progreso.....	7
257 — Ética de las prisiones...	8
255 — Exceso de legislación...	7
248 — La beneficencia.....	6
246 — La justicia.....	7
247 — La moral.....	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas.....	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252 — Las instituciones políticas (<i>dos tomos</i>).....	12
253-259 — Los datos de la Sociología (<i>dos tomos</i>).....	12
250 — Las instituciones sociales	7
353 — Las instituciones profesionales.....	4
351 — Las instituciones industriales.....	8
488 489 Squillace.—Las doctrinas sociológicas (<i>2 tomos</i>).	10
362 Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades.	5

Núm. del Cat. ^o	Pesetas	Núm. del Cat. ^o	Pesetas		
262	Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho	12	272	Tarde. — El duelo y el delito político	3
376-377	Stourm. — Los Presupuestos (dos tomos)	15	273	— La criminalidad comparada	3
67	Stuart-Miill. — Mis memorias	3	271	— Las transformaciones del Derecho	6
449	— Estudio sobre la religión	4	500	— Filosofía penal: tomo 1. ^o	7
475	Strafforello. — Después de la muerte	3	339-360	Todd. — El gobierno parlamentario en Inglaterra (dos tomos)	15
291	Sudermann. — El deseo	3,50	400	Tehekhof. — Un Duelo	1
263	Sumner-Maine. — El antiguo derecho y la costumbre primitiva	7	239	Thorold Rogers. — Sentido económico de la Historia	10
265	— Historia del Derecho	8	134	Tcheng - Ki - Tong. — La China contemporánea	3
264	— La guerra según el Derecho internacional	4	5	Tolstoy. — Dos generaciones	3
266	— Las instituciones primitivas	7	7	— El ahorcado	3
267	Supino. — Derecho mercantil	12	71	— El camino de la vida	3
403	Suttner. — High-Life	3	63	— El canto del cisne	3
96	Taine. — El Arte en Grecia	3	77	— El dinero y el trabajo	3
101	— El ideal en el Arte	3	10	— El Príncipe Nekhli	3
106	— Florencia	3	81	— El trabajo	3
268, 269, 313, 337, 347.	— Historia de la literatura inglesa (cinco tomos)	34	15	— En el Cáucaso	3
74	— La pintura en los Países Bajos	3	115	— Fisiología de la guerra	3
108	— Milán	3	52	— Iván el imbécil	3
103	— Nápoles	3	117	— La escuela	3
310	— Notas sobre París	6	1	— La sonata á Kreutzer	3
104-105	— Roma (dos tomos)	6	95	— Lo que debe hacerse	3
107	— Venecia	3	48	— Los Cosacos	3
334	— Los orígenes de la Francia contemporánea: tomo 1. ^o , El antiguo régimen	10	90	— Los hambrientos	3
468	— Los orígenes de la Francia contemporánea: tomo 2. ^o , La Revolución; tomo 1. ^o , La anarquía	7	3	— Marido y mujer	3
476	— Los orígenes de la Francia contemporánea: tomo 3. ^o , La Revolución; tomo 2. ^o , La conquista jacobina	6	85	— Mi confesión	3
482	— Los orígenes de la Francia contemporánea: tomo 4. ^o , La Revolución; tomo 3. ^o , El gobierno revolucionario	7	113	— Mi infancia	3
487	— Los orígenes de la Francia contemporánea, tomo 5. ^o ; El régimen moderno, tomo 1. ^o	6	75	— Placeres viciosos	3
359	— Los filósofos del siglo XIX	6	94	— ¿Qué hacer?	3
			294	Trevelyan. — La educación de Lord Macaulay	7
			89	Turgueneff. — Aguas primaverales	3
			97	— Demetrio Rudín	3
			25	— El judío	3
			123	— El reloj	3
			47	— El Rey Lear de la Estepa	3
			8	— Humo	3
			139	— La Guillotina	3
			16	— Nido de hidalgos	3
			137	— Padres é hijos	3
			80	— Primer amor	3
			304	— Tierras vírgenes	5
			60	— Un desesperado	3
			281	Uriel. — Historia de Chile	8

(Continúa.)

- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Guerra.**—Vida de Hartzenbusch, 1 peseta.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guynau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
- Hailman.** H.ª de la Pedagogía, 2 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Haussoville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.
- Höfding.**—Psicología Experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 ptas.—Historia de la España Contemporánea, 8 p.
- Hunter.**—Sumario del Derecho Romano, 4 p.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pesetas.
- Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional, 9 ps.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Korolenko.**—El desertor de Sajalin, 2,50 ps.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Larcher y P. J. Julien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 ptas.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 ps.
- Lester-Ward.**—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Liesse.**—El trabajo, 9 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 p.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 ptas.—La vida dichosa, 3 pesetas.
- Maclay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
- MacDonald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 4 t., 30 ps.
- Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.
- Matirolo.**—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.
- Maupassant y Alexis.**—Vida de Zola, 1 pta.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 ptas.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 pesetas.
- Menéndez y Pelayo.**—Vida de Núñez de Arce, 1 pta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1.
- Meneval y Chantelaucé.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Mercier.**—Lógica, 8 ptas.—Psicología, 2 tom. 12 ptas.—Ontología, 10 ptas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
- Merimee.**—Colomba, 3 pts.—Mis perlas, 3 p.
- Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2 p.
- Merkel.**—Derecho penal, 10 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 ts., 15 ps.
- Molins.**—Vida de Bretón, 1 peseta.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tom. 18 p.
- Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.
- Monton.**—El deber de castigar, 4 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Nardi-Greco.**—Sociología jurídica, 9 pesetas.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Mas allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.
- Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
- Nourrisson.**—Maquiavelo, 3 pesetas.
- Novicow.**—Los desfiladeros de las Sociedades modernas, 8 ptas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 ptas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
- Papini.**—Lo tragico cotidiano y El Pilo'co ciego, 3 pesetas.
- Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 ptas.—Vida de Campoamor, 1 pta.—De Alarcón, 1 peseta.
- Passarge.**—Vida de Ibsen, 1 peseta.
- Perrot.**—El Derecho público de Atenas, 4 pts.
- Picón (J. O.)**—Vida de Ayala, 1 peseta.
- Potapenko.**—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—Historia Universal, tres tomos, 16 pesetas.
- Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.
- Ribbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, 19 tomos, 134 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Rod.**—El silencio, 3 pesetas.
- Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
- Roosevelt.**—Nueva York, 4 pesetas.
- Rozan.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
- Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio—La verdad.—La fuerza.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, dos tomos, 13 ptas.
- Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
- Sansonetti.**—Derecho Constitucional, 9 ptas.
- Sardou.**—La perla negra, 3 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 tomos, 30 pesetas.—Eudemología (tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pesetas.
- Sienkiewicz.**—Orso, En vano, 2 pesetas.
- Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy, novela, 2 p.
- Sombart.**—El Socialismo y el movimiento social en el siglo xix, 3 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 p.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 p.

- Sohm.**—Derecho privado romano, 14 pts.
Squillace.—Las doctrinas sociológicas, dos tomos, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Starke.—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
Stirner.—El Único y su propiedad, 9 p. as.
Stourm.—Los Presupuestos, dos tomos, 15 p.
Strafforello.—Después de la muerte, 3 pts.
Stuar Mill.—Estudios sobre la Religión, 4 p.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Summer-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pts.—La Guerra, según el Derecho Internacional, 4 pts.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa, cinco tomos, 34 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, cinco tomos, 36 pts.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pts.—Notas sobre París, 6 pts.—La pintura en los Países Bajos, 3 pts.—El arte en Grecia, 3 pts.—Napoleón, 3 pts.—Roma, dos tomos, 6 pts.—Florencia, 3 pts.—Venecia, 3 pts.—Milán, 3 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pts.—El Duelo y el delito político, 3 pts.—La Criminalidad comparada, 3 pts.—Filosofía penal, tomo I, 7 pesetas.
Teckhof.—Un duelo, 1 peseta.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 p.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pts.—Iván el imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pts.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Turgueneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pts.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El reloj, 3 pesetas.—Padres e hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.
Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Vaccaro.—Bases sociológicas, 9 pesetas.
Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.
Wagner.—Recuerdo de mi vida, 3 pesetas.
Varios autores.—(Aguano, Alas, Azcarate, Banca, Benito, Bustamante, Buylia, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gido, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedreza, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Selva, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Ramillete de cuento, 3 pesetas.
Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.—(Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph, Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pts.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.
Wallace.—Rusia, 4 pesetas.
Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos, 5 pesetas.
Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
White.—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología, 8 pesetas.
Whitman.—La Alemania Imperial, 5 pts.
Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 pts.
Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pts.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.
Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 pta.—Victor Hugo, 1 pta.—Balzac, 1 pta.—Daudet, 1 pta.—Sardou, 1 pta.—Dumas (hijo), 1 pta.—Flaubert, 1 pta.—Chateaubriand, 1 pta.—Goncourt, 1 pta.—Musset, 1 pta.—Théophile Gautier, 1 pta.—Sainte-Beuve, 1 pta.—Stendhal, 1 pta.—Las veladas de Médan, 3 pts.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pts.—Nuevos estudios literarios, 3 pts.—Estudios críticos, 3 pts.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pts.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pts.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Ricci: Derecho civil, 19 tomos, 134 pts.—**Lester-Ward:** Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pts.—**Strafforello:** Después de la muerte, 3 pts.—**Taine:** Orígenes de la Francia contemporánea, 5 tomos, 36 pts.—**Vaccaro:** Bases Sociológicas, 9 pts.—**Novicow:** La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pts.—**Mattiolo:** Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.—**Perrot:** El Derecho público de Atenas, 4 pts.—**Brook Adams:** La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.—**Squillace:** Las doctrinas sociológicas, dos tomos, 10 pts.—**Nisard:** Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pts.—**Mor ey:** Estudios sobre grandes hombres, 6 pts.—**White:** Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología, 8 pts.—**Barthelemy-Saint-Hilaire:** Buda y su religión, 7 pts.—**Nourisso:** Maquiavelo, 3 pts.—**Wharton:** Los millonarios de los Estados Unidos, 5 pts.—**Tarde:** Filosofía penal, tomo I, 7 pts.

La España Moderna

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintidós años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año 24 pesetas. El número suelto en España, 1,75 pesetas, en el extranjero, dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de López Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid.

T. WENTWORTH

HISTORIA

DEL

ESTADOS

UNIDOS

6 pesetas.

LA ESPAÑA

FA
5386